

JORGE SEVILLANO

LAS

BRUIJAS

DEL

ESTE



LAS BRUJAS DEL ESTE

Jorge Sevillano

Título: *Las brujas del este*

Autor: Jorge Sevillano

© Jorge Sevillano, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito del titular del *copyright*, bajo sanción establecida por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos los derivados del alquiler o préstamo público.

Corrección: Rosina Iglesias

Diseño de portada y maquetación: Javier Arroyo

Índice

[CAPÍTULO I. OLFATO](#)

[CAPÍTULO II. EVITAR EL MAL](#)

[CAPÍTULO III. SENSACIONES](#)

[CAPÍTULO IV. UNA PESADILLA AL DESPERTAR](#)

[CAPÍTULO V. LA MAÑANA DEL POLEN](#)

[CAPÍTULO VI. DOS MIL DOSCIENTAS PREGUNTAS](#)

[CAPÍTULO VII. EL PUZLE INCOMPLETO](#)

[CAPÍTULO VIII. MALAS NOTICIAS](#)

[CAPÍTULO IX. CARIÑO](#)

[CAPÍTULO X. EL LOCO DE LA BICICLETA](#)

[CAPÍTULO XI. TEORÍAS CRUZADAS](#)

[CAPÍTULO XII. CERRADO POR ASESINATO](#)

[CAPÍTULO XIII. TARDES LARGAS](#)

[CAPÍTULO XIV. ONCE OLMOS](#)

[CAPÍTULO XV. CUATRO INVITADOS](#)

[CAPÍTULO XVI. MARCAS](#)

CAPÍTULO XVII. EL CASERÓN PERDIDO

CAPÍTULO XVIII. ALICE KYTELER

CAPÍTULO XIX. LA RUEDA

CAPÍTULO XX. CONCATEDRAL

CAPÍTULO XXI. JORNADA DE REFLEXIÓN

CAPÍTULO XXII. EL PAÑUELO

CAPÍTULO XXIII. LA CRUZ VERDE

CAPÍTULO XXIV. LA LOCURA DEL SANTO OFICIO

CAPÍTULO I

OLFATO

Una llamada de teléfono que te despierta de buena mañana rara vez es una buena señal. Menos aún si eres inspector del Grupo de Homicidios y es sábado, tu día de descanso. Apenas eran las 07:00 h, y el teléfono de Garrido vibraba de manera insistente. El sonido provocado por la vibración del teléfono móvil sobre su mesilla consiguió sacarlo de la profundidad de su sueño. Aún en duermevela, su cuerpo y su mente rehuían coger el teléfono con la esperanza de que la llamada terminara. No eran muchas las mañanas que podía disfrutar de retozar junto a su pareja sintiendo que ambos se encontraban abrazados e inmóviles bajo las sábanas de manera plácida. La llamada, tan pronto se detenía, volvía a sucederse de nuevo de manera insistente. Susana se despertó, girando la cabeza hacia Garrido, mientras sentía el pecho y la respiración de este sobre su espalda. «Te llaman, cariño». Ahora sí, resultaba inevitable coger la llamada. Sin dar la luz, tratando de molestar lo menos posible, salió a trompicones de la habitación, extendiendo su brazo como protección en la penumbra, evitando que un golpe lo sacara de mala manera de su letargo.

—¿Sí? —El inspector se mostraba algo desorientado, frotándose los ojos mientras trataba de carraspear para aclarar su voz tras varias horas de sueño—. Garrido, dígame. —El policía únicamente vestía los calzoncillos bóxer mientras caminaba hacia el salón, que comenzaba a adquirir algo de luminosidad por los primeros rayos de sol—. Entiendo... ¿Hace cuánto que la han encontrado? OK, pues voy para allá. Tardaré como veinte minutos —dijo separándose un momento el teléfono de la oreja para poder ver la hora en la pantalla.

Apenas había terminado la llamada, y ahora debía ser él el que despertara a su compañero en la cadena de alerta establecida en el Grupo de Homicidios, que él dirigía. El teléfono dio más tonos de los que solía tardar en responder el inspector cuando recibía llamadas de su compañero.

—Tomás, perdona por las horas, buenos días. —La persona que se encontraba al otro lado era su compañero de batallas desde hacía más de una década y uno de los inspectores del grupo que él dirigía—. Ha aparecido el cuerpo de una joven en la orilla del Ebro, en los meandros del parque. Si..., exacto. —Garrido sabía que era la peor forma de despertar a su compañero. Más aún en un fin de semana repleto de actividades con los niños tras un divorcio poco amistoso con su mujer—. Casi bajo la pasarela peatonal, al lado del puente de hierro, sí..., eso me han dicho. Nos vemos allí, entonces. Perfecto.

El inspector se había desperezado de forma rápida tras una noche algo corta, con un par de copas de más, tras cenar con su pareja. A la sensación de acabar de despertarse, se unía la de una leve resaca, obsequio de las copas de ginebra Nordés que había tomado la noche anterior. Al volver hacia la habitación para buscar algo de ropa, vio que Susana estaba apoyada en el marco de la puerta con el pelo alborotado y la cara aún hinchada por el sueño, vistiendo solo una camiseta ajustada como pijama, que marcaba su silueta y sus pezones.

—¿Malas noticias cariño?

—Me han llamado de la Jefatura: han encontrado un cuerpo en el Parque del Ebro. —El agente se acercó a ella, dándole un beso cariñoso en la frente mientras la sujetaba por el cuello, bajando sus manos por sus costados hasta levantarle la camiseta para coger sus caderas y tratar de guiarla al interior de la habitación—. Anda, vuelve a dormirte. Yo cojo algo de ropa y me ducho en el otro baño para no molestarte.

—Mejor te hago el desayuno y algo para que te lleves; me da que no vas a tener tiempo de comer en todo el día. —Susana soltó las manos de Garrido de su cadera, dándole un pequeño mordisco en la nariz y saliendo decidida de la habitación—. Vete duchando rápido, vamos.

Apenas habían pasado cinco minutos, pero Garrido ya salía abrochándose los botones de su camisa blanca, con el pelo aún mojado. Susana le había preparado un café largo con algo de espuma en la leche, como a él le gustaba para empezar los días duros, y este, sin lugar a dudas, sería uno de ellos. Mientras sujetaba el vaso térmico que siempre se llevaba a primera hora del día, Susana echaba en el café doble ración de azúcar, a sabiendas de que su cerebro iba a necesitar mucho combustible en las próximas horas.

—Toma, que no se te olvide también esta bolsa. Te he hecho un bocata y te he echado un par de piezas de fruta. Y no me digas que pareces un niño que va al colegio, que sabes que después no comes nada y lo agradeces.

A Garrido apenas le dio tiempo a iniciar la frase, quedándose callado mientras cogía la bolsa de plástico transparente y una tostada ya untada con mantequilla y mermelada de fresa. Sabía que era una discusión que jamás ganaría, y, en parte, le encantaba recibir esas atenciones de su novia. En la puerta, cogió del perchero la americana que se había puesto el día anterior mientras abría la puerta para salir. De reojo, observó su bolsa de trabajo negra, que estaba en el suelo, agachándose a cogerla y dando gracias mentalmente por no haberla olvidado. En ella tenía todo lo necesario para gestionar una investigación desde cualquier lugar fuera de su despacho en la Jefatura. Susana se acercó a la entrada para darle un último beso y una caricia en la mejilla, escondiendo su cuerpo tras la puerta antes de que se marchara, evitando así poder ser vista por algún vecino en ropa interior y camiseta sin sujetador. Garrido agradeció el gesto con una sonrisa. Esas serían las últimas muestras de cariño que recibiría el inspector en las próximas horas.

Una vez llegó el ascensor a la planta menos dos, la del garaje, Garrido fue en busca de su coche. Nunca le habían gustado el silencio incómodo y la oscuridad de los garajes, menos aún de noche, un sitio propicio para un atraco o una agresión sexual. Algo inevitable de pensar para cualquier policía con experiencia como él. Le resultaba sencillo imaginar escenarios donde cometer un delito, o, incluso, relacionar espacios parecidos a otros donde ya había intervenido trabajando. De manera refleja, escaneó la planta sótano con un vistazo rápido, en busca de algo anormal, mientras caminaba hacia el coche. Tras dejar la bolsa en el suelo y buscar las llaves en su bolsillo, con la movilidad algo limitada por tener que sujetar el café tratando de que este no se derramara, abrió el coche. No solía usar los vehículos del trabajo para ir a su casa, pero agradecía que hoy hubiera sido uno de esos días excepcionales. Eso le evitaba una parada que lo retrasaría unos minutos más en comisaría. Tan pronto cargó su bolsa, tiró la americana en el asiento del copiloto e inició la marcha hacia el lugar que le habían indicado por teléfono. En el coche, encendió la radio en busca de la emisora local de Logroño para saber si los medios ya daban algún boletín informativo sobre el homicidio. Era muy pronto aún, pero, en no pocas ocasiones, se seguía sorprendiendo de la velocidad con la que los periodistas locales recibían el chivatazo de un asunto turbio. A veces incluso llegaban antes a los avisos que la propia policía.

De camino a Logroño, el sol comenzaba a asomar en el horizonte con fuerza. El cielo mostraba un tono rojizo y amarillo fuego que resultaba un verdadero espectáculo, aunque hoy no sería día para recrearse en los regalos cotidianos de la naturaleza. Garrido vivía en el barrio de Varea, a poco más de cinco minutos de la Jefatura Superior de Policía de Logroño, pero en esta ocasión no iría a su despacho como hacía cada mañana de trabajo. La llamada le había indicado que el cuerpo había sido encontrado en la orilla del río Ebro, junto al parque con el mismo nombre. Aunque no era necesario, por la ausencia de tráfico al ser primera hora de la mañana de un fin de semana, el agente decidió colocar el rotativo luminoso sobre el techo de su vehículo tan pronto salió de las calles próximas a su domicilio. No le gustaba mucho conducir a esas horas los fines de semana, aún de madrugada, debido a la gran cantidad de borrachos que se podía encontrar al volante. Ya era el mes de mayo, y cada vez eran más los que salían los fines de semana con la llegada del buen tiempo. Además era la época de las despedidas de soltero de la zona, lo que hacía que mucha gente estuviera de celebración en la capital de la comunidad autónoma. Al menos, con la luz destellante del techo del vehículo patrulla camuflado, se andarían con más cuidado para apartarse.

Mientras conducía con una sola mano en el volante, apoyando su codo en la ventanilla, aprovechaba, con la otra, para dar pequeños sorbos al café que le había preparado Susana. El cansancio de las pocas horas de sueño hacía que ni la ducha lo hubiera desperezado del todo. Al llegar al estacionamiento disuasorio de la calle del Norte, en el Parque del Ebro, pudo ver el conjunto de vehículos patrulla con sus luces destellantes de color azul y el cordón policial que habían realizado. Al observar la llegada del vehículo camuflado del inspector, un agente levantó la cinta de balizamiento que cortaba el acceso al aparcamiento. Garrido saludó desde el vehículo al agente que le facilitaba el paso; este le devolvió el saludo llevándose la mano al lateral de su gorra.

Apenas con un pie fuera del vehículo, observó que otro vehículo patrulla camuflado con un rotativo sobre el techo se acercaba. Era Tomás, que también venía de su casa. El inspector le esperó mientras cogía su bolsa de trabajo y pegaba un último trago al café hasta conseguir acabarlo completamente. Desde el vehículo, su compañero repitió el saludo al agente de la entrada del aparcamiento, estacionando de forma paralela junto al vehículo de Garrido.

—Buenos días, Tomás —saludó Garrido apenas se hubo bajado su compañero del vehículo.

—¿Qué tal? Vaya despertar de buena mañana —respondió de forma automática.

—Bueno, vamos a ver qué nos encontramos.

Los dos agentes comenzaron a bajar al parque por el camino de cemento rojo que unía el estacionamiento y el pabellón de pelota que daba paso a la zona más central del parque. Al verlos venir a lo lejos entre la niebla, un agente uniformado salió a su encuentro. Ya en el interior de la zona ajardinada, el agente los recibió a ambos, mostrándose a la vez serio y aliviado de la llegada de unos responsables de la investigación.

—Buenos días, por decir algo. —El agente era el jefe de guardia del turno de noche del cuerpo de policía.

—Buenos días, Fran. —Garrido conocía bien al compañero por haberse criado en el mismo barrio—. ¿Qué es lo que tenemos?

—Pues... hará cosa de cuarenta minutos que se ha recibido una llamada a Emergencias de un hombre que ha salido a correr con su perro por el parque. Al parecer, el perro, en mitad de la carrera, se le ha escapado a la zona más cercana al río. Al ver que no venía y ladraba constantemente, ha bajado a buscarlo por el camino paralelo a la pasarela peatonal —dijo

señalando el camino a ambos agentes de Homicidios sin apenas coger aire para soltar toda la información cuanto antes, dejando un rastro de vaho de su boca—. Ya abajo, ha notado que su perro olisqueaba, ladraba y se encontraba muy excitado. Se ha acercado y ha visto un bulto en la zona de las maderas de los chopos que están acumulados a la orilla del río. Al acercarse más, ya que la niebla no dejaba ver muy lejos, ha visto el cuerpo de la joven.

—OK. ¿Algún dato de quién puede ser? —Garrido miró a ambos agentes y chequeó a su alrededor, observando el frontón del Revellín, que estaba junto a ellos. Una construcción realizada unos años antes, a la que habían dado un lavado de cara ampliando y modernizando sus instalaciones con una mezcla de cemento y metal de color verde. No podía evitar pensar en la cantidad de veces que había jugado allí a pelota con los chicos de su cuadrilla.

—Nada aún.

—¡Joder, qué frío hace aquí...!, ¿no? —Tomás interrumpió el pensamiento de su compañero, tratando de abrigarse subiéndose el cuello de la cazadora, frotándose acto seguido las manos y echando algo de vaho sobre ellas—. ¡La niebla se mete entre los huesos!

—¡Nos hacemos mayores para el trabajo de campo, amigo! —El inspector comenzó a andar sin dar tregua para responder a su compañero.

El jefe de guardia acompañaba a Garrido y Tomás en el camino que conducía al punto del hallazgo. El parque recorría la orilla del río Ebro a su paso por la ciudad. Entre lo largo del parque y el curso del río había una distancia de unos doscientos metros, compuestos por un meandro divagante que servía de vía para las crecidas del río. En esa parte, la vegetación era más salvaje, con matorrales y ortigas. Entre esa vegetación, se abrían varios caminos naturales que la gente utilizaba para andar, correr y pasear a los perros.

—¿Tenemos más testigos aparte del hombre del perro? —Garrido continuaba con las preguntas hacia Fran sin detener su marcha.

—No. Aún era pronto, y debió de ser de las primeras personas en pasar hoy por aquí. Además, la niebla que tenemos en esta parte del parque no ayuda mucho. Pero seguiremos buscando. Tengo aquí a todo el turno de noche prolongando junto al turno de mañana.

—De acuerdo; mejor que sobren agentes —comentó Garrido de manera pensativa mientras volvía a mirar a su alrededor, más cerca ahora del terraplén de bajada a la orilla del río—. Es mucha extensión sobre la que debemos buscar.

Una niebla mucho más densa se mantenía sobre la parte más profunda del parque. En estas zonas del río, los bancos de nubes se quedaban durante gran parte de la mañana hasta que el sol conseguía salir con fuerza y romper con ellos. Era principios de mayo, y la primavera comenzaba a regalar días de sol y algo de mejora de las temperaturas, pero cuando ya se encontraba mucho más avanzada la mañana.

—Tomás, vamos a necesitar mantener todo esto acordonado hasta que vengan los compañeros de la Científica. —Garrido señalaba a su alrededor mientras ambos continuaban siguiendo al jefe de guardia.

—Tranquilo —dijo el jefe de guardia a sus colegas—; como es un terreno muy amplio, ya les he dicho a los chicos que de aquí no se va nadie, de momento, para hacer un buen perímetro de seguridad. He pedido, además, a la Policía Local, que corten la pasarela al otro lado del río y que no dejen que la gente se acumule en el Puente de Hierro.

—Estupendo. —Tomás acompañaba, un par de pasos atrasado, a ambos inspectores mientras murmuraba sus pensamientos. Siempre tenía muy presente su rol dentro del grupo, y no le molestaba. Sobre todo, era consciente del papel que ocupaba en el Grupo de Homicidios junto a

su compañero, y no era otro que ayudar y observar mientras Garrido tomaba decisiones y daba la cara. De este modo, él podía tomar notas y obtener información desde un segundo plano más anónimo y cómodo para su timidez innata. Era algo que incluso agradecía, ya que no se podía decir que tuviera un don de gentes muy desarrollado. Mucha gente en el departamento se preguntaba cómo dos inspectores podían estar al frente de un único grupo, siendo Garrido el responsable a pesar de ser el inspector con menos antigüedad de los dos. Y es que ambos componían un binomio perfecto, completando uno las posibles carencias del otro. Y, aunque con capacidad de hablar y dar su opinión en cualquier momento, Tomás mantenía muy en serio su rol de segundo tras Garrido.

Al llegar al camino principal de tierra que cruzaba de manera longitudinal el parque, el grupo se paró por un segundo. El jefe de guardia indicó el camino con el brazo, invitando a los agentes a continuar ya sin él. No creía necesario volver a ver el cuerpo de la joven, que tenía una edad muy similar a la de una de sus hijas.

—Por esta parte venía el testigo corriendo con su perro. —Indicó con su mano el camino de tierra que recorría el parque a lo largo—. Algo hizo que este se marchara hacia la parte baja como alma que lleva el diablo. Es por el camino de tierra que se encuentra justo al lado de la pasarela, ¿lo veis? Tened cuidado con la bajada, está llena de piedras y barro. Con la niebla está un poco resbaladizo todo. Abajo tengo a los compañeros que llegaron primero al punto, para que les preguntéis todo lo que queráis; y si necesitáis cualquier cosa, me llamáis, ¿OK? —Fran se despidió con una leve sonrisa, volviendo a la zona del estacionamiento para continuar con la coordinación de todo el dispositivo que se había montado de forma apresurada.

Garrido y Tomás se miraron sin decirse nada. Ambos sabían que comenzaba una investigación en la que cada minuto iba a contar.

—Pues vamos allá. —Garrido se colocó su bolsa a modo de bandolera a la espalda, rompiendo el silencio entre ambos e iniciando la bajada por el camino de tierra mientras trataba de mantener el equilibrio usando sus brazos para bascular su cuerpo.

Tomás miró cómo desaparecía en la cuesta su compañero, iniciando acto seguido el camino tras él. La niebla se hacía mucho más densa en la parte baja del río, a pesar de que la luz del día cada vez era mayor, lo que daba una desagradable sensación de iluminación algo cegadora. El aire era frío, una mezcla de humedad con olor a vegetación y tierra húmeda. Garrido, ya abajo, esperó a su compañero, viendo cómo este se tropezaba al final de la rampa con una piedra y resbalaba, cayendo el último metro de frente, apenas teniendo tiempo para poner sus manos y evitar golpearse la cara. Rápidamente se acercó a ayudarlo a levantarse, tratando de aguantar la carcajada.

—¡Me cago en...! —Tomás se levantó de un respingo, mirándose las manos raspadas con barro y algo de sangre. Se sacudió el pantalón a la altura de sus rodillas manchado por la tierra mojada.

—Venga. ¿Estás bien? —El inspector trataba de mantener las formas conteniendo la carcajada.

—Sí, sí, tranquilo. ¡Joder! —gritó mientras continuaba con las sacudidas en su ropa sin saber aún si le dolía algo por la adrenalina del susto.

En mitad de la niebla, aún densa y clara por la existencia de luz, la silueta de una persona se acercó a los agentes al oír el ruido de los gritos de Tomás. Ya a pocos metros de distancia, Garrido pudo observar que era uno de los agentes de policía que custodiaban el escenario del crimen. Debía de ser uno de los agentes que habían encontrado el cuerpo, según les había indicado

el jefe de guardia.

—Buenos días —saludó el inspector al agente que se acercaba.

—A la orden.

—Dejemos los formalismos, compañero, tranquilo. Aquí no nos ve nadie. —Tomás aún frotaba los rasguños de sus manos, aplicando algo de saliva para tratar de quitarse el barro que se había incrustado en ellas por la caída, mientras trataba de identificar si tenía algún trozo de tierra en la herida.

—De acuerdo —dijo el agente relajando el formalismo y el tono de su voz.

—Tú eres el que ha encontrado el cuerpo, ¿verdad? —Garrido no quería perder tiempo.

—Sí. Mi compañero y yo llegamos primero a la llamada de la persona que lo encontró. Nos pasaron el aviso de la emisora a eso de las siete menos diez, y como íbamos rezagados por el cierre de locales de copas, llegamos antes que el resto del turno, que ya estaba de camino a la Jefatura. Si os parece, acompañadme y os indico el sitio.

—Perfecto.

El agente anduvo durante unos metros, parándose en la bifurcación de un camino de tierra que iba paralelo al río.

—Al parecer, el hombre que dio el aviso iba corriendo con su perro —dijo el agente sin detener su marcha—. En un momento dado, este desapareció. —Se detuvo para señalar con la mano el camino que había seguido desde la bajada del terraplén hasta el punto donde ellos se encontraban—. Al llamarle varias veces y ver que no volvía, pero no paraba de ladrar, se empezó a preocupar y bajó en su busca.

—¿Cómo pudo verlo con la niebla que tenemos, y encima estando mucho más a oscuras? —Tomás no se perdía una palabra de la explicación del agente.

—Pues, por lo visto, después de silbarle muchas veces desde el camino de tierra de la parte superior del parque, el perro comenzó a ladrar muchísimo. El sonido de los ladridos le marcó la dirección, y el dueño —el agente paró un segundo para sacar su libreta de notas del bolsillo de su chaqueta y mirar sus anotaciones—, de nombre Carlos Salazar, una vez lo encontró, lo agarró del collar y trató de volver al camino; pero el perro, al ser arrastrado por el dueño, se puso más nervioso y consiguió escaparse unos metros más adelante, regresando al punto donde había estado antes. El perro es un pointer. Al ser un perro de caza, el dueño pensó que se trataría de algún animal muerto que quería marcar. Ante la insistencia, se acercó hasta donde estaba el perro y allí vio el cuerpo de la joven.

—Buen perro, sin duda —dijo Garrido sin perder la seriedad en su semblante mientras miraba a su alrededor, percatándose de la poca distancia de visibilidad de la que disponían.

—La verdad es que sí. —El agente cerró su libreta de anotaciones—. Pero lo que nos ha parecido más curioso al llegar aquí es dónde se encuentra el cadáver.

—¿Por? —El inspector no perdía atención ante la exposición del agente.

—Siganme mejor.

Los tres hombres comenzaron a avanzar, de forma lenta por la falta de visibilidad, en dirección hacia donde se encontraba el cuerpo, pero la niebla no dejaba ver el camino de forma clara. El agente prefirió llamar de viva voz a su compañero, que custodiaba el cadáver:

—¡Juan! Habla para poder acercarnos. Que no se ve un carajo, tío.

—¡Sí! ¡Por aquí! ¡Eeeooohhh! ¡Por aquí!

Los tres agentes continuaron hacia la zona desde donde provenía la voz del agente, el cual no paraba de dar indicaciones a su compañero en forma de gritos. La densidad de la niebla hacía

tremendamente fácil perder la orientación, y no era posible ver más que a unos pocos metros de distancia de forma clara. Estando parado, apenas se podía identificar una dirección o ubicarse espacialmente respecto del río o la pasarela. Tras unos metros, pudieron ver la silueta del otro agente mientras movía sus brazos como quien llama pidiendo auxilio.

—¡Por aquí! —El agente trataba de hacerse ver, comenzando a hacer señales usando su linterna reglamentaria, que apenas se distinguía por la claridad que estaba tomando la niebla.

Por fin llegaron al punto donde se encontraba el agente. Pero allí, para decepción de los inspectores, no se encontraba ningún cuerpo. Garrido y Tomás se miraron ya algo molestos por lo que estaba costando llegar al cuerpo de la joven.

—¡¿Dónde leches está el cadáver?! —Garrido se mostró ya más tenso por la densidad de la niebla y la sensación de desorientación que esta le provocaba cerca del río. El inspector notó que el agobio empezaba a mermar su paciencia y trató de respirar para sí antes de gritar de forma airada a los agentes.

—Aquí, señor.

El agente se movió apenas un metro y señaló a un montón de ramas secas y apiladas en el suelo. Garrido dio unos pasos y dejó su bolsa de trabajo sobre el suelo. Tomás le siguió, como el fiel escudero que era, de forma automática. Allí estaba el cadáver. Siguiendo el rastro de las primeras ramas del suelo, primero pudieron ver sus zapatos y, acto seguido, el resto del cuerpo.

—¡Joder! —Tomás no pudo contener la rabia y la decepción de ver a una joven asesinada, algo que no gustaba a nadie, y menos a un padre, que siempre compara cualquier desgracia sufrida por jóvenes imaginando que fueran sus hijos.

Ambos mantuvieron el silencio durante unos segundos. En el ambiente solo se escuchaba el ruido del río y los pájaros de la zona anunciando el alba. Los agentes que se encontraban custodiando el cuerpo observaban con total atención los primeros pasos de los inspectores junto a la joven, tratando incluso de controlar el sonido de su propia respiración. Ella era una imagen que cortaba el aliento. Un cuerpo perfecto, con una vida que costaba ver apagada. Como si un despertar abrupto la fuera a sacar de aquel estado a continuación.

A lo lejos, rompiendo el silencio de la escena del crimen, el sonido de las emisoras y los rotativos presagiaba la presencia de la muerte.

CAPÍTULO II

EVITAR EL MAL

—¿Por qué está en esa posición? —Tomás preguntaba a su compañero mientras ambos se acercaban aún más a ella para poder verla con más claridad.

La joven tenía la piel muy blanca y el pelo cobrizo intenso; llevaba un vestido de fiesta negro ajustado.

—Debe de tener entre diecisiete y veinte años. —Garrido trataba de leer la escena del crimen, aunque le resultaba complejo por la poca visibilidad y por no poderse hacer una mejor idea espacial del escenario. Las ramas sobre las que se encontraba hacían, además, más difícil acercarse a ella sin alterar nada.

—Sí. No creo que llegue a los veinte. —Tomás ratificaba la estimación de su compañero sin perder detalle.

—Lleva un traje de fiesta —comentó en voz baja Garrido, realizando un escáner mental de la joven de los pies a la cabeza—. Quizá la han agredido sexualmente al terminar la noche de marcha. Que los de Científica avisen al forense para que analice también si tiene fluidos seminales o signos de fuerza en la vagina.

—De acuerdo.

—Tiene el pelo recogido y hacia un lado...

—Un poco raro si agredes a una chica y luego la matas, ¿no?

—No sería la primera vez que se ve en un homicidio. —Garrido disponía de una amplia experiencia viendo cadáveres durante toda su carrera profesional—. Quizá la persona que lo hizo se arrepintió, o pensó que no estaba muerta porque fue un golpe involuntario y prefirió dejarla sobre las ramas pensando que simplemente la había dejado inconsciente. —Continuando con el análisis mental del lugar, haciendo una pausa para tratar de encajar las primeras piezas del puzzle, el agente dio un par de pasos hacia atrás para coger algo de perspectiva, la que le permitía la poca visibilidad de la niebla, arrancando con una opción más—: Es solo una hipótesis, pero, si te fijas bien —dijo señalando el colchón de ramas con su dedo índice—, también parece que se encuentra acostada sobre una especie de altar, como los hindúes antes de que quemen a sus muertos.

Tomás levantó la cabeza sorprendido por lo que acababa de decir su compañero.

—¿Un altar? ¿Como un rito u ofrenda?

—Sí, algo así. Mira. Es algo que parece preparado, ¿lo ves? —Garrido cogió a su compañero por el brazo para que este tuviera su mismo campo de visión, señalando la forma en que los troncos y las ramas acumuladas formaban una especie de colchón sobre el suelo.

—Podría ser, es verdad... Qué raro. ¿No hubiera sido mejor esconderla bajo las ramas? Así se aseguraría de que no fuera vista por la gente en algunas horas más de luz. Aunque —cambió su cara pensando en el golpe de suerte del olfato del perro— no la hubiera librado del sabueso.

Garrido volvió hacia su mochila de trabajo, que se encontraba en el suelo junto a uno de los agentes, abriendo uno de los bolsillos frontales con solapa de velcro y cogiendo unos guantes de nitrilo negro que repartió con su compañero. Tomás cogió los guantes, poniéndoselos mientras volvían hacia el cuerpo.

—¿Crees que han juntado esas ramas para ponerla a ella o que ya estarían antes así acumuladas?

El inspector miró alrededor de la escena.

—Mira —dijo señalando hacia el suelo y agachándose ambos para poder analizar con mayor detenimiento—. ¿Ves las líneas que hay en el suelo? Parece que son de arrastrar las ramas. La tierra está húmeda por lo cerca que pasa el río, y parecen recientes.

—Cierto... —Tomás miró las diferentes marcas que había sobre la tierra—. Entonces, la matan, preparan la cama de ramas, la colocan sobre ella y le ponen el pelo de lado. No tiene mucho sentido si no quieres que la encuentren, ¿no? Era mejor tirarla al río, por ejemplo.

—Bueno... —Garrido elevó su mirada hacia el cuerpo de la joven—. Quizá quien la mató se arrepintió y no quería dejarla sobre la arena mojada, tirada como una cualquiera. Es posible que lo viera como algo impropio para ella; quizá tenían algún tipo de vínculo. —El inspector siguió observando cada detalle mientras Tomás lo miraba—. No parece que tenga ningún golpe seco, pero mira el cuello. Tiene marcas rojas: es posible que la hayan asfixiado con algo. Parecen marcas de dedos. Pide que también le saquen muestras de las uñas. A ver si, con un poco de suerte, trató de defenderse y podemos sacar algo.

Tras esto, el agente se acercó a las piernas de la joven, tratando de no mover ningún elemento de la escena. La amplitud del nido de ramas hacía complicado acercarse, pero, por otro lado, necesitaba unas respuestas rápidas con las que iniciar la investigación. Con mucho cuidado, levantó levemente la parte baja del vestido. Quería comprobar si la joven llevaba puesta la ropa interior. Pudo ver su tanga negro de encaje y transparencias con alguna piedra brillante en forma de adorno.

—Bueno, al menos parece que no ha sido agredida sexualmente: aún lleva la ropa interior. Pero que lo confirmen los forenses.

—Si la estrangularon, es algo más pasional. —Tomás trataba de encajar los pocos datos que tenían hasta ese momento con las pocas pistas de que disponía mientras continuaba observando el cuerpo de la joven—. Debemos averiguar si tenía novio, o un ex con el que no hubiera terminado bien. —El agente se incorporó pensativo, no podía evitar pensar que parecía una modelo—. La verdad es que es una chica preciosa. Es una pena.

—Sí que lo es, la verdad. Debemos ponernos manos a la obra.

—¿Crees que será modelo o prostituta? Va muy arreglada para una chica de su edad. Sus manos están muy cuidadas, y los zapatos parecen caros. —Tomás realizaba un barrido a todo su cuerpo tratando de identificar algo que llamara su atención en su vestimenta.

—Bueno, el primer paso es saber quién es.

Tomás trataba de crear en su mente hipótesis de lo analizado hasta el momento junto a su compañero. Sabía que Garrido no era muy amigo de las suposiciones hechas al azar en las investigaciones. Él siempre le recordaba que era a través de las evidencias desde donde debían recrear los casos, y no desde las conjeturas. Las suposiciones —solía decirle de manera habitual en los casos que trataban— llevan la investigación a donde te resulta más fácil cerrarla. Aunque no siempre resulta sencillo ese criterio, sobre todo cuando se está en los primeros pasos de un caso en el que no se dispone de ningún dato.

La niebla permanecía estable en la zona del río. El frío y la humedad comenzaban a meterse en los huesos del inspector Tomás de forma lenta, desde los pies a los riñones, y de ahí al cuerpo entero, pero no quería decirle nada a su compañero. No era momento de quejas y debilidades.

—¡Jefes! —uno de los agentes gritó a los investigadores a unos metros del lugar donde se encontraban—. Aquí hay un bolso. Quizá sea de la chica.

Los inspectores se acercaron hacia el origen de la voz del agente. La poca distancia que los separaba se les hizo mayor de lo esperado por la ansiedad por encontrar pistas y por la agobiante ceguera que les provocaba la niebla. El agente les señaló el tronco de un árbol sobre el que se encontraba apoyado un bolso de color negro de pequeño tamaño, típico complemento de fiesta con poca utilidad práctica. Era razonable que fuera el de la joven. Estaba limpio y no podía llevar allí mucho tiempo, porque alguien lo habría cogido a la luz del día. Garrido sacó un bolígrafo que llevaba en el bolsillo interno de la americana y lo colocó junto al bolso para establecer una escala del tamaño. Después sacó su teléfono móvil y realizó varias fotografías desde diferentes perspectivas antes de tocarlo. Una vez terminado el reportaje improvisado, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su americana, recogiendo el bolígrafo y accionando el cierre del bolso con sumo cuidado. El espacio interior se encontraba ocupado por una caja de sombras de maquillaje y un pintalabios. Encajado entre ambos, se encontraba un pequeño monedero de terciopelo negro. Garrido sacó la caja de sombras y el pintalabios, dándoselos a Tomás para que los sujetara. Después cogió el monedero.

—Quizá tenga dentro algo de documentación y podamos saber quién es —dijo sin mirar a su compañero mientras este y el agente que lo había encontrado permanecían atentos a sus movimientos. Al abrirlo, pudo observar una gran cantidad de billetes enrollados en forma de rulo.

—¡Joder, ahí debe de haber más de dos mil euros! —Tomás no podía creerse el hallazgo.

Garrido, desde su posición en cuclillas, levantó la mirada hacia los agentes también sorprendido, pero, rápidamente, volvió a centrar su atención en el monedero y volvió a introducir el dinero dentro para seguir con la búsqueda en el interior del bolso. Pero ya no había nada más. Garrido palpó con su mano, protegida por el guante de nitrilo, por si hubiera algún elemento bajo el forro rojo carmesí del bolso, pero no notó nada al tacto. Eso era todo. Volviendo a dejar el monedero dentro del bolso y extendiendo su mano para que Tomás le entregara las sombras y el lápiz de labios, los introdujo de nuevo tal cual los había encontrado. Tras meter las sombras, abrió el protector del pintalabios. De color negro y elegante, en la base tenía la doble «C» cruzada de Chanel. El nombre del color, «Carmen», figuraba en la etiqueta transparente. Acto seguido, quitó el plástico que hacía de tapa.

—Un color rojo muy *sexy* este «Carmen» —dijo guardando nuevamente la barra en el interior del plástico protector—. Agente, le hago responsable de que nadie toque el bolso hasta que lo analicen los de Científica. No quiero que la gente lo ande toqueteando y borren posibles huellas. —El inspector se volvió a poner de pie, ahora con más dudas en su cabeza.

—Si, claro. A la orden, jefe. —El agente había notado el tono jerárquico y de advertencia de la instrucción de Garrido.

Garrido y Tomás se separaron del agente y se quedaron mirando la escena, ahora con algo más de visibilidad. La niebla comenzaba a despejarse desde el lado más alejado del río, y ya casi se podía ver hasta la pasarela peatonal que cruzaba en altura casi sobre sus cabezas y que se encontraba a pocos metros de distancia.

—Desde luego no es un robo. —Tomás se quitó los guantes de nitrilo para poder frotarse de nuevo sus manos, algo amoratadas por el frío y doloridas por los raspones que se había producido

en la caída.

—Sí, eso parece. Tanto la estrangulación como el dinero que lleva en su bolso indican eso. — Garrido hizo una pausa, inspirando de manera profunda el aire fresco con olor a hierba del río, volviendo a mirar nuevamente a su alrededor; la niebla se levantaba cada vez con más rapidez. El olor le evocaba el recuerdo de su infancia en el pueblo de sus abuelos, en Ezcaray. Siempre le sucedía con el olor a tierra y vegetación mojada—. Pero ¿por qué una chica llevaría tanto dinero encima y vendría aquí con alguien? Desde luego debía de ser alguien de su confianza.

—Quizá vino con su novio o con un ligue para montárselo aquí en el parque.

—Puede ser —continuaba el inspector absorto en sus razonamientos—, pero si llevas tanto dinero en el bolso, ¿vendrías a follar aquí abajo con el frío que hace y lo poco que se ve? Mejor ir a un hotel o hacerlo en un coche, ¿no?

—Quizá les ponía hacerlo en un sitio público, o les dio un calentón, ya sabes cómo son los chavales. Si a eso le juntas algo de alcohol y las hormonas... No sé. Yo desde luego aquí no podría hacer nada con el frío que hace. Está claro que me estoy haciendo mayor... —Tomás no paraba de frotarse las manos y echarse vaho en ellas tratando de que cogieran algo de calor.

—Bueno, esperemos a que los de Científica hagan su trabajo y el forense realice el levantamiento de cadáver, y de ahí vamos viendo. De momento no tenemos ni la identidad de la joven, y eso es lo primero. Que sigan buscando su documentación y preguntando por si alguien más vio algo sobre esa hora, aunque fuera en la calle del Norte o en alguno de los locales de la zona. Si no, tendremos que esperar a la necrorreseña de los técnicos.

Garrido miró nuevamente al escenario que tenía ante sí. La claridad del día ya se había apoderado de la ciudad, y sabía de lo delicado de las fechas. A su cabeza venía la idea de que se aproximaban elecciones, y un homicidio de estas características sería la comidilla de todo el mundo, y no solo en Logroño. Desde los ciudadanos y la prensa hasta los superiores y políticos. Todo el mundo iba a querer respuestas rápidas que, de momento, no tenían. Eso iba a hacer que todo el caso fuera mucho más difícil.

Tras un último vistazo, Garrido se situó frente al cuerpo de la joven mientras se quitaba los guantes de nitrilo y los guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón. Delante de su cuerpo, cerró los ojos y respiró de forma profunda, exhalando a continuación mientras levantaba sus dos manos con las palmas hacia abajo y recitaba un verso que siempre repetía de forma invariable cuando iniciaba la investigación de un homicidio. Un contrato personal entre Garrido y el difunto sobre cuya muerte tenía que investigar. Era un ritual cuyo origen solo conocía Tomás, pero que nunca dejaba de hacer ante la presencia de alguna persona fallecida en alguno de sus casos:

—Son mis leyes el deshacer entuertos, prodigar el bien y evitar el mal.

Tras esto, Garrido volvió a recoger su mochila para salir del escenario. Tomás le acompañó sin inmutarse, acostumbrado al ritual que acababa de ver, pero el agente que se encontraba junto al cuerpo se quedó impactado, manteniendo silencio ante el gesto del inspector que no terminaba de entender muy bien.

La primera vez que Tomás vio que Garrido hacía su ritual frente a un cadáver, no pudo evitar soltar una carcajada, pero, ante la inmutabilidad del inspector, comprendió que era algo con un significado profundo para él. Una especie de vínculo que establecía con el fallecido. Aquel día, tras unos minutos tratando de aguantar las preguntas de Tomás sobre el tema de manera estéril, Garrido finalmente le contó que su padre, agente de policía y lector empedernido, amaba las hazañas de Don Quijote de la Mancha. Su padre, siempre que no estaba de servicio en el turno de noche, le representaba partes del libro antes de ir a dormir cuando era pequeño, jugando incluso

con espadas de cartón en la habitación hasta que su madre entraba a regañar a ambos por el alboroto y las horas. Durante toda su juventud y hasta la muerte de su padre, unos pocos años antes, este le había inculcado los valores de la justicia y los principios de *la profesión*, como él llamaba a ser policía, incluso desde bien pequeño. Y usando aquella frase, siempre le decía que debía ser la regla que rigiera la carrera de todo buen policía; una especie de juramento interno hacia los ciudadanos, pero también hacia él mismo, como todo un caballero andante quijotesco. El inspector, que, a pesar de dirigir una unidad de homicidios, no era de piedra y sufría por las cosas que veía, contó a Tomás que con esa frase recordaba el porqué de haberse convertido en policía. Con esa influencia paterna, sin duda, no extrañó a nadie cuando ingresó en el cuerpo de policía tan pronto como su edad se lo permitió.

—Hijo, ¿dónde tenéis al testigo que encontró el cuerpo? —preguntó al agente que se mantenía custodiando el cadáver mientras ambos inspectores ya se marchaban.

—En la parte de arriba del parque, señor. Estaba un poco nervioso después del hallazgo del cuerpo.

—Gracias por la ayuda. —Garrido se despidió de ambos agentes con un gesto, mientras que estos le respondieron llevando sus manos a sus gorras.

Garrido devolvió a los agentes un gesto de condescendencia. Aún podía recordar aquellos primeros años de agente, en los que lo mandaban a mantener la seguridad de una esquina sin aparente sentido, o una puerta en la que se había encontrado un cadáver. Él se desesperaba, pero su padre, siendo agente veterano del cuerpo, trataba de calmarlo siempre diciendo que antes de entrar en una unidad de élite, era bueno que «comiera» trinchera. «Eso —le recordaba constantemente— te da un valor añadido de respeto a tus compañeros. Te verán de otra manera». Sin duda, algo de razón tenía, pero la forma en la que llegó a dirigir la unidad de Homicidios no fue otra que trabajando mucho y dejando muchas cosas de lado. Incluso su vida personal y una familia que idealizaba tener, sabiendo que nunca llegaría tras años de *tronchas* y esperas, estando más fuera de casa que dentro.

Tomás andaba junto a su compañero sin poder parar de dar vueltas a sus ideas. A pesar de ser su trabajo, siempre le afectaba ver que jóvenes perdieran la vida. Ahora tocaba ponerse manos a la obra y descubrir por qué una chica tan joven había aparecido muerta sobre un altar de ramas. Además, el enigma de cómo es que la joven tenía tanto dinero, sin que la persona o personas que la habían matado se lo robaran, aumentaba las dudas sobre el caso.

—Lo primero que debemos hacer es averiguar de quién se trata —dijo Garrido de forma decidida.

—Sí, voy a llamar a los de Científica, que nos faciliten la necrorreseña una vez que le tomen las huellas; y les voy a pedir a los compañeros que han llegado ya a la Jefatura que miren si alguien ha puesto una denuncia por la desaparición de alguna chica durante la noche. Aún es pronto, pero quizá sus padres ya estén preocupados y avancemos algo sobre quién puede ser. —Tomás cogió su móvil y comenzó a llamar, para tratar de acelerar los trámites, mientras acompañaba a Garrido, que andaba a paso firme, con la mochila sobre su hombro, a través del camino que llevaba al estacionamiento por el parque.

—Perfecto, voy a ir hablando con el testigo que encontró el cuerpo. Quédate por aquí hasta que lleguen los de Científica; no quiero que nadie toque nada que no deba ni que fastidien alguna prueba ahora que empieza a irse la niebla.

Tomás se despidió haciendo un gesto con su mano, dándose por enterado de las instrucciones del inspector y separándose un poco al no poder seguir el ritmo de su compañero y hablar por el

teléfono a la vez.

Garrido escaló la rampa de tierra que daba acceso a la parte más elevada del parque, acercándose al inspector del turno de noche, que aún andaba coordinando la seguridad del parque desde la zona cercana a la pasarela peatonal.

—¿El testigo aún lo tenemos por aquí, Fran?

—Sí, está en la ambulancia. Estaba en *shock* por el hallazgo, y decidí que se quedara con los sanitarios antes de llevarlo a comisaría. —El inspector indicó a su compañero dónde se encontraba la ambulancia, en uno de los lados reservados en el estacionamiento del parque, frente al Cubo del Revellín.

—Perfecto, gracias. —Garrido anduvo decidido los pocos metros que lo separaban de la ambulancia, observando desde lo lejos cómo un perro se encontraba sentado junto a la puerta del vehículo sanitario de color amarillo. Era un pointer de color marrón chocolate, con un collar de color rojo que conjuntaba perfectamente con su pelaje. Alguien le había puesto agua en una botella de plástico partida por la mitad. Sin duda, era el mínimo premio a un buen trabajo rastreando. — ¡Hola, bonito! —Garrido era un gran amante de los perros. Se había criado de pequeño rodeado de ellos, como animales de compañía y ayuda en las labores del campo, con sus abuelos. — ¡Buen perro! ¡Buen perro! —El can, ante las caricias del agente, no paraba de excitarse aún más, incorporándose y comenzando a gruñir y a ladrarle mostrando su alegría. Garrido pensaba cómo el estado de ánimo y felicidad que mostraba el perro no se correspondía con la gravedad de los hechos, y cómo le gustaría que su hallazgo hubiera sido simplemente el de un animal y no el cuerpo de una joven muerta.

Tras unos segundos jugando con el animal, el agente se acercó a la puerta de la ambulancia y golpeó con la palma de su mano un par de veces para que le abrieran. Acto seguido, un sanitario abrió la puerta corredera del vehículo dejando salir solo su cabeza para mantener la intimidad interior.

—¿Sí?

—Soy el inspector de Homicidios Daniel Garrido. Debo hablar con el testigo... Carlos Salazar. Si ya han terminado de atenderlo, claro.

—Sí, cómo no. —El sanitario abrió el portón de la ambulancia completamente, haciendo un gesto a sus compañeros para que se bajaran y así dejar solos a testigo y policía. Fuera, el perro comenzó a ladrar al ver a su dueño dentro de la ambulancia.

—¡Tranquilo, Golfo! Ahora salgo. —Carlos se encontraba sentado en la camilla de la ambulancia, abrigado con una manta blanca con el emblema del Servicio Riojano de Salud. La espera lo había dejado helado al vestir únicamente ropa deportiva de licra fina para correr.

Garrido miró al perro una vez más sin poder evitar esbozar una sonrisa, devolviéndole este una mirada a la espera de una nueva caricia, acoplando sus orejas hacia atrás y dejando su cráneo de forma lisa.

—Tiene usted un buen perro, Carlos —dijo aprovechando para subir al interior del vehículo, cerrando tras de sí el portón corredero.

—Sí, la verdad es que es muy bueno. Lo tengo desde hace tres años. Aún es joven y tiene mucha energía, por eso lo saco a correr conmigo.

—Entiendo... Soy el inspector Daniel Garrido —extendió su mano para saludarlo, siendo devuelto el gesto por Carlos—, el responsable del Grupo de Homicidios de Logroño. Dirigiré la investigación para averiguar qué es lo que ha pasado y quién ha podido ser el culpable de haber matado a la chica que usted ha encontrado. —Garrido posó su mochila de trabajo en el suelo de la

ambulancia y abrió uno de los bolsillos laterales extrayendo su libreta de notas. A continuación, sacó el bolígrafo del interior de su chaqueta—. Por favor, Carlos, cuénteme cómo encontró el cuerpo. —El agente se sentó en el lugar destinado a los enfermeros, frente a la camilla. Trataba de mostrar calma hacia su testigo. Sus años de experiencia le habían demostrado que las prisas no son buenas compañeras para las declaraciones de estos.

—Pues, como ya les he comentado a los primeros policías, estaba corriendo por el parque. Siempre salgo a correr muy pronto; tengo dos niñas, y luego ya es imposible durante el día. No sé si tiene niños... ya sabe. Bueno, cuando iba por el camino paralelo al río, junto a las praderas de hierba, Golfo salió corriendo por el terraplén empezando a ladrar. Lo suele hacer muy a menudo, no deja de ser un perro de caza, y, de vez en cuando, le viene un rastro y el instinto le puede. Pensé que vendría tras unos segundos, es lo que suele pasar, pero comencé a oírle ladrar cada vez más insistentemente. Imaginé que sería que había visto un gato o una rata, le pasa mucho por aquí, así que comencé a silbarle y a llamarlo con palmadas para que volviera. Alguna vez, incluso, me ha venido con algún animal muerto en la boca, ¿sabe?

—Entiendo. ¿Eso sobre qué hora fue?

—Pues, a ver..., yo salgo a correr a eso de las 06:20 de la mañana, y tardo como diez minutos en llegar aquí; vengo desde la Gran Vía, luego la avenida de la Rioja y bajo la calle Sagasta hasta llegar al parque, así que serían, más o menos, las 06:30. Pero, espere, que miro el teléfono... —Tras unos segundos cotejando la aplicación de deporte del móvil, confirmó la hora—: Sí, las 06:34 exactamente.

—Perfecto, continúe. —Garrido no perdía detalle de la explicación del hombre mientras anotaba en el papel sin bajar la mirada a su libreta.

—Pues, después de llamarlo varias veces, el perro seguía ladrando muy nervioso. Pensé que quizá se podía haber quedado atrapado con algo, no sé, y como no se veía nada por la niebla, decidí bajar a por él; pero justo antes de intentarlo por el terraplén, vi que Golfo regresaba a la carrera, así que esperé a que subiera, lo sujeté durante unos metros con la correa, y volvimos al camino.

—OK, lo está haciendo genial. —Garrido buscaba que su testigo se sintiera cómodo y no quería interrumpirlo más que lo necesario para dejar fluir su recuerdo y que continuara hablando.

—Pues, como le decía, comencé de nuevo a correr y, pasados unos metros, lo solté para ir más cómodo; la verdad es que no se veía mucho con la niebla que había, y me daba miedo que, con algún tirón del perro, me pudiera tropezar. Pasados unos pocos metros —Carlos levantaba sus ojos reviviendo cada detalle—, Golfo volvió a escaparse de nuevo, regresando hacia la zona de donde había salido: la del terraplén, junto a la pasarela peatonal. Volví a llamarlo y silbarle, pero esta vez no volvía, así que decidí regresar trotando hacia la zona por donde se había ido y bajé a la zona del río. Aún era bastante de noche, y no veía a prácticamente un par de metros de distancia. Ni siquiera se veían con claridad las luces del parque, y, con el frío que hacía, me estaba quedando helado con tanto parón.

Garrido no perdía detalle de la explicación, era consciente de que el más mínimo detalle podría serle de utilidad posteriormente. Además, lo que su testigo había vivido había pasado hacía pocos minutos, y parte de la información se perdería pasados días, o incluso en horas. Solía suceder siempre con los testigos directos que, pasados los primeros momentos del suceso, posteriormente adecuaban su memoria a ciertos detalles, o bien esta se corrompía con informaciones que aparecían en la prensa, haciéndolas suyas en su cabeza como si fueran reales aunque no hubieran pasado exactamente así los hechos.

—Carlos, realmente está siendo de gran ayuda, se lo agradezco mucho. Ahora necesito que respire profundamente, cierre los ojos y trate de ubicar ese momento en que regresó al río a por Golfo. —El agente trataba de llevar al testigo a un punto de concentración mucho mayor respecto de sus sensaciones y matices del momento del hallazgo.

—Pues —comenzó a inhalar y exhalar aire de forma profunda— continué llamándolo, gritando y silbando. Normalmente viene tras unos minutos, como le he dicho, pero lo notaba muy excitado, así que pensé que, o bien era un animal vivo que se le estaba encarando, o que era algo importante, como que se hubiera enganchado con algo, con lo que me preocupé más. —Carlos hizo una pausa abriendo los ojos, se sentía culpable por cómo había descrito la situación—. Siento hablar así, sé que es una chica muerta.

—No tiene que preocuparse conmigo, de verdad, estoy acostumbrado. —Garrido habló de forma cálida, tratando de transmitirle algo de tranquilidad—. Continúe, por favor.

—Pues bajé a duras penas por uno de los caminos que conducen a la ribera del río. La verdad es que tuve que medio sentarme para no caerme por el terraplén. Una vez abajo, ya no veía nada. La luz de las farolas del parque apenas llegaba a la parte baja del río, y Golfo ladraba más y más fuerte. Incluso gruñía. Así que traté de iluminar algo con la luz del teléfono móvil, pero apenas veía más allá de un metro. Así que seguí los ladridos del perro mientras le iba gritando para que no parase de ladrar hasta que llegué al punto donde estaba; recuerdo que casi me tropiezo un par de veces con ramas y agujeros. Cuando ya estaba cerca de él, primero lo noté muy nervioso, y después pude ver, al alumbrar con el teléfono, los zapatos y las piernas de la chica. Después el resto del cuerpo. Me tropecé con las ramas al tratar de acercarme a ella para ver si respiraba, pero no se movía. Traté de tomarle el pulso y no conseguí localizarlo, pero noté que aún estaba caliente. Parecía como dormida, ¿sabe? —La voz se le resquebrajaba cada vez más, hasta que el nudo de su garganta le impidió continuar hablando y comenzaron a caer unas lágrimas de sus ojos—. Así que la zarandé del hombro por si se movía, pero nada.

—Tranquilo, Carlos, entiendo que lo que ha visto es muy duro. No se preocupe por llorar o gritar. Es normal. No estamos acostumbrados a ver este tipo de cosas.

—Tengo dos niñas. ¡Podrían ser mis hijas, por Dios! —Carlos golpeaba la camilla de la ambulancia, llevándose nuevamente las manos a la cara. Sin duda, nunca olvidaría su hallazgo.

—Trate de respirar... —Garrido se levantó y se sentó junto a Carlos en la camilla—. Verá, entiendo que es muy duro lo que usted ha visto, pero, sin lugar a dudas, usted será fundamental para poder encontrar a la persona que hizo esto.

Tras inspirar y espirar un par de veces, Carlos consiguió contener su ataque de nervios ante el silencio del inspector. Garrido, con la imagen de serenidad y autoridad que transmitía con su sola presencia, conseguía aportar calma en situaciones difíciles en que las personas estaban nerviosas. Siempre le había pasado, desde sus primeros años de policía. Con el cargo que ostentaba como jefe de Homicidios, su templanza y serenidad eran un valor añadido a su capacidad de sacrificio. Carlos, ya más tranquilo y cogiendo aire de nuevo de forma profunda, retomó la explicación de cómo había encontrado el cuerpo:

—Tras notar que no reaccionaba, puse mi mano en su nariz. Ahí ya me di cuenta de que estaba muerta y les llamé corriendo.

—Lo ha hecho usted muy bien, Carlos. —Garrido no quería perder el momento de concentración—. Dígame una cosa: ¿en ningún momento vio a nadie en el parque, o algún tipo de luces? Necesito que vuelva a cerrar los ojos y vuelva a repasar el momento en que se acercó al cuerpo, cuando ya estaba en la ribera.

Carlos cerró los ojos nuevamente y comenzó a respirar más despacio.

—Respire lenta y profundamente, sienta la arena cuando tocó el suelo tras bajar por el terraplén, y cómo el frío aire y la humedad entraban en sus pulmones, el olor a vegetación y los sonidos de aquel momento. —Garrido trataba de guiarlo a un estado de concentración más profundo.

—Cuando me acerqué y vi que el perro ladraba, vi los zapatos de la chica. El perro estaba muy nervioso, incluso gruñía.

—¿Es normal que su perro gruñía?

—No es normal, pero, claro, no suele encontrar cuerpos de personas, no sabría decirle. Solo le he visto gruñir así cuando el animal está vivo. —Carlos seguía hablando, con sus ojos cerrados, visualizando interiormente el momento—. Al ver el cuerpo, creo que grité y traté de acercarme a la cabeza de la chica para ver si estaba viva, moviéndole el hombro, como le he dicho, pero me tropecé. Siento no poder ayudarles más, inspector, de verdad.

—Nos está ayudando mucho. ¿Y Golfo ahí dejó de ladrar?

—¿A qué se refiere?

—A si, una vez que usted se acercó al cuerpo, continuó ladrando.

—Pues... no sabría decirle. Juraría que no, pero quizá no lo escuchaba por los nervios. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Bueno, puede ser que llegara justo cuando aún estaba allí la persona que lo hizo, y por ello ladraba tanto el perro. Cuando yo era pequeño —Garrido trataba de ser empático—, los perros de mis abuelos ladraban siempre que alguien se acercaba al corral o al lugar donde tenían los animales.

—Ahora que lo dice, creo que grité y el perro aún ladraba, y cuando me acerqué a la cara de la joven, el perro gruñó durante unos segundos y después paró. Sentí ruido; quizá era alguien arrastrando algo o un animal moviéndose entre las hierbas, pero, entre tratar de mantener el equilibrio y los nervios, no le sabría decir con seguridad.

—Genial. Carlos, realmente usted ha sido de mucha ayuda. Ahora vamos a necesitar que vaya usted a comisaría a poner todo esto por escrito. Un agente de mi unidad le llevará al grupo, y después le acercamos a su casa. ¿De acuerdo?

—¿Cree que estaba allí la persona que mató a la joven? ¿Me podrían haber matado a mí también? ¿Cree que podrá identificarme si me ve? —Carlos ahora estaba más nervioso, pensando en que quizá podría haber sido también asesinado o reconocido por el que le hizo eso a la joven.

—No se preocupe. Creo que usted no era el objetivo del asesino, y, además, Golfo ha hecho una estupenda labor, seguro que también le ha protegido. Además, usted no podía ver, de modo que es complicado que le pudiera reconocer el que ha hecho esto, salvo que se hubiera topado con usted de frente. En cualquier caso, un agente le acompañará, y reforzaremos la vigilancia en su domicilio para que usted y su familia estén más tranquilos, ¿le parece bien?

—Muchas gracias.

Garrido se incorporó, guardando su libreta en el bolsillo de su mochila, cogiendo su bolsa del suelo de la ambulancia y colocándosela al hombro. Cuando salió del vehículo, los sanitarios estaban esperando fuera, pendientes de que el inspector les dijera algo; pero Garrido, hombre parco en palabras, no haría ningún comentario de lo que habían hablado dentro.

Ya fuera, hizo un gesto para que se aproximara uno de los agentes que mantenían el perímetro en la zona del estacionamiento. El agente se acercó a paso rápido hacia el inspector.

—Agente, acompañe al testigo hasta que uno de mis hombres venga a buscarlo. Ya estarán de

camino. No se separe de él ni deje que nadie hable con él. ¿Ha entendido?

—Sí, señor, comprendido. A la orden.

Garrido se dirigió pensativo hacia el estacionamiento. Allí, Tomás se le acercó para contarle novedades:

—Ya están con la necrorreseña para saber quién es, y desde el grupo me dicen que aún no hay ninguna denuncia de desaparición que corresponda con una chica de sus características.

—Vale, perfecto. Pues infórmame tan pronto tengamos la identificación. Y dile a uno de los compañeros que vengán a llevarse al testigo. Pero que vengán por la parte de atrás del estacionamiento: no quiero que la prensa sepa quién es y le pongan cara.

—Claro. ¿Y qué tal con él?

—Bien, está afectado, como es lógico. Pero tengo el presentimiento de que el perro encontró el cuerpo y también al asesino en el momento en que estaba dejándolo.

—¡No jodas!

—Sí, es solo un presentimiento, pero los gruñidos que me ha dicho que hacía... Me da la sensación de que había alguien más.

—¿Pero lo ha visto?

—No, no. De hecho, cuando se lo he insinuado, se ha acojonado aún más. Pero bueno, no quiero que hable con nadie hasta que llegue al grupo. Que lo custodie un agente. Evita que los periodistas o alguien más identifique quién es. Coge también los datos de los de la ambulancia e indícales que, si sacan su nombre, los haremos responsables.

—OK, eso está hecho.

—Yo me voy yendo a la Jefatura, ¿vale? Te veo allí.

Garrido anduvo hacia su coche sin salir de sus pensamientos. La nube de curiosos y periodistas empezaba a ser abrumadora. Ahora que la niebla se había despejado y empezaba la mañana, los primeros curiosos comenzaban a agolparse frente al cordón policial atraídos por las luces de los puentes de las patrullas.

Ya dentro del coche, Garrido esperó a que el grupo de personas fuera apartado por los policías para poder salir del estacionamiento. Gente de todas las edades se agolpaba mirando cómo salía el coche patrulla. Mientras tanto, algunos de los periodistas de la ciudad trataban de acercarse a él y a su coche oficial camuflado sin éxito. Para ellos, Garrido no era un desconocido; sabían que él sería quien llevaría esta investigación hasta el final.

CAPÍTULO III

SENSACIONES

El ocio nocturno puede parecer mucho más idílico de lo que realmente es. Estar desvelado de forma crónica, noche tras noche, y no saber qué pasa durante el día no parece una forma de vida sencilla de aguantar más allá de los años de juventud. Este tipo de vida, sin duda, te puede atrapar como la miel a las moscas. Al igual que esta, resulta tremendamente dulce al principio: todo son risas, gente bien vestida a tu alrededor y buen ambiente; pero también puede llegar a empalagar cuando la consumes en exceso. De forma icónica y constante, cada noche, la gente desea resaltar y mostrarse feliz ante los demás, un precio demasiado alto cuando no todo en la vida es de color de rosa. Pero, de manera silenciosa e imperceptible, también te aleja de la realidad que fluye en el mundo de los «diurnos». La vida real, para la mayoría de la sociedad, se encuentra en el día; en la noche, aunque despierto, todo lo que se vive puede llegar a ser un sueño. También la forma de relacionarse.

Lisa, como cada día de trabajo nocturno, consumía las últimas horas de la tarde repartiendo publicidad del Kelpies, uno de los locales míticos de la ciudad, entre el bullicio de gente que comenzaba la noche tomando pinchos acompañados de los vinos de la región por la calle Laurel. Aunque la primavera comenzaba a regalar ciertos momentos de calor durante el día, al final de la tarde, cuando el sol comenzaba a decaer e iluminar con intensos rayos de sol de color naranja los callejones del centro de Logroño, el frío volvía para colarse entre los huesos. Como era obligado para todas las camareras de los *pubs* y discotecas de la ciudad, estas debían dar buena imagen y vestir ropa ajustada para atraer a cuantos más clientes mejor; más aún en época de despedidas de soltero. Este atuendo, sin duda, no ayudaba mucho a evitar destemplarse en aquel particularmente frío mes de mayo. Lisa repartía la publicidad provista de su cazadora de cuero entallada, con amplio cuello de solapas, que apenas le llegaba a tapar las caderas, un pañuelo con brillos dorados, minifalda y dos pares de medias con las que trataba de esquivar un frío inevitable para sus piernas mientras recorría las calles aledañas al centro, donde comenzaba a agolparse cada vez más gente: paseo del Espolón, Bretón de los Herreros y la bulliciosa calle Laurel. A pesar de estar acostumbrada al mundo de la noche, la cansaban los hombres tan pesados que abundaban en él, que, con la justificación de la despedida de soltero, y vistiendo disfraces a cuál más absurdo, hacían comentarios poco afortunados hacia ella, bromas sin gracia y algún que otro acercamiento que, para su desgracia, ya estaba más que acostumbrada a esquivar. Su cuerpo, delgado y formado por años de atletismo durante la adolescencia, junto a su cara, de rasgos finos, ojos verdes y pelo negro, hacían que aún más hombres trataran de acercarse a ella para ligar. Por eso, aunque debía pasar por los bares más emblemáticos de Laurel para repartir publicidad, trataba de no permanecer mucho rato allí, tomando algo de aire por las calles aledañas, un poco más despejadas. La gente que se acercaba al centro de la ciudad tomaba unos pinchos y cenaba antes

de comenzar a acudir a los *pubs* de la zona, de modo que era la mejor forma de convencer a los clientes que ya estaban dispuestos a tomar unas copas por la noche. Tras un par de horas repartiendo publicidad, subió a su casa, en Bretón de los Herreros, para entrar en calor y quitarse los dos pares de medias que llevaba. Trabajando en el interior del local, le sobraba la doble capa en sus piernas, por la actividad incesante tras la barra. Lisa aprovechó para cenar algo y dar un último beso a su madre antes de que esta fuera a su guardia nocturna, en el Hospital de San Pedro, como enfermera de urgencias. Tras terminar de maquillarse, se vistió para la segunda parte de la jornada: servir copas durante toda la noche del viernes. Al salir del portal, ya notó cómo el frío se había adueñado de la noche y la niebla comenzaba a tomar, de forma tibia, las calles de la ciudad, haciendo aún más penetrante y húmeda la sensación de frío; sobre todo cuando vistes un vestido de fiesta ajustado, con palabra de honor y minifalda de color gris, medias finas y unos tacones de fiesta de color negro. Un uniforme tipo que podría usar cualquier camarera de un *pub* de copas. «No sé si ya tengo menos aguante para los tacones o para no darles una bofetada a los babosos por agradecidos», pensaba mientras se abrochaba los botones del abrigo y recorría el corto trayecto desde su casa hasta la plaza del Espolón, donde la esperaba otra de las camareras que tenía el mismo turno que ella en el *pub*. Sin embargo, a pesar de las cosas negativas, trabajar en el Kelpies aportaba a Lisa una independencia económica que agradecía. No era la típica joven que se sentía cómoda pidiendo dinero en su casa; ella prefería la tranquilidad de saber que podía pagarse sus propios caprichos y ayudar con los gastos de la carrera de Derecho que había empezado en ese curso. Era consciente, además, del esfuerzo que hacía su madre cogiendo siempre los turnos de noche en el hospital para poder incrementar algo su sueldo y vivir de una forma más cómoda.

Ya en el local, apenas eran las diez y media de la noche, y comenzaban a llegar las primeras personas. También el resto de los camareros y camareras. Durante toda la noche, Lisa apenas pudo parar. La época de las despedidas se notaba, y el local, ubicado en la calle Sagasta, se encontraba en un lugar perfecto para continuar tomando algo tras tomar unos pinchos en Laurel. Durante la noche, los porteros se tuvieron que emplear a fondo cuando los grupos de jóvenes disfrazados de manera ridícula perdían las formas, sacándoles, con mejores o peores modales, a la calle para que continuaran la fiesta en otro lugar. El Kelpies era un *pub* tranquilo en el que no se permitían muchos desmadres, simplemente bailar la música de actualidad y consumir copas o chupitos. Un local con buen ambiente, perfecto para gente relajada y parejas que se retiran pronto en sus salidas nocturnas.

A las cuatro y media, el local comenzó a encender sus luces y apagar la música. Era el momento de echar el cierre y, en la medida de lo posible, ponerse a limpiar las camareras durante la media hora que tenían acordada con el dueño del local, Jota. Tras recoger las copas medio vacías que quedaban repartidas por el local y barrer el suelo, las camareras comenzaron a buscar sus abrigos en el vestuario que tenía el local tras la cocina, algunas dispuestas a regresar a sus casas, y otras con ganas de tomar un desayuno contundente que repusiera el cansancio antes de ir a la cama.

—¿Nos vamos a desayunar, chicas? —dijo una de las compañeras mirando al grupo de camareras mientras se cerraba el abrigo, en la puerta del local, y se frotaba sus brazos con las manos tratando de entrar en calor de forma rápida.

—Yo hoy no, guapas, que estoy muerta. —Lisa notaba el peso de sus párpados y el picor de ojos más que otros días. Tanta actividad por la celebración de despedidas de soltero le había pasado factura—. Estoy deseando meterme en la cama con mi pijama de forro polar bien gordito y

ver si puedo entrar en calor antes de dormir, que no es normal el tiempo que hace para estar en mayo. Ojalá llegue el verano de una vez.

El resto del grupo trató de convencerla con gritos de decepción y muecas imitando lloros —«¡Venga!, ¿nos vas a abandonar en el desayuno?»—, incluso alguna compañera trató de agarrarla del brazo de manera desesperada y algo teatral, cosa que le hizo bastante gracia a Lisa, aunque no consiguió cambiar su opinión.

—De verdad que no, chicas; si queréis, esta noche cenamos todas juntas antes de entrar, ¿OK?

—Yo también me tengo que ir, chicas —dijo, justo cuando salía por la puerta, otra de las camareras y mejor amiga de Lisa, Nastya, con un marcado acento de Europa del Este mientras cogía a su amiga por el brazo y se alejaba junto a ella en sentido contrario al que estaban tomando el resto de las camareras, deseosas de un desayuno con chocolate caliente—. ¡Hasta esta noche! —dijo la joven lanzando varios besos al grupo, apartando su melena pelirroja para colocarse un pañuelo en la garganta y su abrigo sin detener la marcha.

—¿También estas cansada, Nastya?

—Sí, cariño... Ya no aguanto más.

Nastya caminaba junto a su amiga sin prestarle mucha atención. Ambas recorrían la calle principal sin hablarse. En la calle, únicamente se cruzaban con algún grupo de jóvenes cansados de la fiesta nocturna de vuelta a sus casas, o parejas abrazadas tratando de reducir el frío mediante el calor corporal, reinando un silencio únicamente roto por algún que otro grito lejano y el sonido acompasado de los tacones de ambas. La niebla, cada vez más densa, comenzaba a adueñarse de la ciudad, limitando mucho la visibilidad a una decena de metros. Lisa se encontraba algo molesta por el silencio de Nastya, en parte por el sueño, que ya le pesaba y limitaba su paciencia, y en parte por la indiferencia de su amiga, que llevaba su brazo entrelazado al suyo ignorándola, estando totalmente centrada en escribir en su teléfono, en el que no dejaba de sonar la entrada de mensajes de forma incesante. Aunque no podía llegar a identificar quién se los mandaba, por no querer dejar de mirar al suelo, el cual hacía una peligrosa mezcla con sus tacones y el empedrado húmedo y resbaladizo, imaginaba que el obsesivo compulsivo que se encontraba al otro lado del teléfono sería el novio de su amiga, con el que no llegaba a llevarse bien del todo.

—¿Está Tony bien? ¡Qué pesado que es ese chico! —Lisa, sin duda, tenía un don para no andarse con rodeos. Mientras, se hacía la indiferente mirando al suelo, evitando en lo posible las grietas de la acera para no torcerse sus tobillos helados.

—Eh, no. Es solo que está celoso, imagino. No voy a dormir a su casa esta noche; prefiero ir donde mis padres, que luego no me dejan en paz con que si hago lo que quiero y que la casa no es un hotel, ya sabes. —Nastya, originaria de Ucrania, manejaba un perfecto español, aunque aún no era capaz de disimular del todo su acento de Europa del Este.

—Que le jodan, mi niña, que ese tío es un pesado, te lo he dicho mil veces. —A Lisa nunca le había caído bien Tony. Sobre todo por su mal entendido sentido de la posesión con respecto a su amiga.

—Bueno, ya sé que no es de tu agrado, pero se porta muy bien conmigo y se preocupa de todo lo que hago y cómo me encuentro. —Nastya apenas separaba la mirada del teléfono mientras caminaban por la calle inundada por una niebla cada vez más espesa que no dejaba ver más allá de unas pocas farolas. El móvil de la joven no dejaba de sonar por la entrada incesante de mensajes. Incluso sin llegar a leer los mensajes, se podía adivinar que quien los mandaba se encontraba nervioso y no tenía muy buen control de sus impulsos.

—Preocuparse por ti es una manera muy sutil de decir que entiende que eres su posesión,

cariño. —Lisa se dio cuenta de lo estéril que era intentar convencerla, ya que apenas le prestaba atención. Nunca le cayó bien su novio, con tanto control hacia Nastya, pero este sentimiento no era así para ella—. Bueno, tú misma. El día que quieras darle una patada en el culo, tienes mi apoyo, ya lo sabes —dijo guiñándole el ojo de forma amigable para no avasallarla más. Nastya le devolvió una mirada de reojo esbozando una leve sonrisa de complicidad.

—Lo sé, cariño.

El final de la calle Sagasta, en el cruce con Bretón de los Herreros, era el punto donde ambas tenían que separarse. Lisa se despidió de Nastya dándole un abrazo, acompañado con un intento inútil de frotarle la espalda con sus manos para darle calor, y un beso en sus labios. Siempre se despedía así de ella. En el mundo de la noche, era muy normal despedirse de esta forma tan cariñosa entre las amigas, aunque, muchas veces, eran vistas con miradas incrédulas por parte de la gente de la ciudad, mucho más conservadora que en otras grandes metrópolis.

—Luego hablamos, mi niña.

—Vale, amor —soltó Nastya con un marcado acento del este mientras le sonreía en la despedida, regresando su atención hacia la pantalla del teléfono.

Lisa inició el camino en dirección a su casa. Encogía su cuerpo por efecto del frío. A pesar de la sensación de cansancio y de tener los ojos secos por el sueño, no pudo evitar pensar en lo mucho que le gustaba el acento que ponía su amiga para hacerle reír. A veces, incluso, le pedía que le hablara en ucraniano. Le hacía mucha gracia ver lo rápido que hablaba en otro idioma tan distinto al castellano. En ocasiones había sentido algún amago de cosquilleo en el estómago al verle hacerlo; quizá fuera algún tipo de excitación, aunque rápidamente trataba de quitarse esa idea de su cabeza. Desde hacía algún tiempo, Lisa mantenía una lucha interna con su sexualidad que trataba de aparcar a un lado a pesar de la seguridad que mostraba en sí misma en el resto de los ámbitos de la vida.

La joven recorrió el camino a casa de manera automática, perdida en sus pensamientos. Al llegar a la parte peatonal de la calle, se percató de lo densa que se estaba volviendo la niebla. Aún era algo pronto para que hubiera gente por la calle en esa parte de la ciudad, y el único sonido que la acompañaba por las calles más estrechas que llevaban a su casa era el de sus tacones sobre el suelo de piedra. La luz de las farolas, difuminada por el agua en suspensión, marcaba la línea de la calle, dejando todo lo que estaba fuera de su alcance bajo una tétrica aura de neblina. Mayo apenas acababa de empezar, y cada día amanecía antes; dentro de poco, durante los meses de verano, coincidiría la salida del sol con la salida de su trabajo en el Kelpies, algo que hacía que le costara conciliar con más dificultad el sueño a Lisa. El frío, sin embargo, se resistía a marcharse aún de la ciudad. Aunque bastante menos que los peores meses del invierno duro de Logroño, seguía siendo una temperatura muy baja para la primavera que estaba tratando de llegar.

Tras apenas cinco minutos de caminata, Lisa llegó al portal de su bloque, una finca antigua, con la fachada restaurada unos años antes, en Bretón de los Herreros. Durante la restauración del edificio, parte de este se pintó con un color lima pálido algo desagradable, un tono difícilmente deseable para una fachada con algo de estética. Lisa nunca llegó a entender la elección de ese color tan feo y raro por parte de la comunidad de vecinos, aunque siempre había pensado que, quizá, simplemente fue el más barato que les habían ofertado. Al menos, el color de la fachada permitía ubicar sin lugar a equivocación el portal en la calle. Con el frío descontrolando sus escalofríos, Lisa sacó las llaves de su bolso, cayéndose estas al suelo sin poder evitarlo debido a la torpeza que le provocaba el agarrotamiento de sus músculos y sus manos heladas.

—¡Qué torpe eres, hija! —soltó para sí misma, agachándose a cogerlas tratando de mantener el equilibrio sobre los zapatos de fino tacón que vestía.

Cuando cogió las llaves, notó que algo pasaba detrás de ella levantando aire a su paso. Una sensación de escalofrío recorrió todo su cuerpo como un rayo, levantándose de un salto; pero al girarse no vio nada. Podía notar los latidos de su corazón, que se le salía por la boca. Aún en vilo, miró al otro lado de la calle, pero allí tampoco observó a nadie. Su sensación de haber sentido pasar a alguien era muy real, pero no había ni rastro de gente hasta donde le dejaba ver la niebla. La visión no era de muchos metros, pero, de haber pasado alguien, no le habría dado tiempo de desaparecer, ni siquiera corriendo. «Quizá esté escondido», pensó rápidamente para sus adentros, recordando como un fogonazo las miles de veces que su madre le había dicho lo poco que le gustaba que volviera sola a esas horas de la noche y los peligros de que alguien le hiciera algo en un portal. Volvió a mirar a ambos lados de la calle sin encontrar ningún bulto sospechoso en ninguna fachada ni tras ninguna de las farolas que trataban de iluminar la vía sin mucho éxito. Con la mano temblorosa, esta vez más por el miedo que por el frío, metió la llave en la cerradura de la puerta de madera y cristal de la finca, entrando al portal y tratando de cerrar la puerta tan pronto como su fuerza se lo permitió. Esta se resistió, por el dispositivo para evitar los portazos de los que se quejaban tanto los vecinos del edificio. Una vez cerrada, y con la tranquilidad de haber abandonado la calle, Lisa apoyó su frente sobre el cristal que recorría de manera vertical la puerta. Se encontraba helado. La joven exhaló una bocanada de aire por el alivio de encontrarse sana y salva en el interior, creándose una capa de vaho sobre el cristal. Sus manos empujaban la puerta con fuerza por el miedo a que alguien pudiera intentar abrirla desde el exterior. Tras unos segundos recuperándose del susto y sin dar la luz del portal, volvió a levantar su mirada para observar la calle. Quizá ahora, desde la oscuridad y a salvo, tendría una mejor visual y podría observar con más detenimiento los movimientos del exterior. Pero, tras un momento de observación silenciosa, nada ni nadie se movía fuera. «Era tan real... Juraría que no ha sido una alucinación», se repetía a sí misma buscando el más mínimo movimiento en el exterior. El aire de su respiración, tan pegada como estaba al cristal de la puerta, aumentaba la marca de vaho con cada exhalación, dificultando aún más su visión. Tras unos interminables segundos, su cansancio se abrió paso entre la adrenalina del momento. Se quitó los zapatos de tacón de aguja para poder ir más rápido y no hacer tanto ruido, subiendo las escaleras hacia el segundo piso a paso firme, dando las luces del rellano que encontraba a su paso por el miedo a volver a la oscuridad del portal. Una vez llegó a su puerta, pudo sentir el alivio que le causaba saber que, por fin, se encontraba en un lugar seguro, su casa.

Aún era pronto para que su madre hubiera vuelto del turno en el hospital, de forma que, sin cuidar mucho el ruido que hacía, se fue quitando la ropa de camino a la habitación, golpeándose con las paredes mientras luchaba por llegar a la cremallera de su espalda y quitarse el vestido lo antes posible, deseosa de sentir la sensación de confort de su cama. Primero, la cremallera de su vestido, y después, las medias. Tras ponerse unas bragas rojas de algodón y una camiseta ajustada, su pijama de forro polar de invierno fue su segunda capa para tratar de recuperar la temperatura durante las horas de sueño. Estaba segura de que en unas horas moriría de calor con él bajo las mantas, pero ahora mismo necesitaba recuperar la temperatura perdida en su paseo nocturno desde el Kelpies; ya tendría tiempo de ir quitándose ropa si se sentía agobiada, como le sucedía cada noche en su duermevela. Una vez conseguida la meta del pijama, tocaba luchar por pasarse las toallitas desmaquillantes por la cara sin dormirse antes. Lisa se miraba durante el proceso en el cristal del baño para eliminar todo rastro de la sombra de ojos, notando que perdía la batalla por

mantener los párpados abiertos por más tiempo. Ya metida en su cama, y con la espalda dolorida por los escalofríos sufridos en la vuelta a casa, su último pensamiento fue de alivio al recordar el susto que había pasado y sentir que estaba sana y salva bajo su edredón. Tras mandar un último mensaje a su madre para tranquilizarla por su llegada a casa sana y salva, el sueño se apoderó de ella en pocos segundos.

CAPÍTULO IV

UNA PESADILLA AL DESPERTAR

Cinco horas después de haberse acostado, el sonido incesante del portero automático despertaba a Lisa. Era raro, todos sus amigos sabían que trabajaba de noche o bien hacían lo mismo que ella, y sus familiares, además, sabían que los fines de semana Lisa trabajaba en el Kelpies y su madre en el hospital, con lo que, normalmente, nadie molestaba hasta la hora de comer por miedo a interrumpir el descanso.

El volumen desagradable del telefonillo terminó por evitar que Lisa siguiera en la cama al pensar que podría despertar también a su madre, que había llegado algunas horas después que ella de su guardia.

—¿Quién coño será? —maldecía mientras caminaba a trompicones por el pasillo en penumbra hasta llegar a la puerta sin apenas poder abrir sus ojos hinchados por el sueño.

—¿Elisabeth Martín? —preguntaron desde el otro lado del telefonillo.

Debía de ser algo importante: nadie la llamaba así. No mucha gente sabía su nombre de pila completo. Ni siquiera los repartidores de mensajería le traían los paquetes bajo su nombre completo. Todo el mundo la conocía como Lisa. Pocos sabían que su nombre se debía a Elisabeth Blackwell, la primera médica titulada en el mundo. Un nombre poco común para España, fruto de una mezcla del deseo frustrado de su madre por ejercer la medicina y la esperanza de que su hija luchara por no ser limitada por ninguna barrera.

—*Jim...* —La joven no era capaz de articular palabra por el sueño.

—¿Vive ahí Elisabeth Martín, por favor? —Al otro lado del telefonillo, en la calle, la voz de un hombre repetía su nombre una vez más, pudiendo notar cómo en la repetición elevaba su tono de voz.

Tras un leve carraspeo, volvió a intentar hablar, consiguiéndolo esta vez de una forma mucho más clara:

—Sí..., ¿quién es?

—Policía. Abra la puerta, tenemos que subir.

Lisa accionó el pulsador del portal de la finca con una mezcla de sorpresa y atolondramiento, abriendo acto seguido la puerta de la casa y permaneciendo apoyada en el cerco tratando aún de salir de la profundidad de su sueño de forma completa. La luz que entraba por la ventana de la escalera hacía difícil distinguirla por la oscuridad del interior de la casa, que se mantenía aislada de la luz exterior con todas las persianas bajadas hasta la hora de comer cada día. Mientras terminaban de subir por las escaleras, ya en el rellano de su piso, los agentes no pudieron evitar mirarla por un segundo. Ahora más visible, Lisa vestía únicamente unas bragas rojas y una camiseta de algodón sin sujetador. El calor del forro polar de su pijama había hecho que se quitara ropa una vez que su cuerpo había recuperado la temperatura perdida durante su paseo

nocturno. Su pelo, negro y denso, estaba completamente alborotado, y en su cara se podían notar marcas de la almohada.

—Elisabeth Martín, ¿verdad? —preguntó nuevamente uno de los hombres, de forma algo jadeante por haber subido las escaleras de manera apresurada, sin evitar hacerle un chequeo completo de su cuerpo a la vez que se identificaba mediante su placa de policía.

No vestían uniforme, aunque la ropa los hacía fácilmente identificables como policías para cualquiera mínimamente observador: ambos llevaban americana y vaqueros. Lisa pensó en que eran una versión de Starsky y Hutch con poco estilo que se habían llamado antes de ir a trabajar para coincidir en el atuendo. Aunque ella conocía a muchos policías de la ciudad, a estos no los había visto nunca. En ese momento, cayó en la cuenta de que solo vestía la camiseta y sus bragas al observar el cruce de miradas algo incómodas que se dirigían ambos entre sí.

—¿Qué queréis? —respondió de forma autoritaria, manteniéndose apoyada con una de sus manos en el cerco y con la otra en la puerta entreabierto ante la observación exhaustiva de los agentes, sin mostrar ningún complejo por las miradas que le lanzaban. La joven, sin duda, estaba más que acostumbrada a las miradas lascivas, como camarera, y no se iba a sorprender por la mirada de dos hombres más por muy policías que fueran.

—Tenemos que hablar con usted. ¿Podríamos entrar? —indicaron los agentes haciendo una señal en la que pedían permiso para acceder al interior del domicilio.

—No, no podéis. Mi madre está durmiendo, y yo también lo estaba hasta que me habéis despertado —dijo mirando a ambos agentes con rostro de enfado y tono tajante mientras se mantenía apoyada de manera segura en el cerco de la puerta.

—Es importante. Venimos a preguntarle por Nastya Holub, su compañera de trabajo del Kelpies —dijo el agente confirmando con un vistazo los apuntes de su libreta—. Nos ha indicado el dueño del local que ustedes tienen una relación bastante estrecha. Que son muy amigas, de hecho.

—¿A qué viene tanto interés por ella? —la pregunta había sacado a Lisa totalmente de su atolondramiento.

Ambos agentes se miraron de forma seria sin llegar a articular palabra, volviendo a realizar su petición:

—¿Podríamos entrar, si es tan amable, señorita? Es importante, se lo aseguro. Ha sucedido un percance, y debemos hacerle unas preguntas —insistió el mayor de los agentes, que tenía pinta de ejercer como veterano.

—OK, OK. —Lisa mantuvo por unos segundos el reto de miradas con los agentes, que se mostraban algo nerviosos y con prisas—. Pero no hagan ruido; mi madre está dormida en su habitación.

—OK, tranquila.

Lisa abrió la puerta y los invitó a entrar con el brazo. Ambos agentes entraron y se quedaron esperando en el recibidor de la casa mientras Lisa cerraba la puerta con cuidado para tratar de hacer el menor ruido posible.

—Por aquí —dijo susurrante mientras pasaba entre ambos, marchando directa al salón, que se encontraba en penumbra, y sentándose en la butaca que se encontraba frente al sofá.

La poca luz que tenía el salón entraba a través de los agujeros que dejaba la persiana bajada casi en su totalidad. Los agentes, con algo de dificultad, acompañaron a la joven tratando de no chocar con nada mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad de la estancia. Ambos se sentaron en el sofá, pudiendo ver cómo Lisa se acomodaba cruzando sus piernas, observando estos por un

instante sus bragas de color rojo. Ella sacó rápidamente el cojín que tenía a su espalda y lo colocó sobre sus piernas para taparse. Estaba acostumbrada a ese tipo de miradas, encontrándose mucho menos incómoda de lo que se podía notar que estaban ambos agentes al verla con la camiseta de algodón, que dejaba identificar la silueta de su pecho, y su pose de piernas cruzadas aún algo visibles. En especial, el agente más joven no podía disimular cómo le hacía un escáner permanente, tratando de aparentar inútilmente que la miraba a los ojos.

—Miras mucho. ¿Nunca has visto a una mujer en bragas y camiseta? —dijo mientras se apartaba el pelo y se hacía una especie de recogido retorciendo su melena. La joven retaba fijamente la mirada del agente en tono enfadado—. Tengo los ojos aquí arriba —soltó en tono directo y señalándose los ojos con sus dedos índice y medio, volviendo su atención acto seguido hacia el agente más veterano—. Díganme qué leches pasa con Nastya, a ver...

—Verá —inició el agente tratando de calibrar cada una de sus palabras—, ¿cuándo ha sido la última vez que ha visto a Nastya?

—Esta noche; hace un rato, de hecho. Hemos trabajado en el Kelpies y, a eso de las cuatro y media, hemos cerrado. Hemos limpiado y, como media hora más tarde, nos hemos marchado. ¿Por qué?

—¿Juntas? —dijo el policía más joven.

—Sí, hasta que cada una ha cogido el camino a su casa en la esquina del banco que se encuentra en la plaza del Espolón —dijo retando nuevamente con la mirada al agente, tratando de observar si bajaba su mirada hacia su pecho nuevamente. Este se sentía más nervioso que Lisa con el duelo de miradas—. ¿Pero a qué viene tanto interés? ¿Le ha pasado algo? —continuó la joven al darse cuenta de que las preguntas sobre su amiga no tenían un buen augurio.

—Verá —continuó el agente veterano con voz y rostro serio—, es difícil para nosotros darle esta noticia, pero creo que va a tener que acompañarnos: su amiga ha sido encontrada muerta esta mañana en la orilla del Parque del Ebro...

—¿Qué?! ¡No puede ser! —El rostro de Lisa cambió de forma inmediata, mirando a los ojos a los dos agentes, buscando confirmar la noticia—. Debe de ser un error. ¡Os equivocáis!

Tras unos instantes de desconcierto, la joven se levantó de un salto de la butaca del salón y corrió a la habitación en busca de su móvil ignorando lo que le acababan de decir los agentes. Cuando lo cogió, observó que en la pantalla aparecían numerosas llamadas perdidas de varios números y mensajes de sus compañeros de trabajo. «¡Lisa, coge el teléfono, por favor!», decía uno de Jota, el dueño del Kelpies.

De forma nerviosa, buscó el teléfono de Nastya en la agenda del teléfono. Era uno de los contactos más habituales que tenía en las llamadas recientes, y lo marcó inmediatamente. Pero el teléfono de su amiga se encontraba apagado o fuera de cobertura. Otra vez repitió la llamada, pero nuevamente aparecía apagado. Repitió la llamada mirando al móvil, paralizada al observar cómo el nombre de su amiga aparecía en la pantalla. Pero Nastya no respondía. Tras unos segundos, los dos agentes se asomaron a la puerta de la habitación de la joven. Ella se dio la vuelta al percatarse de la presencia de estos.

—¡No puede ser! —Miró a los agentes y marcó una vez más. Pero, de nuevo, obtuvo el mismo resultado. Sus manos comenzaron a temblar mientras trataba de escribirle un mensaje. A duras penas pudo escribir un: «Cariño, ¿¿¿estás bien???»», que mandó de forma inmediata. Pero el mensaje no mostraba la marca de entrega.

—Elisabeth, por favor. Sabemos que es un momento muy duro —el agente más veterano se acercó a ella para tranquilizarla de alguna forma, utilizando un tono calmado—, pero debe

vestirse para acompañarnos: necesitamos que responda a unas preguntas en la Jefatura de Policía.

Un grito desgarrador salió de la habitación lleno de rabia y nerviosismo. Lisa se llevaba las manos a la cabeza gritando y tapándose la cara. La puerta del fondo del pasillo se abrió, saliendo Cristina, la madre de Lisa, aturdida por el sueño y asustada por el grito de su hija.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis en mi casa? —dijo asustada al entrar en la habitación de Lisa y encontrar al agente más joven y al policía más veterano sujetando a la joven para tratar de calmarla. Rápidamente, comenzó a empujar al agente para separarlo de Lisa.

—Señora —dijo el más joven de los agentes—, somos de la policía, tranquila. —El agente veterano se protegía con el brazo de los manotazos de la madre, tratando de sacar su placa del bolsillo para identificarse. El agente más joven agarró a Cristina de la cintura para separarla y evitar que continuara con los golpes a su compañero—. Ha ocurrido un incidente con una amiga de su hija, y debe acompañarnos a comisaría. Necesitamos tomarle declaración.

La escena se vio interrumpida al percatarse Cristina y los policías de que Lisa perdía la consciencia ante los nervios. Sus fuerzas se habían ido, comenzando a palidecer mientras trataba de apoyarse en la mesa de la habitación algo desorientada y mareada. El agente más veterano la cogió de la cintura, sentándola en la cama para tratar de evitar que cayera al suelo.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —Cristina se sentó junto a su hija en la cama.

—Dicen que es Nastya... La han encontrado muerta.

—¿Cómo?! —gritó sorprendida, abrazando a su hija y girándose hacia los agentes para confirmar la trágica noticia.

—Señora —repitió el veterano—, su hija debería acompañarnos; necesitamos ampliar información, entiéndalo.

—Claro... ¿Pueden dejarnos un momento para vestirnos? —pidió a los agentes aún conmocionada por la noticia—. Voy también con ella.

—Por supuesto, sin problema.

Los agentes salieron de la habitación en dirección al salón de nuevo. Allí, en la oscuridad de la estancia, pudieron escuchar los constantes gritos de negación de Lisa. Ambos cruzaron sus miradas en forma de complicidad tras mirar su reloj. Sabían que no disponían de mucho tiempo antes de que el jefe los llamara para saber por qué estaban tardando tanto.

—Vamos, cariño —decía Cristina mientras daba besos en la cabeza a Lisa—. Estoy aquí contigo, mi niña. —Se podía escuchar cómo la madre trataba de calmarla, de forma estéril, entre los lamentos de la joven.

Cristina comenzó a vestir a Lisa con la primera ropa que encontró, debiendo esforzarse por ayudarla a terminar de vestirse, ya que, de forma intermitente, rompía a llorar negando la noticia y tratando de volver a llamar al teléfono de su amiga. Después de que pasara más tiempo del que esperaban los agentes, ambas salieron por el pasillo mientras Cristina sujetaba a su hija, que andaba como ida, sumida en sus pensamientos. Al salir de la casa, el agente más joven se adelantó escaleras abajo para acercar el vehículo sin rotular que tenía sobre la acera, cerca del portal. Cristina, con la ayuda del agente veterano, consiguió que Lisa bajara las escaleras del portal a duras penas. La joven era guiada de forma cuidadosa por ambos. En la puerta de la finca les esperaba ya el vehículo camuflado con el motor en marcha. El agente veterano abrió la puerta trasera para que Cristina ayudara a su hija a entrar. No sabían muy bien qué les esperaba a su llegada a la Jefatura de Policía, pero Cristina, a pesar de encontrarse también muy conmocionada por la noticia, sabía que debía apoyar a su hija ante lo que estaba por venir.

CAPÍTULO V

LA MAÑANA DEL POLEN

A su paso por Logroño, el río Ebro siempre evoca misticismo y magia. Más aún en la época del año en que se unen días de frío y tormentas con el renacer de la vida que traen los primeros rayos de sol en mayo. La primavera hace que el sol muestre sus ganas de llenar con luz el entorno, tapado por un manto de polen blanco que comienza a caer bajo los chopos que recorren toda la orilla sur a lo largo del paseo. El olor a vegetación y a tierra mojada impregnaba el ambiente esa mañana, recién liberada de una densa niebla. Acompañando el curso del río, los chopos hacían que la luz se detuviera en sus hojas, pasando pequeños haces luminosos entre las ramas que alumbraban como focos hacia el suelo. El espacio existente entre los meandros y el nuevo parque era la parte más abandonada del río que rodeaba la parte vieja de la ciudad. Únicamente se veía sometida a trabajos de limpieza para permitir las crecidas del río cada invierno. Con la modernización de la ciudad en la década de los noventa, se había construido un enorme parque que acompañaba el cauce sinuoso del río. Las vías para bicicletas y las estaciones donde hacer deporte hacían de este espacio de la ciudad un lugar perfecto para relajarse y disfrutar de una forma diferente al ambiente de pinchos y bullicio de las callejuelas del centro. Durante la creación del espacio del parque, se habían tenido que derribar algunas de las casas más antiguas que quedaban a ese lado de la calle del Norte. En lo que antaño había sido la zona de humedales, junto al río, se habían dejado, como recuerdo de la historia antigua de esta parte de la ciudad, la chimenea de ladrillo de la central térmica y una pequeña construcción en recuerdo al oficio de los canteros de la ciudad.

No eran ni las diez de la mañana; aún algo temprano para un fin de semana. Pero, a pesar de ello y del frescor de la mañana, decenas de personas se encontraban trabajando entre la vegetación y un manto blanco de polinización. Desde lo lejos del cordón policial establecido en la calle del Norte, podía verse una hilera de policías que andaban coordinados al paso, con la mirada fija en el suelo en busca de cualquier cosa que pudiera constituir una prueba de lo sucedido aquella noche en el parque. En la zona del río, una pared de varios metros de tela blanca con el emblema xerografiado del Departamento de Policía y sujeta por trípodes de metal hacía presagiar una terrible escena, evitando así el morbo de los curiosos y guardando la intimidad de lo que pasaba en ese punto del parque. Los curiosos, aún pocos, se agolpaban cerca de los policías, a lo largo del perímetro en el exterior del parque, mientras trataban de averiguar qué era lo que provocaba que medio Departamento de Policía se encontrara en el lugar una mañana de sábado andando en línea y mirando de forma pormenorizada al suelo. Al mismo tiempo, casi una docena de periodistas fiscalizaban cada movimiento de los agentes a través de los teleobjetivos de las cámaras de fotos y vídeo, tratando de llegar, con ayuda de la vista de águila que les proporcionaba la óptica de sus objetivos, donde sus ojos no alcanzaban. La gente aprovechaba la

presencia de las cámaras para preguntarles por lo sucedido, dando rienda suelta a un incesante número de bulos en los que cada descripción del posible crimen era más macabra y rocambolesca.

En el interior del parque, sin embargo, se podía respirar la tensión. Los agentes que se encontraban dentro podían escuchar el bullicio creado por los periodistas y ciudadanos mientras trabajaban. Los que se encontraban en el exterior, siendo un terreno tan extenso, tenían que emplearse a fondo para mantener el cordón de seguridad. Desde una posición de altura, como si de un mirador se tratara, la pasarela peatonal, que atravesaba el parque y el propio río hasta el otro lado de la ciudad, permitía al grupo de personas que se encontraban allí en corrillo observar en primicia el escenario donde se había localizado el cuerpo de una joven vestida con un traje negro muerta sobre un manto de ramas. Aunque acostumbrados, en mayor o menor medida por el cargo que ostentaban, todos permanecían absortos y en silencio ante el trabajo de los forenses, que tomaban muestras y fotografías del escenario y de la propia joven. El grupo de la pasarela estaba formado por el juez de guardia, Raúl Espineda; el comisario principal, Alberto Crespo, y algunos de los principales mandos del departamento.

—Estupendo —dijo en tono seco el comisario Crespo rompiendo el silencio del grupo al ver que se acercaba a lo lejos el coche oficial del alcalde, parando en el camino de tierra cercano a la pasarela, ya en el interior del parque—. Ya estaba tardando en llegar... —dijo, permaneciendo atento a la llegada del máximo mandatario político de la ciudad.

El resto de las personas del grupo dirigieron la mirada hacia el interior del parque, sorprendidos porque el alcalde hubiera metido el coche oficial hasta allí saltándose toda cautela para evitar destruir posibles pruebas. Desde su posición de altura, podían ver cómo José María Galindo se bajaba del vehículo tras abrirle la puerta su escolta. «¿Para qué necesita escolta el alcalde de un municipio como este?», era el comentario que se repetían una y otra vez, de forma jocosa, muchos de los agentes del departamento; pero también el de muchos de los mandos policiales. Sin dar tiempo de reacción a los medios de comunicación, el alcalde había esquivado la línea policial atravesando la cinta del perímetro. No era una situación agradable, y evitaba las preguntas de la prensa. Una vez echó un vistazo, sorprendido por la hilera de policías en busca de pruebas en la zona de pradera, se dirigió con paso decidido desde el coche a la zona de escaleras que daban paso a la pasarela donde se encontraba el grupo.

—Buenos días, caballeros, por decir algo... —lanzó en tono serio mientras se aproximaba al grupo. Se quedó paralizado cuando vio el cuerpo de la joven desde la distancia, ignorando los saludos que le devolvían los mandos policiales.

El alcalde se acercó a la barandilla de metal, apoyándose con sus manos, impactado ante la macabra imagen. La joven, con su vestido negro de fiesta y sus zapatos, parecía dormida sobre el manto de ramas. Su melena pelirroja y su piel pálida hacían que pareciera una muñeca de cera.

—¡Dios santo! ¿Qué sabemos de este terrible incidente? —Su mirada contrariada se clavó en el cuerpo de la joven. Resoplando, cerró sus ojos tratando de tragar saliva para volver después la mirada hacia el grupo.

—De momento poca cosa, Galindo —dijo el comisario sabiendo lo poco que convenían esas situaciones para las carreras políticas, y menos a apenas una semana de las elecciones—: se trata de una joven de dieciocho años y medio de edad, Nastya Holub. La hemos identificado hace apenas una hora mediante la necrorreseña, ya que no lleva ninguna documentación. Lleva viviendo en la ciudad junto a sus padres casi cinco años. Es de origen ucraniano. Ellos son temporeros de la vendimia y el resto del año subsisten como pueden haciendo todo tipo de trabajos. No estaban

en Logroño por trabajo, y ahora los estamos trasladando a la Jefatura. La joven estaba en primero de Farmacia en la Universidad de La Rioja.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Ha sido un robo?

—No podemos eliminar ninguna de las opciones, pero creemos que no —continuó el comisario, extendiendo la mano para reclamar la carpeta con el informe preliminar que guardaba uno de los mandos policiales—. Parece que tiene todas sus pertenencias, e incluso había una gran cantidad de dinero en su bolso —indicó mientras repasaba el informe.

—¿Entonces, ha sido una agresión machista? ¿La han violado?

—Ya te digo que no podemos eliminar ninguna vía de la investigación —repitió en un tono algo más serio. El comisario, como buen policía, era huidizo con las conjeturas previas a las pruebas.

—Seguro que ha sido eso —dijo el alcalde Galindo mostrando un gesto cada vez más iracundo, volviendo su mirada a la joven y golpeando la barandilla con sus manos—. Quiero que cojáis al perturbado que le ha hecho esto, ¿entendéis? Además vamos a incrementar, para la nueva legislatura, el programa de ayuda a las mujeres maltratadas. No quiero que se me echen encima las asociaciones de mujeres justo en este momento.

El resto del grupo sabía que la situación no era plato de buen gusto para el alcalde en ese momento, pero, con su comentario, dejaba claro que hasta de un momento asqueroso un político puede sacar tajada. La foto que busca en los periódicos un candidato, a pocos días de las elecciones, no es precisamente la del cadáver de una joven en la ciudad que gobierna.

—Galindo —comenzó a hablar el juez Espineda, con un tono serio y cortante que se veía potenciado aún más por su voz grave y rota—, voy a decretar el secreto de las actuaciones, de modo que te pido que no demos más datos de los necesarios ni hagamos conjeturas de forma precipitada, al menos de manera pública.

El juez, originario de Burgos, llevaba ocho años de servicio en la ciudad, y sus relaciones con los políticos no habían sido excesivamente buenas durante este tiempo. Menos aún con el alcalde Galindo, con el que había tenido varios encontronazos en la última legislatura. Tras más de una década fuera de casa una vez aprobó su plaza de juez, había conseguido el acercamiento a Logroño tras pasar por varios juzgados de Alicante. Ya asentado y relativamente cerca de su familia, no tenía mucha intención de irse de la ciudad, a no ser que lo mandaran al mismo Burgos. En cualquier caso, durante sus años de servicio, primero en un juzgado menor y después en una audiencia provincial con casos más graves, había optado por no confraternizar con servidores públicos que no fueran policías o personal del propio juzgado. En las ciudades pequeñas se pueden confundir las cosas, y el sentimiento de responsabilidad del juez seguía siendo muy elevado. No habría tenido problema en mandar a prisión a cualquier persona si así tuviera que hacerlo, a pesar de las presiones existentes en una ciudad donde todo el mundo se conoce, como pasaba en Logroño.

—Sí, sí, lo entiendo, juez. No quiero meterme en su ilustre labor —dijo Galindo de forma seria y jocosa al mismo tiempo. Claramente, no tenían una buena relación. El alcalde siempre había pensado que el juez era un poco remilgado y carecía de la cercanía que requiere una ciudad pequeña—. Si les parece, caballeros —dijo mirando a los mandos policiales—, daremos una rueda de prensa muy escueta explicando lo que tenemos hasta el momento. No vamos a decir nada que no podamos, pero tampoco vamos a obviar lo que ha pasado aquí hoy.

—Claro, señor —se apresuró a responder uno de los mandos, recibiendo el foco de miradas del resto de compañeros al ver cómo trataba de agradar al alcalde, incluidos el comisario y el

juez, que le lanzaron una mirada descalificadora.

—Y, por supuesto, utilicen todos los medios que crean necesarios para resolver esto. Si necesitan que hable con el propio ministro del Interior, no tienen más que decírmelo. —A Galindo le gustaba mostrar lo poderosa que podía ser su agenda de teléfono—. Ni que decir tiene que me gustaría que este caso se cerrara lo antes posible; no quiero que nos lluevan las críticas precisamente en este momento.

—Las declaraciones deben esperar un poco —dijo el comisario Crespo tratando de calmar las prisas—: estamos llevando a la Jefatura a los padres de la joven, y ellos deben ser los primeros en tener la información.

—De acuerdo... —respondió de forma agria por no poder hacer lo que quería—. Y ¿quiénes son los agentes encargados de la investigación? Entiendo que habrá puesto a sus mejores hombres, Crespo.

—Daniel Garrido y Manuel Tomás, del Grupo de Homicidios. Tienen sobrada experiencia, puede estar tranquilo.

—¿Y por qué no están aquí trabajando? —Al alcalde le gustaba jugar a ser el jefe de la policía del Estado, aun sabiendo que no lo era.

—Se encuentran en la Jefatura con el inicio de las investigaciones e interrogatorios del entorno para tener toda la información posible cuanto antes; en este tipo de casos, el tiempo es oro.

—Estupendo. Mantenedme informado de todo lo que averigüéis —dijo haciendo una pausa para mirar de nuevo al juez Espineda—. Bueno, mejor dicho, de todo aquello que podáis contarme —terminó en tono cortante.

Galindo se dio la vuelta sin esperar respuesta, saliendo de la pasarela y volviendo por el camino recorrido hasta llegar al punto donde lo esperaba su conductor. Este abrió la puerta rápidamente para que no tuviera que esperar a entrar, esquivando así los teleobjetivos de la prensa. El no poder dar una rueda de prensa parecía que había sido un contratiempo publicitario para las ansias de protagonismo de Galindo. Una vez dentro, el coche del alcalde inició su marcha. La atención de los periodistas en el coche del alcalde se vio interrumpida en el momento en que el furgón negro del Instituto de Medicina Legal llegaba al lugar habilitado para la caravana de vehículos de emergencia en el estacionamiento del parque. Los reporteros comenzaron a acumularse en el punto por el que entraba mientras los agentes los apartaban, debiendo esforzarse para hacer un pasillo entre estos y evitando que aprovecharan el alboroto para traspasar la cinta policial, retirada para facilitar la entrada al perímetro. Con mucho cuidado, el furgón accedió al camino que dividía el jardín para acercarse lo máximo posible al terraplén que daba acceso al escenario del crimen.

El camino peatonal de cemento, teñido de rojo, unía el acceso del estacionamiento al interior del parque bordeando el edificio del frontón y llegando hasta el camino de tierra junto al terraplén que daba acceso al río. Algunos trabajos requieren criar callos para no llevarte el alma rota a casa. Si la policía y resto de servicios de emergencias son ese tipo de trabajos, no es menos duro trabajar moviendo los cuerpos que deben ser examinados por los forenses. Trabajar en el momento más doloroso de las familias, o recoger los cadáveres tras la investigación de los forenses en el escenario de un crimen, requiere de un talante especial que te mantenga con ilusión para levantarte por la mañana. Una vez ubicado el furgón junto al acceso de cemento de la pasarela, los dos operarios miraron el mural de grafitis que tenía este pintado. Los colores vivos de sus dibujos serían el recuerdo más alegre que se llevarían sus ojos esa mañana de su estancia

en el parque. Ambos trabajadores de la funeraria tenían muchos años de trabajo a sus espaldas. Aunque menos visibles para la gente, eran mucho más familiares para los agentes de Homicidios y trabajadores de la Policía Científica. Perfectamente coordinados, tras sacar una camilla del interior de uno de los cubículos de acero de la furgoneta y una bolsa negra de plástico de gran tamaño, se vistieron con un mono desechable de protección de color blanco. Varios de los agentes que mantenían la seguridad en el perímetro, al observar lo complejo que sería bajar la camilla hasta el punto donde se encontraba el cadáver, se acercaron a ayudarlos para que pudieran llegar sin tener un accidente por la rampa de tierra que daba acceso a la zona del río. Una vez abajo, y sabiendo de lo fundamental que era no alterar las pruebas de un escenario criminal, se pusieron unas fundas para el calzado, una mascarilla y unos guantes de nitrilo, acercándose a la zona donde se encontraban los agentes de la Policía Científica trabajando.

—Buenos días —dijo uno de ellos sonriendo, levantando su mano evitando tocarlos para no molestar durante la inspección ocular—. Aún no habéis terminado, ¿verdad? —El operario conocía al forense y a parte del equipo que se encontraba realizando el concienzudo trabajo.

—Creo que falta poco.

—OK, esperamos a que nos digáis, entonces.

Los agentes de criminalística se encontraban rodeando a la joven y el altar de ramas de chopo sobre el que descansaba, tratando de encontrar cualquier mínimo detalle que les facilitara una pista. Cada movimiento era acompañado por el sonido del obturador de la cámara, realizando fotografías para fijar cada elemento susceptible de convertirse en una prueba.

El médico forense se encontraba guiando a corta distancia a los agentes encargados de anotar todo. No perdía detalle de cada posible indicio o muestra. Su análisis comenzó por el pelo de la joven y cómo este se encontraba colocado hacia un lado de la cabeza. Con cuidado, recogió muestras de su pelo con el fin de compararlo con otras posibles muestras que encontrarán en el lugar. Después, el forense bajó hacia el cuello, señalando a sus ayudantes lo importante de reflejar bien en las fotografías tanto la orientación de las marcas del cuello como su grosor. La palidez de la piel daba paso a las primeras marcas de violencia. Uno de los agentes colocó un testigo métrico, de forma delicada, junto a ambas caras del cuello con el fin de poder establecer una escala visual más sencilla.

—No parecen manos pequeñas —susurró el forense al ayudante, que aguantaba con pulso firme el testigo.

Tras varias ráfagas, el forense observó con detalle la cara de la joven. Sus rasgos finos y marcados mostraban su origen caucásico. Sus mejillas mostraban la finura de la porcelana, aumentada sin duda por la bajada de temperatura de su cuerpo y la ausencia de sangre en su rostro. Sus labios comenzaban a perder la tonalidad roja mostrándose cada vez más azulados.

Tras varias fotos de la cara, los técnicos comenzaron a examinar sus brazos. El forense separó sus manos, apoyadas la una sobre la otra sobre su vientre, descubriendo que algunos arañazos eran visibles en la cara interna de sus extremidades y en sus muñecas. Sin lugar a dudas, había tratado de defenderse hasta el último segundo. El siguiente foco de atención serían sus manos. Primero, varias fotografías; después, el forense cogió cada una de las palmas raspando con precisión quirúrgica los posibles restos bajo sus uñas para que cayeran en un sobre de papel que había colocado estratégicamente bajo sus dedos. El posible resultado de dicho raspado, aunque invisible a la vista, fue sellado en el interior del sobre, siendo rápidamente numerado por uno de sus ayudantes con el número de evidencia correspondiente. Sus uñas presentaban una manicura perfecta de color rojo muy vivo; estaba claro que habían sido parte de su preparación para salir

aquella noche, junto al resto del vestuario que llevaba. Tras un exhaustivo examen, el forense extendió la mano, recibiendo de uno de los agentes unas bolsas de papel para meter las manos en ellas y evitar la pérdida de posibles restos biológicos. Era momento de examinar las piernas. La joven, sin medias a pesar del frío que había hecho esa noche, tenía algunas laceraciones en la rodilla; eso, junto con las marcas de los antebrazos, confirmaban las sospechas de una lucha por la vida. El forense se dio la vuelta hacia uno de sus ayudantes.

—Comienza a grabar, voy a tomar muestras preliminares de sus muslos. —El agente de criminalística encendió la cámara de vídeo mientras el forense se volvía para coger de su maletín unos hisopos de muestras.

Tras levantarle el vestido, el agente dejó al descubierto gran parte de su cadera. La joven vestía ropa interior. «Algo es algo», pensó el forense, consciente de que en muchas de las agresiones sexuales esa prenda no se encontraba en las víctimas, o, si lo estaba, se encontraba rota. Con sumo cuidado, y bajo la atenta mirada del cámara, el forense pasó el algodón de los hisopos sobre la piel más cercana a la zona íntima de la joven. Tras frotar el bastoncillo, procedió a guardarlo en un bote de protección que selló, mostrando el número de serie a la cámara.

—Veremos si de aquí sacamos algún resto de semen —dijo, volviendo automáticamente con el examen físico de la joven.

Con mucho cuidado, como si de una paciente aún viva se tratara, apartó levemente el tanga negro que vestía. Este se encontraba diseñado en una mezcla de transparencias, encaje y piedras diminutas que imitaban al cristal. Bajo el mismo, el forense se centró en un primer examen inicial, de nuevo pasando un hisopo en busca de residuos seminales y rozaduras por una posible agresión sexual.

—Parece que no tenemos agresión —dijo ante la absorta mirada de todos los agentes por lo escabroso de la secuencia, volviendo el forense a colocar la falda en su posición original y devolviendo el hisopo a otro de los agentes para que lo sellara como evidencia.

Tras esto, el análisis de lo que ahora era un cuerpo sin vida se centró en el calzado y los pies. La joven vestía unos elegantes zapatos de tacón de color negro con dos tipos de pieles diferenciados en su diseño. Su suela era de color rojo, muy parecido al color de las uñas de sus manos, hecho que llamó la atención del forense.

—Fotografía los zapatos —le dijo a uno de los ayudantes, dándole tiempo para realizar varias fotografías desde distintos puntos.

Acto seguido, cogió primero un pie de forma delicada y después el otro, fijando su atención en los restos de tierra que presentaba el fino tacón en uno de ellos y en la tapa rota que presentaba el otro. Tras esto, metió ambos ejemplares en dos bolsas para su clasificación como evidencia. Llegaba el final del protocolo, y su atención se fijaría en los pies. Sus uñas, al igual que sucedía en las manos, presentaban una imagen impecable. Haciendo un gesto inequívoco y sin pronunciar una palabra, indicó al fotógrafo que tomara fotos de los pies, también en las plantas.

—Bueno —se volvió hacia el agente que había clasificado los zapatos—, numera bien las pruebas y pide que busquen huellas también en el interior del zapato y los laterales. Es posible que le pusieran los zapatos tras colocarla aquí y, por tanto, podamos encontrar alguna huella del asesino en el interior o exterior.

—Perfecto.

El forense volvió al examen minucioso de los pies.

—¿Ves que hay barro en la planta del pie y algún arañazo? —dijo al agente de la cámara fotográfica—. Fotografíalo nuevamente, por favor.

—Sí, jefe —respondió procediendo a pulsar el disparador varias veces desde diferentes panorámicas, lanzando el *flash* varios fogonazos a los pies con muestras de barro.

—Esta joven perdió los zapatos mientras corría o forcejeaba, y, una vez aquí, se los han puesto de nuevo —dijo el forense observando de cerca los pies mientras los movía para que el fotógrafo cogiera diversas perspectivas—. El que ha hecho esto no quería que la viéramos descalza.

El resto de los ayudantes continuaba con las anotaciones haciendo un dibujo a mano alzada ubicando los diferentes indicios recogidos.

—Háganme un favor y tráiganme la escalera —pidió el forense mientras extendía su mano para dar las indicaciones de dónde quería que la pusieran exactamente.

Uno de los técnicos se acercó y colocó la escalera según las indicaciones del forense, subiendo este con bastantes dificultades por ella mientras se agarraba ante la inestabilidad de esta sobre el terreno. La tierra, blanda y húmeda, no era la mejor base para colocar la escalera y subirse a aquella altura.

—No es que no confíe en tus habilidades fotográficas, hijo, es que quiero una imagen muy concreta, y vamos a tardar más si me lo vas enseñando desde aquí arriba —dijo en tono amable hacia uno de sus pupilos desde la altura que le proporcionaba la escalera, extendiendo la mano cuando consiguió una posición segura para que le acercaran la cámara.

—Tranquilo, jefe. —El ayudante trataba de mantener la estabilidad de la escalera con una mano mientras le entregaba con la otra la cámara estirando todo lo posible su cuerpo.

Aunque la escalera no paraba de balancearse, el forense colocó su cadera sobre esta para poder obtener un plano cenital del cadáver. La visión desde ahí arriba era, sin duda, la de un cuerpo que había sido colocado con una cuidada representación. Tras realizar varias tomas, el forense devolvió la cámara a su ayudante y bajó de la escalera.

—Si han terminado de tomar sus anotaciones —dijo en tono de profesor hacia todos los agentes—, pediremos a los compañeros de la funeraria que muevan el cuerpo.

Todos los agentes apartaron sus bolsas de trabajo para hacer hueco a los operarios del Instituto de Medicina Legal. El forense hizo una señal amable a los trabajadores, que, acto seguido, se acercaron con la camilla, portando sobre esta la gran bolsa negra abierta, lista para colocar el cuerpo de la joven en su interior. Ya junto a las ramas, plegaron las ruedas para facilitar el movimiento del cuerpo y, con la ayuda de los agentes, levantaron con cuidado el cadáver de la joven. Aunque no resultaba muy pesada —difícilmente llegaría a los sesenta kilos—, los trabajadores trataban de actuar con sumo cuidado, alargando sus brazos y tratando de no pisar el colchón de ramas donde esta se encontraba. A buen seguro, sería necesario analizar el resto del escenario sin el cuerpo, y trataban de alterarlo lo menos posible. A pesar de las dificultades para no modificar nada, consiguieron mover el cuerpo apoyándolo finalmente en la camilla para, acto seguido, cerrar la cremallera de la bolsa. Con los años de experiencia moviendo cadáveres, estaban acostumbrados a levantar cuerpos de todo tipo, y el de la joven no era de los más pesados con los que se habían encontrado.

—Si no necesitáis nada más de nosotros —dijo uno de los operarios del Anatómico en tono amable—, nos marchamos ya.

Los dos operarios iniciaban su marcha por el terreno, tratando de hacer rodar las ruedas de la camilla con el cuerpo de la joven entre los caminos de tierra y vegetación. Era el momento de analizar el manto de ramas de chopo sobre el que se encontró a la chica. El forense se centró en pedir a sus agentes que, mediante un amplio reportaje fotográfico, fijaran tal cual se encontraba el

escenario. No quería que pasadas unas horas no fuera posible recordar el más mínimo detalle en cuanto a colocación y situación del lugar. Tras un sinfín de fotografías, ordenó a los ayudantes que movieran una a una las ramas con el fin de buscar nuevas pruebas bajo el manto de restos vegetales.

—Señores, muévanlas con cuidado; no queremos perder ninguna evidencia por mínima que sea. Voy a informar a los agentes mientras terminan de hacerlo.

Tras conseguir subir, con algún resbalón que hizo posar las manos del forense en la cuesta para ayudarse en el camino de tierra hacia el inicio de la pasarela, los mandos policiales esperaban ansiosos sus noticias. El hombre aún vestía el mono blanco de las inspecciones oculares.

—Bueno, caballeros... —Todo el grupo lo miraba atentamente mientras se quitaba los guantes.

—¿Qué tenemos?, ¿alguna novedad? —preguntó el comisario Crespo.

—Bueno, parece que la joven ha muerto por asfixia por estrangulamiento, pero necesitaré realizar un examen más detallado en el laboratorio. Lo cierto es que el tamaño de las marcas del cuello no me deja ver claramente si son de un hombre o una mujer, aunque, normalmente, por la fuerza que resulta necesaria, suele corresponder con una muerte que provocan más los varones. Además tiene diversas heridas por el cuerpo que aún tengo que identificar. Las uñas muestran algún resto, por lo que, a falta del análisis en el Anatómico, aparentemente ha forcejeado. Otro tema que debemos analizar es el lugar de su muerte. Está claro que la han matado en otro punto, por las marcas y manchas de barro de sus pies, quizá al lado de donde se encuentra el cadáver, quién sabe; luego la han posicionado tal cual la han encontrado. Así que he dado instrucciones a los chicos para que busquen si hay muestras de lucha en alguna otra parte del parque. Creo que los agentes ya están en eso. Por la temperatura del cadáver, en comparación con la temperatura y humedad del escenario, puedo confirmarles que murió al final de la noche. El *rigor mortis* aún no se ha hecho muy presente, lo que confirma las pocas horas transcurridas desde el suceso.

—¿Agresión sexual?

El resto del grupo presenciaba sin interrumpir las explicaciones del forense.

—Bueno, respecto de la zona genital, hasta que no haga un análisis más detallado en el laboratorio, no podré confirmar si ha sido forzada o no. Aunque, a simple vista, no he apreciado ninguna rojez o abrasión. Pero, en cualquier caso, no podré indicarles nuevos datos hasta que no me encuentre trabajando en el laboratorio. Siento no poder avanzar mucho más, pero deben entender que es complicado aquí.

—Muchas gracias por la información —el juez tomó la palabra de nuevo—. Les recuerdo nuevamente —dijo dirigiéndose a los mandos policiales— que he decretado el secreto de las investigaciones; no quiero filtraciones, de modo que sean cautelosos y no den datos de más en su rueda de prensa.

El juez Espineda, tras dar las instrucciones precisas como juez encargado de las investigaciones, se separó del grupo para alejarse de los focos y se dirigió al estacionamiento por un camino más alejado al del resto mientras se quitaba la chaqueta. Acostumbrado al frío del norte, unos mínimos rayos de sol hacían que rápidamente se sofocara.

El grupo de mandos se dirigió a la zona donde se encontraban los periodistas.

—Me acaban de informar de que ya han dado la noticia a los padres de la joven. Ahora toca lidiar con la prensa. —Crespo miraba el mensaje que acababa de recibir en su teléfono mientras caminaba encabezando el grupo. Sabía de lo necesario de informar a los periodistas antes de que la información escapase a su control.

Los reporteros se agolpaban en la zona delimitada en el estacionamiento para la conferencia, dándose codazos para coger el mejor plano con sus cámaras. No querían perder ningún detalle de la información que estaban a punto de recibir. Sin duda, un asunto de este tipo atraía más atención que una campaña política o cualquier otra noticia en aquellos momentos, por muy positiva que esta fuera.

CAPÍTULO VI

DOS MIL DOSCIENTAS PREGUNTAS

La Jefatura Superior de Policía de Logroño sufría mucho trasiego para ser un sábado a mediodía. Sin duda, la muerte de una joven en circunstancias extrañas consigue que muchos de los burócratas de la policía deban trabajar un fin de semana ante las llamadas nerviosas de sus jefes. Más aún, si cabe, en la comisaría de una ciudad pequeña como Logroño, donde todo el mundo hace un poco de todo en su trabajo.

El edificio de la Jefatura era una construcción en forma de rectángulo con pocos años de antigüedad. En la parte superior del edificio, unas persianas verticales abatibles no dejaban ver las plantas superiores y los despachos de que disponía el centro de estas. En su planta baja, los muros estaban compuestos por una cristalera traslúcida a través de la cual se podía intuir el ir y venir de personas. Ese sábado, sin estar abierto el edificio para trámites administrativos, el cúmulo de gente en el exterior se reducía a un grupo de periodistas que se encontraban apostados en el límite del perímetro de la valla de seguridad, a la espera de poder sonsacar alguna información en primicia a alguno de sus confidentes policiales. Algunos de los agentes cargaban sus coches con maletines de protección con material de laboratorio, pudiéndose observar en estos el logotipo de la Policía Científica. Toda esta actividad no resultaba nada normal para un fin de semana de primavera. Incluso, alguno de los furgones de televisión de las principales cadenas comenzaba a apostarse en la acera, frente al edificio de la Jefatura, para sorpresa de los vecinos de la zona de La Cava-Fadachón, que aún no tenían conocimiento de qué sucedía.

Ante la llegada de cualquier vehículo al recinto, los cámaras de televisión y fotógrafos apostados en la entrada, como francotiradores a la espera de un objetivo adecuado, comenzaban a grabar de forma preventiva por si sus cámaras pudieran captar alguna exclusiva inesperada. Un vehículo sin rotular accedió al recinto, debiendo apartarse los reporteros. Al observar, a través de los cristales tintados, la presencia de personas en la parte trasera, el sonido de las cámaras de fotos se inició como una ráfaga de disparos. Ya en el interior del recinto, junto a la entrada principal del edificio, el agente veterano se bajó del puesto del copiloto sin apenas dejar que el vehículo se detuviera por completo, posando su pie derecho en el suelo estando el coche aún en movimiento. Sus prisas se veían acrecentadas por la espera de sus jefes, y, por otro lado, trataba de evitar que la prensa consiguiera una foto de las mujeres que viajaban en el interior del vehículo. Rápidamente abrió la puerta de atrás a sus acompañantes.

—Sígueme, por favor —dijo extendiendo el brazo hacia la puerta, esperando a que ambas mujeres bajaran del vehículo.

Cristina observó cómo su hija se quedaba un poco impresionada observando el edificio. Era un edificio al que Lisa ya había ido en alguna ocasión a poner denuncias por robo de documentación y algún bolso mientras trabajaba en la noche, y aunque no quería meterle prisa, el

sonido lejano de las cámaras y las voces de los periodistas, que trataban de llamar su atención al percatarse de su relación con el caso, hizo que la cogiera del brazo animándola a entrar de forma algo precipitada, evitando que mirara hacia la valla del perímetro, donde cada vez era mayor el griterío.

—Vamos, hija. —Ambas accedieron al edificio mientras los agentes encargados de la seguridad de la entrada les abrían la puerta.

—Por aquí —volvió a indicar el agente más veterano de forma cálida, guiándolas por el enorme edificio con paredes de cristal y despachos contiguos idénticos.

La actividad en el interior era frenética. Ningún agente parecía reparar en ellas; todos parecían sobrepasados por la actividad que se les venía encima, corriendo de un despacho a otro tratando de acercar la información más fresca de la que disponían en sus respectivos departamentos.

—Es por aquí —dijo el agente mientras llamaba al ascensor de la planta, cuyas puertas se abrieron de forma inmediata.

Tras unos segundos eternos para ambas mujeres hasta llegar a los pisos superiores, se abrían las puertas en la segunda planta, donde un cartel avisaba de los departamentos que se encontraban allí. Uno de ellos era la Unidad de Policía Judicial. Tras recorrer unos metros y sortear a algunos agentes que caminaban distraídos tratando de leer los primeros reportes del homicidio, llegaron a la puerta de uno de los grupos.

Cristina se paró un segundo antes de pasar al percatarse del cartel de la entrada: «Grupo de Homicidios»; Lisa, ante el frenazo inconsciente de su madre, miró el cartel notando cómo la recorría un escalofrío por la espalda.

—Tranquila, hija. —Cristina retomaba la marcha de ambas tratando de tragar su propia angustia para que su hija no dudara. El cartel les recordaba la gravedad de los hechos por los que realizaban la visita, aumentando aún más el nerviosismo de ambas.

El acceso al Grupo de Homicidios daba entrada a una gran sala cuadrada con dos sofás en forma de ele junto a la entrada y una pequeña mesa frente a ellos. A su vez, desde la sala principal se distribuían varios despachos con paredes de cristal repartidos a través de sus laterales. Era un espacio apartado del edificio con su propia distribución interior, nada que ver con el conjunto de cubículos impersonales contiguos del resto de la planta. En el Grupo, varias plantas adornaban y trataban de dar calidez a la zona. Una de las salas, de mayor tamaño que el resto, era lo que parecía el espacio de reuniones. En su interior, varios agentes se encontraban reunidos sentados alrededor de la gran mesa central, que ocupaba la mayor parte de la estancia. Al percatarse de la entrada de ambas, los agentes pararon de hablar para observar entrar a sus testigos. En el fondo de la sala de reuniones, la pared tenía colocado un enorme tablón de corcho bastante desgastado, con un montón de fotografías que no eran identificables fácilmente desde la distancia a través de las cristaleras. A pesar de la distancia a la que se encontraban las imágenes, se podían identificar como las fotos de la escena de un crimen. Los testigos métricos y las diferentes perspectivas desde las que estaban tomadas evidenciaban el trabajo riguroso de los forenses. Uno de los agentes, tras darse cuenta de hacia dónde dirigían las miradas ambas invitadas, se levantó de su silla rápidamente para acercarse al ventanal y bajar la cortina de láminas de metal de la cristalera. Cristina y Lisa no pudieron evitar quedarse petrificadas de pie durante unos segundos, mirando hacia la sala, sabedoras de que las fotos que allí tenían eran las del crimen de Nastya.

—Por favor, siéntense hasta que vengan los agentes encargados del caso —dijo el agente señalando al sofá del fondo de la sala—. ¿Desean agua, o un café? —dijo el agente mientras

ambas se sentaban.

—Un poco de agua estaría bien. —Con su cara desencajada e hinchada, Lisa mostraba las pocas horas de sueño que había tenido y lo desconcertada que se encontraba aún por la noticia tan desgarradora sobre su amiga.

—Yo le agradecería un café, por favor.

—Perfecto, denme un momento y se lo traigo. Mientras tanto, esperen aquí si son tan amables.

El agente, una vez ubicadas las invitadas, se dirigió acto seguido a la puerta de la sala de reuniones, dando un par de golpes a la puerta, abriendo esta e indicando a las personas que se encontraban en su interior la llegada de Lisa y su madre. Después, el agente salió de la sala en busca de las consumiciones.

Ambas se miraron fijamente.

—Tranquila, cariño, respira hondo.

Cristina trataba de calmar el nerviosismo cada vez más patente en su hija en forma de respiración entrecortada. Tras varios intentos de aspiración profunda por su boca, intentando coger todo el aire que le permitía su capacidad pulmonar, Lisa comenzó a fijarse en cada detalle de la sala. La joven trataba de calmarse buscando alguna respuesta mientras chequeaba todo lo que se encontraba a su alrededor. En su búsqueda, pudo ver, entre las persianas de una de las ventanas, que en uno de los despachos se encontraba Jota sentado. Estaba siendo interrogado por dos agentes. Parecía una conversación normal, aunque Jota se llevaba las manos a su cara, desencajada por los llantos y negaciones constantes. «¿Habría tenido algo que ver en su muerte?», se preguntaba Lisa absorta en sus pensamientos mientras Cristina no dejaba de abrazarla y darle besos. Como madre, solo pensaba en proteger a su hija de todo aquello, aunque en su interior sabía que no iba a ser nada fácil hacerlo.

La tormenta de nerviosismo y preguntas había sumergido a ambas en una burbuja, aislándolas del ambiente ajetreado del grupo. Dos agentes, que se aproximaban desde la sala de reuniones, sacaron a ambas de su desconexión de forma sorpresiva:

—Buenos días —saludó uno de los agentes—. Me presento: soy el inspector Daniel Garrido, y este es el inspector Manuel Tomás. Lamento las horas; según me han informado las hemos sacado de la cama. Pero la situación, como podrán entender, es seria. Imagino que lo comprenderán...

El inspector Garrido tenía una presencia que inspiraba mucha autoridad y confianza; sin duda, debía de ser uno de los responsables de aquello, si no el jefe. Su voz pausada era grave y profunda. Su apariencia acompañaba a sus responsabilidades. Tenía entradas marcadas en su cabeza, rondaba los cincuenta años, y ya eran visibles bastantes canas en el pelo que le quedaba. Además, se le podían observar ojeras marcadas como tatuajes por el cansancio de muchos años de dormir poco y a destiempo. Su rostro tenía las facciones marcadas y alargadas de un hombre con mucha vida y con gran carácter, acentuado por una barba recortada con las canas ganando presencia frente a su pelo castaño. De complexión delgada pero atlética, rondaba el metro ochenta de altura. Ya no mostraba el cuerpo del joven policía que estaba obsesionado con el deporte en sus primeros años de servicio, pero aún podía observarse que su constitución física era la de una persona que había sido un atleta. Vestía vaqueros y americana de corte ajustado pero serio, aunque se podía notar que su camisa blanca debía de ser la misma que había vestido el día anterior por las arrugas que se marcaban en todo lo que dejaba ver su chaqueta. Sus zapatos llamaban la atención por ser de aspecto caro y moderno, siendo de cuero marrón en dos tonos diferenciados. Junto a él se encontraba el otro inspector, Manuel Tomás. Este era mucho más mayor, por su

aspecto. De cuerpo grueso y más bajo, su ropa era más clásica: vestía un pantalón de traje de pinzas y camisa remangada a rayas con poco color en los pliegues del cuello por el exceso de uso. Su voz resultaba afable, como la de las personas que emiten buenas vibraciones a su alrededor, y su cara correspondía con el tono de su voz. Sus facciones eran gruesas y de piel algo rosada en las mejillas. Su papada le daba un aspecto aún más amable y simpático. Sin embargo, se le notaba que trataba de transmitir una sensibilidad y empatía algo forzada dada la gravedad de la investigación. Su barba se podía adivinar en el contorno grisáceo de sus mejillas, a pesar de haberse afeitado.

—¿Qué le ha pasado a Nastya? —dijo Lisa interrumpiendo las disculpas del inspector.

—Bien, como ya les han indicado, imagino, desgraciadamente, ha aparecido su cuerpo sin vida en el parque del río Ebro esta mañana. —Garrido hizo una pausa mirando a la joven, mostrándole comprensión y empatía—. Lo siento, Lisa. Por lo que nos han dicho algunos testigos, sabemos que estabais muy unidas.

—Ave María Purísima —dijo Cristina llevándose la mano a la boca ante lo duro de la noticia. No podía entender cómo podía haber pasado algo así.

Cristina, como enfermera del turno de urgencias del Hospital de San Pedro, estaba acostumbrada a ver la delgada línea que une la vida con la muerte, y cómo, además, en muchas ocasiones se pasa de un lado al otro de esa línea en cuestión de segundos. Pero, cuando se trata de alguien conocido y joven, no se tiene la coraza interior que se posee con personas que te resultan anónimas. Aunque no todos los días, Cristina veía a Nastya con bastante asiduidad. Era una habitual de la casa, y, además, nunca escatimaba a la hora de ayudar y dar conversación siempre que las visitaba. Era la primera en levantarse a recoger la mesa una vez habían terminado de cenar cada vez que se quedaba con ellas. Cristina, a su vez, sentía bastante simpatía hacia la joven. Era la mejor amiga de su hija; la veía muy buena niña, sin las maldades que tenían otras amigas de toda la vida de Lisa, con una adolescencia y mayoría de edad más complicadas. Siempre que compartían tiempo en casa, se había mostrado muy cercana y educada. De hecho, la curiosidad innata de Cristina la llevaba a preguntarle mucho por cómo eran su país y sus costumbres. Desde que Cristina se separara, había tenido que dejar de lado una de sus grandes aficiones, viajar; de modo que aprovechaba cualquier circunstancia para interesarse por otros países y costumbres, y también por Ucrania, que era el lugar de procedencia de Nastya.

El agente continuó con la presentación del caso:

—Como ya te habrán indicado —dijo en tono pausado centrándose en Lisa y mostrándose cercano con la joven—, creemos que eres de las últimas personas que la vieron con vida. Así nos lo han indicado varias de las camareras del Kelpies, y necesitaríamos que nos indicases exactamente cuándo la dejaste esta mañana y en qué condiciones. Además, me gustaría hacerte algunas preguntas sobre su vida.

—Claro. Pero... ¿ya saben quién ha hecho esto? —Lisa se mostraba confundida.

—No, aún no; por eso queremos que nos ayudes.

La conversación fue interrumpida por el agente que traía el agua y el café. Garrido aprovechó para invitar a Lisa a que se levantara y lo acompañara a uno de los despachos para iniciar el interrogatorio.

—Si le parece, señora —dijo el inspector Tomás a Cristina—, espérenos aquí un momento hasta que terminemos.

—¿No puedo acompañarla? —Cristina se levantaba de forma instintiva para no dejar sola a su hija.

—Es mejor que no, necesitamos que sea lo más anónimo posible. Pero tranquila, la

cuidaremos muy bien. —Garrido mostraba su lado más empático hacia la madre, lanzándole una sonrisa para tranquilizarla. Como padre de dos adolescentes, sabía que, a pesar de que Lisa ya era mayor de edad, aún era una niña en pleno desarrollo para su madre, pasando, además, uno de los peores tragos de su vida.

Los tres entraron en el que parecía ser el despacho del inspector Garrido sin que Cristina perdiera detalle con su mirada desde la distancia. En su interior se podían observar varias fotos del inspector uniformado con compañeros, y otras en las que aparecía junto a dos chicas adolescentes que debían de ser sus hijas. El inspector apoyó sus manos en una esquina de la mesa, tratando de mantener una imagen cercana e informal. Tomás esperó a que Lisa se sentara en una de las sillas frente a la mesa de Garrido, cerrando la puerta de forma delicada y apoyando su espalda en la estantería que ocupaba el lateral del despacho, totalmente repleta de libros y archivos con el membrete de la policía. Lisa sabía que empezaban las preguntas de todo tipo sobre su amiga, mostrándose más tensa a pesar del intento de los agentes de crear un ambiente informal. Sin parar de mirar a su alrededor, la joven se despistó por el ir y venir de gente que pasaba frente al despacho, todos con rostros de concentración y prisas. Sus manos comenzaban a sudar, y las frotaba contra sus piernas de forma nerviosa, tratando de secárselas.

—Mejor cerramos la cortina, si te parece; para que estés más tranquila —dijo el inspector, acercándose a la ventana con el fin de evitar que su testigo perdiera su atención. Antes de cerrar la cortina, Garrido esbozó una leve sonrisa de confianza hacia Cristina, que estaba al otro lado de la sala muy atenta a lo que pasara en el interior del despacho con su hija—. Verás —continuó el inspector dándose la vuelta de forma calmada—, quiero coger al desgraciado que le ha hecho esto a tu amiga, pero voy a necesitar tu colaboración.

—Claro. Le diré todo lo que necesite. —La joven seguía secando sus manos contra los vaqueros mientras se alternaba la botella de agua de una mano a otra. Sus piernas se mostraban inquietas sin parar de botar.

—Genial, estoy convencido de que serás de gran ayuda. —El agente utilizaba un tono de voz más amable, tratando de mostrarse cercano con Lisa. Este tipo de intentos no siempre tenían el efecto deseado, debido al tono de su voz y su apariencia autoritaria.

—Si te parece —interrumpió Tomás mientras lanzaba una mirada de complicidad a Garrido —, vamos a comenzar reconstruyendo desde la última vez que viste a Nastya hoy, hacia el final de la noche.

—Bueno —dijo de forma titubeante mientras trataba de hacer memoria—. Tras limpiar y recoger en el local, terminamos sobre las cinco de la mañana. Salimos varias de las camareras a la vez, pero, como nosotras no queríamos ir a desayunar porque estábamos cansadas, nos marchamos. Anduvimos juntas por la calle Sagasta, donde está el Kelpies, hasta la esquina de la calle Portales, donde está el banco Ibercaja; allí cada una tiene que coger una dirección hacia su casa, ¿saben? Estuvimos allí paradas hablando un minuto, pero Nastya no me hacía mucho caso porque estaba con el teléfono, y luego nos despedimos. Solía quedarse algún día a dormir en mi casa, pero hoy me dijo que prefería volver con sus padres, de modo que me marché sola a casa. Llegaría como diez minutos más tarde; mi casa no está muy lejos, pero tenía los pies helados e iba muy despacio porque estaba derrengada de trabajar toda la noche.

—Muy bien —Garrido hizo una pequeña pausa para no agobiar a la joven—. ¿Sabes si había alguien más en la calle que conocieras o te levantara sospechas en ese momento, o te comentó si había quedado con alguien?

—No. Se iba a casa, o, al menos, eso me dijo. Como les he dicho, no hacía más que recibir

mensajes en su teléfono, pero imaginé que era Tony dándole la plasta como hace siempre. Con respecto a si vi a alguien más o si se fue con alguien, creo que no; pero la niebla no dejaba ver mucho, la verdad. Nos cruzamos con grupos de jóvenes que volvían de marcha, pero nada del otro mundo, y nadie nos dijo nada. No sé.

—De acuerdo. Ese Tony es su novio, ¿verdad?

—Sí, bueno, o algo por el estilo. A ella le cuesta reconocer que es su novio en plan serio, pero ya llevan varios meses quedando, y hasta ella misma últimamente se ha convencido de que sí que lo son un poco a regañadientes. Creo que él no tiene la misma opinión sobre lo serio de la relación.

—¿A qué te refieres? —Garrido mostraba interés en la percepción que Lisa tenía de esa relación.

—Bueno, esto es una opinión mía, que conste —Lisa recorrió el despacho con su mirada buscando la atención de ambos agentes; no quería que pareciera que incriminaba a Tony de forma tan abierta—, pero ese chico es un poco... si me permiten, gilipollas. No hace más que controlarla y acosarla todo el rato. Nastya lo considera «mono», porque se preocupa por ella, pero a mí siempre me ha parecido un poco enfermizo.

Los dos agentes cruzaron miradas sin llegar a decir nada. No querían interrumpir a Lisa ahora que se encontraba hablando de forma libre. Lisa, ante el silencio y atención de los agentes por respuesta, continuó hablando:

—A ver, no quiero que parezca que estoy diciendo que ha sido él. Eso no lo sé. Solo digo que ese chico es posesivo, o eso me parece a mí; quizá yo tengo otra visión de los tíos, no sé...

Los dos agentes volvieron a mirarse, pero esta vez el inspector Tomás se incorporó de su apoyo en la estantería para preguntar:

—¿Notaste algún cambio en la actitud de Nastya en estos últimos meses? —El agente buscaba las palabras exactas—. Quiero decir..., ¿crees que Nastya sufría amenazas, o Tony la pegaba? Malos tratos de algún tipo.

—Umm... —La joven meditó su respuesta, buscando síntomas que pudieran haber indicado maltrato en su amiga ahora que se lo preguntaba el agente—. No, jamás he visto ningún golpe ni nada de eso. Sí es cierto —continuó— que yo cada vez lo he notado mucho más posesivo: le escribe constantemente, sobre todo cuando termina la noche de trabajo y salimos del Kelpies. Casi siempre la viene a buscar en coche al terminar o cuando estamos desayunando, a pesar de ser de madrugada. No le gusta que Nastya tenga vida más allá de él. Incluso no la creía cuando le decía que estaba en mi casa cenando o se quedaba a dormir. Le pedía que le mandara fotos para demostrarle que estaba en mi casa.

—Vale... —respondió Garrido mostrándose pensativo, continuando con sus preguntas—: ¿Sabes en qué trabaja Tony?

—Es militar. Nastya me enseñó un par de fotos con Tony de uniforme con un fusil alguna vez, como en unas prácticas de tiro; se las mandó para fanfarronear de lo valiente que era. Pero no les puedo decir más, la verdad es que no sé exactamente qué hace en el ejército. Creo que tiene destino en la base de Recajo, pero no les puedo asegurar nada.

—Genial, muchas gracias, Lisa. ¿Sabrías decirme el coche que conduce Tony?

—Sí. Es un Seat León de color negro. Pero no sabría decir la matrícula. No me he fijado nunca, la verdad.

Alguien llamó a la puerta del despacho interrumpiendo la conversación. Tomás se acercó a la puerta para ver quién era.

—Perdón por la molestia, chicos. —El agente vestía una bata blanca con el emblema de la policía en el bolsillo—. Ya tenemos los resultados previos y el certificado del levantamiento del cadáver, por si le queréis echar un ojo —dijo dándole a Tomás una carpeta con el sello de «CONFIDENCIAL» en color rojo en su portada.

—Genial, muchas gracias.

El inspector cogió la carpeta, abriéndola y echando un vistazo rápido a los resultados. Tras la primera lectura superficial, se acercó a entregársela a Garrido. Lisa trataba de captar cualquier tipo de mueca que indicara si había algún dato de interés sobre su amiga.

—Ya veo —dijo el inspector haciendo una pausa para terminar la lectura transversal del informe—. ¿Sabes si mantenía relaciones con alguien más?

—No que yo sepa. Tampoco soy su madre para estar interrogándola sobre con quién va o deja de ir. Además, ella va a una facultad diferente de la mía, no estamos siempre juntas.

—Lo entiendo. —Garrido volvió a la lectura del informe—. ¿Viste marcas en el cuerpo de Nastya esta noche? ¿Algo que te hiciera sospechar? Cualquier cosa...

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a marcas del estilo de golpes, moretones, etc.

—No. Al menos no me fijé. Yo la encontré en el Kelpies cuando llegué; allí no hay mucha luz cuando está ya abierto, y al salir se puso el abrigo y un pañuelo, de modo que tampoco podía verle mucho el cuerpo.

—OK...

El inspector volvió su atención hacia el interior de la carpeta; parecía bucear en el informe mientras Lisa y Tomás esperaban con un silencio algo incómodo. El inspector se atusaba la barba como acto reflejo dada su concentración.

—OK. —Levantó la vista hacia Lisa—. Si no te importa, te hago unas pocas preguntas más, y, de momento, lo dejamos aquí para que puedas descansar, ¿te parece? —dijo volviendo su mirada al informe, dejando finalmente la carpeta sobre la mesa—. ¿Cómo os pagan en el Kelpies, Lisa?

—¿A qué se refiere?

—¿Os pagan en metálico cada día o cómo os dan el sueldo?

—Pues, normalmente, nos pagan al final de cada noche, o, si Jota está muy liado, nos pagan el domingo lo de todo el fin de semana.

—En metálico, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero no le veo mucho sentido a sus preguntas. ¿Ahora también van a investigar si defraudamos en lugar de buscar al que ha hecho esto? —Lisa iba subiendo el tono de voz, enfadada al pensar que preguntaban tonterías en comparación con la muerte de su amiga.

—No, no buscamos eso. Solo buscamos información, ya te lo he dicho. Únicamente estamos haciendo nuestro trabajo. —El tono de voz del inspector era, ahora sí, serio y cortante. Si bien pretendía ser cercano, no le gustaba que se dudara de su capacidad para centrarse en un caso de esa relevancia.

—Nos pagan en metálico, sí. Unos cincuenta euros por noche más propinas.

—Y, al final de un fin de semana como este, ¿qué cantidad sería normal que os llevarais?

—Pues aún no nos han pagado, al menos a mí. Toca esta noche, o, bueno, tocaba —dijo, quedándose callada mientras pensaba—. Pero deberían darnos ciento cincuenta más propinas. Ciento ochenta o doscientos euros, más o menos.

—Y, dime, ¿sabes si Nastya llevaba más dinero encima por algo? —preguntó Garrido tras una pausa.

—¿Cómo más dinero? No —la respuesta fue cortante—. Que yo sepa, no debería llevar mucho dinero. Pero no me meto en las finanzas de la gente.

—OK. Una última pregunta: ¿podrías imaginar por qué motivo llevaría Nastya en su bolso dos mil doscientos euros en metálico?

Lisa no pudo evitar poner cara de póker. No conseguía explicarse el motivo por el que Nastya, perteneciente a una familia de inmigrantes temporeros, tendría tanto dinero en metálico aquella noche. Precisamente sus padres eran gente muy humilde, y eso era mucho dinero para esa familia.

—No sabría decirle, la verdad. —Lisa miraba a Garrido con cara de sorpresa—. No entiendo por qué llevaría ese dinero. Precisamente no tiene una familia muy boyante económicamente, y cobra lo mismo que yo como camarera. No deja de ser una estudiante en primero de carrera.

—Muy bien, muchas gracias. Ya te puedes ir. Vamos a tratar de dejarte descansar unas horas, pero entiendo que, si tenemos más preguntas, necesitaremos volver a verte.

—Sí, claro. Pero... ¿tienen alguna pista? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está ahora Nastya?

—De momento estamos en una investigación y no podemos darte más datos. Estamos hablando con todo el mundo que pensamos que puede ser de interés. Cuando tengamos más, lo sabréis. Pero muchas gracias por la información que nos has facilitado, ha resultado de gran ayuda.

El inspector se acercó a Lisa para darle la mano y ayudarla a levantarse, acompañándola hasta la puerta que el inspector Tomás abría para que la joven pasara.

—De verdad, muchas gracias por tu ayuda, Lisa —dijo Garrido mientras su compañero la escoltaba hasta la sala contigua con su madre.

Tras observar cómo Lisa salía de su despacho, Garrido regresó a su mesa, donde volvió a abrir el informe preliminar. Se sentó en la silla de su escritorio y apoyó su peso en el respaldo chirriante mientras echaba su cabeza para atrás y exhalaba todo el aire de sus pulmones tratando de poner en orden sus ideas. Al ver salir del despacho a Lisa, Cristina se levantó de un brinco para acercarse a su hija.

—¿Qué tal ha ido, cariño?

—Bien, creo.

La joven apenas podía hablar. Parecía que las fuerzas, esta vez sí, la habían abandonado a causa de los nervios. Había entrado en *shock*. Cristina miró al agente con algo de enfado buscando más información mientras acogía entre sus brazos a Lisa.

—Su hija nos ha ayudado mucho, señora. Pero necesitaremos que esté localizable en las próximas horas por si necesitamos preguntarle alguna otra cuestión.

—De acuerdo.

—Muchas gracias por tu colaboración, Lisa —terminó mientras le ponía la mano en el hombro—. Lamento lo que le ha pasado a tu amiga. Haremos lo que esté en nuestra mano para averiguar qué le pasó exactamente.

El inspector Tomás hizo una señal al agente de policía que había traído hasta la comisaría a ambas mujeres, yendo este rápidamente hacia el inspector.

—Por favor, llevad a Cristina y a Lisa de vuelta a su casa.

—Claro, jefe. Acompañenme.

Durante el camino de vuelta, Lisa no podía evitar pensar en que todo lo que estaba viviendo era una pesadilla. Estaba segura de que, de un momento a otro, Nastya le devolvería alguna de las llamadas que había realizado, o le mandaría un mensaje, como hacía siempre. Mientras su mirada se perdía a través de la ventana del vehículo, los pensamientos sobre su amiga se mezclaban con todo lo que le habían preguntado en la comisaría. ¿Cuál sería el motivo por el que su amiga

llevaría tanto dinero encima, y por qué tendría esas marcas que le habían dicho por su cuerpo? Parecía que, en contra de lo que pudiera haber pensado hasta esa misma mañana, había detalles de la vida de Nastya que no conocía. Era su mejor amiga, y no podía evitar sorprenderse al pensar en la cantidad de cosas que podían haberle pasado y de las que ella no tenía ni idea. Era como si hubiera dos Nastyas, con vidas paralelas, y parecía que solo conocía a una de las dos.

CAPÍTULO VII

EL PUZLE INCOMPLETO

12:30 horas. Misma mañana del asesinato. Sala de reuniones del Grupo de Homicidios.

—¿Qué tenemos hasta este momento? —el inspector Garrido lanzó la pregunta a los agentes que se encontraban alrededor de la mesa repleta de tazas de café y papeles. Todos ellos mostraban cara de circunstancias y cansancio por el inicio abrupto de su jornada en fin de semana.

El Grupo de Homicidios al completo se encontraba sentado en la sala de juntas. En la pared del fondo de la sala, el tablero de corcho mostraba los datos que tenían hasta ese momento, pruebas, un mapa del parque con una cruz que marcaba la escena del crimen, donde se había encontrado horas antes a Nastya, y varias fotografías con diferentes perspectivas del cadáver de la joven. Su cuerpo, el bolso de color negro y los efectos personales reconstruían el lugar al detalle. Los testigos métricos amarillos con el escudo del cuerpo marcaban el lugar exacto de cada uno de ellos. El inspector Garrido se encontraba presidiendo la mesa con todo su grupo observando los datos recabados hasta el momento y estudiando las posibles líneas de investigación a aportar en la reunión.

—No ha sido un robo, eso está claro —lanzó uno de los agentes dando respuesta a la pregunta del inspector—; la gran cantidad de dinero en su bolso nos indica que no buscaban el móvil económico. Es un dinero demasiado suculento como para no cogerlo. Aun no buscando el dinero en un asesinato, una cantidad así y en metálico... puf..., es demasiado tentadora para cualquiera. Pero para quien la mató, sin embargo, ha parecido no tener ningún interés.

Garrido continuó absorto en sus ideas sin mirar al agente que hablaba. Sus pensamientos le impedían responder a estímulos de sus compañeros. Mientras continuaba en la profundidad de su pensamiento, golpeaba el bolígrafo sobre la mesa con el tapón que lo accionaba.

—¿Qué más, chicos? —continuó sin dejar de mirar al tablero.

—Podría ser una agresión sexual que ha terminado mal —dijo otra de las agentes.

—Umm... Podría ser, pero debemos esperar a los resultados finales de la autopsia, y no tiene la ropa interior ni quitada ni rota. Veamos qué resultado da el frotis que le han realizado.

—¿Celos de su pareja quizá?

—¿Y las marcas? —interrumpió el inspector Tomás a uno de los agentes mientras continuaba con su reflexión—. Parecen de diferentes veces. La amiga ha dicho que la relación con los padres era complicada. Quizá a su padre no le gustaba la vida que llevaba su hija, trabajando como camarera y haciendo lo que le daba la gana, según la visión más tradicional de un migrante de un pueblo de Ucrania. Puede que tratara de enderezar a Nastya y se le fuera de las manos.

—No debemos descartar nada. Me gustaría hablar con los padres en cuanto podamos, de hecho. No quiero que empiecen a escuchar cosas de su hija por otros medios que no sean los

nuestros. De momento, manda a un par de agentes a preguntar al bloque donde viven y a su barrio. A ver qué podemos sacar de los vecinos. No tiene otra familia aquí, así que se cierra bastante el círculo familiar al que preguntar. —Tras una breve pausa, Garrido verbalizó sus pensamientos—: Pero en lo que creo que nos tenemos que centrar es en el dinero. ¿Quién lleva dos mil doscientos euros encima trabajando de camarera y siendo una estudiante de primer año de Farmacia? Es una cantidad lo suficientemente importante como para preguntarnos de dónde sale.

El silencio se apoderó de la sala durante unos segundos; el grupo de agentes se esforzaba en lanzar teorías para una línea de investigación creíble para el caso y para Garrido. Estar en el Grupo de Homicidios era un buen escaparate para muchos de ellos, y gestionar sus ganas de protagonismo en ocasiones resultaba complicado.

—Es mi sueldo de un mes y medio —dijo uno de los agentes con cierta indignación.

—Quizá vendía droga en el bar —soltó otro de los agentes—. Es estudiante de Farmacia, es posible que empezara a conocer gente que le pasara sustancias en la universidad. Allí seguro que tienen acceso a compuestos químicos y hay más de un friki de la química.

—Puede ser —respondió Garrido—. No debemos cerrar ninguna puerta. Pero si es así, debía ser en gran cantidad, o ser intermediaria. Los billetes no son pequeños como los de los camellos de poca monta, con lo que no debía de menudear con ello en la barra.

—Si era intermediaria, alguien más lo sabría, ¿no? ¿El dueño del Kelpies, Jota? No dejaría que nadie vendiera sin su consentimiento, ¿no creéis?

—No debemos levantar la liebre antes de concretar nada —repitió Garrido—. Hablad con el grupo de drogas, por si ellos tienen conocimiento de Nastya, del dueño o de si se pasa droga en el bar. Que cada uno siga una de las líneas que ha propuesto, y dentro de un par horas os quiero aquí con nueva información.

El inspector dio por concluida la reunión, saliendo todos y quedándose únicamente él en la sala con Tomás. Ambos llevaban más de quince años de compañeros y en la intimidad se permitían discusiones, en ocasiones acaloradas, alejados de las miradas del resto de componentes del grupo.

—¿Cómo lo ves, Tomás? —preguntó Garrido masajeándose los ojos secos por el cansancio y por una leve resaca mientras resoplaba.

—Bueno, muchas vías abiertas, te diría que demasiadas. Necesitamos más información. A ver qué avanzan los chicos para la siguiente reunión, y ahí ya vemos para dónde tiramos. Quizá hablando con los padres saquemos algo más.

—Sí, parece que ahora llega la parte complicada. Vamos allá.

A pesar de la experiencia que da estar en una unidad de homicidios, sin duda la parte más dura del trabajo policial, para Garrido, era explicar a un familiar que un ser querido había muerto. Este mal trago aún se hacía más complicado cuando los que recibían la información eran unos padres y la víctima era un niño o una joven con toda una vida por delante. «Es algo para lo que nunca te terminas de preparar», decía siempre el inspector a todos los jóvenes que accedían al curso de Homicidios del cuerpo y soñaban con entrar en una de las unidades con más prestigio. «No se equivoquen», repetía como un mantra en la formación relativa a informar a familiares de víctimas, «no existen formas sencillas de decir algo así, solo queda tratar de dar respuesta a las preguntas para que puedan encarar el duelo». Pero en estos momentos no se encontraban en una posición adecuada como para dar muchas respuestas. Aún había más preguntas que respuestas sobre qué le había pasado a Nastya, y eso complicaría la entrevista con sus padres y cómo afrontar una estrategia adecuada con ellos.

CAPÍTULO VIII

MALAS NOTICIAS

Petrov y Milka esperaban en el despacho de Garrido. Allí, un agente les había llevado un par de botellas de agua y les hacía compañía hasta la llegada del inspector. Al entrar en la sala, Garrido saludó a todos, sobresaltándolos en el silencio incómodo de la espera. Ante la entrada del inspector, los Holub se dieron la vuelta con una expectación que era resultado de una mezcla de miedo y sensación de encontrarse perdidos. El agente se acercó a las sillas donde se encontraban para saludarlos. Ella era una mujer corpulenta, con facciones marcadas, y de gran tamaño, mucho mayor que el de su marido. De pelo corto y rizado, las canas le hacían perder algo del tono color fuego que Garrido había podido observar en el pelo de Nastya en la escena del crimen. Tenía la cara desencajada; era obvio que ya había recibido la noticia de la muerte de su hija. La profundidad de sus ojos azules acentuaba la apariencia de *shock* en que se encontraba sumida. Petrov era mucho más menudo, pero con cuerpo definido y rocoso. Con unas manos ásperas y poderosas como garras que el inspector pudo sentir en el leve apretón de manos. Más frío y distante, con los ojos verdes casi ocultos en la profundidad de sus cuencas huesudas, estos mostraban una desconfianza en todo lo que tuviera que ver con el sistema policial y con los que trabajaban en él.

—Hola, encantado. —Garrido se mostraba claramente incómodo con la situación a pesar de los años de servicio. Acompañando su saludo a los padres, Tomás se situó justo detrás de la mesa de su compañero mientras este se sentaba en su silla del escritorio—. Son ustedes los señores Holub, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado a nuestra hija?! —dijo Milka con un claro acento de Europa del Este y una mirada incisiva hacia ambos agentes. Su forma de hablar mostraba que aún no manejaban el idioma con total fluidez.

—Bueno... —suspiró el inspector tratando de encontrar las palabras adecuadas en su cabeza —, estamos tratando de averiguarlo. Ha pasado poco tiempo desde que nos han informado de su hallazgo esta mañana, pero, en primer lugar, quiero transmitirles mis condolencias y las de todo el Departamento de Policía. Para nosotros, se convierte en una prioridad saber con exactitud qué ha pasado y coger al que haya hecho esto.

Milka rompió a llorar. El lamento se hacía más incómodo para los agentes al percibir que el marido se mantenía inmutable ante la situación. Tomás se acercó a la mujer para tratar de calmarla ante la inacción de Petrov.

—Beba un poco de agua, por favor.

—¡Mi pobre niña! —Milka comenzó a lanzar frases en una lengua que debía de ser ucraniano, alzando cada vez más la voz mientras se golpeaba la cara y las piernas presa de la desesperación.

Por su parte, su marido continuaba con la mirada congelada. Sin decir nada ni mostrar un

ápice de dolor. Solo podía adivinarse la rabia por la tensión de los músculos de su mandíbula y cuello. Su mirada se perdía en el fondo de la pared.

—Vamos a tener que hacerles unas preguntas —continuó Garrido, esta vez con un tono de voz mucho más suave, mientras se ponía de pie para acercarse al lado de la mesa donde se encontraba Milka y le acercaba un pañuelo de papel.

Tomás se apartó para dar espacio a los padres, cerrando la persiana del ventanal del despacho de Garrido, evitando así las miradas de los agentes que trabajaban en el grupo. Desde la cristalera donde estaba apoyado, podía observar el comportamiento de los padres mientras su compañero les daba el apoyo psicológico que necesitaban. De nuevo, su rol de observador lo llevó a un segundo plano. Garrido tomó la iniciativa en una conversación que era incómoda hasta para alguien tan experimentado como él. A Tomás le llamaba la atención que hasta ese momento Petrov no había soltado ni una sola palabra. Para ser el padre de una joven que acababa de ser encontrada muerta, no tenía preguntas que hacer a los agentes ni mostraba más que una clara expresión de rabia. La rabia y la desesperación, como las que había mostrado Milka, eran reacciones típicas con las que solían tener que lidiar en sus casos; pero la apatía y la ira contenida mostraban una información no tan usual en un padre que recibe la peor noticia de su vida.

Garrido se percató del silencio del padre, aprovechando para preguntarle por su estado:

—Señor, ¿entiende bien nuestro idioma?

Petrov ni miró al inspector, abstraído en su pensamiento y mostrando únicamente cara de enfado y tensión. Garrido miró a Milka para tratar de adivinar si aquella respuesta era habitual en su marido.

—Disculpe a mi marido —dijo afligida la mujer mientras lo miraba—; no está acostumbrado a tratar con policías y se encuentra muy impactado por lo que dicen que le ha pasado a mi pequeña.

—No se preocupe, lo entiendo —continuó Garrido mientras le ponía una mano en la espalda y esgrimía una mueca de comprensión—. Pero, señor Holub... no dude que vamos a tratar de hacer todo lo que podamos para descubrir qué ha sucedido.

Tras unos segundos congelado, Petrov miró a Garrido y comenzó a hablar en ucraniano hacia el agente. Su tono, serio y rotundo, impactó a los agentes a pesar de no poder descifrar ninguna de las palabras. El inspector se lo quedó mirando desconcertado, volviendo su mirada a Tomás y después a Milka.

—Lo siento, señor, pero no puedo entenderle. ¿Qué es lo que desea decirnos?

—Lo que pregunta —interrumpió la señora Holub— es que desea saber cuándo nos entregarán a mi pequeña.

—Bueno, debemos avanzar en la investigación, de forma que, de momento, no podrán disponer de ella. Pero les aseguro que, tan pronto como hayamos terminado, les informaremos para que puedan realizar los trámites necesarios.

—Agradecida —terminó Milka asintiendo con la cabeza.

—Pero antes nos gustaría preguntarles si saben quién ha podido hacer una cosa así a su hija, o si alguien querría hacerle daño.

—No, señor.

La respuesta de Milka fue interrumpida de nuevo por Petrov, quien seguía hablando en ucraniano, sin que los agentes le pudieran entender, y mirando hacia el fondo de la habitación con tono de enfado, como si no quisiera mirar a estos.

—Mi marido, discúlpeme, que está muy dolido. —Hizo una pausa para mirarlo y responderle

en ucraniano, intercambiando unas frases en tono de enfado—. Dice que eso es trabajo suyo. Ruego lo disculpen —continuó mirando a los agentes—: Nos venimos de Ucrania por la violencia. Queríamos darle a nuestra hija una vida mejor aquí, y miren lo que ha pasado. —Se tapó con la cara con sus manos por el dolor.

—Lo entendemos perfectamente, no se preocupe. Además, tienen que descansar y asimilar lo que ha pasado. El departamento ha puesto a su disposición un psicólogo que está esperándoles para acompañarles en todo lo que necesiten. Antes de que un agente les acompañe, quería preguntarles, señora Holub, ¿cuándo fue la última vez que vieron a su hija?

Milka miró al inspector mientras pensaba por un instante.

—El viernes mañana, me dijo que iría a trabajar por la noche y se quedaría a dormir en casa de esa amiga suya. Creo que se llama Lisa. No nos gustaba mucho que trabajase de camarera por las noches, y siempre el fin de semana discutíamos con ella su padre y yo. Por eso se solía quedar con ella.

—Perfecto, es de gran ayuda. ¿Y saben si tenía novio?

Petrov rompió su pose de estatua para girar su cuello y echar una mirada de odio a Garrido que sorprendió a este, quien buscó de forma instintiva la respuesta en la mirada de Tomás.

—¿Mi Nastya? —dijo Milka cortando la situación de tensión—. A pesar de tener la edad para casarse en nuestro país, le prohibimos tener pareja hasta que terminase los estudios. Queremos una vida diferente para ella aquí.

—Lo entiendo. —Garrido hizo una pausa al acordarse de la cuestión del dinero que llevaba la joven encima—. Una última pregunta: ¿podrían decirme por qué su hija llevaría una gran cantidad de dinero encima?

Milka miró a su marido. El tema del dinero descolocó a Petrov, que hasta ese momento se había mostrado inmutable ignorando a los agentes ante cada pregunta.

—No, señor. ¿A qué dinero se refiere? Nosotros somos una familia humilde, pero le damos todo lo que necesita. ¿A cuánto dinero se refiere? Será el sueldo de camarera de esa noche.

—Pues... —Garrido miró a Tomás pensando en lo oportuno de decir la cantidad exacta o no. Finalmente, decidió mostrar sus cartas para ver la reacción de Milka y Petrov—. Pues, exactamente, dos mil doscientos euros.

—Dos mil...

No había dado tiempo a terminar la frase cuando Petrov dio un golpe en el reposabrazos de la silla. Acto seguido, se levantó de forma enérgica, arrojando una mirada desafiante a los agentes e indicando a su mujer que se levantara mientras le gritaba una frase en ucraniano, sin apenas detenerse para salir de la sala. Tomás miró a Garrido, que se había quedado petrificado por la respuesta del padre.

—Un agente les acompañará... —Garrido, sorprendido por la reacción del padre, trató de acercarse rápidamente para abrir la puerta del despacho de forma amable; siendo inútil, ya que Petrov ya había comenzado a salir del despacho del inspector.

Garrido y Tomás sí pudieron acompañar a Milka, que se levantó de forma obediente, saliendo del despacho con ellos. Garrido hizo un gesto al agente que había acompañado a los padres durante la espera en el despacho para que los acompañara, observando cómo se marchaban ambos a paso rápido mientras el agente trataba de cogerles el paso. Tras intercambiarse unas miradas, ambos inspectores regresaron al despacho de nuevo.

—¡La leche! ¿Qué opinas? —dijo Tomás mientras se acomodaba en una de las sillas frente a la mesa de Garrido.

—La verdad es que la actitud del padre es muy rara. Quizá sea por haber estado en una guerra civil en su país, no sé, o, simplemente, porque la gente de Europa del Este es más fría. Pero vamos a tener que investigarle también. Parecía que tenía más enfado que disgusto por la muerte de la chica... No parecía una noticia que lo haya cogido por sorpresa.

—Sí..., no parece de fiar. Voy a curiosear un poco en nuestros archivos y los de Interpol para ver si aparece algo. Quizá sea un ajuste de cuentas de un lío en el que esté metido el padre.

—Veremos. Con su actitud no me extrañaría nada. Mira a ver qué averiguas. Pero, mientras tanto, vamos a poner a dos agentes con ellos. Les realizaremos una vigilancia discreta. No queremos que, si conocen al asesino, se inicie una guerra por venganza, o que hagan desaparecer pruebas.

—Perfecto.

Tomás salió apresurado tras las indicaciones de su compañero. Garrido se quedó solo en el despacho pensando. De forma habitual, en los asesinatos de personas jóvenes solía aparecer una línea de investigación de manera rápida y que parecía mucho más clara que las demás, aunque, en ocasiones, resultaba complejo determinar quién podía ser el asesino. Pero en este caso, con Nastya, ya eran muchas las posibles causas de la muerte, y esto desconcertaba al inspector. Una posible agresión sexual, venta de drogas o un ajuste de cuentas eran demasiadas variables para el inicio de la investigación del asesinato de una joven adolescente. Durante unos segundos, trató de respirar para dar algo de espacio a sus ideas, ordenando mentalmente lo que tenían hasta el momento. Mientras respiraba y se recostaba en el respaldo de su silla, sintió la vibración de su teléfono en el bolsillo de su pantalón vaquero. Al sacarlo, pudo ver un mensaje de Susana: se trataba de un corazón, sin más y sin menos. Un mensaje sencillo que le hizo sonreír de forma involuntaria, respondiendo rápidamente Garrido con otro corazón para ella. Se sentía afortunado por poder sentir su compañía en la distancia. Tras bloquear nuevamente el teléfono, lo dejó sobre la mesa y volvió a coger la carpeta del informe preliminar del escenario, repasando cada detalle y tratando de encontrar un buen hilo del que tirar.

CAPÍTULO IX

CARIÑO

El coche de policía sin rotular entraba por la calle peatonal de Bretón de los Herreros, camino de la casa de Lisa y Cristina. La vibración del coche por el suelo adoquinado de la calle, junto con el sol de la primavera, que calentaba a través de los cristales del vehículo, alejaron a Lisa de los pensamientos sobre la muerte de su amiga, entrando en un estado hipnótico por el cansancio provocado por los nervios y la falta de sueño. El sábado había hecho que cientos de logroñeses hubieran tomado ya las calles, sentados en las terrazas de los locales tomando sus desayunos, preludio de un intenso día de pinchos en la zona. Lisa miraba por la ventanilla del vehículo policial, observando cómo la gente ojeaba el periódico y los teléfonos mientras conversaban con amigos y familiares. Los niños jugaban con las bicicletas mientras los padres conversaban de forma animada. La noticia del día ya no eran las propuestas electorales de los diferentes partidos, y, a pesar de no poder escuchar lo que decía la gente que dejaban atrás al paso del coche, podía suponer que el único tema de conversación era la muerte de Nastya. Cristina, con su mano entrelazada con la de su hija, miraba los carteles de los candidatos a la alcaldía de Logroño acoplados a las farolas. Su pensamiento se perdía deseando que las elecciones no hicieran que la muerte de la mejor amiga de su hija pasara a un segundo plano y cerraran el caso sin encontrar al que la había matado.

El coche se paró en la puerta de la casa de Lisa y Cristina. El agente que estaba en el asiento del copiloto bajó para abrir la puerta a Lisa, que salió sin hacer un ningún gesto. El *shock* la mantenía bloqueada.

—Espera, que te ayudo, Lisa —el agente trataba de orientar a la joven a sabiendas de su estado.

Cristina salió de forma apresurada del vehículo, rodeándolo hasta llegar a su hija. Una vez a su lado, la cogió de la cintura para evitar que se desplomara. Algunas de las personas que estaban en las terrazas de los bares de la zona miraron al percatarse del estado de la joven y de cómo un vehículo policial, fácilmente identificable a pesar de no llevar distintivos, dejaba a ambas mujeres en el portal. Sin mirar hacia atrás, Cristina agradeció a los agentes el transporte, sacando las llaves de su chaqueta para acceder al portal, siendo ambas seguidas por la atenta mirada del agente, que no perdía detalle.

—Un segundo, hija, abro la puerta —dijo apoyando a Lisa sobre una de las hojas de la puerta.

Lisa, apoyada en la puerta, solo pudo sentir cómo todo se volvía más oscuro y frío. Su espalda sintió un escalofrío que vino acompañado de la pérdida de fuerzas en sus piernas, cayendo lentamente al suelo. El agente, que observaba la entrada de ambas al portal, reaccionó rápidamente antes de que la joven cayera totalmente al suelo mientras trataba de resistirse sujetándose en el pomo de la puerta sin éxito. Cristina, centrada en abrir la puerta, que se resistía

más que de costumbre por el mal pulso provocado por sus nervios, solo vio cómo Lisa era sujeta por el agente mientras esta caía al suelo desplomada. Rápidamente, el otro agente se acercó para ayudar a su compañero mientras Lisa quedaba tumbada en el suelo. Ahora sí, las miradas de todos los que paseaban por Bretón se centraban en lo que le sucedía a la joven. Cristina, de forma instintiva, colocó a su hija de lado en el suelo, tomando sus constantes.

—No se preocupen; es que sufre crisis de ansiedad desde hace años. —Cristina mostraba la tranquilidad de quien no es la primera vez que ve una situación así en su hija. Lo que no quería decir es que eso le pasaba desde que el padre de Lisa las abandonó.

—¿Llamamos a una ambulancia, señora? —el agente que había cogido a la joven antes de caer al suelo estaba más nervioso que la propia madre.

—No, tranquilos. Soy enfermera. Se le pasará pronto. Tan solo ayúdenme a subirla a casa para que descanse.

Ambos agentes ayudaron a levantar a Lisa cogiéndola cada uno por un brazo. Cristina, que había dejado las llaves puestas en la cerradura, abría, ahora de forma más apresurada, la puerta de la finca mientras el agente más veterano cargaba con los poco más de cincuenta kilos de Lisa en sus brazos. Con cuidado de que la chica no se golpeará la cabeza al entrar, el agente más joven cerró la puerta de la finca mientras gritaba, con algo de enfado, a la gente de la acera que miraba el espectáculo: «¡Aquí no hay nada que ver, circulen!».

Cristina subió apresurada las escaleras hasta llegar al segundo piso para dejar el camino despejado a los agentes. Una vez en el recibidor de la casa, el agente se dirigió directamente al salón, donde habían tenido pocas horas antes la entrevista con Lisa, depositándola sobre uno de los sofás mientras Cristina acomodaba rápidamente los cojines para elevar las piernas de su hija.

—Cariño, ya estamos en casa. Tranquila —le dijo acariciándole la frente y secándole el sudor frío.

—¿Necesita que hagamos algo, Cristina? ¿De verdad que no quiere que llamemos a un médico?

—No, no, de verdad. Le pasa algunas veces, y, con lo que ha sucedido hoy, es normal que le dé una crisis. Ahora, con una infusión, mejorará. —Lisa recobraba poco a poco la consciencia mientras Cristina no paraba de abanicarla con una de las revistas que se encontraban sobre la mesa del salón.

—OK, usted sabrá —dijo el agente veterano mirando a Cristina y a Lisa—. Si no desea nada más, nosotros nos tenemos que ir. Tenemos mucho trabajo acumulado, como podrá entender.

—Sí... por supuesto. Muchas gracias —dijo mientras se levantaba un momento para acompañar a los agentes a la puerta.

—Si necesitan algo más los investigadores —advirtió el agente—, imagino que la llamarán, o nos mandarán a nosotros, como ya le habrán dicho. Así que estén atentas al teléfono, por favor.

—Claro, no hay problema.

Cristina acompañó a la puerta de la vivienda a los agentes, y cerró sin dar apenas tiempo a más despedidas, volviendo rápidamente al salón con Lisa.

—Cariño, ¿te hago una infusión y te echas un poco? —Cristina trataba de dar todos los cuidados a su hija, aún mareada sobre el sofá.

Lisa apenas podía responder. La ausencia de oxígeno en su cabeza se mezclaba con el abotargamiento producido tras el ataque de ansiedad. «No puede ser verdad», se decía a sí misma, pensando en que apenas unas horas antes había estado con su amiga.

—Tranquila, cielo. Respira poco a poco. —Cristina abrió uno de los cajones del mueble que

se encontraba junto al sofá, sacando un tensiómetro y un fonendoscopio para comprobar la tensión arterial de su hija. Aunque ya en el hospital se usaban los tensiómetros digitales, Cristina había aprendido durante sus años de universidad con el método tradicional y seguía manteniéndolo en casa, ya más como recuerdo que como elemento necesario actualmente en su profesión.

Tras ponerle en el bíceps el tensiómetro y colocar junto a este el fonendoscopio, Cristina comenzó a inflar el brazalete, apretando en varias ocasiones la pera de goma, sin perder de vista el manómetro.

—Tienes una presión sistólica de 18; te voy a dar una pastilla para que te relajes, cariño, y te tumbas en la cama, ¿de acuerdo?

Lisa, dócil por el cansancio provocado por la crisis que había sufrido, únicamente asintió a las palabras de su madre, que la levantó poco a poco del sofá hasta llevarla a su cuarto. Pocos segundos más tarde, Cristina volvía a la habitación con un vaso de agua y un Lorazepam.

—Toma, cariño. Así descansas un poco.

La joven se tomó la pastilla, posándola en su lengua y bebiendo un trago de agua ayudada por su madre, debido al temblor de sus manos, cayendo recostada de nuevo sobre la almohada aún con el temblor en su respiración. Pronto surtiría efecto la pastilla, pero, mientras, no podía dejar de pensar en los últimos momentos que había compartido con su amiga en la vuelta a casa desde el Kelpies aquella noche. Su cabeza no paraba de buscar respuestas. ¿Habría sido Tony el que la había matado después de escribirle de forma tan insistente al móvil?. En pocos minutos, sus párpados comenzaron a pesarle más y más, sintiendo cómo la boca se le acorchaba poco a poco. La pastilla comenzaba a hacerle efecto, y no podía más que rendirse al sueño que se apoderaba de ella.

Cristina observaba a su hija sentada junto a ella en el lateral de la cama. Sin hablar, únicamente acariciaba su pelo para tranquilizarla sin dejar de pensar en lo que le había sucedido a Nastya. En cientos de ocasiones, había visto a la joven en su casa y, desde el primer día, tenía la sensación de ver en ella a una joven con problemas pero, a su vez, con un gran espíritu de supervivencia. Ese tipo de instinto natural que aparece cuando no hay más remedio que seguir adelante. En cierto modo le recordaba a ella, y cómo tras la ruptura y abandono por parte del padre de Lisa no tuvo muchas más opciones que luchar por sacar a su hija adelante a pesar de ser madre joven y sin apenas recursos económicos. Ahora, tras el impacto del asesinato de Nastya, no podía dejar de pensar en lo dura que es la vida y cómo trae las desgracias de forma inesperada. Mientras pasaba la mano por la frente de Lisa, pensaba que la vida, en muchas ocasiones, te pone una espada en la espalda, y solo puedes dar pasos al frente.

El teléfono de Lisa estaba en la mesilla junto a la cama. No paraba de vibrar recibiendo mensajes y llamadas. Pero el efecto de las pastillas era más fuerte que el sonido que producía el teléfono bailando sobre la mesilla de noche. Eran sus amigos y conocidos, que se habían enterado de la noticia. En las ciudades pequeñas, las noticias corren como la pólvora. Tras varias horas, sus nervios se abrieron paso entre los tranquilizantes, despertando en su habitación con la duda de haber vivido un mal sueño. En su duermevela, las ideas sobre el asesinato volvían a su cabeza. La persiana de la habitación dejaba entrar por los agujeros la brillante luminosidad del día primaveral. Las vibraciones constantes de su teléfono consiguieron sacarla totalmente de su letargo, cogiéndolo y viendo los cientos de mensajes y decenas de llamadas; pero no quería hablar con nadie. Aún pensaba en cada uno de los segundos de su despedida con Nastya hacía unas pocas horas. Fotograma a fotograma, en su cabeza se repetía la forma en que se miraron y lo alejada que estaba de ella por estar pendiente del móvil. Cómo vestía, su pelo... No quería olvidar ninguno de

los detalles del momento, de la última vez que vio a su gran amiga. Aún podía recordar hasta el olor de su piel al darle el último beso antes de separarse. «Si le hubiera insistido más en venir a dormir conmigo», pensaba. «Quizá así no habría muerto».

Apenas sin fuerzas, no tenía ganas de desbloquear el teléfono y enfrentarse a leer los mensajes que le habrían mandado. Aún estaba aturdida por las pastillas, pero, aun así, a su mente no hacían más que llegar posibles escenas suponiendo lo que habría pasado en forma de fogonazos. En su boca, mientras tanto, trataba de segregarse algo de saliva para hidratar el acorchamiento provocado por el ansiolítico. Todas las imágenes terminaban igual, con el recuerdo de los mensajes que entraban en el teléfono de Nastya mientras ambas caminaban juntas entre la niebla de la madrugada. «No es normal que te escriban tantos mensajes de forma continuada, eso es de ser un trastornado», pensaba mientras se mantenía en la cama, tapada por las sábanas hasta la mitad de su cabeza, tratando de escapar de la realidad. Para Lisa, sin duda, la principal pista era Tony. Poco a poco, con el paso de los meses en su relación, se había vuelto una persona mucho más posesiva. Nastya no se daba cuenta, pero cada vez subía un escalón más en el control hacia ella. Aunque recordaba cómo se lo había dicho en muchas ocasiones como amiga, siempre lo excusaba diciendo que era debido a que se preocupaba por ella. Para Nastya, una chica extranjera que tuvo que cambiar de país en su adolescencia, y sin apenas posibilidades económicas, tener una persona que se preocupara por ella era sin duda una situación nueva y muy reconfortante. En alguna ocasión, ella misma había contado a Lisa cómo Tony se había vuelto muy celoso y había discutido con él por trabajar de camarera, o por salir con vestidos «provocativos», como decía él. Tony, militar de profesión, le decía que entre sus padres y él podían pagarle cosas sin necesidad de que trabajara. Y a pesar de que las discusiones cada vez eran más acaloradas, él siempre volvía tras unas horas con un ramo de rosas gigante y algún otro regalo para hacer las paces. Nastya, carente de amor y poco acostumbrada a atenciones de ese tipo, siempre terminaba perdonándolo.

Cristina abrió la puerta comprobando en la penumbra que Lisa se había despertado, volviendo a cerrar sin decir nada. Pocos minutos después, volvía a la habitación, abriendo esta vez la puerta con una infusión en la mano e iluminando la estancia de forma indirecta con la luz del sol que recorría el pasillo.

—Toma, cariño. Cuidado, que está muy caliente.

—Gracias —Lisa se incorporó y se sentó cogiendo la taza, soplando sobre ella mientras miraba al interior como quien lee los posos del café.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Qué piensas? —Cristina, sentada junto a ella apoyada en el cabecero, no paraba de frotarle la espalda para que se relajara.

—Es que no me lo creo, de verdad. —Lisa apenas podía aguantar las lágrimas mientras continuaba mirando al infinito del fondo de su taza.

—Lo sé, cariño. —Cristina le tendió el brazo sobre su espalda, dándole un beso en la cabeza e inspirando el olor de su pelo, pensando en lo agradecida que estaba de que su hija no fuera la que hubiera muerto, por muy cruel que le pareciera el pensamiento por Nastya.

—Creo que ha sido el hijo de puta de Tony, mamá. ¡Estoy casi segura!

—Bueno, cariño, nunca te ha gustado ese chico. Ya les has dicho a los investigadores todo lo que sabías, así que ahora deja que ellos hagan su trabajo. —Cristina sabía que la relación de Nastya con Tony las había alejado un poco, pasando de dormir todos los fines de semana juntas en casa a verse menos, y casi siempre solo tras la barra del Kelpies.

—¡Como haya sido ese hijo de puta, lo voy a matar con mis propias manos! —Lisa apretaba con fuerza la taza con la infusión a pesar del calor que desprendía. Con su mirada perdida, los

músculos de su mandíbula se tensaban pensando en el daño que le gustaría producirle a Tony ante la posibilidad de que hubiera matado a su amiga.

Lisa tenía el mismo defecto que su madre: era tremendamente idealista y no soportaba las injusticias. Menos aún si se trataba de uno de sus seres más queridos. Pero ahora debía luchar contra la mezcla de sentimientos. Tenía la sensación de tener un cuchillo clavado en la tripa y, a la vez, una losa sobre el pecho. Su cabeza, en un torbellino de ideas, no paraba de dar vueltas como una peonza. ¿Cuándo habría cogido Tony a Nastya? ¿Le habría dicho algo que lo enfureciera tanto como para matarla? Quizá Nastya le había dejado, o habían discutido y Tony había querido acabar con ella.

Sorbo tras sorbo, sus ideas se iban amontonando, y en cada una de ellas terminaba preguntándose sobre cómo habría acabado con la vida de su amiga. Tras un último trago, Lisa dejó la taza en la mesilla y cogió el teléfono. Tenía cientos de mensajes y más de veinte llamadas. Pero ahora, con algo de descanso y más relajada por efecto de los ansiolíticos, era ella la que empezaba a llamar para obtener respuestas. Quería saber si alguien podría haber visto algo. Primero, comenzó a buscar en la agenda al resto de camareras que salieron con ellas del local, por si, tras su marcha, Nastya se lo hubiera pensado mejor y hubiera vuelto para desayunar con ellas. De poco sirvió la intentona de recabar información al comprobar que todas las compañeras con las que hablaba rompían a llorar tras unos segundos de conversación. Los llantos y jadeos de algunas apenas le permitían tener una comunicación fluida con ellas; aun así, Lisa consiguió la respuesta a su pregunta inicial: Nastya no había vuelto tras separarse del resto de chicas del bar en la calle. Resultaba inútil tratar de consolar a sus compañeras, menos aún por teléfono. Además, ella era la primera que se encontraba mal por la muerte de su mejor amiga, así que, simplemente, cortaba la llamada al conseguir la respuesta sobre si había vuelto o no.

Tras la última llamada, Lisa se quedó pensativa, buscando opciones sobre a quién seguir preguntando. Cristina, que seguía junto a su hija en la cama, permanecía atenta. Por fin podía ver que su hija se sobreponía un poco al *shock* inicial, y, aunque preocupada por su obstinación, sabía que Lisa no era de las que se quedaban sin hacer nada.

—Cariño, ¿qué estás haciendo?

—No me puedo quedar con los brazos cruzados, lo siento. —Lisa miró a su madre con una determinación que ella ya conocía. Por mucho que le pudiera decir sobre la labor de los investigadores de la policía, nada iba a impedir que Lisa siguiera preguntando sobre el tema. «Y quizá es la forma que tiene de llevar el duelo por el golpe que ha recibido», pensó.

Cristina no le respondió. A pesar de su preocupación, únicamente podía permanecer junto a su hija, aunque fuera sin hablar, solo para que supiera que ella estaba ahí como madre.

Lisa volvió a coger el teléfono. Se puso a buscar en la agenda hasta que encontró el número de uno de los agentes de seguridad del Kelpies.

—Kiko, soy Lisa. —Aguardó durante un breve instante esperando a que la ubicara.

—Sí, dime. Ya me han llamado por lo de Nastya. —Esperó durante un segundo sin que hubiera respuesta por parte de la joven—. Me han dicho que en un rato vendrán unos agentes para hacermé unas preguntas. Por lo visto, sigue allí Jota, y quieren hablar con todos los que hemos trabajado esta noche. Aún me parece increíble lo de Nastya.

—Ya, sí que lo es —respondió mientras resoplaba. No quería caer en el pensamiento de la muerte de su amiga nuevamente. La presión se hacía patente en su pecho y apenas le dejaba respirar bien con solo oír su nombre—. ¿Tú la viste después, o viste a Tony?

—No... —Kiko hizo una pausa mientras pensaba detenidamente—. Me fui después de

vosotras, pero no vi nada.

—¿Seguro?

—Ummm... Al único que vi cuando iba para casa fue al tarado ese de la barba. El que va con la bici dando vueltas todo el rato. ¿Sabes quién te digo?

—¿El loco barbudo? —preguntó Lisa subiendo a un tono más enérgico por tener un hilo del que tirar.

—Sí, ese. Lo vi dando vueltas, como todas las madrugadas; ya sabes lo trastornado que parece en su bici, sin parar de pedalear. Pero nada más. No vi ni a Tony, ni a nadie sospechoso.

—Muchas gracias, Kiko. Luego me cuentas qué tal con la policía. —Lisa terminó la llamada apresuradamente y tiró el teléfono al lado de la cama.

—¿De qué loco hablas, hija? —Cristina trataba de seguir el hilo de la conversación solo con lo que le escuchaba decir a su hija.

—Nada, no te preocupes, mamá. Me tengo que ir un momento.

Sin apenas dar tiempo a una respuesta de Cristina, Lisa se levantó de la cama. Se quitó a trompicones el pijama, notando cómo le costaba mantener la verticalidad y teniendo que apoyarse sobre el armario que se encontraba frente a la cama. Mientras se ponía sus vaqueros negros, recordó el mareo que le provocaban los ansiolíticos. Cristina observaba cómo su hija trataba de vestirse de rápidamente, pero la torpeza provocada por las pastillas hacía que le costara terminarse de abrochar bien el pantalón y encajar cada uno de los botones de su camisa en el ojal que le correspondía.

—Espera, cariño, que te ayudo. —Lisa agradeció el gesto de su madre al levantarse con una sonrisa.

Aunque no se encontraba del todo bien, ahora que sabía a quién podía preguntar si tenía algo de información o había visto algo, no pensaba quedarse en casa por más tiempo. Tras un beso apresurado en la mejilla de su madre, acompañado de una caricia, Lisa salió decidida a la puerta mientras cogía la mochila de cuero que usaba de bolso y que siempre guardaba en el suelo del recibidor, cogiendo su chaqueta negra de cuero del perchero de la entrada y abrochándosela apresuradamente. Al tiempo que salía de casa y cerraba con un portazo, pudo oír cómo su madre le decía algo, aunque ya no prestó atención. Su mente se obcecaba en tratar de encontrar respuestas, y quizá el loco que siempre estaba montando en bicicleta podía haber visto algo en sus paseos matutinos.

CAPÍTULO X

EL LOCO DE LA BICICLETA

«El Loco de la Bicicleta», como lo llamaban muchos de los trabajadores de la noche y jóvenes del casco antiguo de la ciudad, era un hombre de unos cincuenta años del que todos, en mayor o menor medida, habían hecho comentarios en alguna ocasión entre bromas. Incluso, en alguna cena de amigos y con más de una copa de vino en el estómago, alguno de los compañeros del Kelpies había montado alguna falsa historia sobre él y el motivo de su locura para andar en bicicleta tantas horas al día. Pero la realidad parecía menos extravagante, y, para Lisa, no eran más que signos de tener algún que otro problema mental. Desde que tenía uso de razón, como adolescente, había visto al hombre, que, con el paso de los años, se había dejado crecer la barba y el pelo de una forma absolutamente descuidada. Tenía la melena alborotada, cubriendo por completo su nuca hasta los hombros. Su barba le llegaba al pecho en forma de abanico invertido, con una mezcla de canas y rizos que tapaba casi todo su cuello. Todas las mañanas, hiciera calor o frío, cualquier persona que estuviera en la calle de madrugada podía verlo dando vueltas a gran velocidad por el centro de Logroño sobre una bicicleta de color rojo de la marca Motoretta, más propia de un museo que de las bicicletas de montaña más modernas. Su complexión era algo gruesa, a pesar de las horas que pasaba al día sobre los pedales. Su ropa, si bien no estaba sucia, se veía roída y desgastada por años de uso. Tampoco ayudaban a su aspecto desaliñado sus zapatillas J'Hayber, ya amarillentas por varios años de uso. De forma invariable, el Loco no paraba de dar vueltas a gran velocidad durante horas, y no se le volvía a ver hasta bien entrado el día o ya por la noche. A esa dificultad para verlo durante el día se debía el origen de una de las historias que los compañeros del local habían creado sobre él, en la que era una especie de vampiro. De hecho, muchos de ellos solo lo veían en el camino a casa una vez había cerrado el local, poco antes de que la luz del día llegara. Para muchos, era el «Drácula de Logroño».

Lisa aún podía recordar algunos episodios como adolescente en los que chicos del barrio se metían con él, aún sin tener la imagen que actualmente mostraba, cosa que nunca le había hecho especial gracia. El Loco nunca hablaba con nadie, y en las pocas ocasiones que la joven había intentado cruzar alguna palabra con él, vencida por la pena y la curiosidad, había sido frustrada por la huida del hombre. Pero ella, más que a un loco peligroso en busca de una víctima, veía a una persona con problemas que mantenía una rutina extrema para no desequilibrarse aún más, si es que eso era posible.

Lisa llegaba a las escaleras bajo su portal algo fatigada. Incluso bajar las escaleras ya había sido un esfuerzo titánico para el poco aire que conseguía meter en sus pulmones por culpa de la presión que la ansiedad dejaba en su pecho. Una vez abrió la puerta del portal, pudo sentir el tibio calor de la primavera y el olor a las flores que dejaban las plantas de los maceteros de hierro en su calle, puestos como elementos decorativos para evitar que los coches aparcaran en la acera

ocupada por las terrazas de los bares. La joven se tomó un poco de tiempo para coger todo el aire que podía en sus pulmones. Tras unos segundos de respiración profunda, comenzó a pensar dónde podría obtener información sobre el Loco. Normalmente lo veía de madrugada con su bicicleta, pero nunca a media mañana o durante el día. Y ahora, siendo ya por la tarde, no tenía muy claro dónde buscar a alguien que no quería ser visto a la luz el día.

—Quizá el hombre del puesto de prensa de los soportales de la plaza del Espolón sepa algo. Los de los puestos conocen a todo el mundo —farfulló en voz baja hablando para sí, iniciando el camino hacia el quiosco.

Mientras caminaba con paso firme, le vino a la cabeza la idea fugaz de que ella misma podía ser vista como una loca por hablar sola por la calle. «Todos estamos un poco locos, está claro», pensó para sí mientras avanzaba por la calle.

A paso decidido, aunque no tan rápido como hubiera querido por la falta de oxígeno, Lisa se dirigió a la plaza. Podía notar cómo el sol de la primavera calentaba más que en los meses de invierno que acababan de superar, sufriendo el agobio de la temperatura y quitándose la chaqueta de cuero para colocársela atada a la cintura anudada por las mangas.

Al entrar en la plaza del Espolón, pudo ver cómo esta se encontraba llena de gente. Los habitantes de Logroño estaban deseosos de la llegada de algo de calor, y parecía que ninguno de ellos quería perderse el placer de disfrutar de las terrazas de la ciudad acompañados de amigos, familia y un buen vino. Decenas de niños se encontraban correteando, con triciclos y bicicletas, entre los jardines de la plaza mientras los padres, tomando sus vinos y pinchos en las terrazas que recorrían el exterior del Espolón, les prestaban poca atención deseosos de recuperar el tiempo de disfrute en la calle perdido durante el invierno. Muchas personas mayores se encontraban sentadas en los bancos que recorrían los jardines del centro de la plaza; Lisa pensó en lo vieja que se le hacía la ciudad en ocasiones, más cuando los estudiantes de la Universidad de la Rioja se marchaban, al final del curso, a sus casas o ciudades de origen. Pero, sin que hubiera terminado aún el curso universitario, la primavera había llegado para quedarse, y la gente estaba deseosa de pasar tiempo en la calle. La escultura de Espartero, insigne figura militar española y Virrey de Navarra, presidía la plaza, con multitud de bancos y zonas ajardinadas, que se encontraba repleta de vida. Lisa se paró un segundo, extrañada, realizando una vista general del espacio. Su recuerdo de la plaza de noche era bien distinto del aspecto que tenía durante el día. Ella, junto a otras compañeras como Nastya, pasaba por la plaza cada noche de trabajo a repartir publicidad del Kelpies, o de madrugada para ir a desayunar con los compañeros al terminar la noche, pero jamás solía verla con tanta gente. Lo más parecido a una multitud de gente que veían los trabajadores de ocio nocturno en el Espolón era durante las fiestas de San Mateo, con la plaza y sus conciertos. Durante el resto del año, los pocos transeúntes que había solo eran acompañados por los barrenderos, que regaban con sus mangueras las calles mientras las jóvenes, consumidas por el frío, pedían no ser mojadas por los operarios de limpieza y trataban de no resbalar con los zapatos de tacón por la humedad de las baldosas de la plaza.

—¡Joder! Cómo cambia esta plaza durante el día —se dijo sorprendida al reanudar el paso hacia el puesto, que se encontraba junto a la cafetería Ibiza, en los soportales laterales de la plaza.

Al llegar al puesto, Lisa pudo ver que había cola para pagar el periódico. A la conversación habitual sobre la actualidad de los compradores de la prensa, se añadían aquellos que estaban deseosos de obtener más información sobre la noticia de la muerte de Nastya, lo que ralentizaba mucho la venta. La muerte de su amiga era mucho más llamativa que la campaña electoral, que culminaría en apenas una semana con unas elecciones municipales en la ciudad. Lisa esperó

durante unos segundos, pero su nerviosismo y la presión en el pecho le estaban haciendo sentir que el agobio se apoderaba de ella. Tras escuchar varios comentarios sobre si la joven hallada muerta podía ser una prostituta de Europa del Este, o si la muerte era resultado de una sobredosis, no pudo más y se saltó la fila hasta llegar al vendedor, que estaba hablando con uno de los clientes.

—Perdón por interrumpir el chismorreo que se traen todos. —Su nerviosismo y su enfado limitaban su capacidad de control, hablando de manera algo entrecortada por la ausencia de aire—. Quería preguntarle una cosa.

—¿Qué te pica, jovencita? —El quiosco estaba repleto de gente esperando, y al responsable del puesto no le había gustado nada su actitud.

—Quería saber si conoce a un hombre que pasa con la bicicleta por aquí todas las mañanas. Lleva barba, pelo largo canoso y ropa mugrienta. La bicicleta es roja y antigua.

—Veo que no tienes educación —el dueño del quiosco respondió de forma agria—: te saltas la cola con malas formas y, encima, lo primero que quieres es que responda a lo que preguntas. Y además sin siquiera ser una clienta.

Lisa observó fijamente al dueño del quiosco, manteniendo ambos un duelo de miradas. La respiración de la joven comenzaba a mostrar ansiedad y desesperación. El quiosquero rompió el duelo mirando el montón de periódicos que tenía en el expositor.

—Al menos compra uno, y te respondo.

—Está claro que no pierde ocasión de ganar dinero —contestó Lisa entre dientes. Buscó unas monedas en su mochila y cogió el primer periódico que cayó en sus manos.

—Bien, jovencita, son dos euros con cincuenta. —El quiosquero extendió la mano para cobrar mientras esgrimía una leve sonrisa, en señal de haber ganado la partida a la joven, mirando al otro comprador con el que estaba hablando antes de ser interrumpidos.

—Toma —dijo dejando las monedas sobre el mostrador con un golpe seco—. ¡Ahora, dime!

—Creo que a quien buscas es Alonso. El hijo de Fermina Guindales. Vive por la calle del Norte, junto al parque. Ese chico está mal desde hace años; ha estado siempre entrando y saliendo de hospitales. —Recogió las monedas e hizo un gesto circular con uno de sus dedos sobre su sien.

Lisa se quedó un segundo pensativa. La expresión del dueño del puesto no era muy afortunada, pero, desde luego, se asemejaba a la impresión que daba el hombre de la bici.

—Gracias por la información... desinteresada —soltó de forma irónica al quiosquero mientras doblaba el periódico y se daba la vuelta para marcharse del lugar. Como un fogonazo en su cabeza, no pudo evitar la tentación de darse la vuelta antes de irse y gritar a los clientes y al dueño del quiosco—: ¡Que sepáis, cotillas, que no era ni puta ni drogadicta! ¡Era mi amiga, la ha matado algún hijo de puta, y lo voy a descubrir!

El grupo de clientes y el quiosquero se quedaron callados por lo incómodo de la situación. Nadie respondió mientras Lisa se marchaba del lugar sin mirar hacia atrás, guardando su ejemplar del Diario de La Rioja con una edición extra sobre el asesinato en la mochila. La prensa local no había perdido la oportunidad de lanzar una tirada ante la oportunidad de incrementar sus menguadas ventas. Una vez en la plaza, Lisa siguió el camino hacia la dirección que le habían indicado del Loco. A la altura de los soportales, sentía el calor, que ya comenzaba a ser más agobiante, y la sombra de estos se le antojaba más que necesaria.

A paso decidido, desanduvo el camino que la había llevado al Espolón por la calle Bretón de los Herreros en dirección a la calle del Norte. Tenía la esperanza de poder conseguir algo de información por la zona donde, teóricamente, vivía el Loco. Menos de diez minutos la separaban

de la calle marcada por el quiosquero como la zona donde vivía «el Loco de la Bicicleta». Mientras entraba en la zona peatonal, que también conducía a su casa, su mirada se dirigió a la puerta de uno de los juzgados de la ciudad. Una sensación de rabia le retorció el estómago al pensar que la justicia, en el mejor de los casos, haría que el asesino de Nastya acabara entre rejas; y esa idea, aunque la deseaba, le parecía poco castigo por lo que le había pasado a su amiga. En su paso acelerado por la calle, ni siquiera miró a las ventas de su casa al pasar frente al portal. Sus pensamientos se centraban en confirmar que Tony era el asesino de su amiga. Al final de la calle Once de Junio, el Cubo del Revellín marcaba el final de la parte histórica de la ciudad. Eran los restos del recinto amurallado del Logroño del siglo XVI, un cubo de artillero de la época. Al final de la construcción, Lisa pudo ver el cordón policial, que se extendía prácticamente por todo el estacionamiento del parque. La calle del Norte atravesaba el lateral de lo que había sido la muralla. Lisa se detuvo impactada; allí, tras esa línea policial, era donde habían encontrado muerta a su amiga. Los curiosos se agolpaban ante la cinta, aumentando la indignación de la joven al ver cómo la muerte de su amiga era solo una atracción para ellos; un mero comentario para la hora del pincho en una ciudad que ya no iba a prestar atención a las promesas electorales de los candidatos que figuraban en todas las paredes y farolas de la ciudad.

Las furgonetas de los medios de comunicación llegaban de manera incesante, como una hilera de orugas procesionarias en busca de alimento. Los medios iban a hacer de esto un *show*, era evidente. Lisa bajó la mirada y prosiguió su camino, no se sentía con fuerzas para ver el circo que habían montado.

Una docena de metros más adelante, se chocó con varios de los viandantes que, absortos, observaban el espectáculo. Lisa notaba que la ansiedad volvía, y tuvo que parar en la plazuela que se abría paso en la calle en dirección a la ciudad antigua. Pensó que quizá el Loco estaría mirando el espectáculo también, junto a gran parte de la ciudad. Si estaba, sería fácil de localizar por sus pintas de mendigo. «Quizá no lleve la bicicleta en este momento», pensó tratando de razonar cómo sería el Loco fuera de las horas de la madrugada, en las que siempre iba montado sobre su bici.

Tras unos minutos recorriendo la calle sin resultado, y con su ansiedad aumentando por momentos, Lisa recordó que conocía a varios camareros que trabajaban en uno de los bares que se encontraban en el interior de la muralla del Revellín. Se trataba de El Parlamento, local al que daba nombre el Parlamento de La Rioja, que se encontraba en uno de los laterales de la plaza. Agradeció perder de vista el bullicio y las miradas, escapando entre las calles de la ciudad vieja de Logroño. En apenas un par de minutos, llegó al local con la esperanza de que ellos supieran quién era el Loco realmente.

—Buenas, chicos —dijo sin poder ocultar mucho su aspecto demacrado.

Los camareros, que alguna vez iban al Kelpies al cerrar El Parlamento, se acercaron a Lisa a sabiendas de que Nastya era su amiga.

—Lo sentimos, guapa... —se apresuró a decir uno de ellos mientras le daba un abrazo que derrumbó a Lisa, sin que esta pudiera evitar dejar salir su ansiedad y sus lágrimas en forma de convulsiones mientras le devolvía el abrazo agradecida—. ¿Quieres tomar algo?

—No, tranquilos. —La joven se separó tratando de recomponerse—. Decíme una cosa: ¿sabéis si viven por aquí una mujer llamada Fermina Guindales y su hijo, un hombre con barba que siempre va en bicicleta?

—Ummm... —Ambos jóvenes se miraron tratando de hacer memoria—. Sí, creo que son la mujer esa rara y el hijo, ya un hombre mayor, más bien. ¿Por qué los buscas?

—Por nada... —Lisa pensó durante un segundo si desvelar sus intenciones. Parecería una

loca; a las pocas horas de perder a su amiga, haciendo el trabajo que ya estaría haciendo la policía. Decidió continuar con una excusa—: Es que creo que, el otro día, el hombre recogió mi cartera, que se me cayó por la noche al volver a casa.

Ambos camareros se miraron, extrañados por la preocupación de la joven pocas horas después de la muerte de su amiga. Lisa, al percatarse, continuó con su excusa:

—Es que me ha pedido la policía la documentación, para la investigación, y no la tengo, así que pensé en pedirselo y llevarla a comisaría para que la puedan incluir.

Uno de los camareros salió amablemente a la puerta del local para indicarle la dirección; Lisa le siguió de manera automática.

—Vas por la calle Barriocepo, y cuando salgas a la calle del Norte, es uno de los portales que se encuentran antes de la parroquia de Santiago el Real. No te puedo decir el portal, pero está muy cerca. La madre es una mujer muy mayor. Es muy seria y religiosa. No creo que sea muy simpática contigo si la encuentras. Muy beata, pero tiene siempre cara de perro. —El camarero esgrimió una sonrisa mostrando toda su amabilidad a sabiendas de lo que estaría pasando Lisa.

—Muchas gracias —dijo, despidiéndose con un leve saludo y saliendo apresurada en la dirección que le habían indicado.

Ya había probado a recorrer la calle del Norte, pero quizá la nueva descripción que le habían dado de la madre sería de ayuda. No tenía muchas pistas, y las que tenía seguían siendo algo vagas. Mientras caminaba, Lisa se concienciaba para sujetar su estómago y, con él, la ansiedad. Tenía que volver a la zona de la calle donde la gente observaba el espectáculo de la policía en el Parque del Ebro. El objetivo con el Loco era claro. Quizá, él sí que vio algo por la mañana.

Al llegar al inicio de la calle, a pesar de la preparación mental, su estómago volvió a retorcerse al observar la cinta policial. Tras unos segundos realizando respiraciones profundas que contuvieran la ansiedad, pensó en buscar soluciones drásticas. Se acercó al primer portal y comenzó a llamar al telefonillo. Se le ocurrió que, si era una familia tan rara, seguro que los vecinos del portal o de los portales aledaños sabrían quiénes eran. Lisa comenzó pulsando el botón del primer piso, esperando unos segundos; pero no hubo respuesta. «Probemos con el siguiente», pensó mientras apretaba el correspondiente botón. Tras un último intento sin respuesta, Lisa paró durante un segundo por la expectación que se creó al ver cómo algunos de los coches de criminalística salían del interior del parque. Los fotógrafos iniciaron rápidamente sus ráfagas con las cámaras mientras la gente se agolpaba presa de la curiosidad y los agentes se esforzaban por abrir una vía para la salida de la comitiva policial.

Al ver el revuelo, la ansiedad volvió a ganarle la partida a Lisa, que tuvo que apoyar su espalda en el portal del edificio mientras el aire entraba, cada vez con menos fuerza, en sus pulmones. De repente, pudo ver a lo lejos al Loco de la Bicicleta mirando la maraña de luces y vehículos estacionados junto al río, totalmente absorto ante el espectáculo.

—¡Joder, ahí está! —Salió directa hacia él sin que sus piernas apenas pudieran seguir a su cabeza por la falta de oxígeno en su cuerpo.

Apenas había cruzado la calle, apartando a la gente a su paso usando la poca fuerza de que disponía, cuando el Loco miró hacia su portal y pudo ver a Lisa, que iba directa hacia él. Tras unos segundos de duda, el hombre salió corriendo. La joven nunca lo había visto andando, pero tenía una cojera que le impedía correr con cierta velocidad. Lisa se quedó bloqueada por la reacción del Loco.

—¡Joder!, esto no me lo esperaba. —Tras dudar, ella también comenzó a correr—. Algo debe esconder si quiere huir —pensó en voz alta mientras sujetaba su mochila como podía y trataba de

no perder la chaqueta, que se desanudaba de su cintura.

A pesar de la falta de oxígeno, Lisa mantuvo el ritmo sin perder de vista su objetivo, cruzando la carretera. El sonido de un frenazo, acompañado de un pitido, la sacó de su obcecación: un coche patrulla, que salía del estacionamiento del parque, había estado a punto de atropellarla.

—¡Joder! —gritó, parando un segundo por el susto y reanudando la carrera mientras se disculpaba con los agentes que le recriminaban su falta de atención—. Ahora lo he perdido —se dijo mientras miraba a todas partes.

Pero no podía estar muy lejos. La cojera no podía dejarle correr tan rápido como para desaparecer. Lisa se puso a buscar tan lejos como le alcanzaba su mirada mientras continuaba caminando y esquivando gente que la miraba por el susto del frenazo. A lo lejos, al final de la zona que estaba acotada por la policía en el estacionamiento del parque, distinguió al hombre corriendo, con su melena dando botes y su cojera prominente.

—¡Sí que corre para estar cojo! —dijo, cogiendo aire e iniciando la persecución al esprint sin perder de vista al Loco, que entraba en el parque por la ladera que se encontraba tras el estacionamiento.

Con cada paso, le iba recortando metros de distancia. Sus años de atletismo aún le permitían alcanzar cierta velocidad. Finalmente, el Loco se volvió para observarla, tropezando y cayendo ladera abajo, yendo a parar junto a una de las construcciones históricas del parque, homenaje a los canteros de la ciudad. El hombre, exhausto, no se levantó ya del suelo.

Lisa se acercó despacio, recuperando el aire y tratando de no asustarlo mientras le mostraba sus manos en son de paz.

—No corras, por favor. ¡Tranquilo!

El hombre hizo un intento vano de salir corriendo, pero Lisa consiguió cogerlo de la parte trasera de la camiseta que llevaba. El Loco se puso a gritar, presa del miedo, como un animal herido.

—Un momento, por favor —dijo Lisa de forma entrecortada y en tono amable.

—¿Qué quieres? —Era la primera vez que la joven escuchaba la voz del Loco de la Bicicleta. Por su tono y forma de hablar, se podía adivinar que tenía problemas de dicción. El susto y el cansancio que tenía, tampoco le ayudaban a hablar.

—Tranquilo, de verdad. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Lisa. Te estaba buscando porque te veo muchas mañanas montando en bicicleta en el centro, ¿me reconoces? —Soltó la camiseta del hombre y abrió los brazos tratando de mostrar que no quería ser violenta—. Solo te quiero preguntar una cosa, de verdad.

El Loco no paraba de respirar de forma profunda, hinchando todo su tórax y abdomen tratando de recobrar algo de aire. Desde luego, el sofoco de la carrera no era tanto como el miedo que tenía por que alguien lo siguiera.

—No sé nada —dijo de forma seca mientras se daba la vuelta y trataba de marcharse.

—Por favor, un momento. ¿Cómo te llamas?

—Alonso —respondió mientras mantenía la distancia de seguridad. Estaba claro que no llevaba bien relacionarse con gente.

—Perdona si te he asustado, Alonso —Lisa trataba de apaciguarlo—, pero tengo que preguntarte una cosa. —Él se mantenía a distancia con la mirada baja y enrollando sus manos en la camiseta, dando de sí el algodón roído más de lo que ya estaba—. Te quería preguntar si esta mañana has visto a mi amiga, la joven que ha fallecido, la del parque. La dejé junto a la plaza del Espolón, y tú siempre estas por ahí a esas horas montando en bicicleta.

El hombre se mantuvo en silencio. Miró por un segundo a Lisa a los ojos, pero rápidamente volvió a bajar la mirada.

—No sé nada —la voz le temblaba.

—Te lo pido por favor. Me has visto muchas veces por el centro. Te prometo que no diré que he hablado contigo, pero necesito que me digas si has visto a mi amiga esta mañana.

El hombre se quedó en silencio un momento. No paraba de tambalearse en un movimiento que se podía adivinar que era un tic nervioso crónico.

—Se montó en un coche —dijo dándose la vuelta e iniciando la marcha ladera arriba, de vuelta al estacionamiento.

—¿Un coche? ¿De qué color? —Lisa subió el tono de voz ante aquella información, pero el hombre continuó la marcha sin responder—. ¡Por favor, Alonso! Es muy importante, ¡está muerta!

—Negro —soltó mientras volvía la mirada, pero sin detener la marcha.

—Maldito hijo de puta. —A Lisa le vino la imagen del coche de Tony: un Seat León de color negro—. Ha sido él, seguro —se dijo mientras un dolor como un puñal se le clavaba en el estómago.

—Uno de esos de gente importante —Alonso lanzó la frase al aire en tono ya más baja, sacando a Lisa del *shock*. Mientras, continuaba subiendo la ladera del parque, acelerando más el paso dentro de lo que le permitía su prominente cojera tras la caída.

—¿De gente importante? —Lisa se quedó desubicada con esa descripción, saliendo tras sus pasos por el parque—. Te refieres a un coche Seat León, ¿verdad?

—No, no, no... —Alonso continuaba su paso negando de forma repetitiva con la cabeza, pero sin darse la vuelta—. ¡Uno de gente importante he dicho!

La joven se rindió, parando al final del camino que daba salida al parque. Si no era el coche de Tony, ¿quién habría recogido a Nastya? La descripción de un coche «de gente importante» era un poco ambigua, pero eliminaba de la ecuación a Tony. ¿Con quién se habría ido Nastya?

Alonso se perdió entre la gente. Lisa miraba al suelo tratando de analizar lo que el Loco le había dicho mientras contenía la respiración intentando detener su hiperventilación.

CAPÍTULO XI

TEORÍAS CRUZADAS

14:35 horas. Comisaría de Logroño. Sala de reuniones del Grupo de Homicidios.

Garrido y Tomás entraron a la reunión programada con el resto de los agentes del grupo para dar novedades de su línea de investigación. El inspector se sentó rápidamente, presidiendo la mesa acompañado por Tomás.

—¿Cómo vamos, señores? —dijo abriendo la carpeta de notas que llevaba siempre consigo para no perder detalle.

Durante unos segundos, todos los agentes se mantuvieron mudos esperando a ver quién empezaba. Uno de ellos se lanzó a romper el silencio:

—He preguntado al Grupo de Drogas. No tienen noticias de que en el Kelpies haya ventas, al menos no de forma más intensa que en otros locales de ocio de la ciudad. Eso no quita —continuó— para que alguien pueda hacerlo de manera esporádica.

—¿Y de la joven?, ¿saben algo? —preguntó Garrido levantando los ojos de su cuaderno.

—Nada. Ni les suena. Imagino que es buena señal —continuó.

—Bueno... —El inspector hizo una pausa—. Entonces, parece que, salvo que nos surjan nuevos elementos que nos digan lo contrario, esa línea la podemos dejar en frío.

Garrido sabía que el trabajo policial se basaba, fundamentalmente, en limitar los campos de investigación hasta encontrar líneas con mayores posibilidades para luego seguir las como un sabueso sigue un rastro de olor. Aunque lo que nunca se valora en estas teorías son las presiones externas a las que el investigador está sometido.

—¿Qué más tenemos, señores?

—Respecto del novio —se lanzó una de las agentes—, aún no lo hemos encontrado. Ese tal...

—Tony —terminó Tomás.

—Sí, Tony —confirmó la joven agente—. Bueno, nos hemos entrevistado con varias de las chicas que trabajaban con la joven en el local, y parece que todas coinciden en que no se fían del novio. Al parecer, es muy celoso, y cada vez iba a peor. Hemos conseguido una foto suya.

La agente lanzó la foto hacia la zona de la mesa donde se encontraba Garrido, que la cogió y se la dio a Tomás; tras mirarla detenidamente, este se levantó para ponerla en el corcho que se encontraba en la pared de la sala de reuniones. Todos los agentes observaron la fotografía del novio de Nastya.

—De momento —continuó Garrido señalando a la foto que acababa de colocar Tomás en el corcho—, esta es una de nuestras pistas principales. De manera que se convierte en prioritario encontrarlo, ¿OK? Se llama Antonio Hernández Luna, Tony. Tiene veinte años. Es militar profesional; tiene destino en la Base Militar de Recajo, en el Batallón de Helicópteros de

Maniobra III del Ejército de Tierra, a diez kilómetros de aquí. A pesar de los recelos iniciales, y tras mandar un oficio el juez Espineda, en el cuartel me han indicado que no se encuentra ahora mismo de servicio. En cualquier caso, quiero que dos de vosotros —dijo señalando a dos de los agentes que se encontraban en uno de los laterales de la mesa— os desplazéis allí a ver si alguno de sus compañeros nos pudiera decir dónde está. Llevaos nuevamente el oficio de Espineda, seguro que no van a ser muy amables en el cuartel con el tema.

Los agentes de la sala apuntaron todos los datos que el inspector iba dando, mientras que los investigadores a los que se había dirigido Garrido apuntaban y asentían a su jefe.

—Bien —continuó Garrido mirando al resto—. ¿Qué más tenemos? ¿Los padres?

—He contactado con la Interpol, jefe —dijo otro de los agentes—. Les he preguntado por ambos, pero, tras cotejar los datos, nos ha pasado una cosa curiosa...

—Adelante, sorpréndenos. —Garrido y Tomás le prestaban toda su atención.

—Bueno, resulta que los señores Petrov y Milka Holub no existen como tal. Tienen nombres creados para su protección por parte de Interpol. Al parecer, el nombre real de él es Yure Aksiónov y ella se llama Halyna.

—¿Y por qué les cambió la Interpol la identidad?

—Bueno, al parecer, son familiares en segundo grado del líder actual de la autoproclamada República de Crimea, en Ucrania. Durante las revueltas por la separación de Crimea de Ucrania, en 2014, Yure y Halyna facilitaron información a la Unión Europea sobre los movimientos de su familiar, el tal Serguéi Aksiónov. Esto hizo cabrear mucho al tal Serguéi, y, al convertirse en presidente, tuvieron que huir de su país con lo puesto.

—¡Joder! —Tomás no pudo evitar verbalizar su sorpresa por la historia.

—Entonces —continuó otro de los agentes—, podría ser que alguien los hubiera encontrado y hubiera decidido avisar a Serguéi de dónde estaban, ¿no?

—Es posible. —Garrido mantenía la mirada perdida sobre la foto de Nastya en el corcho—. Pero, ante una traición tan grande, ¿por qué darles un aviso con Nastya, y no acabar con todos ellos de una vez?

—Con respecto a los agentes que tenemos siguiendo a los padres —continuó el agente—, nos indican que ambos se han ido directos al domicilio. Petrov, o Yure, como queramos llamarlo, iba todo el camino de vuelta hablando por teléfono, y les parecía nervioso a los agentes, pero, lógicamente, no saben ucraniano.

—Bien. Entonces, quiero que pidáis autorización al juez Espinera para pincharle el teléfono al padre. Llamad a un intérprete de ucraniano también.

—Recibido, jefe.

Los agentes se mantuvieron callados en la sala durante unos segundos. La historia, aunque parecía de película, era lo suficientemente seria como para tenerla en cuenta.

—OK. Hagamos una cosa —continuó el inspector tras un breve instante pensativo—: voy a ponerme en contacto con el Ministerio del Interior, a ver que pueden decirme; pero esta línea también debe ser tenida en cuenta por todos, ¿de acuerdo? Y pensad que, si ha podido ser un tema político, quizá tengamos asesinos con formación militar en el ajo. De manera que mucho cuidado y manteneos atentos. Quiero que todos los agentes que estén con los padres lleven puesto el chaleco antibalas y que dobléis el servicio de contravigilancia junto a la casa.

Los agentes en la sala asintieron mientras apuntaban en sus respectivos cuadernos de notas. Una cosa es enfrentarse a un asesino, o un violador, pero otra muy distinta es enfrentarse a un asesino ucraniano que viene a vengarse por un golpe de Estado. De ser así, la situación era mucho

más sensible de lo que podían prever, y, lo que es peor, haría intervenir a muchos más organismos de alto rango a nivel nacional, cosa que seguro que no iba a ayudar a la investigación.

—Bueno... ¿Qué más tenemos? —continuó Garrido. La información facilitada por el agente había dejado impactado al resto del grupo—. ¿Sabemos algo de la autopsia?

—No. Al parecer, no se realizará hasta mañana a primera hora —comentó otro de los agentes.

—Entonces quiero recibir el informe mañana cuanto antes. ¿El teléfono de la joven? Me habían informado de que ha sido encontrado en su abrigo, flotando en el río, por parte de los de actividades subacuáticas. ¿Sabéis si funciona o si han podido desbloquearlo los de informática?

—Están en ello, jefe. Los técnicos están tratando de secarlo y encenderlo. Aunque me han comentado que sería más rápido si el juez nos diera permiso para usar la huella de la joven para desbloquearlo.

—Entiendo. Pues pedid autorización a Espineda y me decís qué encontramos. —Garrido cerró su carpeta de apuntes al tiempo que se levantaba del asiento, apoyándose con las dos manos sobre la mesa—. Señores, muy buen trabajo. Continúen así y tengan cuidado ahí fuera.

Todos los agentes de la sala se levantaron y salieron directos a la estancia habilitada como cocina en la unidad. Era la hora de comer, y eran conscientes de que les quedaban muchas horas hasta que pudieran volver a sus casas.

*

Tomás y Garrido salieron de la sala juntos. La opción de un ajuste de cuentas con el padre por el conflicto de Crimea resultaba de película. Pero, aunque parecía descabellada, también era factible. Si la Interpol había decidido darles una nueva identidad, estaba claro que estaban en peligro y que la información que habían facilitado era importante.

—Podían haber informado a la Jefatura de que tenemos a unas personas así en la ciudad, ¿no? —Tomás se sentía algo molesto por pensar que quizá podían haber tenido más protección hacia ellos, o, al menos, poner en menor riesgo a sus agentes.

—Bueno, quizá no han comunicado nada precisamente por su seguridad. No querrán que una cosa así se sepa.

Ambos agentes entraron en el despacho de Garrido, cerrando la puerta y sentándose este tras el escritorio, y Tomás en la silla frente a él.

—Empiezo a tener algo de hambre, ¿comemos algo? Podríamos acercarnos a Laurel, y luego vemos cómo van los de criminalística en el Parque del Ebro. —Garrido tenía mucho trabajo, pero no podía evitar escuchar el sonido de su estómago, que llevaba sin probar bocado desde el desayuno fugaz del que había disfrutado gracias a Susana.

—Sí, creo que será lo mejor.

En ese momento, un agente llamó a la puerta del despacho del inspector de forma apresurada.

—Con permiso. Jefe, tiene que ver la televisión —dijo con voz nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Parece que el alcalde Galindo no ha podido evitar la tentación de dar una rueda de prensa.

—Cojonudo. ¡Puto egocéntrico! —Tomás mostraba su decepción, aunque, conociendo al alcalde, podía intuir que eso pasaría. De alguna forma, interiormente, se encontraba preparado para algo así. Ambos salieron a toda prisa del despacho hacia la sala de descanso.

En la sala, los agentes interrumpieron su vista fija sobre la televisión al percatarse de la entrada de los inspectores. Todos eran conscientes de lo peligrosa que puede ser una rueda de prensa en la investigación de un homicidio. Más aún si la realiza un político con ansias electorales a una semana vista de revalidar su puesto.

—Sube el volumen —ordenó Garrido, acompañando con un gesto al agente que se encontraba más cerca del mando a distancia.

En la televisión se podía ver al alcalde junto al comisario Crespo y el jefe de la Policía Local. Estos mostraban cara de circunstancias; sin duda, habían sido obligados, mediante una orden directa de Galindo, a comparecer ante los medios. Los tentáculos de poder de Galindo llegaban muy lejos. Sus años de asesor en el Ministerio del Interior, cuando aún era un joven con proyección política nacional, lo habían dotado de una poderosa agenda de teléfono. Tanto como para poder doblegar los principios de reserva básicos de la investigación de un homicidio.

—En primer lugar —empezó la rueda de prensa el alcalde—, queremos transmitir nuestro más sentido pésame a la familia de la víctima. Desde luego, tenemos la firme convicción de luchar contra toda clase de actos violentos en nuestra ciudad, y más aún si en ellos se ven afectadas nuestras jóvenes.

Garrido podía adivinar, ya con la primera frase del alcalde, que este iba a tratar el tema como una cuestión de género y quería propaganda electoral, de paso. El resto de los políticos que se iban a presentar a las elecciones iban a usar esta muerte como una crítica al alcalde, y, por lo que se podía ver, él había determinado atacar primero para sacar cierta ventaja. El discurso continuó:

—Queremos decir que la familia tiene todo el apoyo del Ayuntamiento de Logroño, y de sus instituciones, para ayudar en todo lo que puedan necesitar. Además, comparezco junto al comisario Crespo para mostrar nuestro compromiso en cuanto a la puesta a disposición, así se lo he indicado al comisario y responsables del Ministerio del Interior, de todos los medios de que disponemos con el fin de resolver este aberrante crimen. Deseo informarles de que he citado a todos los concejales para un pleno extraordinario en el que se analizarán las medidas que debemos implantar en la ciudad, en el caso de salir reelegido como alcalde de Logroño, con el fin de atajar cualquier tipo de violencia contra las mujeres. El pleno se celebrará en una hora. También quiero citar a todos aquellos ciudadanos que deseen mostrar su repulsa por lo sucedido, así como a todas las instituciones y resto de partidos políticos, para que nos concentremos mañana a las doce del mediodía en la plaza del Ayuntamiento. Si el pleno que celebraremos ahora así lo decide, se decretarán tres días de luto oficial en la ciudad. Queremos mostrar que Logroño es una ciudad de paz, opuesta a la violencia contra todas las personas, y en especial contra las mujeres.

Los periodistas comenzaron con sus preguntas de forma automática tras terminar sus palabras el alcalde:

—¿Es cierto que se trata de un asesinato machista? ¿Ya tienen algún sospechoso?

La cara del comisario Crespo lo decía todo. No se podía sentir más incómodo. Por su parte, el alcalde se mostraba serio, pero se podía notar que se estaba dando un baño de masas. Por terrible que sea una muerte, puede ayudar a aparecer en todos los medios a un político con experiencia que, como Galindo, sabía sacar rédito a las situaciones más inverosímiles.

—No puedo facilitar más datos de la investigación que aún está en desarrollo, entiéndanlo.

Finalizado el comunicado, Garrido se dirigió a la mesa donde estaba el mando a distancia, apagó la televisión y lanzó de nuevo el mando sobre la mesa. Su cara era de indignación y enfado: aquella rueda de prensa incrementaba, aún más, la presión sobre el caso. No manejar los tiempos en un caso de asesinato no era el mejor presagio para un caso tan mediático.

—A trabajar se ha dicho, señores. Estaba claro que no nos iban a ayudar los políticos a llevar esto de una forma tranquila. Necesito lo mejor de cada uno de ustedes.

Garrido y Tomás se marcharon de la sala a toda velocidad.

—¿Qué hacemos ahora, Daniel? —preguntó Tomás a su compañero.

—Pues vamos a centrarnos en encontrar al novio de Nastya. Después del maldito discursito, lo más probable es que intente desaparecer para siempre si ha sido él. Emite una orden de búsqueda y detención para Antonio Hernández en todo el territorio y avisa a los aeropuertos más cercanos.

Ambos agentes se marcharon rápido al despacho en busca de las carpetas y el ordenador portátil de Garrido. Era el momento de encontrar a Tony, y el tiempo corría en su contra. Más cuando se trata de un militar con experiencia para la supervivencia en la montaña y con capacidad para pasar días sin necesidad de acercarse a ningún núcleo de población.

CAPÍTULO XII

CERRADO POR ASESINATO

Lisa acababa de ver la rueda de prensa en una cafetería de la calle Once de Junio, de regreso a su casa, mientras soplaba una infusión de tila que había pedido tratando de asentar su estómago y los nervios. Tras ver lo que decía el alcalde, parecía claro que Tony empezaba a ser el principal sospechoso de la desaparición de su amiga.

—Maldito hijo de puta —decía para sí misma—. Ojalá pudiera coger yo a ese cabrón, lo mataría con mis propias manos. Es lo que se merece.

Al salir de la cafetería, dudó hacia dónde dirigirse. Estaba al lado de su casa, pero sus pensamientos la mantenían en una agitación difícil de controlar, y no tenía muchas fuerzas para mantener el tipo ante su madre. Una maraña de ira y dolor se mezclaba en su estómago. La sensación de tener un puñal ardiente clavado en su tripa era cada vez más intensa. Sin un destino claro, inició sus pasos absorta por su rabia. El olor a primavera y el bullicio de la gente que tomaba las calles de la ciudad aumentaban su enfado. ¿Cómo podía la gente seguir con su vida normal después de saber de la muerte de su amiga? Para la pequeña ciudad de Logroño, era una noticia de calado; no obstante, la localidad carecía de la complicidad de los pueblos más pequeños de la región, con vecinos que se conocen de forma más íntima. Sin darse cuenta de la distancia andada, se encontró con la maraña de medios en la plaza del Ayuntamiento. Las furgonetas de los medios tomaban la acera de la plaza. Aún se encontraban allí tras la rueda de prensa. «Están haciendo el agosto», pensaba mientras continuaba su camino inmersa en sus pensamientos. Al pasar por el edificio del ayuntamiento, la sobresaltó el pitido de un silbato. La policía estaba cortando la calle para que entraran los representantes políticos al ayuntamiento debido al pleno extraordinario que había sido convocado. Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que casi la pillan los coches oficiales de los concejales, que circulaban a gran velocidad en la entrada al garaje. «¡Malditos desgraciados! ¡Qué susto me han dado!». Lisa se paró a la instrucción del agente de policía mientras observaba la caravana de coches oficiales con desprecio. «Se creen muy importantes», pensó, continuando su paso una vez se hubieron incorporado a la avenida principal mientras mostraba su desaprobación hacia la clase política. Ella nunca había sido muy partidaria de la política; de hecho, pensaba que, lejos de ser la solución, en gran parte eran la causa del problema.

Pocos pasos más adelante recibió una llamada de otra de las camareras del Kelpies, Tamara. Estaban todos reunidos en el local. Las dudas acerca de lo que estaba pasando, y que la policía los estuviera interrogando como testigos, habían hecho que todos se preocuparan y fueran al lugar de trabajo.

—Estamos todos en el Kelpies, Lisa. Acaba de llegar también Jota del interrogatorio en comisaría. Por si quieres pasarte.

—OK. Estoy un poco lejos, pero me acerco. No aguantaba más en casa y estoy dando un paseo por la calle. ¿Sabéis algo más?

—No, de momento nada. Solo que nos están preguntando a todos.

Lisa finalizó la llamada sin despedirse, volviendo sobre sus pasos para ir hacia el local. Pensaba que quizá allí podría obtener más información sobre cómo estaban las cosas, o si alguien había visto a Tony, que seguía desaparecido.

El Kelpies se encontraba en el cruce de Sagasta con Marqués de San Nicolás. Una zona de la ciudad en la que varios de los bares de copas se unían como reclamo del ocio nocturno en el casco histórico de Logroño. La cristalera del local tenía, en toda su extensión, el logotipo del local: un caballo saliendo de la profundidad de las aguas. Una excentricidad de Jota, que era un enamorado de la mitología escocesa tras un par de años viviendo en Edimburgo en su juventud. A Lisa le vino el recuerdo de la historia del Kelpie que Jota contaba siempre que tenía oportunidad. El nombre del local provenía de un espíritu del agua del folclore escocés que habitaba los estanques y lagos de Escocia; en sus apariciones, solía replicar la forma de un caballo y, tras ganarse la confianza de los viajeros, hacía que estos se montaran sobre él para, finalmente, llevarlos al agua y ahogarlos en las profundidades.

En la puerta, el cierre del local se encontraba a medio echar. Lisa se agachó para acceder al interior y, una vez dentro, pudo ver cómo todos estaban reunidos junto a la barra. El grupo se mostraba derrotado. A la noticia de la muerte de Nastya se sumaban las pocas horas de sueño y los nervios del interrogatorio al que, con mayor o menor fortuna, habían sido sometidos algunos de ellos.

—Hola, chicos... —Lisa saludó con desánimo al grupo. Algunos de ellos se giraron a saludarla; otros no tenían ni fuerza para ello—. ¿Sabéis algo nuevo?

—De momento nada. —Jota se mostraba abatido por lo ocurrido. Se sentía, de alguna manera, culpable por lo sucedido. Él siempre sobreprotegía a las camareras y a las relaciones públicas del local. Algo sobre lo que hacía mucho hincapié a los encargados de la seguridad de su establecimiento—. Quizá debí haberla acompañado a casa, no sé —dijo fundiéndose en un abrazo con Lisa y rompiendo a llorar desconsolado.

—Ninguno sabíamos que iba a pasar esto. —Lisa se separó algo agobiada por el peso de Jota, que se sumaba a la ansiedad en su pecho.

—Ya, pero no puedo evitar sentirme responsable.

—No pienses en eso, anda. —La chica miró la botella de güisqui de la que se estaba sirviendo Jota y no pudo evitar pensar en lo bien que le vendría un trago—. Ponme una copa doble, por favor.

Jota comenzó a servir la copa con un evidente temblor en la mano, lo que hacía que se le saliera parte del líquido y cayera sobre la barra. Lisa cogió el vaso mirando absorta al fondo de este y bebiendo el contenido de un trago. El resto de los compañeros se encontraban igual de bajos de ánimos. Carla, la mujer de Jota, se acercó a su marido para sujetarlo y consolarlo. Ella también había sido camarera del Kelpies, algunos años antes, hasta que comenzó a salir con Jota, se casaron y tuvieron una hija. Ahora solo venía por las tardes para ayudar en la limpieza y en el montaje de la barra; después, solía irse pronto a acostar a la niña, que quedaba a cargo de la abuela siempre que ellos estaban en el local.

—Ven, cariño —dijo acompañando a su marido a sentarse.

—Creo que ha sido el hijo de puta de Tony —anunció Lisa al grupo—. Sabéis igual que yo que siempre está intentando controlarla y no quiere que trabaje aquí por sus malditos celos.

Además, esta mañana, antes de separarnos, no ha parado de mandarle mensajes en plan obsesivo.

Todo el grupo se quedó mirando a Lisa. Por todos eran conocidos los celos del militar hacia su pareja; incluso había tenido algún enfrentamiento con algunos de los empleados de seguridad del local por sus riñas con alguno de los clientes que trataban de ligar con ella. Asimismo, en alguna ocasión, los mismos empleados habían tenido que mediar para que las discusiones del novio no fueran a mayores.

—Yo, desde luego, les he dicho que creía que había sido él —sentenció Lisa ante el grupo.

—Está desaparecido, ¿lo sabes? —informó Jota levantándose y sirviéndose nuevamente un poco de güisqui en un vaso, bebiéndoselo de un trago.

—Cariño, creo que debes dejar de beber ya. —Carla comenzaba a estar molesta con que su marido tomara copas de más en ese momento. Mostraba su cara de desaprobación.

—¿Qué quieres que haga, entonces? —A Jota se le empezaba a notar que iba pasado de tragos.

El resto del grupo mantenía un silencio incómodo. Todos sabían que Jota había tenido, años atrás, problemas con la bebida, motivo por el que apenas probaba el alcohol actualmente. Sin duda, una prueba diaria de resistencia cuando se dirige un local de copas. Pero, aun así, desde el nacimiento de su hija, Jota había hecho la promesa de no volver a beber más de la cuenta. Aunque la muerte de Nastya había hecho que flaqueara por primera vez en cinco años.

—Creo que es momento de cerrar —dijo Carla sin evitar mostrar su enfado ante el comportamiento de su marido—. Ya he preparado los carteles para la puerta. Hoy no abriremos por la noche; es más que comprensible.

Todos se levantaron de sus asientos junto a la barra y procedieron a salir del local, abatidos por el desánimo. Carla dio los carteles a uno de los hombres de seguridad para que los pusiera en la puerta del local. «Cerrado por asesinato». Carla no se había molestado en ocultar los hechos a cualquiera que pasara por la puerta del local. Lisa incluso pensó que era una cuestión de mal gusto, pero no era su local.

—Chicos, una última cosa —Lisa había olvidado hasta el momento uno de los detalles que más le habían llamado la atención durante su declaración en comisaría—: ¿sabéis por qué Nastya llevaría dos mil doscientos euros encima?

Aquellos que no habían ido a la Jefatura de Policía no tenían ni idea de ello, y aquellos que ya habían sido interrogados no pudieron dar respuesta.

—A mí también me han preguntado por eso —dijo Jota—, pero no tengo ni idea. El resto de los compañeros tampoco supieron responder a la pregunta.

—Puede que fuera dinero que le habían prestado —dijo otra de las camareras.

—Sí..., quizá, puede ser. —Lisa no conseguía encontrar una respuesta que fuera lo suficientemente coherente con respecto al tema del dinero.

Todos salieron del local en silencio; en una procesión de gente desalentada.

—Se me ha olvidado la caja, ahora que habláis de dinero —Carla se mostró algo forzada. Generalmente, el dinero se recogía por la mañana, si era mucha cantidad, y, con el trabajo que habían tenido la noche anterior por las despedidas de soltero, era raro que Jota no hubiera recogido la caja al cerrar el local de madrugada—. Lisa, por favor, acompáñame, que no sé cuánto dinero hay que dejar para los proveedores, y tú siempre aciertas a la primera con estas cuentas.

—Qué puta chorrada es esto del dinero. —Lisa miró al grupo mientras farfullaba sobre lo intrascendente del tema de la caja de la noche anterior; aunque acompañó a Carla a regañadientes hasta el interior del local.

—Lisa, ya me ha contado Jota lo del dinero que llevaba Nastya.

—Sí. Mucha pasta, Carla. No sé, es raro.

—Bueno... —comenzó titubeante—, hará un par de meses, Nastya me vino a preguntar sobre si le podíamos subir el sueldo o darle un adelanto.

—Ah... No lo sabía. —Lisa prestaba toda su atención a cada detalle de esa nueva Nastya que ella desconocía.

—Por supuesto, Jota le dijo que todas cobráis igual y que no podía hacer excepciones. —Carla se mostraba algo nerviosa—. Al siguiente viernes, vino a pedir de nuevo dinero y habló conmigo. Jota ya me lo había comentado, y le dije que era imposible. Pero ella se puso muy nerviosa, como histérica, ¿entiendes? —continuó disculpándose—. Me dijo incluso que, si no podíamos adelantarle dinero, quizá se tendría que ir a otro local o buscar otro trabajo donde le pagaran mejor. Al verla así, le dije que había otra forma de ganar dinero, aunque no se lo recomendaba.

—¿Perdona? —Lisa no daba crédito a lo que escuchaba.

—Eh... Bueno... —continuó Carla—, hace unos años pasamos una mala racha con el local, y tengo una conocida que regenta un local privado para que la gente se relaje. Está a las afueras, en un caserío. Pero no es un local de carretera ni nada parecido. No quiero que me malinterpretes.

—¿Le recomendaste que se metiera a puta? ¿En serio?

—¡¡¡Shhh!!! Baja la voz. No lo sabe ni Jota. Tienes que entenderlo; necesitaba dinero urgente, y sé lo mal que se pasa por experiencia propia.

—¡Joder, pues haberle recomendado que pidiera dinero a un banco, o a sus padres!

—Mira, yo no quise preguntar. Solo le dije que, si estaba muy desesperada, llamara a mi conocida y hablara con ella. No lleva un puticlub ni nada de eso; solo se hace compañía y ciertos espectáculos de entretenimiento privado. Si tú no quieres, no tienes que acostarte con nadie, ¿entiendes?

—Genial —Lisa se mostraba furiosa—, le diste el contacto solo para que fuera medio puta. ¡Estupendo! Eres una persona increíble, Carla.

Durante unos instantes, Lisa tuvo que respirar apoyando las dos manos sobre la barra del bar ya en penumbra. Tenía ganas de darle a Carla un puñetazo con todas sus fuerzas. Los nervios se apoderaban de ella. Y cuando eso le pasaba, en no pocas ocasiones, le entraban ataques de ansiedad que le hacían muy difícil respirar. Por un momento, respiró de manera profunda tratando de sujetar su ansiedad; pero resultaba inútil. Carla apoyó su mano en la espalda de Lisa, pero esta la apartó de un codazo.

—¡No me toques, anda! —Su mirada era de odio. Sin duda, de ser verdad, había enviado a su amiga a un camino peligroso que podía haberla llevado a la muerte—. Quiero el teléfono de tu amiga o que me digas dónde está ese puticlub.

—No es un puticlub, ya te lo he dicho —Carla trataba de defenderse a pesar de lo estéril del intento.

—Bueno, del sitio ese, si es que eso te hace sentir mejor.

—Toma. —Carla cogió una servilleta de la barra, apuntando un teléfono en ella bajo el logotipo del Kelpies.

—Cojonudo —Lisa no era casi capaz de articular sus palabras entre el enfado y el ataque de ansiedad.

—Prométeme que no contarás nada de esto a Jota —Carla cambió su tono de voz. Ahora era una mujer que suplicaba por mantener un secreto que su marido desconocía.

—Solo te digo una cosa, Carla —Lisa la sujetó de la camisa, a punto de golpearle—: espero que el que haya matado a Nastya sea Tony y esto no tenga nada que ver; si no es así, te las verás conmigo.

Lisa soltó la camisa de Carla y salió del local a toda prisa, esquivando a sus compañeros en la puerta, que no entendían el enfado con el que se marchaba. Tras ella, salió Carla. Todos la miraron extrañados. Ella, nerviosa, trató de quitar importancia a lo que pasaba:

—Está muy afectada, chicos. Vámonos a casa.

CAPÍTULO XIII

TARDES LARGAS

Sábado. 20:35 horas. Comisaría de Logroño. Grupo de Homicidios.

—¡Nada! —Garrido lanzó su teléfono móvil sobre la mesa tras haber mantenido una breve conversación con la persona que ejercía de enlace, en el Ministerio del Interior, con la Interpol—. Los de Interior nos dan largas. Dicen que no saben de qué estamos hablando, pero que se pondrán a investigar sobre el tema. ¡Se creen que somos idiotas! —El inspector se frotaba los ojos, algo reseco ya por la jornada ininterrumpida y la falta de sueño acumulada de la noche anterior. — Nunca se han esforzado mucho en dar excusas los de arriba, está claro.

Tomás se levantó a la vez que lo hacía su compañero para salir del despacho, acompañándolo en silencio ante el enfado de Garrido por encontrarse en un callejón sin salida con el tema de la protección de testigos de la Interpol. Con paso decidido, ambos subían en dirección a la planta donde estaba el despacho del comisario Crespo.

—Quizá el jefe haya tenido más suerte —comentó a su compañero antes de entrar en el área destinada a la dirección del cuerpo.

Desde allí, el comisario también había tratado de obtener algo más de información por parte de las oficinas de Interpol en España y de Asuntos Exteriores. Pero, tras realizar apenas dos llamadas, al comisario le había quedado claro que el Gobierno no iba a reconocer el asilo de un familiar de Serguéi Aksiónov, y mucho menos la posible presencia de un asesino ucraniano ajustando cuentas políticas en territorio nacional. Si trascendía la noticia, se crearía un problema, a nivel diplomático, de previsiones difíciles de calcular para todos. Eso se extraía de la conversación con uno de los máximos representantes de Asuntos Exteriores:

—Ya bastantes problemas tenemos en esa región con el Gobierno ruso como para pensar en analizar hechos que produzcan más confrontaciones. Negamos absolutamente la existencia de este tipo de asilos por parte del Gobierno español. —A oídos de cualquier veterano en cuestiones delicadas de índole nacional, como el comisario Crespo, aquello venía a confirmar justamente lo contrario.

Los inspectores pasaron sin detenerse frente a la mesa del secretario del comisario y llamaron a la puerta del despacho, accediendo al interior sin dar tiempo a que este respondiera, cerrando la puerta tras ellos. Crespo informó a los agentes de sus conclusiones tras el nulo resultado de sus llamadas. La existencia de un tema con la Interpol era evidente, pero no contaría con la ayuda de ninguno de los peces gordos del Ministerio. Quizá lo único que conseguirían por ese camino sería alguna zancadilla.

—Ya saben lo que hay, inspectores —les dijo el comisario Crespo en tono serio desde el otro lado de escritorio—. Ahora actúen como consideren oportuno con los medios que tenemos. Yo

voy a seguir «tocando» algunos contactos con este tema, pero, mientras tanto, les aconsejo que traten de localizar al novio de la chica para que no tengamos que meternos todos en el lodazal que parece ese asunto internacional.

Un simple gesto de asentimiento fue la respuesta de ambos. Sabían que Crespo los ayudaría en lo posible, pero también sabían que él, un comisario de una región pequeña de España, tenía un poder limitado en las altas esferas.

Ambos regresaban decepcionados en dirección al área del Grupo de Homicidios, deseando que Tony apareciera cuanto antes y no tuvieran que remover más la línea de investigación del ajuste de cuentas ucraniano.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —Tomás siempre se mostraba como un fiel escudero de su amigo Garrido, entrando en el despacho tras él.

—Umm.. —El inspector comenzaba a sufrir la fatiga de un largo día. Ya apenas podía enfocar la mirada. Se acariciaba la barbilla con un gesto habitual en él cuando se sumergía en aquel estado de concentración que siempre hacía acto de presencia en las investigaciones que llevaban a cabo —. Pues, si te digo la verdad, creo que es hora de irse a casa. Eso es lo que haremos, sí —dijo levantándose con cierto desánimo mientras aprovechaba para estirarse—. Necesito una ducha y dar un beso a Susana. Cambiarme de ropa. Además, habíamos quedado con la cuadrilla a cenar esta noche y tomar unas copas. Si te apetece, puedes venirte con nosotros.

—No, tranquilo; prefiero ir a descansar.

Garrido cogió su bolsa negra de trabajo, que tenía tras la mesa, y dio una palmada en la espalda a Tomás, agarrando su hombro para obligarle a salir también e irse a descansar por un rato. Tocaba desconectar la mente por unas horas, o, al menos, intentarlo.

—Vete a casa, anda, que esto no ha hecho más que empezar. Por cierto, ¿has hablado hoy con los niños? —Garrido se preocupaba por Tomás. Se había separado hacía apenas un año. El trabajo en Homicidios, sin horarios, junto con cierta predilección por los bares, habían terminado por acabar con su matrimonio y romper la relación con sus hijos. Ahora apenas los veía, y ellos lo culpaban por todos los cambios que estaban viviendo en plena adolescencia.

—No he tenido tiempo. Lo malo es que había prometido acompañarlos al fútbol esta mañana. Pero seguro que una decepción más, viniendo de su padre, no los habrá pillado por sorpresa. —Tomás se mostraba ya resignado. En este último año, a pesar de los intentos, había constatado que ser un buen padre no era lo suyo. No siempre había estado cuando su mujer o sus hijos lo habían necesitado. De hecho, casi nunca lo había estado.

—Hablamos si hay cualquier novedad, ¿OK?

Ambos compañeros salían del despacho desolados por el cansancio de una jornada que parecía de 25 horas. Pero las primeras actuaciones en un asesinato eran fundamentales para llevar la investigación a buen puerto. Por eso, a la espera de nuevas noticias, habían dejado al turno de noche del Grupo de Homicidios trabajando. En unas horas, ambos volverían para continuar con la investigación, ya con nuevos resultados de criminalística sobre la mesa.

Garrido se dirigía a casa en su coche patrulla sin rotular. Su cabeza era un torbellino tratando de dar con la tecla adecuada que pudiera resolver el asesinato. A falta de más información de la autopsia, lo más razonable es que se tratara de una muerte por violencia de género. Las muertes, recordaba, casi siempre son por cuestiones pasionales, dinero o poder. En este caso, un novio celoso y controlador, que, además, había desaparecido, atraía irremediamente todas las sospechas. Por la primera inspección que habían hecho en el río al cadáver de la joven, parecía evidente que esta había muerto estrangulada; sin duda, una de las formas más pasionales de acabar

con alguien. Por otra parte, esperaba que el teléfono de la joven fuera recuperable y arrojase algo más de información sobre qué había pasado en los últimos momentos de su vida.

El olor a tierra mojada sacó al inspector de su concentración. Sin darse cuenta, había recorrido gran parte del camino a Varea de manera inconsciente, hipnótica. En el horizonte, la oscuridad se veía rota por una sucesión de rayos intermitentes. «Se acerca una buena tormenta», pensó mirando al cielo mientras se abría la puerta del garaje del bloque de su edificio.

En casa lo esperaba Susana, que ya se había arreglado por si finalmente salían. Estaba en el sofá, algo aburrída mientras pasaba de canal en canal en busca de noticias. Tras una separación traumática de su primera mujer, que se marchó por no poder soportar la vida de un jefe de Homicidios, Garrido había conocido a Susana, que trabajaba en el juzgado de Logroño. ¿Dónde iba a encontrar a alguien sino en el lugar donde pasaba más tiempo aparte del trabajo?

Susana, también separada aunque sin hijos, había trabado muy buena relación con las dos hijas de Garrido. Tras unos comienzos difíciles, habían alcanzado una relación de complicidad y respeto a sabiendas de que no debía ni quería ocupar el rol de nueva madre. Aun así, cuando estaban con Garrido, hacían actividades juntos e incluso las llevaba a comprarse ropa, tratando de ganarse su complicidad con una actividad solo de chicas. Una de las ventajas de la relación que mantenía con Susana era que ella ya sabía lo exigente que era el trabajo de responsable del Departamento de Homicidios. No exigía más que poderlo ver siempre que a ambos les fuera posible.

—Buenas noches, cariño —saludó Garrido desde el recibidor mientras dejaba su bolsa de trabajo en el suelo y cerraba la puerta de casa.

Susana salió apresurada al recibidor para darle un beso y un abrazo que reconfortaron al agente más de lo que él mismo esperaba tras un día tan duro.

—¿Quieres que hagamos la cena en casa o prefieres salir a tomar algo con la cuadrilla como habíamos planeado? —Una sola caricia en la cara de Garrido y podía adivinar el duro día al que había estado sometido.

—Vamos a cenar si a ti te apetece; seguro que me vendrá bien para despejar la mente. Aunque no prometo que pueda aguantar mucho por el cansancio, ¿OK?

Garrido dio un beso a Susana, devolviéndole la caricia en la cara y marchándose directo a ducharse y cambiarse. Susana lo siguió hasta el baño mientras Garrido se metía bajo el agua de la ducha disfrutando del efecto relajante del agua caliente sobre su rostro cansado.

—Sé lo que estás pensando, y sí, está siendo duro. Pero ya sabes que no puedo contarte nada. —Garrido trataba de disfrutar del confort que le ofrecía el agua caliente resbalando por su cuerpo tenso por el estrés, sintiendo la presencia de Susana acompañándolo en silencio.

—Tranquilo. —Susana se sentó sobre la taza del váter mientras continuaba la conversación—: He visto que, además, tu amigo el alcalde no ha perdido oportunidad...

—Calla, calla. —Garrido cerró el grifo, abriendo la mampara y cogiendo la toalla que le acercaba Susana, que se mantenía sentada—. Y tú, ¿qué tal tu día? Te he tenido abandonada, lo siento.

—No te disculpes por trabajar, anda. —Susana se levantó, dando un beso a Garrido mientras este se secaba con la toalla—. Si quieres —dijo en un tono más cariñoso mientras se arrimaba y movía su mano por su muslo en dirección a su entrepierna—, puedo intentar relajarte un poco antes de la cena.

—Aunque quisiera —dijo mientras cogía la mano de Susana para evitar que continuara hacia su destino final—, creo que no podría por el día que llevo, cariño —dijo, terminando la frase con

un beso de disculpa.

—Está bien, pero piénsalo para cuando volvamos de la cena, ¿de acuerdo?

El agente respondió con un guiño. El amor a ciertas edades se disfruta de una forma más serena sin duda. Pero una de las cosas que más le apasionaba de estar con Susana era que había vuelto a sentirse atractivo y deseado. Algo que, por culpa del estrés, no siempre sabía corresponder.

Tras coger algo de ropa del armario, Garrido se sentó para atarse los zapatos, que tenía bajo su cama. Hasta que no se hubo duchado y sentado en la cama, no fue consciente de lo cansado que se sentía. Por un instante, sintió la tentación de tumbarse unos segundos sobre el colchón, cerrando los ojos y respirando de forma profunda. Sin poder evitarlo, las ideas sobre el asesinato de Nastya volvían a su mente en forma de fogonazos. Su cuerpo, el lugar donde había aparecido, la foto de Tony. Se incorporó rápidamente, frotando su cara para despejarse. «Vamos a despejarnos un poco», se dijo, terminando de atarse los cordones de sus zapatos y saliendo al salón, donde ya esperaba Susana con el bolso y una chaqueta en la mano.

Las calles de Logroño mostraban la vida de una noche de mayo: calles repletas de gente y cuadrillas tomando copas en los bares del casco antiguo. La pareja anduvo hasta la zona de Portales, donde habían quedado con el resto de amigos para cenar. La cara del candidato Galindo colgaba de más farolas y muros de los que Garrido hubiera deseado ver. Nunca había sido santo de su devoción, con independencia de su ideología política.

Al llegar al restaurante, algunas de las parejas de la cuadrilla de toda la vida esperaban ya en la barra tomando una copa de vino. Al ver entrar a la pareja, unas sonrisas acompañaron a un acalorado saludo a Susana. Todos habían celebrado que Garrido hubiera rehecho su vida sentimental con alguien que le hacía tan feliz como ella. Tras saludarla a ella, el saludo al agente se volvía algo más frío. Eran amigos desde el instituto y sabían que él estaba al mando de la investigación de la muerte de la joven de la que todos los logroñeses hablaban. Garrido, algo decepcionado, quiso zanjar el asunto antes de que la situación afectase a la cena de amigos.

—Sé lo que estáis pensando, y no os puedo decir nada. No me estropeéis la noche, que no sabéis el día que llevo —dijo algo decepcionado y dando muestras de cansancio.

Susana rompió el momento incómodo con los amigos abrazando a Garrido y sonriendo mientras otra de las parejas llegaba al restaurante. La cena transcurrió entre los chascarrillos sobre política que colmaban las conversaciones a una semana de las elecciones. Aunque poco amigo de hablar de política, Garrido agradecía tratar ese tema espinoso antes que hablar de la muerte de Nastya. Tras disfrutar de un buen menú a base de chuletón que Garrido devoró presa de un hambre al que apenas había podido hacer caso durante todo el día, todos se dirigieron al café Ibiza, en la plaza del Espolón, dando un paseo y disfrutando de los chistes de Miguel, uno de los amigos de la infancia que siempre se encargaba de mantener el buen humor del grupo durante las reuniones.

El Ibiza, un local clásico con más de setenta años de historia en la ciudad, era un lugar habitual del grupo para tomar una copa después de las cenas y conversar hasta que el sueño o el cierre del local les ganaba la partida.

Apenas en la segunda ronda de copas, y con el vino de la cena acumulado en el estómago de la cuadrilla, la novia de uno de ellos, Teresa, lanzó la pregunta que todos habían tratado de evitar durante la noche:

—¿Ya sabéis quién le ha hecho eso a la chica, Daniel?

Un silencio incómodo se hizo en el grupo. Sabían que Garrido no quería tratar el tema. Su cara

mostraba algo de enfado, pero sobre todo decepción. El inspector pensaba que podría desconectar con los amigos, pero la noticia de una muerte es más jugosa que hablar de la actualidad política de la ciudad. Era evidente.

—No puedo hablar de ello, Teresa —Garrido hizo una pausa para respirar mientras sentía la mano de Susana en su pierna, bajo la mesa, tratando de calmar su respuesta—, pero sí puedo decir que tengo a un montón de agentes sin dormir, siguiendo con la investigación, que no han podido salir con sus amigos a cenar como yo o ir a ver a sus hijos a casa. No se ha parado de trabajar porque yo esté cenando con vosotros. —Garrido se levantó de la mesa, sacando un par de billetes de su cartera y tirándolos sobre la mesa—. ¿Te importa si nos vamos, cariño? —lanzó en tono serio a Susana, que se levantó con una sonrisa forzada.

—No quería molestarte —se disculpó Teresa mientras el resto del grupo permanecía en silencio por lo embarazoso de la situación.

—No pasa nada, tranquila. Ya es tarde para mí, y estoy cansado. —Garrido trató de lanzar una sonrisa con escaso éxito—. Hablamos estos días, chicos.

Ambos salieron del local.

—¿Te apetece que andemos un rato para despejarnos? —Susana abrazó a Garrido, que pensó que, a pesar del cansancio, sería reconfortante pasear en esa noche en la que el fresco se volvía a apoderar del ambiente.

La niebla comenzaba a bajar sobre la ciudad mientras grupos de jóvenes caminaban hacia los *pubs* del Espolón y Bretón. Por las calles, chicas jóvenes repartían publicidad tratando de convencer a posibles clientes. Garrido, que caminaba abrazado a Susana mientras esta se apoyaba en su pecho presa del frío que superaba su chaqueta, observó a una de las chicas sin poder evitar pensar que, unas horas antes, era Nastya la que estaba repartiendo publicidad también. El pensamiento del inspector se vio interrumpido por el sonido del teléfono, que trató de obviar sin éxito. Susana miró a Garrido, dándole un beso a sabiendas de que este no quería romper el momento de paseo con ella.

—Cariño, te están llamando. Cógelo. —Él respondió a su paciencia con una sonrisa, contestando acto seguido a la llamada.

—Sí... Dime... ¿En Barajas?... ¿Dónde iba?... ¿Colombia? —Un silencio se hizo al otro lado del teléfono—. OK, perfecto. Pues mañana que se baje Tomás a tomarle declaración.

Uno de los agentes de Homicidios había recibido el aviso del control fronterizo del aeropuerto de Madrid-Barajas. Al parecer, Tony había tratado de montar en un avión con billete de ida para esa misma noche con destino a la ciudad de Medellín. Al ver la requisitoria de Logroño, habían procedido a su detención. Al fin podrían hablar con él y averiguar si había sido él quien había matado a la joven.

En cuanto finalizó la llamada, buscó el contacto de Tomás en su agenda para hablar con él.

—Oye, ¿qué tal? Perdona, que quizá estabas dormido. Han detenido al novio de Nastya en Barajas... —El subinspector se mostraba sorprendido—. Se largaba a Colombia. Mañana a primera hora te bajas para interrogarlo. Coge a uno de los chicos y que te acompañe, ¿OK?

—Perfecto. Descansa y mañana hablamos.

—Un saludo.

Garrido cortó la llamada, guardando su teléfono en el bolsillo del pantalón. Susana guardó silencio y continuó abrazada a él mientras caminaban en dirección al coche. Eran conscientes del escaso tiempo que tenían para compartir, pero estaban siempre decididos a aprovecharlo al máximo. Y un paseo juntos era una terapia de paz para ambos. No tenían una relación de

exigencias del uno para el otro, sino de aceptación de la situación que vivían. Además era evidente que, en este momento de su vida, el inspector se encontraba muy centrado en las responsabilidades que conllevaba su cargo. Más si cabe con una víctima adolescente en un caso mediático.

La noche, a pesar del cansancio de Garrido, fue un éxito. La llamada que el inspector había recibido le había dado un plus de energía y tranquilidad. Detener al novio de la chica mientras trataba de huir del país era bastante consistente como para pensar en su culpabilidad. Al llegar a casa, el deseo sexual consiguió abrirse paso entre el cansancio y la presión de la investigación por la muerte de Nastya. Al terminar, Garrido apenas pudo aguantar sus párpados durante unos segundos, cayendo en un profundo sueño abrazado a Susana.

La mañana llegó más rápido de lo normal. Como si de solo unos minutos de descanso se hubiera tratado, el despertador ya marcaba las seis, y el inspector ya sentía la necesidad de salir hacia el trabajo. Garrido apenas dejó que sonara el despertador. A pesar de que el cansancio le vencía, los nervios y la responsabilidad por saber cómo había pasado la noche su equipo de Homicidios hacían que no pudiera aguantar más en la cama. Una leve resaca, por el vino y las copas de la noche, le dificultaba despejar su mente. En la penumbra de la habitación, y tratando de no despertar a Susana, pudo coger la ropa del armario. Con mucha dificultad, trató de diferenciar la ropa que elegía. La oscuridad y los ojos secos por el cansancio dificultaron la elección. «Con esto servirá», pensó mientras cogía una de las camisas que vestiría con los vaqueros, así como su americana preferida para trabajar.

Aún desnudo, salió de la habitación para ir al baño y afeitarse. Este nuevo día iba a ser también largo, así que cargó la cafetera, dejándola al fuego mientras terminaba de arreglarse. El olor a café inundó la casa antes de que la cafetera comenzara a silbar. Apresurado, dejó una bandeja preparada con el desayuno y una nota que decía:

«Buenos días, mi princesa. El café está en la cafetera a falta de calentarlo».

Rodeado de desgracias, Garrido sabía que los pequeños detalles marcan la diferencia en el camino a la felicidad en la pareja. Con ese pensamiento y una tostada en la boca, salió de casa con destino a lo que sería un día determinante para averiguar qué le había sucedido a Nastya.

CAPÍTULO XIV

ONCE OLMOS

Lisa salía del Kelpies sin saber muy bien hacia dónde ir. Apenas era capaz de controlar su ira tras su conversación con Carla. Pensaba en cada una de las frases que ella había usado para evitar decir la palabra *prostíbulo* mientras caminaba de forma errática sumergida en sus pensamientos. ¿Cómo podía alguien aconsejarle a una chica joven ser puta? Y, si Nastya tenía problemas, ¿por qué no se lo había dicho a ella? Lisa la consideraba una verdadera amiga, pero quizá ella no la veía así. Al menos para ella, no era como el resto de camareras y trabajadores del Kelpies. En el local, unos iban y otros venían, pero con Nastya había conseguido una conexión especial; sin duda, una amistad profunda. Y, aunque trataba de no pensar en ello, puede que incluso algo de atracción física. Pero eso era algo que Lisa prefería no traer a su cabeza en aquellos momentos.

Había pasado el mediodía, y las calles de la ciudad se encontraban repletas de logroñeses. En el camino errante que había tomado, comenzó a sentir cómo volvía otro de sus ataques de ansiedad. Lisa tuvo que pararse y apoyarse en una pared para evitar perder el control. Una pared, la de la estrecha calle de Santiago, que se encontraba repleta de carteles de los distintos partidos políticos que se presentaban a las elecciones. Sus piernas le temblaban, y su respiración cada vez era más acelerada, debiendo inclinarse hacia delante mientras se apoyaba en sus rodillas. Las cuadrillas de amigos y familias que salían de la misa de una miraban a la joven, que mostraba claros signos de agobio.

—¿Necesitas algo, jovencita? —preguntó una de las mujeres que salían de la parroquia de Santiago acercándose para ayudarla.

—No, no. Gracias. —Lisa se limitó a tranquilizar a la mujer con un gesto. Sus fuerzas, sin embargo, cada vez eran menos, así que decidió sentarse en el suelo por un momento y tratar de coger algo de aire en la callejuela que cortaba la calle.

La ausencia de oxígeno no le dejaba pensar con claridad. Desde su posición en el suelo, trató de evadirse de la ansiedad centrandó su mirada en la imagen de Santiago Apóstol que coronaba el pórtico de la parroquia que tenía al final de la calle. «Ojalá fuera creyente», pensó en un intento de buscar soluciones a la ansiedad que dominaba su cuerpo. Una explosión de rabia y tristeza salió de lo más profundo de su alma. La situación la había superado. Totalmente ida, comenzó a golpear con su puño una de las papeleras que se encontraba junto a ella en la calle, tirándola al suelo y levantándose como un resorte al verla caer para darle patadas de forma desenfrenada hasta que tomó conciencia del dolor que sentía debido a los golpes, que le recorría su pierna desde el pie hasta la cadera. La gente que paseaba por la calle no podía más que mirarla. Entonces recobró la razón, perdiendo sus fuerzas fruto de la rabia y sentándose en el suelo para, de forma involuntaria, romper a llorar. Desde que la habían despertado con la noticia, había mantenido una actitud, primero de *shock*, y después de determinación por saber qué había pasado exactamente.

Pero ya no tenía fuerzas. Estaba derrotada, sobre todo mentalmente. No podía creer todo lo que había pasado en tan solo un día.

Tras unos minutos parada en la callejuela, podía notar el aire fresco que recorría el callejón al amparo de la sombra de los edificios. El suelo de piedra aún desprendía algo del frío que guardaba durante las frías noches de primavera que estaban teniendo. Su teléfono sonó. «¿Quién será ahora?». Era su madre. Desde que se había marchado al despertar en busca del Loco de la Bicicleta, no sabía nada de ella.

—Cariño, ¿dónde estás? Que me tienes preocupada.

—Estoy bien, mamá. Solo he ido a dar una vuelta; necesitaba pensar.

—Lo entiendo, cariño, pero vuelve a casa. He pedido a una compañera que me haga el turno en el hospital para quedarme contigo esta noche.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Lisa; no podía evitarlo. Sin darse cuenta, le venía a la mente lo mucho que quería a su madre y lo mal que lo habían pasado juntas. Y cómo ella había luchado por las dos. Tuvo que separarse el teléfono un momento para que Cristina no se percatara de que estaba llorando. Muchos eran los sentimientos acumulados ese día, y en especial la rabia. El llanto y la emoción se habían apoderado de ella por un instante.

—¿Cariño?, ¿estás bien?

Lisa respiró hondo por un segundo, conteniendo la respiración y soltando el aire poco a poco tal cual le había enseñado la psicóloga a la que tuvo que ir tras la separación de sus padres.

—¡¿Cariño?! ¿Me oyes?

—Sí, mamá. No te preocupes; voy para casa ya.

—Vale, te espero, mi niña.

Cristina podía sentir lo mal que lo estaba pasando Lisa. Aunque tremendamente dura en apariencia, para una madre no hay secretos en lo que a sus hijos se refiere. Y Cristina sabía que, aunque su hija era más fuerte que la media de chicas de su edad, en esos momentos también la necesitaba.

Tras unos minutos de coger aire, y tratando de hacer caso omiso a las miradas de desaprobación de la gente que le había visto patear la papelera, Lisa se levantó del suelo y continuó su camino en dirección a su casa. Al llegar, Cristina la esperaba con una crema caliente de las que a ella más le gustaban y que preparaba siempre que sufría sus crisis de ansiedad. «Esto seguro que le entona el cuerpo». Como madre, no podía ocultar la necesidad de protección que sentía hacia Lisa en esos momentos. La chica, por su parte, no paraba de pensar en todo lo vivido en un solo día. Trataba de ordenar sus ideas de forma coherente, pero la mezcla de cansancio y nerviosismo no la dejaba pensar con claridad. ¿Cómo podía haberle hecho Tony eso a Nastya? ¿Por qué ella llevaría tanto dinero encima? ¿Habría llegado a prostituirse? ¿Qué era tan importante y necesario para una chica de primer año de universidad como para dar el paso de vender su cuerpo?

El torbellino de ideas era imparabile. La conversación con el Loco le vino a la cabeza. «Quizá no diferencia bien los coches, y el coche negro en el que se montó esta mañana era el de Tony». Lisa trataba de dar coherencia a lo sucedido, e incorporar un nuevo elemento, como un coche de lujo, no ayudaba a encontrar una respuesta. También existía la posibilidad de que, si realmente tenía algo que ver con la prostitución, el coche fuera de algún pez gordo.

—Puf... Tengo la cabeza a punto de estallar. —La mirada de la joven se perdía en el interior de la crema de verduras que su madre le había preparado mientras, con cada cucharada, el calor del plato le calmaba un poco más el dolor de estómago.

—Toma, cariño. Tómate esta pastilla al terminar; es para descansar. —Cristina dio a Lisa un nuevo tranquilizante y, al terminar de comer, la acompañó a la habitación. En menos de cinco minutos, tuvo que ayudarla a desvestirse para meterse en la cama. Estaba claro que su cuerpo estaba derrotado por todo lo que había vivido en ese día aunque su cabeza tratara de aguantar—. El sueño te vendrá bien —le dijo mientras apagaba la luz de la habitación, bajaba aún más las persianas y entornaba la puerta.

Cristina, afectada por la muerte de la amiga de su hija, pensaba en las veces que había visto a Nastya en casa. Desde el primer día, la joven le cayó muy bien. Siempre que comía o cenaba en casa, antes de ir con Lisa a trabajar, la ayudaba a recoger la mesa y no paraba de decirle lo bueno que estaba todo, aunque fuera una simple *pizza* precocinada. Por su parte, Cristina no paraba de preguntarle por los recuerdos que tenía de Ucrania. Una de las mayores pasiones de Cristina era viajar, aunque tuvo que dejar de hacerlo una vez que el padre de Lisa se marchó y las dejó a ambas sin dinero. Entonces las prioridades cambiaron y tuvo que buscar trabajo de cualquier cosa para sacar a su hija adelante hasta que consiguió terminar los estudios de Enfermería, que no había podido terminar por el matrimonio apresurado fruto de un embarazo no deseado. Finalmente, había conseguido la estabilidad necesaria al encontrar trabajo como enfermera de urgencias en el hospital de la ciudad.

Sentada en el sofá con una infusión de valeriana, Cristina recordaba con cariño cómo Nastya aumentaba su acento cuando le hablaba de las maravillas de su país, y eso a pesar de que habían tenido que salir de allí siendo adolescente. Ella le preguntaba por los monumentos y la cultura. Nastya siempre le contaba cómo, aunque su familia era adinerada allí, habían venido a España sin recursos, de forma apresurada y sin apenas dinero. Aunque no era muy dada a explicar el porqué de su salida de esa forma de Ucrania, sus padres se habían tenido que poner a trabajar de temporeros. «Espero volver a ver pronto a mi prima», le decía siempre a Cristina, que notaba cómo la joven la añoraba profundamente. Aunque Cristina no había querido meterse en sus asuntos familiares, pudo adivinar que ciertos problemas en su entorno, junto con la guerra que sufrieron en la región de Crimea, hicieron que decidieran venirse a España.

Cristina abrió el cajón de las medicinas y revivió una de las últimas conversaciones que había tenido con Nastya. Desde que había iniciado sus estudios de Farmacia, en muchas ocasiones le preguntaba por los medicamentos y el uso que Cristina les daba en el hospital en su puesto de urgencias. «Es una lástima; tenía todo un futuro por delante», pensó. Cristina notó cómo sus ojos se humedecían una vez más por la pena.

Con una tremenda migraña, resultado de los nervios vividos desde que la habían sobresaltado los agentes en el dormitorio de Lisa a primera hora, Cristina decidió tumbarse en el sofá del salón, que mantenía una oscuridad absoluta gracias a las persianas, cerradas a cal y canto. El cansancio y los nervios del día también le habían pasado factura a ella, y el sueño la encontró en el sofá sin darse cuenta.

*

Eran las seis menos cuarto de la mañana. Llevaba muchas horas de sueño, y tenía algo de resaca debido a las drogas que su madre le había suministrado en forma de pastilla para tranquilizarla. Aunque aún se sentía cansada, la mente de Lisa había cogido suficientes fuerzas

como para no dejarla dormir por más tiempo. La joven trataba de levantarse de la cama tambaleante y desorientada por no saber muy bien en qué hora y día se encontraba. El nerviosismo y las preguntas volvían a su cabeza haciéndole imposible mantenerse quieta, pero tuvo que sentarse en el lateral de la cama por el mareo creciente en su cabeza. Durante varios segundos tuvo que pensar si todo lo sucedido no había sido más que un sueño, pero, desgraciadamente, al coger su teléfono pudo constatar que todo era una realidad por la cantidad de mensajes que tenía. «Quizá ya se sepa algo de la investigación», pensó mientras abría el buscador de internet en su teléfono en busca de noticias. De forma inmediata, en la búsqueda aparecieron decenas de enlaces relativos a la muerte de Nastya. Un reportero de *El Correo* informaba de que, durante la madrugada, se había procedido a la detención de Tony en el aeropuerto de Barajas mientras trataba de huir a Colombia. «¡Será hijo de perra!». Aquello parecía dejar claro que había sido él: si uno no ha hecho nada, no trata de huir. Lisa ya no podía quedarse quieta por más tiempo; ahora su enfado no la dejaba estar parada.

Sin hacer ruido, se levantó y se vistió. Necesitaba un paseo y aire fresco. Salió de la habitación con las botas en la mano para no hacer ruido; pensó que su madre estaría dormida en su habitación, pero, al pasar por el salón, la sobresaltó ver una figura en la oscuridad tumbada en el sofá. Se acercó y la tapó con una manta que estaba doblada en el brazo del sofá. Después salió de casa cerrando la puerta de forma silenciosa para no despertar a su madre.

En la calle comenzaba a haber movimiento. Tuvo que constatar en su reloj el día en que se encontraba tras tantas horas bajo el efecto de los tranquilizantes. Era lunes, y la vida de la ciudad empezaba pronto. Bares abriendo, y repartidores iniciando el trabajo. Lisa se paró durante un segundo para abrocharse la chaqueta de cuero y pensar hacia dónde ir. «Qué más da». Así que comenzó a caminar en dirección al Parque del Ebro y al río. Sin saber muy bien la razón, tenía la necesidad de acercarse al lugar donde habían encontrado a Nastya. A medida que avanzaba hacia la muralla del Revellín, la luz comenzaba a brotar en las callejuelas de la ciudad, y con ella la vida de los días entre semana. Una idea no dejaba de aparecer en su cabeza, aun a sabiendas de que resultaba absurda: cómo la muerte de cualquier persona, por dramática que fuera, no detenía el ritmo de las vidas del resto de la gente. Únicamente marca la diferencia para los familiares y amigos. En apenas unos minutos andando, llegó a la entrada del parque del río. Se encontraba concentrada en sus pensamientos, aunque un escalofrío hizo que tuviera que subirse el cuello de la chaqueta. «Aquí hace más frío», pensaba mientras iniciaba el paseo en el interior del parque.

A pesar del inicio del crepúsculo, el paseo por el parque resultaba un poco tétrico. La niebla atrapada en la profundidad del río hacía que no se viera a mucha distancia. A lo lejos pudo ver una figura en la zona ajardinada al otro lado del camino que bajaba hacia el frontón del Revellín. Trató de agudizar algo la vista en dirección a la zona donde se encontraban unos olmos, en el centro de la pradera. «¿Quién leches estará a estas horas paseando entre árboles?», aunque su pregunta se vio respondida por lo obvio de que ella también se encontraba andando por el parque y apenas habían pasado las seis de la mañana. Tras continuar unos metros, con una lucha entre el miedo y la curiosidad que ganó esta última, pudo afinar algo más la vista. «¡Pero si es Alonso, el Loco!».

Lisa se acercó decidida a saludarlo, pero, al verla, el Loco salió corriendo de forma torpe entre los árboles todo lo rápido que su evidente cojera le permitía, cogiendo la bicicleta que tenía apoyada en uno de los olmos y saliendo a toda velocidad en dirección a la calle del Norte.

—¿Qué leches estaría haciendo? —A Lisa le había sorprendido la reacción que había tenido el Loco, aunque era cierto que no era una persona muy sociable.

De forma automática, se acercó al punto donde lo había visto, ya que había una especie de figura entre los árboles, que hacían un círculo alrededor de esta. En su centro, una placa indicaba que los olmos, once en total, eran en recuerdo de las víctimas de la hoguera del auto de fe que la Inquisición había llevado a cabo en Logroño en 1610. Lisa se quedó sorprendida.

—Vaya, no lo había visto nunca. —No tenía ni idea de a qué hecho se refería, pero al Loco claramente le interesaba ese punto—. Cosas de tarados —se dijo mientras volvía a su camino.

La luz ya comenzaba a hacerse más fuerte, y Lisa continuó su paseo en dirección a la pasarela peatonal. Allí pudo ver el camino que bajaba paralelo hacia el terreno donde los agentes habían encontrado a Nastya. La emoción y el dolor se mezclaban en su interior, pero una fuerza interior le decía que debía bajar. Con algo de fortuna, consiguió no caer por la rampa, aunque tuvo que apoyar sus manos en un par de ocasiones. Ya en la parte de la orilla, pudo ver un perímetro que rodeaba los árboles con la cinta de la policía. El trabajo de investigación había terminado para los agentes en el escenario, pero no había dudas: allí habían encontrado el cuerpo de su amiga. Lisa pensaba en cómo, tras montar en un vehículo, Nastya había terminado allí. No pudo evitar romper a llorar. Pero una promesa se abría en medio de la pena: no pararía hasta saber quién había sido, y Tony era el principal candidato.

Una vez se hubo conjurado en su propósito, se dio cuenta de lo inhóspito del lugar, decidiendo salir de allí ante la sensación de que a ella también le podría pasar lo mismo que a su amiga. «Esto está desangelado a estas horas», pensó mientras le venía a la cabeza la idea de cómo debió de sentirse Nastya en el parque a esas horas. Comenzó a volver sobre sus pasos y subió la cuesta hasta llegar al camino que atravesaba el parque. Allí ya se cruzó con varios corredores que aprovechaban las primeras horas del día para hacer su rutina de ejercicios antes de ir a trabajar. El hambre empezó a pincharla en el estómago, y decidió irse a desayunar al Parlamento, el bar donde había preguntado por la dirección del Loco. Quizá allí pudiera sacar algo más de información sobre este.

CAPÍTULO XV

CUATRO INVITADOS

Domingo, 07:30 horas. Comisaría de Logroño. Grupo de Homicidios.

Garrido entraba en el Grupo de Homicidios más temprano que de costumbre. Sabía que ese lunes iba a ser muy intenso. En su mano llevaba un café doble de la cafetería cercana en la que solía desayunar cada mañana de trabajo. Pero hoy no podría disfrutar de ese momento tranquilo en el local, echando un ojo a los periódicos y escuchando las noticias que siempre tenían puestas en el televisor. Era un lujo del que tendría que prescindir hasta que dieran por terminada la investigación sobre la muerte de Nastya.

El inspector subió directo al Grupo mientras muchos de los compañeros de la comisaría del turno de noche trataban de abordarlo con el propósito de interesarse por el caso. Él, después de tantos años de servicio, sabía que, en una localidad como Logroño, el asesinato de una joven era un caso que despertaba mucha curiosidad; pero también sabía que cualquier cosa que pudiera decir saldría en la prensa en menos de cinco minutos. Al fin y al cabo, los reporteros de la ciudad contaban entre los policías con sus mejores confidentes. Por el camino, sonreía al verle a la cabeza la cantidad de compañeros que normalmente apenas lo saludaban, o incluso buscaban cualquier excusa para no hacerlo de manera habitual, pero, precisamente hoy, muchos de ellos deseaban saber cómo iba la investigación. En cualquier caso, la preocupación por no verter el café que llevaba en su mano hacía que destinara gran parte de su concentración a mantener el equilibrio, sin tener oportunidad de prestar atención a su alrededor. De su antebrazo colgaba su cazadora, y en su otra mano cargaba con su bolsa de trabajo, de la que nunca se separaba.

Al llegar a la entrada al Grupo, uno de los agentes abrió la puerta en el momento en que él llegaba, y, debido al golpe, Garrido derramó parte del café sobre la chaqueta y el suelo. Un brillo de ira apareció de la mirada del inspector; sus ojos lo decían todo. El agente era uno de los últimos en haberse incorporado al grupo. El novato no sabía dónde meterse.

—¡Dios! ... —Se llevó las manos a la boca—. Perdóneme, jefe.

La mirada de Garrido era una mezcla de cólera y dolor por la temperatura del café. Su gesto mostraba la decepción y el enfado por perder lo único positivo que sabía que iba a tener durante el día. Rápidamente, dejó la bolsa en el suelo y sacudió la chaqueta para apartar el café que aún no se había quedado impregnado en la tela. El agente comenzó a sacudir la chaqueta de su jefe junto a él.

—Déjalo; ya has hecho bastante —dijo separando al agente con el brazo de malas maneras—. ¿Dónde narices ibas tan rápido, a ver?

—Perdone, jefe, de verdad. —La cara de miedo del agente de Homicidios lo decía todo—. Precisamente iba a buscarle, que he visto por la ventana que entraba con el coche.

Garrido miró al agente; este se encontraba fuera de sí y con tics nerviosos en la cara.

—Oye, ¿tú cuántos cafés te has tomado esta noche? —preguntó el inspector analizando al joven mientras él sacaba unos clínex de su bolsa de trabajo para seguir limpiándose.

El agente se quedó callado durante un segundo.

—No entiendo. ¿A qué se refiere, señor? —dijo desconcertado por la pregunta.

—Sí. ¡Que llevas mucha cafeína en el cuerpo! A eso me refiero.

—Bueno, es que me tocó el turno estático, hasta las cuatro de la mañana, frente a la casa de los padres de la joven. Me he tomado un café y dos Red Bull para mantenerme despierto, jefe.

—Eso lo explica todo. —Garrido cogió de nuevo la bolsa y el café, dando un sorbo al líquido que sobresalía de la tapa de plástico—. ¿Y qué tenemos hasta ahora?

El agente abrió rápidamente la puerta del Grupo para que entrara Garrido, acompañándolo hasta el despacho mientras este dejaba sus cosas sobre la mesa y continuaba con la limpieza de su chaqueta.

—Pues, durante mi turno de vigilancia, no ha pasado nada realmente, jefe; pero a las cinco de la mañana ha llamado el indicativo que me ha hecho el relevo para decir que dos hombres de complexión grande han entrado al domicilio. Al parecer, han llamado al telefonillo y han entrado rápidamente.

—Es decir, esperaban a alguien los padres. —A Garrido le llamaba la atención cómo el agente tenía palpitaciones en uno de los párpados por la sobredosis de estimulantes.

—Eso parece, jefe.

—Del coche en el que han llegado, ¿sabemos a quién pertenece?

—Pues es un coche de alquiler. Estamos esperando a que abran las oficinas centrales de la empresa por la mañana para mandarles un oficio con la solicitud de los datos del contrato.

—Perfecto. —Garrido salió del despacho mientras el agente le seguía. Al llegar a la puerta del baño, se dio la vuelta, siendo golpeado por el agente, que le seguía a paso rápido y muy pegado a él—. ¿Dónde leches vas?

—Perdón, jefe, como ha salido del despacho así, pensé que íbamos a continuar.

—¿Tienes alguna otra novedad que contarme?

—No, señor.

—¿Cuántas horas llevas sin dormir?

—Umm.. —El agente trataba de echar cuentas comprobando la hora que era en ese momento—. Unas veinticuatro horas, señor. Ayer terminaba turno y, al salir, traté de no acostarme para dormir bien por la noche; pero, cuando saltó esto, ya no pude dormir. Y hasta ahora.

—Lárgate a casa a dormir. Es una orden. Esto va a ser largo, y te necesito con la mente despejada y no como un yonqui de la cafeína.

—De acuerdo, jefe.

—¡Y deja de seguirme de una vez!

Garrido entró en el baño para lavarse las manos y tratar de limpiar las mangas de su jersey, cerrando la puerta tras él. Varios minutos después, volvió a su despacho; allí lo esperaba otro de los agentes del Grupo.

—¿Tú también vas dopado? —Garrido entró en el despacho, dejando su jersey mojado en el perchero y remangándose, acto seguido, las mangas de la camisa.

—¿Perdón, jefe? —El agente, que se encontraba sentado en una de las sillas frente a la mesa del inspector, no entendía qué le decía.

—Nada. El nuevo, que lo tenéis drogado para mantenerse despierto —dijo sonriendo mientras

sacaba su cuaderno de notas de la bolsa de trabajo.

—No, no, yo estoy bien, jefe... Señor, han llamado de arriba: el comisario quiere hablar con usted.

—Cojonudo. —Garrido resopló cerrando el cuaderno que acababa de abrir—. No viene nunca antes de las diez, pero hoy el señor ha madrugado.

El agente no respondió; podía imaginar las presiones a las que era sometido su jefe por este caso.

—La autopsia sigue programada para las ocho y media, ¿verdad? —preguntó según salía del despacho.

—Sí, jefe.

—Perfecto. Cierra la puerta de mi despacho al salir, por favor.

Garrido salió del área del Grupo y esperó en el rellano de la escalera bebiendo lo poco que le quedaba de café en el vaso de cartón. La mañana comenzaba de forma intensa. Mientras esperaba, pensaba en lo largo que iba a ser el día y en qué momento había aceptado estar al mando del Grupo de Homicidios de Logroño. Tras quince años en el cuerpo, había pasado por muchas de las unidades de la Policía Judicial en distintas ciudades, pero, tras el último ascenso, tuvo que coger el único puesto sobrante en la comisaría de la ciudad para un inspector. «Total, la cosa es estar cerca de las niñas», pensaba para consolarse mientras esperaba la llegada del ascensor. Por ese motivo llevaba ya tres años al frente de la unidad. Una unidad que no tenía mucho trabajo de forma habitual, pero que, cuando tenía un caso, se situaba en el ojo del huracán del departamento. Precisamente por eso era el único puesto vacante en el momento en que él cogió el mando. Tras un caso sensible en el que un niño había aparecido muerto en casa de unos familiares, las críticas sobre la investigación que había hecho el cuerpo de policía hicieron que el anterior inspector fuera relevado de la unidad y destinado a un sitio más «cómodo» en medio de la España vacía, en Soria.

Él, sin embargo, había aceptado el reto de estar al frente de Homicidios como un mal menor con tal de permanecer en Logroño y poder ver cada semana a sus hijas sin tener que hacer muchos kilómetros. Ya había perdido gran parte de su juventud en grupos de Judicial que debían viajar por todo el país, e incluso había estado destinado como enlace en Bruselas durante dos años. Tras ese periodo, su mujer decidió separarse de él. «Esta profesión no es para familias», solía decir tras la crisis que sufrió en su separación.

Una vez llegó el ascensor, Garrido pegó un último sorbo al vaso desechable tratando de beber hasta el último rastro de café de su interior y tirándolo en la papelera antes de entrar. El despacho del comisario se encontraba en la quinta planta, la última. En ella se encontraban todos los despachos de los jefazos de la comisaría y también las áreas administrativas. Aunque la gran mayoría de los que allí prestaban servicio eran de un rango inferior a él, en no pocas ocasiones se mostraban superiores ante la visita de cualquier agente de las plantas inferiores.

Al abrirse las puertas del ascensor, Garrido fue directo hacia el despacho del comisario Crespo. Apenas había gente aún en la planta, aunque el secretario del comisario estaba junto a la entrada del despacho, ya trabajando frente al ordenador.

—Buenos días —Garrido saludó al policía.

—Buenos días, inspector.

—Me han dicho que Crespo quería verme.

—Sí. Un momento.

El agente entró al despacho del comisario para anunciar que ya se encontraba allí el inspector,

cerrando la puerta al salir. Garrido pudo ver que el comisario no estaba solo a pesar de la hora que era.

—En un momento le atenderán —dijo el policía volviendo a sentarse en su mesa y centrando de nuevo su atención en la pantalla del ordenador.

«Es muy pronto para tener reuniones antes», pensó Garrido con cautela mientras se daba la vuelta para ojear la planta noble del edificio. Le sorprendía lo bien conservada que estaba esa planta respecto al área en que se encontraba su unidad. Además, esta estaba decorada con muchas más plantas, que hacían más agradable el ambiente. «Claro que, si ponemos estas plantas nosotros, seguro que se mueren en una semana. O lo mismo crecen de forma amazónica si el nuevo también las riega con cafeína», pensó sonriendo mientras hacía tiempo esperando, perdido en sus pensamientos.

—¡Garrido! —la voz del comisario Crespo le mandaba entrar, sacando al inspector de sus pensamientos, dirigiéndose este de forma automática al despacho.

Al entrar, el inspector pudo ver que en el interior del despacho había cuatro personas aparte del comisario. Una era la responsable de prensa del Departamento de Policía; otro era el inspector jefe Ricardo Toná, jefe del Área de Delitos Especiales, otro, que le resultaba familiar, era uno de los asesores del alcalde Galindo. A la cuarta persona no la había visto nunca.

—Buenos días, inspector —saludó Crespo en tono serio—. Entre, haga el favor.

—Buenos días, señor. —Garrido, que tenía confianza con el comisario, sabía que la reunión no iba a ser de tono informal por los asistentes. De forma marcial, procedió a cerrar la puerta, quedando de pie frente a los invitados del comisario.

—Le presento: imagino que le suena Jorge González, es asesor del alcalde.

—Sí. ¿Qué tal? —dijo estrechando la mano de este, que se levantó para saludarlo.

—Y este es Álvaro, del Ministerio del Interior.

—Encantado también. —Garrido estrechó su mano. Le sonaron las alertas en su cabeza al percibir que el representante del Ministerio no era presentado con apellidos. «Quizá no sea su verdadero nombre», pensó.

—Señores —continuó el comisario Crespo—, este es el inspector Garrido, responsable del Grupo de Homicidios de la ciudad y el encargado del caso que nos ocupa.

Una vez hechas las presentaciones, todos volvieron a tomar asiento junto a la mesa de reuniones del comisario, sentándose Garrido en el otro extremo de la mesa. El despacho, con grandes cristaleras, tenía unas excelentes vistas de la ciudad de Logroño en conjunto. La luz del amanecer entraba de forma intensa por los ventanales; el comisario se levantó a cerrar las cortinas de panel del despacho para limitar la molesta luz que entraba a través de los cristales como si de un potente foco se tratara.

—Bueno —dijo el comisario sentándose y resoplando—, ¿cómo va la investigación, Garrido? —preguntó con la mirada fija en el inspector.

Todos miraron al inspector con gran interés, esperando sus palabras.

—Vamos evolucionando, señor.

—Me alegra escuchar eso. Cuéntenos qué tenemos hasta ahora.

La mirada era cada vez más inquisitiva por parte de todos los asistentes, y cada vez aumentaba más la presión hacia Garrido, que no era muy partidario de hablar frente a desconocidos sobre el caso.

—Bueno, señor, como usted sabe —comenzó tratando de mantener la compostura y el enfado por la encerrona—, estamos en una fase inicial, y el juez Espineda ha decretado el secreto de las

actuaciones.

El comisario guardó silencio durante unos instantes mirando al resto de invitados a la reunión, pero su rostro mostraba cómo el enfado iba aumentando a gran velocidad en su interior. Se podía adivinar por cómo se estaban poniendo rojas su cara y sus orejas.

—Mire, hijo —el comisario estaba ya cerca de los sesenta y solía tratar con un tono paternal a muchos de los agentes, pero, en este caso, el tono iba más encaminado a demostrar quién mandaba allí—, soy el comisario de Logroño; si quiero, le puedo relevar en cualquier momento.

El silencio se hizo tremendamente incómodo. El ambiente se podía cortar con un cuchillo. Todos se mantenían callados mientras miraban al inspector esperando una respuesta mucho más obediente que la primera que había dado. Garrido guardó silencio, analizando una vez más a cada uno de los invitados que se encontraban en la mesa. En sus caras podía percibir cierta sorna al ver cómo el comisario mostraba su autoridad sobre él, cosa que incrementó aún más su enfado.

—Señor —dijo manteniendo un tono tranquilo y sereno—, efectivamente usted es el comisario y puede relevarme de mi puesto en cualquier momento.

El comisario relajó su expresión en vista de la victoria que había tenido sobre Garrido, el cual continuó hablando acto seguido, echando una mirada rápida a los testigos del comisario.

—Como le digo, puede relevarme. Pero, como usted sabe de sobra debido a su veteranía y conocimientos, el secreto de sumario está por encima de mí. Y, aunque usted puede relevarme, es el juez el que debe determinar qué puedo contar y qué no. —Garrido comenzaba a mostrar que no iba a dejar que lo pisaran así como así—. Además, debe pedir autorización al propio juez para relevarme del caso, ya que, en este caso, ante quien debo dar respuesta es únicamente él. Si lo desea —continuó con tono sereno, al menos en apariencia—, puede llamar al juez Espineda y pedirle mi relevo, lo entenderé perfectamente.

Los invitados miraron al comisario como si de un partido de tenis se tratara. Este cada vez tenía un tono más rojo en su cabeza debido a la sangre que bombeaba su corazón, lo que indicaba que su enfado iba aumentando. Para el inspector jefe del Área de Delitos Especiales también era una respuesta a la que no estaba acostumbrado. Estaba claro que las relaciones con el comisario y la cúpula policial a partir de ese momento no iban a ser sencillas. Tratando de rebajar el clima de tensión, Garrido continuó hablando:

—En cualquier caso, señor comisario —marcó muy bien el tiempo de sus palabras y las formas, a sabiendas de que todo lo que dijera iba a ser fiscalizado—, le puedo decir que tenemos dos líneas de investigación, y, como usted ya sabrá por el resto de los compañeros, ayer por la noche se procedió a la detención del novio de la joven en Barajas, antes de que cogiera un vuelo a Colombia. Además, en menos de una hora se iniciará la autopsia de Nastya. Esperamos que arroje más datos sobre lo que pasó realmente. También hemos encontrado, en el río, el abrigo de la joven, en cuyo interior se ha hallado su teléfono móvil. Los técnicos están tratando de recuperarlo, ya que presenta daños al haber estado sumergido en el agua.

Durante unos segundos, el silencio se hizo dueño de la sala. La tensión era evidente.

—Dígame una cosa —dijo el representante del Ministerio rompiendo el duelo de miradas que mantenían Garrido y el comisario—: han preguntado ustedes por unas personas en Interpol, ¿es eso cierto?

—Sí, efectivamente. —Garrido prestó su atención al representante del Ministerio tratando de medir cada palabra.

—Bien —dijo pausado, fijando su mirada de forma amenazante en los ojos del inspector—. Es simplemente para informarle de que por nuestra parte no existe ningún problema en la

investigación y les apoyamos en lo que necesiten.

—Gracias. —Garrido sabía, por las palabras del agente del Ministerio, que lo que trataba de dar a entender era precisamente lo contrario, y él había recibido el mensaje.

—¿Cuándo cree que podremos anunciar la determinación de la culpabilidad del novio como autor del asesinato? —el asesor del alcalde mostraba la prisa que tenía por cerrar el caso.

—Bueno, yo no he dicho que sea él el autor, señor. De momento es un sospechoso de una de las vías que tenemos abiertas. He mandado a un agente de mi máxima confianza a buscarlo a Madrid para traerlo y poder interrogarlo.

—Bueno... —El asesor trataba de buscar la complicidad de Garrido con una leve sonrisa—. Usted sabe mejor que yo que casi siempre es el novio. Además lo han cogido tratando de huir. No hay lugar a muchas dudas con ello.

—Eso, señor, lo tendrá que determinar un juez. —El inspector estaba molesto con la encerrona que le habían hecho y no se molestaba en ocultarlo—. Ahora, si me da permiso, señor comisario, me gustaría volver a trabajar para cerrar este caso cuanto antes.

Garrido se levantó y salió de la sala sin dar tiempo al comisario para que le respondiera. Era evidente: acababa de cavar su tumba como inspector de Homicidios en la ciudad. A partir de ahora, no solo tendría que protegerse de las críticas exteriores, sino también de las trabas y zancadillas que iba a recibir de la cúpula policial.

CAPÍTULO XVI

MARCAS

Garrido volvía a su despacho tratando de masticar el enfado después de la trampa en forma de reunión que le había preparado el comisario Crespo. El departamento ya se encontraba a pleno rendimiento, con agentes trabajando en sus mesas, recibiendo llamadas en los teléfonos, que no paraban de sonar. Al entrar el inspector en el Grupo, todos pararon su actividad, conocedores de la reunión que había tenido lugar instantes antes, cuya noticia había corrido como la pólvora entre los agentes del Grupo según llegaban al inicio de su turno. El inspector, que normalmente hablaba con sus compañeros y lanzaba mensajes de ánimo para mantener la moral del grupo, entró esta vez en su despacho sin siquiera mirarlos. Una vez dentro, lanzó su cuaderno de notas contra el suelo con todas sus fuerzas. El enfado lo dominaba.

—¡Maldito hijo de puta! Hacerme encerronas de este tipo a mí.

Todos los agentes podían ver a través del cristal del despacho de Garrido cómo este maldecía y daba golpes a la mesa. No hacía falta que les dijera nada, la presión política por el caso iba en aumento.

El teléfono comenzó a sonar, lo que hizo que Garrido interrumpiese su rabieta. Respiró por un segundo, cogiendo el cuaderno de notas del suelo, y, tras varios tonos, cogió el teléfono. Era Tomás. Ya había llegado a los calabozos de los juzgados de plaza de Castilla, en Madrid, y se encontraba con Tony.

—Buenos días. Dime que tienes buenas noticias.

—Buenos días. ¿Qué tal va todo por allí? —preguntó Tomás ávido de noticias del departamento.

—Ya nos están jodiendo... Imagina cómo está el comisario.

—Bueno... Ya he terminado el interrogatorio con Tony. Hasta que no llegó su abogada de oficio no pude entrevistarme con él.

—¿Y? ¿Qué te ha contado?

—Poca cosa. Solo ha dicho que no ha sido él y que no quería hablar más. —Tomás hizo un silencio, como si estuviera leyendo la declaración en vivo—. Sus palabras textuales son: «No he hecho nada y no me voy a comer todo esto».

—Ya... Bueno, de momento todo sigue apuntando hacia él, está claro.

—Exacto.

—Además, que haya intentado huir no le ayuda mucho a apoyar su versión, que digamos.

—Eso le he comentado. Pero ya se ha cerrado en banda, y la abogada no ha dejado que le apretara un poco más con preguntas.

—OK. Imagino que tienes ya el requerimiento del juez Espineda para trasladarlo a Logroño, ¿no?

—Sí, tranquilo. Estoy esperando a que el juez de plaza de Castilla que me ha tocado autorice el traslado. En cuanto tenga la autorización, nos ponemos en marcha de vuelta.

—Perfecto. Me vais contando..., y gracias, Tomás. Imagino que ha sido cansado salir de madrugada.

—A sus órdenes, inspector —Tomás trataba de poner un tono algo simpático a la despedida.

Garrido colgó el teléfono, sentándose en su sillón y recostándose hacia atrás. Cerró los ojos por un instante y cogió algo de aire. «Al menos tenemos a Tony», pensó. «Si no tuviéramos siquiera al novio, ya me hubiera tirado a los leones el cabrón de Crespo.

El inspector abrió su cuaderno de notas y comenzó a revisar las pruebas que tenían hasta el momento. En su libreta apuntaba los elementos fundamentales a tener en cuenta para incriminar a Tony. Para el interrogatorio, utilizaría cada uno de esos elementos para tratar de obtener su confesión, desmontándole una a una las posibles vías de escape que planteara en forma de excusa.

Tras un rato de trabajo, ya tenía preparado el primer guion para el interrogatorio. Ahora iba a necesitar los resultados de la autopsia para poder completar toda su estrategia. «Quizá se haya encontrado algo que remate este caso», pensó. Pero antes se había diseñado un dispositivo de vigilancia para grabar a la gente que acudía al homenaje y minutos de silencio por la muerte de Nastya. En ocasiones, los autores de un homicidio acudían a los homenajes con el objetivo de mantener la tapadera de sus actos. Aunque tenían al sospechoso principal, se debía trabajar en el resto de las vías para descartar otras opciones, como que Tony pudiera haber tenido algún colaborador. Además, aún quedaba en el aire la línea de investigación del ajuste de cuentas.

—Jefe, ya estamos listos —uno de los agentes encargados del operativo avisó a Garrido de que la hora de salir hacia la plaza del Ayuntamiento había llegado.

—Genial, dadme un minuto.

—Perfecto, jefe.

El operativo estaba diseñado para grabar a todo el mundo que asistiera. Sobre todo, se tenía orden de grabar a los más allegados de Nastya; familiares, en caso de asistir, amigos y cualquier otra persona que despertara el instinto policial de los agentes. En estos casos, recordaba Garrido en el *briefing* previo a la salida de los agentes de la comisaría, se produce sobreactuación por parte de algunas personas.

—Quiero que identifiquéis a todo el mundo que podáis; personas que os parezcan extrañas, amigos... todos. No se suele estar preparado para ocultar la culpabilidad de una muerte —decía—. Aunque tengamos al principal sospechoso —matizó el inspector al grupo, que prestaba una atención absoluta—, puede haber tenido ayuda de otras personas, o no ser la línea final de la investigación. Os recuerdo que tenemos a dos personas pendientes de ser identificadas que han llegado esta madrugada a casa de los padres de Nastya. También son nuestro objetivo, de modo que manteneos muy atentos a todo, ¿está claro?

El grupo salió de la comisaría y, pocos minutos después, se repartieron por la plaza. Incluso, desde una de las ventanas más altas del edificio, se procedería a grabar todo el evento. Garrido se mantuvo a uno de los lados de la plaza, desde donde podía observar en conjunto el espacio. La plaza se encontraba abarrotada de gente, más de la que el dispositivo esperaba tener que controlar. Desde la distancia, Garrido era informado de la posición de los amigos de Nastya.

—Grabad a cada uno de ellos —le dijo al agente que operaba la cámara desde una de las ventanas del ayuntamiento.

—No tenemos familiares, por lo que parece. Confirmadme.

—Negativo. Dijo otro de los agentes al otro lado del pinganillo que tenía incrustado en su

oreja.

—Recibido.

El evento se desarrollaba con normalidad hasta que uno de los agentes de Homicidios dio el aviso de que había observado que, en el exterior del recinto, se encontraban los dos hombres ucranianos que habían entrado en la casa de los padres durante la vigilancia y también se encontraban observando a la gente que estaba en la plaza.

—Jefe, están los dos ucranianos en el perímetro exterior. Lado oeste.

—Recibido. Que el cámara no los pierda de vista, y mandad a dos agentes por detrás para seguirlos. ¡Mucho cuidado con ellos; no sabemos sus intenciones, y pueden ir armados!

El acto terminó una vez guardados los minutos de silencio, metiéndose los políticos y resto de autoridades en el interior del ayuntamiento. Dos de los agentes informaron de que acababan de perder a los ucranianos tras finalizar el acto. Como si de unos fantasmas se tratase, habían desaparecido entre las corrientes de personas al doblar una esquina. Garrido echó una última mirada de odio al ver que uno de los asistentes era el comisario Crespo. «Gilipollas...», pensó mientras se daba la vuelta y se marchaba rápidamente. Era momento de salir hacia el Anatómico para saber si se tenía ya una valoración de la autopsia.

*

Raúl Herrera era el forense titular del Instituto de Medicina Legal de La Rioja. Un hombre de más de sesenta años que, a pesar de lo que pudiera parecer al trabajar con gente muerta, tenía un humor afable y cercano. Él era una institución para el resto de los forenses, ya no solo de la región, sino también de todo el país. Su carácter sociable y su gusto por disfrutar de la buena comida, le hacían participar de cualquier acto social al que se le invitaba. También a los actos académicos, donde le gustaba rodearse de gente joven con una visión de la vida diferente a la que ya tiene la gente de mayor edad, como decía constantemente a sus alumnos. El forense siempre se había considerado un joven en cuerpo de mayor. Un cuerpo con un claro sobrepeso, debido a su gusto por la buena comida, que le dificultaba, en cierto modo, los movimientos, aunque seguía siendo un tipo ágil con el bisturí y tenía una intuición ampliamente desarrollada a la hora de buscar rastros tóxicos al alcance de pocos profesionales. «No es tan importante el estado que muestre el cuerpo de una persona, sino saber dónde buscar la información que no es visible para la mayoría», solía decirles a sus alumnos en sus seminarios. El cuerpo humano era, para él, un mapa donde buscar un tesoro; el tesoro que suponían las respuestas para cualquier procedimiento judicial. «La mejor forma de presentar nuestros respetos a un cuerpo y a su familia es encontrar lo que le sucedió para que muriera», afirmaba.

El Anatómico de Logroño mostraba la imagen de un edificio sobrio, sin grandes alardes arquitectónicos. Sin duda, una construcción más pensada para elementos prácticos de la época en que se hizo que para mantener una dimensión estética. Su fachada, de color arcilla, con rejas de color blanco en las ventanas del piso inferior, casi a la altura de la calle, era una construcción simple y aséptica para la función que tenía encomendada. La entrada al edificio contaba con una rampa de acceso para los visitantes. En su puerta podía verse un escudo letrero con la leyenda «Instituto de Medicina Legal de La Rioja». El edificio, sin embargo, comenzaba a sentir el paso del tiempo, y ya se rumoreaba que en poco tiempo se trasladarían a una especie de ciudad de la

justicia, con unas instalaciones más modernas que todos los profesionales deseaban.

La mañana de primavera acompañaba a Garrido en su llegada al edificio. De camino, disfrutó del sol que comenzaba a calentar a través de los cristales del vehículo. Con el paso de los años, y los golpes que le había dado la vida, había aprendido a disfrutar de las cosas sencillas que esta regalaba, como el calor que emitía un sol deseoso de escapar de los rigores del invierno riojano.

Ya dentro del edificio, el inspector anunció su llegada a una de las ayudantes del forense:

—Buenos días. Soy el inspector Daniel Garrido. Vengo a ver a Raúl Herrera por los resultados de una autopsia.

—Un momento, por favor.

La sala de espera era sobria. Sin grandes elementos de decoración, únicamente un par de sillones de color verde y una mesa de cristal con panfletos sobre los supuestos apoyos psicológicos del sistema de justicia a unas víctimas que nunca encontrarían consuelo por la muerte de sus familiares. Tras unos minutos de espera, la ayudante salió a la recepción:

—Pase, inspector; le espera en la sala de autopsias —dijo abriendo la puerta que daba acceso al área restringida del edificio.

El interior del Instituto no se diferenciaba mucho de alguna de las salas de un hospital, aunque el olor a productos químicos y muerte daban al espacio un aura más desagradable sin duda. Al final del pasillo, una puerta llevaba a la sala de autopsias. Al llegar, a través de la ventana de ojo de pez de la puerta, Garrido pudo ver a Herrera escribiendo en el ordenador en la mesa del fondo. En el centro, iluminado por un intenso foco, se encontraba el cuerpo de Nastya en la mesa de autopsias, tapado parcialmente por una sábana bajo la que se podían intuir las formas voluptuosas del cuerpo de la joven. A la altura del pecho, las costuras en la zona del tórax asomaban hasta perderse bajo la sábana. Su tono de piel ya era mucho más pálido que cuando la había visto por primera vez, el sábado por la mañana, en la orilla del río. Sus labios ya no mostraban coloración, y sus párpados cerrados le daban un aspecto de cierta paz. Al entrar, no pudo evitar mirarla antes de saludar a Herrera, que no disimuló su alegría al ver al inspector.

—¡Buenos días, inspector Garrido! —Herrera mostraba su carácter afable de forma natural, esgrimiendo una gran sonrisa que se alargaba en todo lo ancho de su cara rosada.

—Buenos días, Herrera. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien... Todo en orden. —Su complexión le hacía moverse de forma algo torpe para salir tras el escritorio, dirigiéndose directo hacia la mesa donde reposaba el cuerpo de Nastya.

—¿Has descubierto algo? —Garrido abrió su libreta de apuntes sobre el caso.

—Bueno, puedo asegurar que la joven murió asfixiada. Con las manos, más concretamente.

Garrido levantó la cabeza de la libreta mientras Herrera le mostraba marcas de huellas en ambos lados del cuello.

—Estas huellas —continuó el forense— no las pudimos ver en el momento en que encontrasteis el cuerpo y realizamos la inspección ocular sobre el terreno, pero ahora sí.

—Vaya... —Garrido se acercó para observar las marcas de forma más detenida—. ¿Dirías que son de hombre o de mujer?

—Buena pregunta. Por el tamaño, posiblemente sean de un varón; aunque tampoco se puede descartar que sean las de una mujer con manos grandes. En cualquier caso, he mandado hacer un estudio de las dimensiones para que las puedas comparar con el posible sospechoso. Me han informado de que ya tienes al novio bajo custodia.

—Sí, así es. Estupendo. ¿Algo más? ¿Fue agredida sexualmente?

—No. Si bien ha tenido relaciones sexuales hace poco, no parece que tenga desgarros

vaginales. He cogido muestras por si obtuviéramos muestras de ADN. Tardarán unas horas en devolverme los resultados, aunque es previsible que, de tener restos de semen, pertenezcan a su pareja, como es lógico.

—OK... —Garrido seguía apuntando en su libreta.

—Otro tema... —continuó Herrera mientras destapaba totalmente el cuerpo desnudo de Nastya— son las marcas que tiene por el cuerpo: no han sido producidas en un solo día.

El agente observó el torso desnudo de la joven ahora que se encontraba sin el vestido negro que llevaba puesto cuando la encontraron. En su cuerpo había varias marcas. Algunas se localizaban en la zona del estómago y el pubis; otras, más lineales, se encontraban rodeando ambos pechos. También en estos se podían observar marcas paralelas. Los brazos mostraban marcas junto a las axilas, como si hubiera sido atada.

—¿Qué es eso?

—Bueno... —el forense hizo un paréntesis en su explicación—, si hubiera encontrado solo una de las marcas que tiene, me hubiera podido dar lugar a sospechar lesiones accidentales o un maltrato de carácter esporádico. Pero al ser varias, y cercanas a zonas genitales, puedo decir que cobra bastante fuerza la hipótesis de que Nastya practicara lo que se viene a conocer como masoquismo.

—¿Perdón? —Garrido no podía esconder su sorpresa.

—Sí, verás, inspector, las penetraciones, tanto vaginales como anales, no parece que hayan sido con la violencia de una agresión sexual, ni que haya habido mucha resistencia por parte de la joven, aunque muestran cierto grado de violencia. Además, he encontrado muestras de una sustancia similar al lubricante utilizado en las relaciones sexuales. Esas marcas cercanas a la pelvis y al estómago que puede observar —dijo señalando con el dedo de manera cercana— parecen de quemaduras; diría que, casi con total seguridad, causadas por cera. Típico en ese tipo de prácticas sexuales, donde se encuentra placer en recibir o bien en producir dolor. En los pechos, las marcas me llevan a pensar que quizá se los ataron con cuerdas y que, en algún momento en las últimas semanas, le pinzaron los pezones. Las marcas de los brazos, sin embargo, son de haber sido atada. También tiene alguna herida y marca en la cabeza de haberle sido colocado algún artilugio de sumisión. En la espalda —Herrera puso de cúbito lateral a la joven sobre la mesa— también puede ver que tiene marcas que podrían ser compatibles con un elemento longitudinal, tipo fusta o una cuerda...

Garrido no daba crédito a lo que escuchaba.

—Pero, entonces, ¿dice que la mataron en una sesión de masoquismo?

—Umm... no, no diría tanto. Si bien es cierto que las marcas parecen iguales, por la coloración y cicatrización de estas, parece que son de varios días, y al menos una hora antes de su muerte. Si no me equivoco, la joven no había estado desaparecida, lo que aleja la posibilidad de una tortura hasta la muerte. Sin embargo, las marcas de manos en su cuello son *perimortem*, es decir, que murió como resultado de la estrangulación que sufrió.

Garrido trataba de encajar toda la información que Herrera le transmitía. Sin duda, era un giro que no esperaba. Siempre que se investiga un caso, se llega a elementos de la vida de la víctima y de los investigados que son grandes secretos para el resto de las personas de su entorno. Ahora la duda era saber si esas lesiones que presentaba Nastya habían sido provocadas por Tony. «Quizá, en los juegos sexuales, la pareja se había pasado de la raya y Tony había matado a Nastya», pensó el inspector. Esto incluía un elemento que Garrido no había valorado hasta el momento, la accidentalidad. Debía tratar el tema de forma reservada; de ser público, los abogados de Tony

intentarían limitar la pena a un homicidio por imprudencia en un juego sexual que se había ido de las manos.

CAPÍTULO XVII

EL CASERÓN PERDIDO

La cafetería ubicada junto a la sede del Parlamento de La Rioja se encontraba en pleno bullicio a la hora del desayuno. Ese era uno de los momentos de más trasiego en el centro de la ciudad, también los domingos, llenándose su terraza gente ávida de aprovechar el día festivo. Lisa entró en el local buscando con su mirada a alguno de los camareros que conocía y a los que había preguntado el día anterior. Pensó que esa sería la forma más rápida de acceder a nueva información sobre el Loco.

—Buenos días, guapa —dijo uno de los camareros, que, rápidamente, le prestó toda su atención.

—Hola. Una tostada y un café con leche, por favor. —El hambre de Lisa podía más que sus nervios. Aunque había tenido el estómago cerrado por todo lo vivido, la noche de sueño y, quizá, los ansiolíticos, también había recuperado un poco el apetito.

—Aquí tienes. ¿Cómo te encuentras? —El camarero sirvió rápidamente a la joven.

—Bueno, la verdad es que está siendo muy duro. No paro de pensar en Nastya.

—Te entiendo, todo el mundo habla de ello. Es una tragedia.

—Sí, exacto. ¿Te acuerdas de que te pregunté por un hombre? —Lisa pretendía retomar la conversación.

—Sí, el que tenía tu documentación, ¿no? El de la bicicleta.

—Exacto —apenas recordaba la excusa que les había puesto para tratar de sacar información sobre él—. Creo que se llama Alonso, ¿no?

—Sí, creo que sí. Pero no sé su apellido.

Lisa por fin confirmaba el nombre del Loco, Alonso. De esta forma, podría indicar mejor a la policía quién era para que hablaran con él en los próximos días. «Quizá les sirva de ayuda», pensó.

El camarero continuó con su explicación sobre lo que le pasaba al hombre. Era posible que sus historias fueran inventadas, como las que sus amigos creaban cuando salían de trabajar por la mañana del local y le veían pasar a toda velocidad con la bicicleta; o, quizá, esta vez sí, fuera la realidad de lo que le pasaba para ser tan raro.

—Al parecer, su padre falleció hace muchos años en un accidente de tráfico, de camino a Bilbao. Creo que mi madre me dijo alguna vez que era transportista. Y su madre... —hizo una pausa pensando cómo decirlo—, supongo que se hizo la pobre cargo de todo lo mejor que pudo.

Lisa no perdía detalle mientras pegaba sorbos cortos al café ardiente que le acababa de poner el camarero. Con cada trago, notaba cómo el líquido caliente quemaba su garganta hasta llegar a su estómago.

—Después de la muerte —continuó el camarero—, la mujer se puso a trabajar limpiando y

ayudando en algunas de las casas de la gente rica de la zona. Iba recomendada por el cura, de modo que no solía tener problemas para encontrar trabajo. Eso creo recordar que le escuché alguna vez a mi madre. La mujer cada vez se hizo más devota, e incluso un poco radical con el tema, la verdad. El niño, Alonso, fue monaguillo en la iglesia, y su madre le hacía ir a misa todos los días; gran parte de su tiempo libre lo pasaba en la iglesia junto al sacerdote. Yo creo —el camarero cambió el tono ante el chismorreó que iba a soltar— que quería que su hijo fuera cura.

—Ya veo... —Lisa no sabía muy bien qué creer de la historia. Porque estaba claro que ahora el hombre más que una persona devota parecía un mendigo.

—Él se fue a la mili, y allí se le destrozó la cabeza por un accidente que sufrió. Dicen que fue por un camión militar que hizo una mala maniobra y le golpeó. Por lo visto, tuvo que pasar varias veces por quirófano. Aún recuerdo cuando hice yo el servicio militar —el camarero se puso melancólico por el recuerdo de sus años jóvenes—: pasábamos gran parte del día fumando hachís y tomando botellines en la cantina.

—Ya imagino... —Lisa no quería que el camarero perdiera el hilo sobre Alonso, pero, a cambio, tenía que ver cómo recordaba otros tiempos y retrasaba la información.

—A él la verdad es que se le ha ido la cabeza cada vez más —continuó—. Muchos días, yo creo que ni come. —El camarero estaba ya en su punto álgido de cotilleos—. Eso sí, todas las tardes se les ve salir camino de misa. ¡No se pierden una! Si te fijas, lleva el pelo muy largo; yo creo que es para tapar las cicatrices de la operación.

Lisa había terminado su desayuno sin casi darse cuenta por la atención que estaba prestando al cotilleo. Ahora ya podía constatar que muchas de las historias que había escuchado en el Kelpies no eran más que películas exageradas. Lejos del ser «el vampiro de Logroño», como lo habían representado en una de las historias más estrambóticas, la realidad tenía más que ver con una familia con problemas, en la que la madre había convertido a su hijo en un joven inadaptado por su obsesión por la religión. Era posible incluso que Alonso hubiera perdido algo de capacidad mental por el accidente y ese fuera el origen de sus problemas sociales y su rutina inquebrantable de montar en bicicleta cada mañana.

Lisa no sabía cómo poner fin a la conversación con el camarero una vez que ya tenía la información que necesitaba.

—Pues muchas gracias, de verdad —interrumpió al camarero—. Dime cuánto te debo, que tengo que irme...

—Dos euros con cincuenta. —Al camarero no le gustó la forma en que Lisa cortó la conversación—. Por cierto, ¿te devolvió la cartera?

—Eh... sí, me la devolvió. —Lisa trató de salir airosa de la excusa que había puesto el primer día que se interesó por el Loco.

Aún era pronto, y Lisa decidió acercarse a casa para ducharse y cambiarse antes de ir al homenaje a su amiga en la plaza del Ayuntamiento. No es que fuera una cosa que la ilusionara especialmente, pero debía estar allí. Por ella y por todos los amigos que lo estaban pasando mal. Además, quizá estuvieran allí los padres de Nastya, y sería un buen momento para darles el pésame en persona. Apenas había tenido relación con ellos durante el tiempo de amistad con su hija, pero, aun así, trataba de ponerse en su lugar y pensaba en cómo se sentiría la madre, con la que sí que había hablado en alguna ocasión.

De vuelta a casa, observó cómo la plaza que daba acceso al Parlamento de La Rioja se encontraba tomada por furgonetas de las principales cadenas de televisión, de la región y a nivel nacional. La presidenta de la Comunidad Autónoma también había entrado en el juego de la

prensa. Pensar sobre ello revolvió un poco el estómago de la joven, lleno por la tostada y el café que acababa de tomarse. «Parece un espectáculo de televisión», pensó mientras trataba de acelerar su paso para alejarse lo más rápido posible.

Al llegar a casa, Lisa abrió la puerta de la forma más silenciosa posible: aunque ya eran más de las ocho de la mañana, quizá su madre seguiría durmiendo en el sofá.

—Buenos días, cariño. —Cristina salió a recibir a Lisa desde la cocina.

—Hola, mamá. Pensé que estarías aún dormida.

—¿Dónde has ido? Me tenías preocupada.

—A dar una vuelta. —Lisa continuó directa a la habitación, donde comenzó a desvestirse para darse una ducha—. Ya sabes que necesito aire fresco para pensar —le dijo a su madre, que la había seguido hasta allí.

—Lo sé, cariño. —Se acercó y sujetó un momento a su hija para que parara—. ¿Cómo te encuentras? —Cristina miró a su hija de forma tierna y directa, como solo puede hacerlo una madre con sus hijos, dejando sin armas a Lisa.

—Bien..., bien. Eso creo.

Cristina abrazó a su hija de manera reconfortante durante unos segundos. Sin poder hacer nada para evitarlo, a Lisa se le volvieron a caer unas lágrimas mientras la inundaba una profunda sensación de pena. Sin saber cómo controlarlo, ante la más mínima muestra de cariño, no podía evitar llorar. Todo ello a pesar de lo dura que era; incluso, en ocasiones, la gente que no la conocía del todo pensaba que era algo fría y superficial. Pero lo cierto es que, tras ese humor ácido que la caracterizaba, se encontraba una joven cariñosa, con unos principios inquebrantables y una fuerza interior que hacían de ella una joven mujer difícil de domar.

—Bueno, cariño, ya está. —Cristina limpió las lágrimas de las mejillas de su hija con los pulgares—. Te preparo el desayuno, ¿vale?

—No, no. Ya he desayunado, tranquila.

—Vale, como quieras —dijo dándole un beso en la frente.

Lisa se metió bajo la ducha, regulando el grifo para conseguir que el agua saliera ardiendo. La sensación del agua caliente sobre su piel le resultaba reconfortante y tranquilizadora. La temperatura conseguía relajar sus músculos y también sus ánimos. Todo lo que había pasado no existía dentro de esa ducha. De forma inconsciente, terminó sentada sobre el plato de ducha, viniendo a su mente recuerdos con Nastya. Bromas tras la barra del Kelpies o momentos en las decenas de cenas que habían compartido entre risas. Tras diez minutos bajo el agua, reunió fuerzas para salir de la ducha. Al salir del baño e ir a su habitación, se cruzó en el pasillo con su madre, vestida totalmente de negro. En ese momento volvió la realidad a su cabeza. Tocaba buscar la ropa adecuada para ella. Era sencillo: casi siempre vestía de negro, así que solo tuvo que buscar algo de ropa de diario.

Eran las once y media de la mañana, pero la plaza del Ayuntamiento se encontraba totalmente abarrotada. Aunque no con tanta afluencia como en las fiestas en honor de San Mateo, en septiembre, gran parte de la ciudad quería rendir un sentido homenaje a la joven a pesar de ser un día de diario. Incluso se podía ver a gente de municipios cercanos. Gente con uniformes de trabajo que habían interrumpido su actividad, y grupos de jóvenes que habían marchado al ayuntamiento como si de una excursión del colegio se tratara. Al ver tanta multitud, Lisa paró un segundo a tomar aire. Cristina se paró junto a ella cogiéndole la mano.

—Si te empiezas a encontrar mal, nos vamos, cariño.

Lisa miró un segundo a su madre. Sin responder, exhaló algo de aire desde la profundidad de

sus pulmones e inició de nuevo el paso hacia el punto de la plaza donde había podido ver a Jota y los compañeros del Kelpies.

—Hola, chicos —dijo de forma escueta Lisa saludando con la mano.

Todos fueron a saludarla de forma refleja, concededores de su amistad con Nastya. Cada uno de los compañeros que se acercaba le daba dos besos y un abrazo, tratando de transmitirle y recibir algo de fuerza. Carla, la mujer de Jota, era la última, pero Lisa evitó saludarla dándose la vuelta. Todo el grupo se dio cuenta, quedándose extrañados. Ella, para evitar llamar más la atención, le acarició la espalda como si el desplante hubiera sido casual debido a los nervios.

Un fotógrafo se acercó a capturar el momento del pésame entre los jóvenes, pero uno de los trabajadores de seguridad del Kelpies lo apartó de un empujón de malas maneras. Eso llamó aún más la atención de los medios y de la gente que se encontraba junto a ellos, pero la atención se desvió ante la llegada de la corporación municipal por uno de los laterales de la plaza.

El acto empezó a las doce en punto con la salida del alcalde y resto de concejales de la corporación. También se podía ver a los jefes de emergencias de la ciudad acompañando a los políticos. Las cámaras de los fotógrafos comenzaron a disparar sin cesar. El acto apenas duró unos minutos. Una pancarta presidía la fila de autoridades: «Logroño contra la violencia».

Tras un posado forzado por parte de los políticos y la lectura previa de un manifiesto, comenzaron los tres minutos de silencio decretados por el Ayuntamiento. Únicamente el sonidos de los disparos de las cámaras de los fotógrafos rompía el silencio.

Lisa comenzó a buscar a los padres de Nastya con la mirada, pero no conseguía encontrarlos. «Si hubieran venido, los habrían colocado en primera fila, seguro», pensó. Tras varias batidas con la mirada, pudo ver al inspector Garrido en uno de los laterales de la plaza. Se encontraba mirando a todo el mundo, como buscando algo que no fuera normal en cada uno de los asistentes. «Ahora iré a hablar con él para contarle la pista del Loco», se dijo Lisa. Pero tras los tres minutos de espera, los aplausos rompieron el silencio, desapareciendo el agente de su vista.

—Lisa —interrumpió Jota dirigiéndose a la joven y a su madre—, ¿os apetece venir a tomar algo? Hemos pensado en ir todos juntos un rato.

—No, gracias. —La joven miró de forma amable a Jota, cambiando rápidamente su semblante por el de odio al ver junto a él a Carla—. Tenemos que irnos; hemos quedado también.

Cristina acompañó de manera cómplice las palabras de Lisa, asintiendo de forma automática. Suponía que no le apetecería hablar sobre el tema con sus amigos. Al iniciar la marcha, Lisa agradeció a su madre la cobertura que le había realizado. Era momento de tratar de aclarar algo las ideas en casa.

*

Tras el acto y un largo paseo para despejarse de vuelta a casa sin decir una palabra, Lisa permaneció todo el día en casa. Su madre la mantenía en observación constante y le había hecho tres infusiones para tratar de relajarla, aunque estas no terminaban de hacer el efecto deseado en su cabeza, que no paraba de analizar una y otra vez la misma situación dando vueltas como un torbellino. Desde la noche anterior, la policía tenía detenido a Tony. ¿Habría confesado el asesinato de Nastya ya? ¿Sabrían cómo lo había hecho?

Ya caía la noche, y Lisa no podía más. Una jaqueca intensa se había adueñado de su cabeza

poco a poco, impidiéndole pensar con claridad y produciéndole un malestar general. A pesar de haber tomado una dosis más alta que la recomendada para quitar el dolor, las medicinas no surtían efecto. Pensó que quizá era el momento de dar otra vuelta y tomar un poco de aire fresco; pero debía esperar a que su madre se fuera a su guardia nocturna en el hospital si no quería preocuparla más.

—Cariño, ¿quieres que me quede? Puedo llamar a la jefa para que me deje otra noche más.

—No, mamá, de verdad. Estoy bien. Luego veré una película y me acostaré. Tranquila.

—Bueno... Tú, si necesitas algo, me llamas, ¿de acuerdo? Que puedo estar aquí en quince minutos.

—Sí... Tranquila.

Cristina preparó su bolsa de trabajo con el uniforme y la comida para su turno de noche en el hospital. Cerró la puerta, y, apenas unos segundos después, el silencio comenzó a hacerse insufrible para Lisa. Tras un rato tratando de ver la tele, decidió salir a dar una vuelta. El fresco que aún hacía por las noches le vendría bien para despejar los nervios y su dolor de cabeza.

En el portal, y mientras se abrochaba su cazadora de cuero hasta el cuello, pensó en qué dirección tomar. Metió las manos en los bolsillos del pantalón e inició su paseo en dirección a la plaza del Espolón sin un sentido claro. Se sorprendió al ver que tenía en su bolsillo la servilleta de papel donde Carla había apuntado el teléfono del contacto que le había dado a Nastya. Las dudas empezaron a volver a su cabeza. ¿Por qué necesitaría Nastya tanto dinero? ¿Tendría que ver algo de todo aquello en su muerte? Quizá Tony se había enterado y la había matado por ello. La curiosidad era mucha. «No pierdo nada por preguntar», pensó mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y marcaba los números apuntados por Carla.

Después de tres tonos, alguien respondió a la llamada, pero no hablaba; tanto Lisa como la persona que se encontraba al otro lado del teléfono al que había llamado mantenían un silencio incómodo. Al pasar los segundos, la persona que estaba al otro lado de la línea colgó. Esto despertó aún más la curiosidad de Lisa, que volvió a llamar de nuevo. Tras tres toques, alguien descolgó el teléfono nuevamente, y, otra vez, nadie habló. Únicamente se escuchaba una respiración. Esta vez, antes de que pudieran colgar, Lisa se puso a hablar:

—Buenas noches. No cuelguen, por favor. Me ha dado su número Carla, la mujer del dueño del Kelpies.

Nadie respondía al otro lado del teléfono, aunque, esta vez, no colgaban y la respiración de la persona se mantenía de forma pausada. Tras unos segundos, una voz de mujer respondió:

—¿Qué deseas?

Por el tono de voz, se trataba de una mujer que ya no era joven. Era un tono seguro y firme. Lisa, sin embargo, comenzaba a ponerse cada vez más nerviosa. Separó un segundo el teléfono, inspirando de forma profunda y mirando a los lados como si alguien pudiera escuchar la conversación. Sabía que no podía preguntar directamente por Nastya, de forma que continuó como si fuera ella la que necesitara dinero:

—Verá... No sé cómo decirlo... Me han dicho que, si necesitaba algo de dinero extra, podía ponerme en contacto con ustedes. —De nuevo, unos segundos de silencio.

—¿De dónde eres?

—De Logroño.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—De acuerdo. Tendrás que venir con algo que confirme que eres mayor de edad, jovencita.

—Sin problema.

—Vente al caserón que está en la carretera que sale en Nájera, en la autopista a Santiago. Verás que, al coger la salida, hay una entrada a una finca y un camino de tierra rodeado de viñas que lleva a una casa. Al llegar, llama a la puerta y di que tienes una reunión con Electra.

—Electra, entendido.

La llamada se cortó sin poder despedirse o ampliar más información. Era obvio que Electra no era el nombre real de la persona con la que había hablado, pero ¿por qué tanto secretismo? Lisa solo podía imaginar que se trataría de un prostíbulo. «A los proxenetes no les gustará dar mucha información», pensó. Ahora tocaba lo más difícil: ir hasta allí y tratar de obtener nuevas respuestas.

Sin darse tiempo para arrepentirse de la decisión de ir al caserón, Lisa alzó su mano y paró uno de los taxis que pasaban por la plaza del Espolón. Menos de veinte minutos en taxi se tardaba en llegar al punto indicado por Electra desde el centro de Logroño. El conductor, un veterano taxista que debía de haber visto de todo en su vida profesional, no preguntó nada más a Lisa cuando le dio las indicaciones de hacia dónde quería ir. De hecho, la joven se sorprendió al ver que el conductor parecía saber perfectamente la dirección con apenas indicar las referencias del caserón y del municipio de Nájera. Cuando pasaron la salida indicada en la llamada, el taxi aminoró la velocidad, encendiendo los intermitentes de emergencia y parando en la puerta. Comenzaba a chispear, y a Lisa le extrañó que no avanzara más.

—Únicamente te puedo llevar hasta aquí, jovencita. —El taxista encendió la luz interior de cortesía del vehículo y se giró hacia los asientos traseros, donde Lisa miraba expectante por la ventanilla.

—Pero ¿por qué no entra?

—No podemos. Si no eres un cliente, no nos dejan. Es un sitio muy selecto, y no permiten la entrada de taxis si no llevan clientes varones. Normas de la casa —soltó en tono jocoso.

—Pero no me puedo quedar aquí... Va a comenzar a llover en cualquier momento, y está oscuro —Lisa comenzaba a mostrar dudas y algo de nervios al oír hablar de las reglas que parecía que tenía el sitio.

—No sé qué harás aquí, hija —dijo el taxista en un tono algo paternal—, pero eres muy joven y pareces lo suficientemente lista como para no meterte en un sitio como este si no es necesario. Seguro que tienes otras formas mejores de ganar dinero. Aún estás a tiempo de no complicarte más la vida.

Lisa se quedó paralizada; estaba claro que la habían confundido con una prostituta.

—Está bien, gracias. —Lisa sacó un billete de veinte euros de su cartera y se bajó del taxi. Se quedó parada de pie junto a la entrada observando el interior de la finca mientras el taxi se alejaba en la oscuridad de la noche.

Por primera vez, la fuerza interior que la movía a descubrir quién había matado a Nastya era desplazada por un profundo miedo que se apoderaba de ella. Lisa empezó a respirar de forma más acelerada. Antes de que la crisis de ansiedad se hiciera más fuerte, sacó un espray con inhalador del bolsillo interior de su chaqueta que hizo que sus pulmones recuperaran algo de aire. Tras un par de disparos del aplicador, decidió apoyarse en un lateral de la puerta de entrada por un segundo. Las piedras acumuladas junto a la puerta le sirvieron como asiento para tratar de coger algo de aire y tranquilizarse.

La entrada interrumpía un muro de piedra que se perdía en la oscuridad de la noche y en la vegetación del campo plagado de viñedos. La puerta era de metal; tenía unos tres metros de alto y

se encontraba abierta de par en par. Al fondo del terreno se podía ver un caserón donde terminaba una carretera de arena. Sentada en la entrada, pensó en cómo le sorprendía lo grande que era la construcción, que se veía a cientos de metros. El caserón tenía diversas luces encendidas en varias de sus plantas. En su entrada, aunque desde lejos, se podía distinguir la silueta de varios coches aparcados en la puerta.

Tras unos instantes parada, Lisa decidió iniciar el camino hasta la casa. Aún no había llegado a la mitad del camino cuando un coche negro pasó a gran velocidad saliendo de la finca. Lisa se apartó saltando instintivamente a la cuneta por miedo a ser atropellada. El conductor del vehículo también parecía haberse sorprendido por la presencia de Lisa en mitad del camino, ya que dio un frenazo de varios metros una vez la hubo dejado atrás. Era un coche de alta gama, de color negro, del tipo que le había descrito el Loco de la Bicicleta. Permaneció detenido unos segundos, pero nadie se bajó. El polvo que había levantado el coche tras el frenazo no le dejó ver la matrícula, aunque se podía intuir que era un coche bastante nuevo por las luces y el diseño. El conductor abrió la puerta, sacando una de las piernas para salir del vehículo, pero, sin hacer otro movimiento, se detuvo y, acto seguido, volvió a meterse dentro cerrando la puerta y arrancando de nuevo en dirección a la salida a gran velocidad.

Lisa comenzó a notar cómo caían sobre ella las primeras gotas de agua. Una lluvia fina y helada que la sacó de sus pensamientos sobre el coche de alta gama. Por un segundo sintió la tentación de abandonar. En la oscuridad de la noche, comenzaba a pensar que era una mala idea haber ido a buscar respuestas al prostíbulo, aunque algo en su interior le impedía abandonar. Comenzó a andar de nuevo, con algo de flojera en las piernas. Su pelo estaba cada vez más mojado, comenzando a sentir el frío del agua que caía sobre ella y resbalaba por el interior de su chaqueta hacia el cuello. Un escalofrío recorrió su espalda. Ya solo podía continuar hacia el caserón.

CAPÍTULO XVIII

ALICE KYTELER

La otra mitad del camino hasta la construcción se convirtió en un tramo interminable para Lisa. En mitad de la oscuridad, y con una lluvia fina algo molesta para su cara, podía sentir cómo el pecho le palpitaba y su corazón estaba a punto de salirse por la boca. A cada paso que daba, podía distinguir con más detalle los alrededores de la casa, debido a la luz que irradiaba desde las ventanas y la que iluminaba la entrada. En frente, una fuente de un ángel caído hacía las veces de glorieta. Varios vehículos de color oscuro se encontraban estacionados frente a la construcción.

Lisa llegó hasta las escaleras de la entrada, deteniéndose un segundo antes de llamar a la puerta para tomar algo de aire y tratar de calmar sus nervios. Podía oír palpar su corazón por encima del sonido de la lluvia. No sabía qué le esperaba una vez llamara, pero estaba convencida de que, si quería obtener respuestas, debía entrar. Inspiró y espiró de forma profunda y subió los dos peldaños que la separaban del timbre. Cuando se disponía a pulsar el interruptor, se abrió la puerta. Del susto, dio un paso hacia atrás, lo que hizo que casi se cayera por los escalones. Un hombre enorme con un traje negro se colocó en la puerta sin que pudiera ver nada del interior. Lisa a duras penas podía respirar por el miedo.

—¿Qué deseas? —el tono de voz del hombre era muy grave y profundo.

—Eh... —La joven estaba paralizada por la situación.

—¿Eh... qué?

—Perdón —Lisa trató de rehacerse—. Tengo una reunión con Electra.

El hombre guardó silencio durante unos segundos mientras examinaba a la joven de los pies a la cabeza con la mirada.

—Las chicas debéis entrar por la puerta de atrás —le dijo señalando un estrecho camino de tierra que llevaba a la parte de atrás de la casa a través del jardín que lo rodeaba.

Lisa miró en la dirección que le indicaba el hombre que hacía las funciones de seguridad. La oscuridad por ese lado solo se interrumpía por la luz que salía del interior de la construcción. Con algo de indecisión, Lisa comenzó a andar lentamente por el camino indicado. Podía notar cómo las piernas le temblaban de forma incontrolable, a punto de doblarse de un momento a otro. Tras haber dado unos pocos pasos, la puerta principal se cerró tras ella. De nuevo, volvía a estar sola en la oscuridad. Durante el camino, pasó frente a varias ventanas que se encontraban tapadas por unas cortinas de terciopelo de color carmesí. Del interior salía un ruido que indicaba la presencia de gente y, a juzgar por la música, algún tipo de fiesta. Por los bordes de la ventana, que no quedaban totalmente cubiertos por las cortinas, se entreveían luces y sombras que reflejaban movimiento en su interior. Su curiosidad iba en aumento a cada paso que daba, prestando más atención a cada nueva ventana que se encontraba que al camino de tierra que la llevaba bordeando

la construcción.

Una vez dio la vuelta, llegó a la parte trasera del edificio. Allí pudo ver una puerta que se encontraba al final de unos escalones que bajaban hacia la altura de un semisótano de la casa. Sobre la puerta, una lámpara con una luz muy tenue marcaba la que debía ser la puerta que le había indicado el hombre de seguridad, una especie de puerta de servicio. Lisa bajó los escalones y llamó varias veces golpeando la madera con sus nudillos. Tras unos segundos, la puerta se abrió, encontrándose de frente con una mujer de unos cincuenta años, muy arreglada, con un vestido negro ajustado que marcaba sus curvas y unos tacones tipo *stilettos* igualmente negros. Su cara era el reflejo de lo que debía ser una mujer de carácter.

—Buenas noches —la mujer tenía un tono de voz seguro y femenino.

—Hola, buenas noches. He llamado antes. Me dijeron que preguntara por...

—Electra —cortó la mujer—. Sí, sí. Pasa.

La mujer se apartó y esperó a que Lisa hubiera entrado para echar los dos cierres de seguridad de la puerta.

Lisa sentía que estaba entrando en un camino sin retorno. Las dudas sobre lo que estaba haciendo comenzaban a asaltarla. Quizá se había extralimitado investigando en la vida de su amiga, y ahora era ella la que podía estar en peligro. Había pasado de preguntar por la muerte de su amiga, en Logroño, a entrar en lo que parecía un prostíbulo de lujo a las afueras de la ciudad; estaba encerrada, y ni su madre sabía que estaba fuera de casa, pero no era momento de mostrar dudas, y, habiendo llegado a ese punto, solo podía mantener la tapadera de estar buscando dinero extra para tener alguna posibilidad de salir de allí. «En cualquier caso, esta gente jamás hablaría con la policía, de modo que de poco le serviría esta información a Garrido sin sacar algún dato más», pensó.

—Sígueme. Por aquí.

Electra pasó frente a ella, siguiendo con paso templado y seguro hacia el interior de la casa. Tras ella, Lisa trataba de no perder detalle, impactada por la decoración; los suelos de madera y las alfombras de tonos rojos daban un estilo majestuoso a la decoración del edificio. En las paredes se podían ver gran cantidad de fotografías artísticas y cuadros de desnudos. Como si de una galería de arte se tratara, en la decoración se mezclaban piezas clásicas con obras de arte moderno. En varias de las paredes se podían ver otros cuadros más subidos de tono, con genitales masculinos y femeninos, o incluso la representación de gente practicando sexo. A Lisa le pareció una decoración que no dejaba mucho margen para la imaginación, incluso para un lugar como aquel, que parecía un prostíbulo de lujo. A medida que recorría el pasillo principal, pudo ver cómo dejaban a la izquierda el salón que hacía las veces de recepción de la vivienda. En él pudo distinguir, junto a la puerta principal, al hombre de seguridad que le había indicado por dónde debía entrar al edificio. Por el hilo musical de la entrada se escuchaba música clásica a gran volumen, saliendo el sonido hacia el resto de estancias. Sin querer perderse detalle, Lisa no vio que Electra iniciaba la subida por unas escaleras laterales; al percatarse del despiste, la mujer llamó su atención:

—Por aquí, jovencita. Que tu curiosidad no te haga perderte —le dijo, iniciando rápidamente Lisa el ascenso tras ella.

Desde la altura de la mitad de la escalera, la perspectiva del salón de la entrada era mucho mejor, y también se podía ver lo que parecía un salón principal en uno de los laterales de la construcción, el cual tenía accesos desde la recepción y el pasillo que se encontraba junto a la escalera. Lisa lo observó y pensó que jamás había visto una sala tan grande; le recordaba a los

salones para fiestas de los palacios. En su interior, una gran fotografía sobre una chimenea ocupaba gran parte de la pared principal. Con aproximadamente dos metros de altura y uno de ancho, en la fotografía se podía ver a un hombre con una máscara de carnero con cuernos retorcidos. El modelo tenía el cuerpo desnudo, y varias mujeres, algunas totalmente desnudas y otras con atuendos de látex, se encontraban a sus pies en forma de sumisión. Una representación de algún tipo de rito sexual, pensó. En el interior de la estancia se encontraban algunos hombres hablando animadamente entre ellos y otros hablando con varias chicas jóvenes que vestían vestidos de fiesta muy cortos y ajustados. Lisa se paró durante un instante al ver a las jóvenes, tratando de ver si era capaz de identificar a alguna de ellas. Pensó en la posibilidad de que Nastya hubiera estado allí, al igual que ellas, y en que, si no jugaba bien sus cartas, podía terminar, o bien como ellas, o bien como su amiga: muerta. Mientras subía el tramo final de escaleras, pensó en las noticias que había visto en multitud de ocasiones sobre la trata de seres humanos, y cómo a chicas, de todas partes del mundo, las venden y compran como si de ganado se tratase. Quizá las chicas que había visto estaban en esa misma situación. Ese pensamiento no hizo más que ponerla mucho más nerviosa. «¡Céntrate!», se gritaba a sí misma dentro de su cabeza mientras seguía a Electra escaleras arriba. Ella, por la seguridad con la que recorría la estancia, debía de ser la *madame* del club. «Si esto sale mal, prefiero no pensar lo que me pasará». En su mente, trataba de contener la idea de un fatal desenlace en caso de cometer algún error.

Una vez en la primera planta, Electra siguió andando sin detenerse por el pasillo principal, al que se abrían las estancias superiores.

—Tengo por aquí el despacho; sígueme.

Lisa solo pensaba en que esperaba que no fuera una trampa y no estuviera a punto de sucederle nada malo. Por el camino, Electra cerró un par de estancias que se encontraban entreabiertas antes de que la joven pudiera echar un vistazo a su interior. Ya dentro de su despacho, Electra mandó sentar a Lisa con un gesto en una de las sillas que se encontraban frente a un majestuoso escritorio de madera maciza. La joven pudo ver lo grande que era el despacho de la *madame*; sin lugar a dudas, debía de ser una persona a la que le iban muy bien las cosas. El despacho, tan grande como dos salones de la casa de Lisa, se encontraba repleto de obras de arte, sobre todo figuras de venus de mármol con máscaras de carnaval sobre las cabezas y grandes cuadros, algunos con torsos o cuerpos desnudos, otros con demonios y otros con lo que parecían escenas de ritos satánicos. Electra invitó de nuevo a sentarse a la joven, mientras que Lisa no paraba de mirar de un lado a otro.

—Bueno, ¿quieres algo de beber? ¿Un poco de *whisky* quizá? —inició Electra la conversación mientras abría una cubitera de metal que tenía sobre una cómoda, cerca de la ventana, y echaba un puñado de hielos en un vaso de cristal para luego llenarlo hasta la mitad de *güisqui*.

—No, muchas gracias. —Lisa no quería tomar nada que pudiera alterar su capacidad de atención.

—Cuéntame, jovencita, ¿por qué me has llamado?

—Bueno... Necesito dinero extra. Ya sabe...

—Ya imagino. ¿Quién dices que te dio mi teléfono? —La *madame* acariciaba el borde del vaso de cristal con el dedo índice de su mano.

—Carla, señora. La mujer de Jota, el dueño del local Kelpies. Es un *pub* de Logroño.

—Ah, ya sé, sí. ¿Y a qué me dijiste que te dedicas?

—No se lo dije, señora. —Lisa volcaba toda su concentración en la conversación para no cometer ningún fallo—. Soy camarera en el Kelpies los fines de semana, además estudio Derecho

en la universidad.

—Con que estudiante de leyes y camarera... bien. ¿Sabes a qué me dedico aquí, joven?, ¿a qué se dedica este negocio?

—No, señora.

—Bien...

Electra salió de detrás del escritorio, dando un pequeño paseo por su despacho mientras sostenía el vaso con una mano y con la otra seguía jugando con el borde. Lisa no pudo evitar pensar en lo sensual que le hacían a Electra el vestido negro y los tacones de aguja; a pesar de ser una mujer con más edad que su madre, mostraba las curvas de una mujer que debía de haber sido espectacular durante su juventud. La suela de sus zapatos, de un rojo intenso, se confundía con el color rojo de la moqueta, que ocupaba todo el suelo de la habitación. Tras unos pasos, se paró frente a una de las figuras de mármol, que era una venus con una máscara de carnaval sobre su cara. La máscara, dorada y brillante como el oro, representaba a un ser demoníaco con cuernos. Electra comenzó a acariciarla con el dedo índice tras haberlo mojado en el güisqui del vaso. Primero, la máscara y la sonrisa malévolamente que esta tenía; tras unos segundos de caricias, bajó por el torso de la figura jugando con su dedo índice en el pecho de la estatua. Concentrada, lamió sus dedos, volviendo a mojarlos en el líquido del vaso para acercar su mano a la estatua y soltar una gota que resbaló por sus dedos hasta caer entre los pechos de la figura. Esto desconcertó bastante a la joven, que pensó que quizá la *madame* quería darle un aire de misterio a la conversación. Después, la mujer se dio la vuelta y continuó hablando:

—Nuestra actividad, querida, es la de ser una sociedad para la distracción de aquellas personas que se sienten estresadas por sus cargos y responsabilidades en un mundo de ataduras morales y limitaciones sociales. ¿Comprendes?

Lisa no podía evitar pensar en las vueltas que daba la *madame* para justificar que se trataba de un simple prostíbulo.

—Ya me imagino... —Lisa ahora se mostraba más bien incrédula por la forma en que Electra le explicaba el negocio, como si su teórica inocencia de mujer de dieciocho años no le dejara ver la realidad—. No soy tonta, señora.

—Creo que no lo entiendes, jovencita. —Electra se acercó de forma tranquila pero decidida a Lisa, invadiendo su espacio personal. Se sentó sobre la mesa con un cruce de piernas, apoyó la suela de sus tacones en el borde de la silla donde Lisa se encontraba sentada y dejó el vaso sobre la mesa. Esto hizo que Lisa se recostara sobre el respaldo de la silla tratando de recuperar algo de espacio—. Podría decirse que ejercemos de *geishas*. Terapeutas, si lo prefieres, sin ataduras morales. Buscamos el placer y la relajación de las personas que visitan nuestra sociedad. Los hombres que vienen aquí no vienen en exclusiva en busca de sexo; buscan diversión sin tabúes y sin tener que pensar en los roles sociales que ostentan fuera de estas paredes. No hay limitaciones, ni morales ni físicas. Aquí pueden hacer lo que quieran sin pensar en si está socialmente bien visto o no. Por supuesto, el consentir tener sexo es una cuestión particular de cada una de las chicas que trabajan aquí, pero, si consienten tener sexo con los socios, el precio de su compañía y sus ganancias serán mayores. Pero no te engañes, algunos vienen solo a ver chicas guapas; otros a que los escuchen, sabiendo que nada de lo que digan saldrá jamás de aquí, y otros, a cumplir aquellas fantasías que no les permiten cumplir sus esposas.

En ese momento, Lisa pudo entender cómo muchas jóvenes podrían caer en trabajar en un lugar así. Electra estaba convencida de que el sexo en su «sociedad» era una cosa secundaria, un añadido, pero no una cuestión principal. Trataba de convencerla de que la actividad que

desarrollaban allí era un entretenimiento cultural «alternativo» más que un acto de prostitución. Sin duda, ese sería el factor que convencería a muchas jóvenes necesitadas de dinero para mejorar su situación económica.

—Ahora —continuó incorporándose de la mesa—, si deseas venir a trabajar con nosotros y con el resto de chicas, me debes enseñar tu documentación. No quiero líos con menores, como podrás entender. Somos un negocio serio.

—Aquí tiene. —Lisa sacó de su mochila su documentación para que Electra la chequeara. «Al menos tiene escrúpulos con los menores; quizá una cuestión más de seguridad suya y de limitar riesgos», pensó.

Tras devolverle la documentación, Electra continuó con la conversación yendo hacia la parte de atrás de su escritorio.

—Si lo deseas, Elisabeth Martín, te comento cómo trabajamos y cuáles son nuestras normas, que, por cierto, nos tomamos muy en serio.

Lisa se quedó callada por un segundo al escuchar su nombre de boca de Electra. Quizá había cometido el primer error. Sin darse cuenta, había facilitado a la *madame* tanto sus datos completos como el lugar donde vivía con su madre.

—Sí, claro, cuénteme —respondió tras un segundo de culparse por el fallo.

—Perfecto. Tendrás que venir los días que se te indique en el calendario, salvo que un cliente quiera explícitamente que tú le entretengas, en cuyo caso recibirías una llamada para informarte. ¿Entendido?

—OK. —Trataba de no perder nada de información.

—Bien. Si cumples los turnos y te comportas como es debido, tu sueldo será de doscientos euros por cada noche que vengas, más las propinas que te entreguen los clientes. De ellas, me pertenece el cincuenta por ciento. ¿Está claro? —preguntó mientras se echaba hacia atrás con las manos apoyadas en la mesa—. Si decides tener sexo con ellos, antes deberás pedirles que hablen conmigo para que yo fije la cuantía. Ha quedado claro, ¿verdad?

—Claro.

—Bien. De esa cantidad, yo me quedaré un treinta por ciento. Aquí tenemos especial cuidado con las normas; la primera y fundamental es que no podrás decir nada de lo que te cuente un cliente. Como entenderás —la *madame* trataba de parecer razonable, aunque aquello realmente era una amenaza—, la confidencialidad de lo que veas y escuches en nuestra sociedad es fundamental. Si eso se rompe, no tendré más remedio que tomar medidas y hacer que no hables nunca más. Además me encargaría de que tus familiares se enterasen de que has sido una chica mala, y tu familia también pagaría por ello.

Al menos, por primera vez, Electra hablaba de forma clara sobre lo que hacían en ese lugar: prostitución. Además acababa de decirle de forma directa lo que pasaría si hablaba: moriría. En ese momento, Lisa no pudo evitar relacionar las palabras del Loco sobre que Nastya se había montado en un vehículo de lujo y su muerte pocas horas después. Quizá había sido Electra la que había ordenado el correctivo de su amiga por haber hecho algo que no debía. Un pinchazo atravesó el estómago de Lisa al pensar que podía estar ante la persona que habría ordenado la muerte de su amiga.

—Ahora —continuó Electra— llamaré a una de las que serán tus compañeras; ella te enseñará la casa y te tomará medidas para la ropa. Aquí te daremos el vestuario que necesites cada día.

—Entiendo. ¿Y cuándo empezaría? —Lisa no quería que la mujer pensara que se iba a echar atrás después de todo lo que le había dicho y de haber llegado hasta ese punto, aunque algo en su

interior le decía que la mejor opción era salir corriendo tan rápido como pudiera.

—Te tomarán medidas ahora. Quizá mañana recibas un mensaje. —Electra cogió el teléfono y mandó venir a alguien.

Apenas habían pasado unos segundos cuando llamaron a la puerta. Electra mandó entrar. Al abrirse la puerta, entró una chica rubia guapísima, con unos ojos de color verde claro que llamaron la atención de Lisa. Le recordaban a algún tipo de animal salvaje. Posiblemente, era la mujer más guapa que Lisa jamás había visto en persona. Con aproximadamente la misma edad que ella, su rostro era fino, con pómulos marcados y una piel que parecía de porcelana. Llevaba unos pantalones de cuero superajustados y un corsé de encaje, negro transparente, que dejaba ver sus pechos a través del mismo e intuir sus pezones. Unas sandalias negras con tacón de aguja y unas cintas que se anudaban a sus tobillos hacían sus piernas aún más largas de lo que ya debían de ser por su cerca de metro setenta y cinco centímetros de altura. Su atuendo se completaba con una coleta que recogía su pelo y lo dejaba caer casi hasta su cadera. El maquillaje de sombras le daba un aspecto agresivo a la cara, contrastando con sus labios gruesos pintados de un color rojo intenso que a Lisa le recordó al color «Carmen» que últimamente usaba Nastya en sus noches en el Kelpies, muy distinto a los colores más naturales que Lisa solía utilizar.

—¿Sí, Electra?

—Mira —la *madame* señaló a Lisa—, esta va a ser una nueva compañera. Se llama Elisabeth, aunque la llamaremos... —hizo una pausa pensando mientras la miraba fijamente a los ojos— Alice será tu nombre aquí. Tienes aire de ser una bruja con personalidad, como Alice Kyteler —Electra acababa de bautizarla como prostituta con el nombre de la primera bruja documentada de la historia de la humanidad.

—Qué bueno, Electra. —La joven parecía totalmente integrada en la dinámica de la sociedad, lo que le hizo pensar a Lisa que ya era veterana en aquel trabajo.

—Bueno, Lada —dijo la *madame* llamándola por su nombre—, enséñale las instalaciones y tómale medidas a nuestra nueva amiga Alice.

Lada guio a Lisa por el pasillo mientras andaba delante de ella contoneando sus caderas, que se dejaban ver por encima de su pantalón, más ajustado de lo imaginable. Ambas volvían por el camino que antes habían andado la *madame* y Lisa. Junto al inicio de la escalera, la joven abrió la única de las puertas que no tenía un lazo colgado del pomo de la puerta.

—Aquí, por ejemplo —empezó la explicación de Lada a la nueva pupila—, está la sala donde podemos venir a jugar con alguno de los caballeros. Una de las normas que es importante que sepas es que las puertas, si tienen un lazo en el picaporte, es porque están ocupadas; así que, salvo que te esperen a ti, jamás debes entrar en ellas si lo tienen puesto. ¿Entiendes?

Lisa asintió sin emitir ningún sonido; se encontraba absolutamente sorprendida por todo lo que estaba viviendo en el edificio. El acento de la joven, además, le resultaba familiar. Le recordaba al acento de Nastya cuando hablaba de su infancia y volvía mentalmente a sus años en Ucrania. Aunque ella no manejaba tan bien el idioma como su amiga. Lada siguió dando instrucciones, aunque Lisa no dejaba de pensar que podía haber encontrado la verdadera causa de la muerte de su amiga. En cualquier caso, la prioridad era salir de aquel lugar sin que le pasara nada, así que decidió continuar con su interpretación de la joven estudiante en busca de recursos extra hasta que tuviera una oportunidad de salir.

Controlando sus nervios, siguió con atención cada una de las indicaciones que le iba dando Lada. Continuaron la visita guiada por varias de las estancias de que disponía el edificio. En una de las habitaciones que tenía la puerta entreabierta, Lisa se asomó y pudo ver la recreación de una

sala de juegos infantil, aunque los juguetes eran de tamaño gigante. Sin duda, los habían recreado para que pudieran ser utilizados por personas de talla adulta.

—¿Qué te parece? —La joven mostraba orgullosa las diferentes habitaciones ambientadas en historias de películas o roles de toda clase.

—Interesante, desde luego. —Lisa sentía algo de contradicción por la extraña inocencia de la joven.

—Tranquila, imagino cómo te sientes —Lada ya hablaba como una trabajadora veterana, adoptando un tono de voz mucho más comprensivo—. Al principio es difícil, pero luego le vas cogiendo el tranquillo. Pagan bien, y conoces a gente importante. Yo, en un par de meses más, podré traer a mi hija. La tiene el cabrón de mi exmarido en San Petersburgo. Me la robó, ¿sabes?

—Vaya, lo siento. —Lisa estaba sorprendida por el cambio de actitud de la joven. A pesar de la impresión que pudiera haber tenido inicialmente al verla, estaba claro que la joven tenía una historia dura tras de sí; una inocencia propia de la juventud arrancada bruscamente por la obligación de madurar de forma abrupta.

La joven continuó mostrando la casa como si de un museo se tratase. Tras ver varias de las estancias, se dirigieron hacia una de las escaleras que daban acceso al sótano en cuya puerta tenía colocado el cartel de «prohibido el acceso». Lisa se asustó al pensar en el peligro que podría suponer bajar al sótano, un lugar sin salida.

—Sígueme, tengo que tomarte las medidas.

Siguiendo a su guía, bajó las escaleras de madera accediendo a una gran sala repleta de mesas de maquillaje. Parecía el camerino de un cabaret. Allí había multitud de percheros de burro con ropa de toda clase y ambientación. Parecía evidente que se trataba de un lugar donde se tomaban muy en serio el tema de la interpretación.

—Te tomo unas medidas, y así ya saben qué ropa darte. Levanta los brazos. —Lada se posicionó frente a Lisa, comenzando a pasar una cinta métrica por las principales partes de su cuerpo mientras esta extendía sus brazos en cruz. Sin pudor, rozó su pecho, su cintura y sus caderas de manera algo lasciva, buscando la respuesta de la joven.

Lisa miró a Lada. Parecía que parte de la prueba que debía pasar para Electra era ver cómo respondía ante una situación así. Sin poder evitarlo, comenzó a sentirse incómoda al notar cómo la tocaba, manoseando su cuerpo como si del ganado se tratara. Lada terminó con su mano en la entrepierna de Lisa mientras la miraba a los ojos.

—Tienes un cuerpo muy bonito, Lisa —dijo susurrándole al oído para terminar lamiéndole el lóbulo.

—Gracias. —Lisa mantenía la mirada perdida en la escalera por la que habían bajado, tratando de contener su enfado para no golpear a Lada. Tenía la vía de escape para salir de allí, pero debía aguantar. No llegaría muy lejos si salía ahora huyendo. Tras unos minutos interminables de provocaciones, la joven acabó de apuntar en un papel cada una de las medidas que daba la cinta métrica.

—Hemos terminado, Alice.

Sin pensarlo dos veces, Lisa inició el camino para salir de allí, comenzando a subir la escalera. No quería mirar hacia atrás. Era momento de huir.

—¡Un momento! —gritó Lada desde el sótano.

A Lisa se le paró el corazón por un segundo. Pensaba que la prueba había terminado.

—¿Qué número tienes?

—¿Perdona? —Lisa, que solo pensaba en escapar, no sabía a qué venía aquella pregunta. Se

detuvo en mitad de la escalera para mirar de nuevo a la joven.

—Sí, ¿qué número de calzado tienes? Para indicárselo a la gente que se encarga del vestuario.

—Ah... Uso un 38.

—Perfecto. Lo apunto —respondió devolviéndole una sonrisa. La joven sabía que Lisa estaba sufriendo, y estaba disfrutando de la tortura a la novata del caserón.

Lisa inició de nuevo su ascenso por las escaleras hacia la salida. Recordando lo lejos que estaba de Logroño ahora que conseguía salir, se paró nuevamente en las escaleras para preguntar a la joven:

—Y ahora, ¿cómo me vuelvo a Logroño?

—Tranquila, te pido un taxi que estará allí cuando llegues a la puerta de la finca.

—Ah... Gracias.

—De nada, Alice. —La joven le guiñó el ojo a Lisa—. Quizá nos veamos mañana.

Lisa salió de la casa sin mirar atrás, volviendo a la oscuridad del jardín que rodeaba la casa. Ya en el camino que daba a la salida a la finca, su cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo que acababa de vivir y de ver. En aquel momento, ya no tenía tan claro que el asesino de Nastya fuera Tony. O quizá sí, al enterarse de que trabajaba como prostituta. En cualquier caso, debía llegar a Logroño sana y salva para poder hablar con el inspector Garrido. Era posible que se estuvieran centrande en la persona o las razones equivocadas en la muerte de su amiga. A lo largo del camino de salida del caserón, la joven solo pensaba en empezar a correr tan fuerte como sus piernas la permitieran. La adrenalina recorría su cuerpo, y sentía la necesidad de llegar a un sitio seguro para ella, a su casa. Como le había prometido Lada, a su llegada a la entrada, un taxi esperaba. Antes de abrir la puerta, a Lisa la recorrió una arcada desde el estómago a la boca, acompañada de vómito como resultado de los nervios. Los tocamientos finales de Lada habían sido el colofón a una de las noches más desconcertantes y desagradables de su vida. Tras limpiarse el vómito, montó en el taxi. Por fin estaba sana y salva. Ya dentro, y tras dar las indicaciones para que la llevaran a Logroño, Lisa miró a través de la ventanilla cómo se alejaba del caserón, dejando un montón de preguntas y sensaciones aún por responder.

CAPÍTULO XIX

LA RUEDA

Garrido salía de su visita al Instituto de Medicina Legal con más dudas de las que tenía al entrar. Tenía la causa de la muerte de Nastya, pero también tenía muchos más elementos a tener en cuenta con los que hasta ese momento no contaba. A la salida del edificio volvió a encontrarse con la agradable presencia de la primavera de Logroño. Pensó en aprovechar y volver andando a la Jefatura para hacer tiempo hasta la llegada de Tomás a la ciudad con Tony. Garrido era un gran apasionado de andar y daba largos paseos siempre que podía.

Mientras caminaba, llamó al Grupo para que mandaran a buscar el vehículo que había usado en su visita al Anatómico. Era momento de estirar las piernas y ordenar ideas antes del interrogatorio. Mientras caminaba por la calle buscando las zonas soleadas para sentir la radiación de los rayos de sol de la primavera en su cara, decidió llamar a Tomás para ver cómo iba el viaje desde Madrid.

—Tomás, muy buenas. ¿Cómo vais?

—Hola. Bien. Estamos como a media hora, más o menos.

—Estupendo. Todo en orden, ¿verdad?

—Sí, sí. Ningún problema.

—Genial. Llama al Colegio de Abogados para que el letrado esté presente cuando lleguéis. Quiero iniciar el interrogatorio tan pronto como sea posible.

—Perfecto, así lo haré.

—Venga, nos vemos en un rato.

Tras varios minutos de caminata cargando con su mochila de trabajo, Garrido comenzó a sentir a su estómago pidiendo algo para almorzar. El sol de media mañana despertaba sus sentidos, también su apetito. Desde el café de la mañana, que apenas había podido saborear, no había comido nada. Decidió entonces acercarse a la calle Laurel para tomar unos pinchos y hacer algo de tiempo hasta la llegada de Tomás. Entró en uno de sus bares favoritos; el dueño le correspondió con un amable «buenas, Daniel, ¿qué va a ser?». Tras pedir un crianza y uno de los pinchos de secreto que tanto le gustaban, se sentó al fondo del local, desde donde podía ver la televisión. Aún faltaba un poco de tiempo para que el bullicio de la gente que trabajaba en el centro colmara los bares de la calle, aunque ya comenzaba a notarse la presencia de peregrinos del Camino de Santiago deseosos de tomar unos pinchos para reponer fuerzas tras la jornada de caminata. El ruido del local, mezclado con el bullicio de los peregrinos disfrutando de los vinos, no le permitía escuchar el sonido del televisor con claridad. En ese horario, los programas de información y actualidad copaban las cadenas de televisión. Se percató de que los camareros tenían puesto un canal nacional. El camarero le dejó el pincho y la copa en la barra, acercándose Garrido a por su merecido almuerzo. Al volver a su asiento, observó por el rabillo del ojo el

faldón del programa de noticias, que anunciaba que, en breves instantes, se producirían nuevas informaciones sobre el caso de la muerte de Nastya Holub en Logroño. «Seguro que se trata de la llegada de Tony a la Jefatura de Policía», pensó. Apenas había hincado el diente a su ansiada tapa de secreto cuando pudo ver, ocupando el plano principal del televisor, al comisario Crespo, escoltado por el inspector jefe Ricardo Toná a sus espaldas. Ambos daban el anuncio de la detención de Tony como principal sospechoso y, con él, daban por cerrada la investigación sobre el asesinato de Nastya a la espera de resolver ciertos flecos de la investigación, según apostillaron.

Al escuchar aquello, Garrido casi se atraganta.

—¿Puedes subir el volumen?! —le gritó algo nervioso al camarero, que no se sintió muy conforme con las formas, pero accedió a ello.

No podía creer cómo lo habían desplazado y, lo que era más importante, la forma en que habían dado carpetazo al resto de vías de investigación sobre el asesinato. Crespo había aprovechado su ausencia para cerrar de un plumazo el caso. El inspector se levantó de la mesa, dejó un billete sobre la barra y se marchó sin pedir la cuenta. No tenía tiempo. Su enfado ahora no le dejaba pensar. Su teléfono comenzaba a sonar con llamadas de varios de los agentes de Homicidios. También entraban mensajes de algunos de los compañeros que se encontraban realizando el seguimiento a los ucranianos: «Jefe, ¿seguimos con estos o los soltamos?».

Garrido llamó a Tomás; él era la única persona en la que tenía una fe ciega dentro del cuerpo.

—¿Has escuchado lo que ha pasado, Tomás?

Se hizo un segundo de silencio seguido de un suspiro.

—Sí... Lo acabo de escuchar en la radio del coche. Este chaval ya está condenado. Se ha puesto a llorar al escuchar la radio —dijo en voz baja y tapándose la boca para evitar que lo escuchara.

—Malditos hijos de... —La rabia no dejaba salir las palabras de la boca de Garrido.

—¿Sabes si te han apartado de manera formal? —Tomás trataba de mantenerse pragmático.

—No, no me han dicho nada.

—Bueno, pues llama al juez y coméntale lo que ha pasado. Nosotros continuamos tal cual. De todas formas, hay que interrogar a Tony.

—OK. Ahora te veo en la Jefatura.

—Venga.

Garrido se montó en el primer taxi que vio de camino a la Jefatura de Policía mientras llamaba al juez Espineda. Dejar el coche en el Anatómico y dar un paseo quizá no había sido tan buena idea.

—¿Señoría?

—¿Qué tal, Garrido?

—¿Ha visto la noticia?

—Me está llegando ahora la información por la secretaria judicial, que estaba almorzando y lo ha visto. ¿Ya tienen la confesión del joven?

—Eh... no, no. Tony dice que él no ha hecho nada. No ha confesado. Ha sido el comisario Crespo, que ha querido cerrar esto de un carpetazo. Yo sigo con otras líneas de investigación abiertas, además de la de Tony.

—Bueno... Pues continúe con su investigación, inspector. Si Crespo ha acertado, se ha puesto una medalla antes que nadie; si se ha equivocado, tendrá un problema a medio plazo cuando se sepa. En cualquier caso —Garrido podía notar el enfado del juez Espineda por su tono de voz—,

piense en positivo: esto le deja vía libre para investigar al resto de sus sospechosos. El foco de atención lo han puesto en el joven, y quizá se relajen en las otras vías que tiene usted abiertas, si es que llegan a buen puerto.

—Entiendo. —Garrido trató de respirar y poner un poco de perspectiva a la situación—. Muchas gracias, señoría.

El juez acababa de darle un balón de oxígeno a Garrido. Si bien era cierto que su enfado con el comisario seguía en su punto álgido, al menos, para el juez, la investigación no estaba terminada, y, además, podía ser vista como un punto a favor para tener más libertad en la investigación y valorar otros escenarios posibles. Sin embargo, Garrido no iba a dejar las cosas así; aunque sabía que aún no era el momento de protestar y empezar una guerra con el comisario sin tener alguna baza en la manga, el momento adecuado llegaría, y ya buscaría la forma de devolverle el golpe.

El teléfono de Garrido sonó instantes después de colgar a Espineda. Era el responsable de seguridad del Ayuntamiento: ya tenían preparadas las grabaciones de la concentración del día anterior en los minutos de silencio. El inspector indicó al taxista que hiciera una parada para recogerlas. Total, aún quedaba un rato para poder interrogar a Tony, y necesitaba algo de tiempo antes de entrar en la comisaría para que se le bajara un poco el enfado. No quería cruzarse con Crespo en la Jefatura y dar pie a un incidente disciplinario.

El ritmo en el acceso al ayuntamiento era frenético. Estaba terminando la mañana, y gran número de funcionarios y políticos comenzaban a salir en su descanso para la comida. Además, el buen día hacía que mucha gente se animara a salir a comer en las terrazas de la zona. Al llegar, Garrido preguntó por el jefe de seguridad al personal de la puerta.

A los pocos segundos de estar esperando, el inspector pudo ver al alcalde Galindo salir acompañado de varios de sus asesores. Al ver al agente, el alcalde hizo una parada junto al inspector: quería felicitarlo públicamente.

—Inspector —comenzó el alcalde—, deseo felicitarle por la rápida investigación que han llevado a cabo.

—Eh... Gracias, señor. —Garrido se vio sorprendido por lo seguro que estaba de la noticia—. En cualquier caso, debemos terminar de investigar algunos flecos pendientes.

—Ya he escuchado a su comisario anunciando la autoría y he de decir que me alegra que se haya podido resolver de una forma tan rápida. En unos días tenemos las elecciones y no queremos que nada enturbie los momentos finales del proceso electoral.

—Bueno, señor alcalde, agradezco sus palabras. —Garrido trataba de ser lo más correcto y distante posible—. Aún tenemos vías que analizar, pero se lo agradezco.

El alcalde cambió el gesto: las palabras del inspector no eran las que esperaba en ese momento crucial para su futuro político. Sin despedirse siquiera, Galindo se marchó del lugar rodeado de sus asistentes, que lanzaban miradas de odio al inspector. Garrido no pudo aguantar más el enfado, insultando al grupo, de forma casi inaudible, antes de que se hubiesen marchado:

—¡Malditas ratas!

Varios de los asesores escucharon el comentario, devolviéndole una falsa sonrisa antes de que se cerrase la puerta del ayuntamiento.

El jefe de seguridad se personó unos segundos más tarde. Podía notar el enfado del inspector, aún con la cara roja de la ira.

—¿Todo bien, Garrido?

—Son unos imbéciles. —Garrido trataba de masticar su enfado mientras veía cómo el sequito

municipal se alejaba.

—Ya sabes cómo es la política. A ver si con un poco de suerte hay un cambio de gobierno en unos días y esto se airea un poco. —El agente le entregó una memoria USB con las grabaciones.

—Gracias. —El inspector se guardó la memoria con la información en su bolsillo del pantalón, prosiguiendo con su crítica hacia la clase política—: Todos son iguales, la verdad.

—Cierto, pero que cambien de vez en cuando es bueno. Al menos tienen que moverse de los sillones.

—Imagino que es así.

Garrido no podía ocultar su enfado. Nunca le había gustado la política, y, cada vez que había tenido que tratar con un político, se reafirmaba en su forma de verlos. Tras despedirse del responsable de seguridad, salió del ayuntamiento. Era el momento de volver a la Jefatura y tratar de dejar todo a un lado. Tony ya estaría allí, y debía continuar con la investigación. El taxi esperaba al inspector al otro lado de la plaza del Ayuntamiento.

Al llegar a la Jefatura, Garrido pudo comprobar que el caso se estaba convirtiendo en un asunto mediático de una magnitud desproporcionada. Una nube de periodistas y cámaras se encontraban en la entrada; cada vez que entraba o salía un vehículo del centro, los agentes de seguridad debían emplearse a fondo para permitir que pasaran los coches. «Menos mal que dejé el coche en el Anatómico», pensó en ese momento Garrido, que pudo sortear más fácilmente el grueso de periodistas sin que estos se percataran de su presencia al haberlo dejado el taxi en el exterior de la comisaría. A excepción de los periodistas de los diarios locales, que trataron de pararlo sin éxito. «No tengo comentarios», fue la escueta respuesta que recibieron por parte de un Garrido que los apartó con sus brazos sin detener la marcha hacia el edificio. Una vez dentro, no quería perder tiempo; se dirigió a su despacho, donde ya debía esperarlo Tomás para preparar juntos el interrogatorio.

Al entrar en el despacho, observó cómo todos los agentes se encontraban a pleno rendimiento. Un interrogatorio requiere del trabajo previo de mucha gente, y, además, Garrido había dado la orden de no dejar de investigar ninguna de las vías que tenían abiertas hasta el momento. Ahora tenían que tener en cuenta también las marcas en el cuerpo de Nastya y el tema del masoquismo. En el despacho, Tomás lo esperaba con rostro serio. Sabía que la presión tras el anuncio debía de estar machacando a su compañero.

—¿Cómo vas? —Tomás trataba de mostrarse comprensivo.

—Bueno... Ya has visto la que nos ha jugado el comisario.

—Ya. ¿Has hablado con el juez?

—Sí. Por parte de Espineda no hay problema. Seguimos adelante con todas las líneas de investigación.

—Genial. ¿Del Anatómico tenemos algo?

—Sí... —Garrido hizo una pausa para recopilar toda la información que quería transmitirle a su compañero, sacando su libreta de notas de la mochila de trabajo—. Al parecer, la joven tenía marcas por todo el cuerpo.

—¿Agresión sexual?

—No, no. —El inspector Garrido se sentó en su sillón del despacho—. Parece, más bien, que practicaba masoquismo, o algo así.

—¿Le gustaba jugar duro en la cama?

—Eso parece —respondió continuando con la exposición—. Tiene varias quemaduras, en su estómago y en la zona del pubis. Herrera cree que son compatibles con cera caliente. Al parecer,

se suelen producir en sesiones de sadismo o masoquismo, tratando de sentir placer produciendo daño o recibéndolo. Además tiene marcas de haber sido atada, también alrededor de sus senos. Sin contar las marcas que tiene en su espalda, que son compatibles con las que produciría algún tipo de fusta.

—Joder con la niña.

—Bueno, aún queda por determinar si lo sufrió voluntariamente o no, pero no parece que haya restos de lucha en la piel bajo las uñas. Además, corresponden con varios días de haber realizado este tipo de prácticas. Cabe pensar que, o bien lo hacían sometiéndola de alguna forma, o bien lo hacía de forma voluntaria.

—¿Restos de drogas? Quizá sufría algún tipo de sumisión química.

—Tampoco, de momento.

—Umm... —Tomás meditó un momento sobre el caso—. ¿Y penetraciones violentas?

—Nada. Ni vaginal ni anal. Están analizando restos de lubricante en las cavidades.

—Puf... Esto sí que pone el caso en otro nivel.

—Cierto.

—Quizá a la joven le gustaba jugar duro y el novio se pasó de frenada. —Tomás trataba de analizar posibles variantes.

—Es posible. Eso es lo que quiero que hablemos con Tony. A ver qué nos comenta. Quiero que entres conmigo en la sala. Empezaremos dejando que hable, a ver si dice algo diferente de lo que te comentó a ti en Madrid. Después vamos sacando lo que tengamos hasta el momento.

—OK. ¿Tomamos un café antes? Aún está teniendo la entrevista reservada con su abogada.

—Claro. Un poco de cafeína vendrá bien para mi cerebro, seguro.

Ambos agentes se dirigieron a la sala de descanso de la unidad. Tomás encendió la televisión, como solía hacer cada vez que descansaban en la sala, buscando algo de desconexión y algún que otro chismorreó que diera pie a una conversación impersonal. En esta ocasión, por más canales que fuera cambiando, siempre aparecía la noticia de Nastya en pantalla, así como la repetición de la entrada en la Jefatura del coche camuflado que llevaba a Tony detenido.

—Apaga eso, anda. —Garrido arrebató el mando a su compañero de la mano y apagó la televisión—. Ya me empieza a quemar esta mierda.

—Lo entiendo, pero puedes estar tranquilo —Tomás sentía la presión a la que estaba sometido su compañero—. Estamos haciendo la investigación como Dios manda. Va a dar buenos frutos, ya lo verás.

Tras unos minutos de silencio y acabar el café sin apenas disfrutar del momento, ambos agentes se dirigieron hacia el sótano, al área de calabozos. Allí los esperaban ya la abogada y Tony, sentado en una mesa de la sala de interrogatorios. Una cámara se encontraba en posición para grabar todo aquello que manifestara el joven. Antes de entrar, Garrido vio cómo se acercaba también el inspector jefe Toná junto con varios de los agentes de Asuntos Internos del cuerpo.

—Garrido.

—Sí. ¿Qué pasa, Ricardo?

—Inspector jefe, si no le importa —Toná quería marcar distancias con el inspector—. Hemos recibido una queja por parte del alcalde. Al parecer, le has insultado en el ayuntamiento, hace un rato, delante de sus asesores, y ha presentado una queja formal ante el comisario.

—No me jodas ahora, Ricardo. ¿En serio?

El inspector jefe extendió su mano con una carpeta hacia Garrido. Este la cogió, abriéndola y leyendo lo que ponía en su interior. No podía creer lo que leía: le informaban de la apertura de un

informe reservado, apartándolo de manera cautelar del servicio durante un mes, dando inicio a la investigación mediante un expediente disciplinario.

—¿Qué pone? —Tomás se acercó a Garrido.

—Pues que te tienes que encargar tú solo del interrogatorio, Tomás.

—Serán hijos de...

—No siga por ahí, inspector —Toná le cortó antes de que pudiera terminar—. No empeore más la situación complicándose la vida también usted. A partir de este momento —continuó—, me encargo yo del interrogatorio del joven.

—No puedes quitarme del caso, Ricardo. Sabes que dependo únicamente del juez en la investigación.

—Cierto —respondió Toná—, no puedo quitarte del caso sin hablar con el juez, pero dependes de él siempre y cuando sigas siendo policía. Ahora mismo estás apartado del cuerpo por una investigación interna, y, por lo tanto, no trabajas como policía hasta que se aclare todo.

Garrido se mostraba destrozado. La rueda del poder había llegado y le había pasado por encima. De un plumazo, lo habían apartado de un caso que necesitaban que se cerrara rápidamente antes de las elecciones, y además tenían a un culpable al que nadie iba a defender, porque ya estaba condenado por todos los medios de comunicación y, por lo que podía ver, también por la Jefatura de Policía.

CAPÍTULO XX

CONCATEDRAL

Aunque parecía algo ya muy lejano, tan solo habían pasado tres días desde el anuncio de la detención de Tony como autor de la muerte de Nastya. Una vez que el presunto autor estaba detenido, el morbo mediático sobre el asesinato se había desinflado como un suflé. El foco de la actualidad ya no estaba en la muerte; nuevamente se centraba en las elecciones que se iban a celebrar en apenas dos días. Las encuestas pronosticaban un empate técnico entre los dos grandes partidos, de forma que todos los candidatos trataban de echar el resto en la recta final de la campaña. A pesar de ello, aún quedaba un último acto en lo relativo a la muerte de la joven: la celebración del funeral. Desde algunos sectores de la sociedad se hizo mucho hincapié en que el funeral que se iba a celebrar en honor a Nastya no se convirtiera en un acto político. Pero todos sabían que de algún modo lo sería. Casi como un evento social, nadie quería perderse la oportunidad de ser visto en la concatedral ante la atenta mirada del conjunto del pueblo logroñés. Para los políticos, esta era una publicidad gratuita que nadie quería desaprovechar. Nastya y su familia eran ortodoxos, pero la Iglesia y la propia clase política se habían mostrado muy interesados en realizar un oficio en su nombre en la concatedral de Santa María de la Redonda.

Cientos de personas se agolpaban en la puerta lateral de la concatedral. En una ciudad con una cultura tan tradicional como Logroño, muchos de los ciudadanos habían sufrido con el asesinato de la joven y deseaban presentar sus respetos, quizá más por ellos mismos, como producto del duelo, que por la propia familia de la joven. Otros, sin embargo, solo asistían atraídos por el revuelo de estar en el acto social de la jornada.

Garrido continuaba suspendido de empleo y sueldo desde comienzos de la semana. Sus ánimos se habían visto muy mermados, y eso a pesar del apoyo que había recibido de muchos de sus compañeros y subordinados, que le habían mostrado una lealtad que a él mismo le había sorprendido. Durante los días previos, mostró muchas dudas sobre si ir o no. Finalmente decidió asistir al funeral de Nastya, aunque se había propuesto hacerlo de una forma muy discreta. Entre sus pensamientos no estaba verle la cara al comisario, o al propio alcalde, de frente. Algo en su interior le indicaba que tenía la obligación moral de asistir, a pesar de todo lo que había vivido en los últimos días. Quizá, pensaba, si hubiera llevado el caso de otra forma, podría haberse mantenido al frente y haber hecho una investigación mucho más completa. Su padre siempre lo avisó acerca de las personas poderosas, ya desde niño: «Siempre ganan la partida, hijo», solía decirle, en un tono que, para Garrido, era más de acomodo y sumisión personal de su padre que un intento de transmitir el pragmatismo paternal. Algo en su interior le había hecho luchar siempre contra las injusticias; eso era herencia de su madre, a la que su padre llamaba en muchas ocasiones «la abogada de las causas perdidas». De ahí que terminara ingresando en el cuerpo de policía recién cumplidos los veintiún años. ¿Dónde mejor que en la policía podría luchar en pos

de la justicia? Además, así podía seguir el camino de su gran héroe, su padre. Aunque ahora, ya con muchos trienios a sus espaldas, se daba cuenta de que quizá su padre tenía algo de razón.

La hora del oficio, las ocho de la tarde, y la temperatura primaveral que disfrutaba la ciudad daban la oportunidad de acercarse a muchas de las personas que trabajaban en Logroño y deseaban presentar sus condolencias. El templo se llenó de una forma impensable. Una vez se completó el aforo, la policía tuvo que indicar a los ciudadanos que continuaban llegando que debían permanecer a lo largo de la calle Portales, que recorre todo el lateral exterior de la concatedral. Finalmente, y ante el revuelo que producían los medios de comunicación con sus furgonetas aparcadas en el exterior de la plaza, el obispo decidió que se abriera la puerta de la fachada principal, en el lado occidental del edificio. De ese modo, los medios y la población podrían seguir el oficio desde el exterior de la plaza, aunque manteniendo la verja exterior de la fachada cerrada. Esta únicamente se abría para las ocasiones más solemnes y para los pasos de la Semana Santa.

Como era de esperar, los padres de Nastya decidieron no asistir al evento. Quizá, pensaba Garrido, por una cuestión cultural y religiosa, o quizá porque no deseaban mostrarse públicamente al vivir bajo personalidades encubiertas otorgadas por la Interpol. Intuía el inspector que este tipo de aglomeraciones y atenciones no serían buenas para su seguridad. «No es grato ver tu cara saliendo en la prensa nacional tras la muerte de tu hija, menos aún si eres un refugiado protegido». El inspector sabía que esa, la del exilio político, era una línea que seguía abierta. Y lo sabía gracias a alguna confidencia sobre la investigación desde dentro del Grupo aun a riesgo de un expediente para el agente en cuestión. Tony, por su parte, no había dejado de defender su inocencia en el asesinato de su novia.

Lo que sí pudo observar Garrido fue cómo todos los políticos y personalidades de la ciudad utilizaban el funeral de la joven para convertirlo en una especie de paseo de la fama. Algunas mujeres incluso, aun no conociendo a Nastya, se permitían entrar en la concatedral llorando y visiblemente afectadas ante los ojos del resto de ciudadanos que asistían como espectadores. Al verlas, el inspector pensaba en lo ridículo de la sobreactuación que tenía ante sus ojos, sin terminar de entender cómo no se les revolvía el estómago con aquello.

Garrido aprovechó el revuelo de la llegada del alcalde junto con su mujer y resto de autoridades para acceder a la concatedral ante un despiste de uno de los policías que custodiaban la entrada como controladores de seguridad. Una vez en el interior, se quedó en el lateral de la construcción, que se encontraba abarrotado de fieles. Desde allí, apoyado en uno de los puestos de los confesionarios, podría seguir todo el evento sin que nadie llegara a verlo. No tenía por qué esconderse de nadie, pero no estaba preparado para recibir miradas de desprecio de ciertas personas y no estaba seguro de no responder a esas posibles miradas de forma violenta.

Tras la llegada de las autoridades, el propio obispo ofició la ceremonia. Se había acercado a Logroño para celebrar el funeral de la joven. Sin duda era uno de los eventos del año para todos, también para la Iglesia. Entre los asistentes se encontraban los amigos de Nastya del Kelpies, los cuales apenas habían podido coger sitio, siendo relegados inicialmente a una de las filas traseras del templo; sin embargo, tras el enfado de Jota por no dejar espacio para los amigos más próximos, varios de ellos se hicieron hueco entre las mujeres más beatas de la parroquia, que, tras algún que otro sonrojo, fueron relegadas a una fila posterior. Lisa acudió al funeral junto con su madre. Aunque inicialmente se había negado a asistir, Cristina la había convencido indicándole que quizá en un futuro se arrepentiría y no habría vuelta atrás. Las reticencias iniciales de Lisa para asistir a la concatedral fueron eliminadas por la insistencia de su madre, consciente de que

parte de las etapas del duelo por la pérdida de una persona pasaban por hacer cosas de este tipo.

Para Lisa, sin embargo, el dolor no era algo que se fuera con un simple funeral. Deseaba ver a Tony encerrado de por vida; al fin y al cabo, la propia policía había anunciado su culpabilidad a la espera de terminar la investigación y rematar los flecos de los que hablaba el inspector jefe Toná en rueda de prensa. Dentro del monumento, los compañeros del Kelpies hicieron señas a Lisa y a su madre para que se sentaran junto a ellos. Tras una interpretación forzada fingiendo que no había sitio a su lado del banco, Lisa consiguió sentarse en el lado opuesto a la mujer de Jota. No quería tener que patearla delante de todos, ya que eso era lo que pensaba que su cuerpo necesitaba realmente para tener paz en ese momento. A pesar de no estar segura de cómo podía haber influido que Carla le facilitase el contacto de Electra a Nastya, con ello había puesto en peligro a su amiga. Quién sabe si, además, sacando algo de dinero por ello.

No llegó a terminar la misa cuando Lisa, ante las promesas de paz eterna del obispo y de la presencia de Nastya en sus corazones para siempre, comenzó a sentir la llegada de uno de sus ataques de ansiedad. El sentimiento de estar en un lugar abarrotado de gente y el calor acumulado por la respiración de todos, sumado al olor del incienso y la sensación de claustrofobia por los altísimos muros de piedra que envolvían la construcción, le hicieron comenzar a tambalearse. Ante el temor de que le diera un ataque de ansiedad y pasar a ser ella el centro de atención del evento, decidió salir a respirar un poco de aire fresco al exterior. Cristina, al darse cuenta del inicio del ataque de ansiedad, quiso salir a acompañar a Lisa, pero ella, mediante susurros, la convenció para que se quedase hasta el final de la ceremonia; la esperaría a la salida, en la plaza, mientras respiraba un poco de aire fresco. Cristina, que llevaba mal ser el centro de atención, decidió ceder para calmar las miradas inquisitivas de alguno de los asistentes, que pedían silencio y respeto. Al salir por el lateral, a Lisa le llamó la atención que el Loco de la Bicicleta se encontraba en una de las primeras filas del ala opuesta de la iglesia. Junto a él se encontraba una mujer mayor que debía de ser su madre. A pesar de que el mareo iba en aumento, pudo ver cómo el Loco se daba cuenta de que lo había visto, comenzando a ponerse rígido y nervioso. Molesta con los movimientos inoportunos de su hijo, la madre le golpeó en el brazo para que se estuviera quieto mientras este trataba de esquivar la mirada de la joven. Con cada empujón para intentar salir, la falta de aire se hacía más y más intensa para Lisa. El agobio por salir crecía por momentos; Lisa comenzó a empujar con peores formas al público que abarrotaba el lateral de la iglesia y permanecía inmóvil ante la angustia creciente de la joven. Con cada paso que daba, sentía cómo sus piernas iban perdiendo algo más de fuerza. Justo antes de quedarse sin respiración del todo, sintió que alguien la cogía del brazo con determinación y la ayudaba a salir. Era Garrido, que la había visto desde su posición en el confesionario y sabía que, si no la ayudaba, tardaría poco en caer desmayada al suelo.

Tras unos pocos metros sorteando gente en el interior de la iglesia, ambos lograron salir a la calle lateral. Allí Garrido consiguió sentar a Lisa en una de las columnas de la calle Portales, cuyo nombre hacía honor a los soportales que atraviesan gran parte del casco antiguo de la ciudad. Una vez en el suelo, Lisa fue recobrando poco a poco el oxígeno ante la mirada curiosa de todas las personas que no habían podido entrar en el templo y hacían tiempo tomando algo en las terrazas de la zona.

—¿Ya mejor, Elisabeth?

—Sí, sí. Es que me he agobiado. Gracias. —A pesar de la ausencia de oxígeno, a Lisa no se le pasó por alto lo innecesario que le parecía que dijera su nombre completo.

—Nada, mujer; creí que te ibas a caer de bruces.

—Ya... —La joven comenzaba a recuperar el tono de piel en su cara una vez que el oxígeno volvía a sus pulmones—. Por cierto, llevo varios días para llamarle porque tengo nuevas informaciones. He tratado de contactar con usted en el número que me facilitó cuando fui al interrogatorio, pero siempre está apagado.

—Creo que no debes hablar conmigo —interrumpió Garrido antes de que continuara—: desgraciadamente, me han apartado del caso, y llevo varios días tratando de desconectar. De forma inútil, me temo.

—¿Y eso?

—Bueno... imagino que tenían mucho interés en cerrarlo, y quizá yo no era su hombre para trabajar así de rápido. —Garrido continuaba en cuclillas junto a la joven mientras esta recuperaba el aliento.

Ante la atenta mirada de la joven, Garrido comenzó a narrar a Lisa todo lo que le había sucedido, sin tratar de desprestigiar al conjunto del departamento, y la investigación realizada respecto a Tony. No quería que nadie de su equipo pensara que hablaba mal del trabajo del resto de los compañeros. Sabía, además, que muchos de los agentes que seguirían con la investigación eran los mismos que él tenía bajo sus órdenes tan solo unos días antes, y esperaba volver más pronto que tarde al Grupo con ellos.

Lisa escuchaba sorprendida todo lo que le contaba el inspector. Entendió que, al igual que a ella, la búsqueda de la verdad sobre el asesinato le había costado más de lo que cabría esperar, y además ambos habían arriesgado para conseguir esa verdad. Pero esa era una buena señal para ella: Garrido se convertía, de esa forma, en una persona en la que podría confiar y contarle todo lo que había averiguado hasta ese momento respecto del prostíbulo y Electra sin temor a que lo guardara en el fondo de un cajón.

Cuando el inspector terminó de contarle todo lo relacionado con su expediente, Lisa comenzó a explicarle a Garrido lo que había hecho desde que había salido, el mismo día del asesinato, de su despacho. Empezó relatando cómo había tratado de encontrar a alguien que siempre solía estar en la zona a la hora en que ella se había despedido de Nastya: el Loco de la Bicicleta y la forma en la que todos creaban historias sobre él. Garrido no perdía detalle. Al inspector le sorprendió cómo la joven había seguido con tanto ahínco un trabajo de investigación tan complejo y de forma tan concienzuda. También le explicó cómo había llegado a entrar en el prostíbulo donde Nastya había trabajado. El inspector no daba crédito a la información que había recopilado la joven. Ni siquiera sus agentes más veteranos habían tenido oportunidad de llegar a ese punto, o al menos así era en el momento en que fue apartado del caso.

El funeral terminó unos minutos después de la salida de ambos del templo, y la gente comenzó a salir del interior lentamente. Habían pasado veinte minutos desde el final del oficio, y el edificio aún no se había desalojado totalmente. Cristina, al conseguir salir tan pronto como el tumulto se lo permitió, buscó a Lisa, sorprendiéndose de encontrarla junto al inspector.

—Imagino que no estará interrogándola en este momento —le soltó en tono de disgusto—. ¿No ve que mi hija se encuentra mal? —dijo mientras se agachaba a comprobar el estado de Lisa.

—No, no, mamá. De hecho, me ha ayudado a salir. Me estaba mareando mucho.

Cristina cambió su gesto de enfado y, disculpándose con una mirada, se agachó para tomar el pulso a su hija.

—Perdone mis formas, inspector, pero mi hija lo ha pasado muy mal estos días, como usted comprenderá.

Garrido asintió sin responder. Entendía perfectamente lo que podía sentir Cristina. Él, que

también era padre, hubiera hecho exactamente lo mismo.

Ya casi todo el mundo había salido de la iglesia cuando Lisa, aún sentada en el suelo, pudo ver entre la gente cómo salía el Loco de la Bicicleta apresuradamente, con su melena contoneándose con cada paso tambaleante. Se incorporó de manera instintiva, asustando a su madre, que no esperaba ese movimiento. Garrido entendió rápidamente que había visto algo de interés, motivo por el que se puso a buscar en la plaza alguna señal de lo que había llamado la atención de la joven. Lisa se acercó al agente, indicándole al oído por dónde estaba yendo el Loco de la Bicicleta.

—Debería hablar con él: es el que vio a Nastya montar en el coche.

El inspector comenzó a andar tan rápido como el tumulto de gente le permitía, teniendo que apartar de manera continua a aquellos que se agolpaban junto a los furgones de la televisión por la plaza. El hombre, aunque con un andar destartado, llevaba un ritmo difícil de alcanzar para el inspector. Tras Garrido, Lisa había iniciado la persecución a pie junto al agente, dejando a su madre plantada sin saber qué pasaba. El Loco se dio la vuelta, comprobando que lo seguían, y continuó con su huida por uno de los callejones, que salía a una zona de construcción con edificios abandonados en uno de los laterales de la plaza. Tras él, a varios metros, Garrido y Lisa doblaron rápidamente la esquina del callejón; pero Alonso había desaparecido. Ambos se miraron extrañados. ¿Cómo una persona con esa cojera podía ir tan rápido? Continuaron el esprint por el callejón hasta la calle principal. Al fondo de esta, identificaron al Loco por la carrera destartada que llevaba y por su voluminosa melena al viento; el hombre se dirigió a una de las escaleras que bajaban a la calle del Norte en dirección al río. Lisa y el inspector se miraron, arrancando de nuevo la persecución. Tras unas decenas de metros, la chica comenzó a sentir que a sus piernas no llegaba el oxígeno. Garrido, que iba tras ella, la adelantó bajando primero las escaleras hacia el parque, pero, de nuevo, se dio cuenta de que lo habían perdido. Una Lisa jadeante llegó hasta el inspector instantes después mientras este miraba a todos lados sin saber por dónde continuar búsqueda.

La joven, que apenas podía hablar, cogió del brazo a Garrido y comenzó a correr hacia la plazuela que estaba junto a la parroquia de Santiago: por allí vivía el Loco. Pero, una vez allí, Lisa ya se tuvo que sentar en uno de los bancos a tomar aire. Habían perdido al Loco; quizá, en lugar de ir a casa, se había escondido en el parque que estaba al otro lado de la calle. Apenas había cogido algo de aire la joven cuando el Loco apareció, mirando hacia atrás, por una de las calles que daban acceso a la plaza, sin percatarse de que el inspector y Lisa se encontraban justo de frente. Al verlos, no pudo controlar su zancada destartada, tropezándose y cayendo al suelo frente a sus pies.

—Tranquilo. —El inspector tenía la respiración acelerada por la carrera, pero el Loco estaba pálido y apenas podía respirar. Él, desde el suelo, no decía palabra, pero podía observarse cómo buscaba a la desesperada posibles vías de escape con su mirada.

—Soy yo, Lisa, ¿te acuerdas de mí, Alonso? Me has visto más veces, ¿recuerdas? —le dijo levantándose del banco y acercándose al Loco, poniéndose en cuclillas junto a él.

El hombre pareció tranquilizarse algo al mirarla, aunque, acto seguido, se incorporó tratando de emprender su marcha de nuevo. Garrido le puso la mano en el pecho para detenerlo cuando vio que trataba de pasar entre ambos.

—Un momento. —Garrido lo miró con la autoridad interiorizada de un policía con muchos años de experiencia. El Loco obedeció sin dudar—. Me ha contado Lisa que tú viste cómo Nastya se montaba en un vehículo la mañana de su desaparición. ¿Es así? Solo queremos hablar de eso.

El Loco comenzó a hacer movimientos de negación mientras agachaba la cabeza y tiraba de su barba de forma nerviosa. Garrido se dio cuenta de que el hombre debía de tener algún tipo de trastorno mental. No era capaz de parar de balancearse y comenzaba a susurrar de una manera que ni Lisa ni el inspector podían llegar a entender claramente. Una vez más, trató de reanudar la marcha, pero Garrido, esta vez de forma mucho más enérgica, empujó al Loco contra una pared. Lisa, al ver que la situación empezaba a ponerse más violenta, decidió interponerse entre ambos.

—Un momento, Garrido. —La joven trataba de calmar los ánimos mientras el Loco se sentaba en el suelo presa de los nervios y comenzaba a darse tirones de su larga melena alborotada.

El inspector obedeció, dando dos pasos atrás, aunque permanecía atento ante la posibilidad de que el Loco volviera a iniciar la huida.

—Alonso —Lisa se puso en cuclillas, apoyando la mano en su brazo para tranquilizarlo—, quería darte las gracias por haber ido al funeral de mi amiga. —El hombre miró a Lisa, rompiendo a llorar y tratando de levantarse de nuevo, pero la joven le volvió a calmar apoyando ahora la mano en su hombro—. Un momento, por favor.

—No, no, no, no... —el Loco no hacía más que mover la cabeza y continuaba susurrando cosas incoherentes.

Lisa acercó su oreja para poder escucharlo, pero no conseguía otra respuesta. La joven se dio la vuelta para mirar a Garrido; este observaba la situación con ojos de no entender nada sobre la crisis del Loco. Lisa volvió a intentar que el Loco saliera del trance nervioso:

—Alonso, necesito tu ayuda. —Lisa frotaba con su mano el brazo de Alonso para tratar de tranquilizarlo—. Necesito que le cuentes al inspector lo que viste aquella mañana. ¿Recuerdas que me contaste que viste a Nastya montar en un coche negro? —El Loco comenzaba a ralentizar su respiración, mirando a Lisa fijamente a los ojos.

—Sí. Un coche negro de lujo.

—Exacto. —Lisa esbozó una sonrisa, volviéndose para mirar de nuevo a Garrido, que no perdía detalle—. ¿Te acuerdas de algo más?, ¿pudiste ver la matrícula o el modelo de coche?

—Umm... —El Loco simplemente negó con la cabeza.

—Lo estás haciendo muy bien, de verdad.

Garrido se acercó y se puso también en cuclillas para hacer unas preguntas:

—¿A qué distancia te encontrabas, Alonso?

Este miró en primer lugar a Lisa y después le devolvió la mirada al agente, pero no respondía. Lisa se dio cuenta de que desconfiaba del inspector.

—Está conmigo, Alonso. Respóndele, por favor.

—Cerca. —El Loco agachó la cabeza. Su gesto era de cierta culpabilidad.

—¿Cómo de cerca? —Garrido esperaba la respuesta del Loco, pero no terminaba de responder—. Alonso, ¿tú estabas hablando con ella cuando llegó el coche?

—Sí.

Lisa cambió su expresión. Estaba sorprendida por la pregunta del inspector y por cómo había adivinado que el Loco estaba hablando con Nastya. Lisa miró a Garrido, que esbozaba una sonrisa de satisfacción por el hallazgo. Después volvió su mirada hacia el Loco tratando de leer su lenguaje corporal y sus tics para poder orientar las preguntas.

—¿Hablabas con ella, Alonso?

—Sí. Éramos amigos.

Lisa no podía creer lo que estaba oyendo. Según contó acto seguido el Loco, tras muchas mañanas de encontrarse a Nastya al salir del Kelpies, un día ella le había preguntado por su

bicicleta mientras esperaba a que viniera Tony a buscarla. Alonso no estaba acostumbrado a que nadie intentara hablar con él, y mucho menos una joven tan guapa como Nastya. Ella le preguntaba cosas a pesar de que él pocas veces respondía, aunque se mantenía junto a ella hasta que llegaba Tony a buscarla; entonces él, al ver al coche acercarse, se marchaba a toda velocidad pedaleando. Alonso no quería que le pasara nada a Nastya, así que le hacía compañía todas las madrugadas que la veía sola. A ella le hacía gracia que no respondiera pero que tampoco se marchara. Alonso jamás le devolvía ninguna palabra; era una forma de comunicación un tanto extraña, pero, para él, era el único contacto que tenía con una persona, aparte de su madre y del párroco de la iglesia.

Tras adaptar el interrogatorio a los problemas que Garrido detectaba en Alonso, continuó haciéndole preguntas sobre la madrugada que desapareció la joven. Según el Loco, esa madrugada no fue Tony el que recogió a Nastya; eso lo tenía claro a pesar de sus teóricas limitaciones a la hora de expresarse. Sabía que el novio de la joven tenía un Seat León de color negro, y a ella la había venido a buscar un coche de lujo. También sabía que se había montado en la parte de atrás y no en la del copiloto.

Al montarse, se le había caído un pañuelo que llevaba alrededor del cuello, lo que había motivado que él se bajase de la bicicleta para tratar de devolvérselo. Por eso no se había podido fijar en nada más del coche, ya que, después de agacharse a recoger el pañuelo del suelo, el coche salió a toda velocidad del lugar.

—¿Tienes algún otro dato que quieras contarnos, Alonso? —Garrido quería confirmar que no dejaba nada sin contar.

—No. —El hombre se mostraba cabizbajo, masajeándose las manos de manera nerviosa. Se podía notar lo dolido que estaba por la desaparición de la única persona en el mundo que tenía como amiga.

Lisa y Garrido se incorporaron mientras Alonso seguía en el suelo. Parecía una línea de investigación con la que la policía no había contado hasta el momento. Si Nastya se había montado en un coche a esa hora, era probable que fuera el del autor del asesinato. Además, si ella se había subido por propia voluntad, debía tratarse de una persona conocida para ella.

—Debo hablar con Tomás para que busque grabaciones de la zona si no lo han hecho ya. Habrán buscado el coche de Tony en las grabaciones, pero estaban buscando el coche equivocado. Quizá podamos sacar la matrícula desde alguna de las cámaras en los alrededores de la plaza donde os separasteis aquella mañana. No creo que hubiera muchos coches de alta gama circulando a esas horas por el centro de la ciudad. Además, las grabaciones tardan una semana en borrarse; aún estamos a tiempo de conseguir una matrícula.

Lisa asintió, aunque no habló. Estaba impactada. A su cabeza venía la imagen del coche de alta gama con el que se había cruzado en el interior de la finca del prostíbulo y los coches caros que esperaban en la puerta durante su visita al caserón. Pensó que, tal vez, si hubiera prestado más atención a las matrículas, ahora podría cotejar si era del prostíbulo en caso de que los agentes sacaran algo. Garrido cogió su teléfono y llamó a su compañero:

—Tomás, oye, tengo que contarte una cosa, pero no quiero que sea por teléfono. Tenemos que vernos en persona... ¿En media hora? Sí, puedo estar allí... Estupendo. —El inspector miró a Lisa—. ¿Quieres hacer algo de investigación policial?

Lisa asintió decidida. No pensaba quedarse de brazos cruzados hasta saber la verdad, y menos después de haber arriesgado tanto. Antes de irse, los dos se acercaron a Alonso para agradecerle la información. Él seguía en el suelo, sentado y cabizbajo pensando en la muerte de Nastya. Por su forma de hablar de ella, podía ser el primer y único acercamiento que Alonso hubiera tenido con

una mujer. Algo parecido al concepto de amor infantil.

—Vete a casa, anda. Seguro que tu madre está preocupada por cómo te has ido de la misa. — Garrido sabía que lo llamarían antes o después desde comisaría para declarar por escrito todo lo que les acababa de decir. Mientras, era suficiente por hoy. Se podía marchar.

CAPÍTULO XXI

JORNADA DE REFLEXIÓN

Sábado previo al día de las elecciones. Jornada de reflexión. Un día que los ciudadanos, al menos en teoría, utilizarían para pensar sobre los programas políticos presentados y votar en consecuencia al día siguiente. Tan solo en unas horas, los políticos podrían salir a anunciar su victoria o justificar su derrota. En esta ocasión, los resultados estaban más que ajustados. Además, la campaña se había visto alterada por la muerte de Nastya. Una muerte que también había sido usada como arma arrojadiza para conseguir votos de forma indirecta.

Ese punto, el de la muerte de Nastya, parecía ya cerrado para la prensa y el conjunto de la sociedad logroñesa. Una vez más, se había demostrado lo efímeras que son las noticias de carácter trágico. En menos de una semana, se había pasado de hablar del asesinato a todas horas a no ser recordado en ningún informativo, ni siquiera a nivel local. Seguramente, la siguiente noticia que saldría sobre el tema sería relativa al inicio del juicio contra Tony.

Garrido había conseguido hablar con Tomás la misma noche de su conversación con el Loco. Junto a Lisa, le habían hecho llegar todas las investigaciones que esta había hecho y lo que había descubierto. Tomás, por su parte, les informó a ambos sobre cómo se había visto obligado a reducir la investigación al círculo que comprometía a Tony por orden directa del inspector jefe Ricardo Toná. Los hechos iniciales apuntaban al joven como culpable. Además, el departamento y el alcalde habían puesto todo su esfuerzo en que el caso estuviera cerrado antes del domingo electoral. Tomás había recibido claras instrucciones de informar a Toná si Garrido asomaba la cabeza por la Jefatura antes de que se resolviera su expediente. Por supuesto, él jamás traicionaría a su amigo, pero debían andarse con cuidado si no querían que el comisario también lo apartara a él. Según contó Tomás, durante los interrogatorios que le realizaron a Tony, todas las preguntas se habían dirigido hacia su culpabilidad, dejando poca oportunidad para la defensa del joven. La presencia de fluidos seminales de Tony en la vagina de Nastya se había presentado como una de las pruebas principales para incriminarlo, e, incluso, el inspector jefe Toná trató de que el joven declarara tras un interrogatorio algo tenso sobre cómo le había producido las heridas a Nastya durante anteriores encuentros sexuales.

Al día siguiente, Tomás trató de rescatar las grabaciones de las cámaras de seguridad de todos los comercios que se encontraban junto al perímetro de la plaza donde Lisa y Nastya se habían separado aquella noche, con la esperanza de tener una pista diferente a la del coche de Tony. Pronto constató que no sería una tarea fácil, una vez que el caso había sido traspasado del juzgado del juez Espineda al juzgado de la instancia superior, que se encargaría de celebrar el juicio. Parecía, con ello, que la línea de investigación policial estaba cerrada. El juez Espineda ya no era el juez de guardia, y sería difícil que un juez que no se encargaba de la investigación del caso diera autorización para continuar con otras líneas de investigación de manera tan apresurada

cuando el supuesto culpable estaba ya entre rejas. Así las cosas, no se podía saber de forma inmediata qué vehículo había recogido a Nastya la mañana de su desaparición. Y, a falta de tiempo para iniciar los trámites judiciales de las cámaras, que tardarían unos días, iba a ser necesario hacer una investigación policial a la antigua usanza.

Durante la noche previa a las elecciones, Garrido y Tomás se acercaron al prostíbulo para tratar de obtener algo más de información. Lisa no podría acompañarlos en esta ocasión; no podían asociar su cara a la investigación, sería peligroso para ella y para su madre. Además, ya había hecho oídos sordos a algunas llamadas de número oculto que sospechaba que eran de Electra. La candidata a prostituta bautizada como Alice por la *madame* no aparecería nunca más.

Eran las dos de la mañana, y ambos agentes iban callados en el coche en dirección a Nájera. Sabían que no serían muy bien recibidos en el prostíbulo, pero tenían que tratar de conseguir algo más de información. Además, si habían tenido algo que ver en la muerte de Nastya, quizá estarían mucho más relajados sabiendo que todo el mundo culpabilizaba a Tony del homicidio. Los inspectores conocían con anterioridad la ubicación del prostíbulo; aunque estaba localizado de forma que fuera lo más anónimo posible, los agentes habían recibido informaciones en alguna ocasión sobre el lugar y sobre la presencia de chicas de Europa del Este, que podrían encontrarse allí bajo amenazas. No obstante, las unidades de Extranjería encargadas de la investigación jamás habían conseguido encontrar una sola testigo que declarara que había sido forzada a estar allí. Incluso habían traído policías de Interpol para tratar de persuadirlas en su idioma, pero nunca consiguieron sacar nada que indicara que no estaban allí por propia voluntad, quizá por el propio miedo de las chicas a declarar ante un policía de su país de origen.

El vehículo giró, saliendo de la carretera principal y accediendo al camino de tierra que arrancaba de la entrada de la finca. Tras pasar la gran puerta de hierro del recinto, los agentes observaron la casa al fondo de la finca con luz en su interior. Aunque era tarde, algunos coches se mantenían en el estacionamiento de la entrada con las luces encendidas en su interior. Eran los chóferes, que esperaban pacientemente en el interior de los vehículos.

—Desde luego —le dijo Garrido a Tomás—, esta gente tiene fiesta hasta por la mañana. Alguno va a ir directo a votar.

Al llegar a la entrada del edificio, vieron cómo salían varias personas del interior. Se trataba de unos hombres trajeados que se despedían de forma muy enérgica de alguien que estaba dentro. Al observar su salida de la mansión, dos de los coches que se encontraban aparcados en la zona de estacionamiento arrancaron y fueron a su encuentro.

Tomás se quedó parado dudando si continuar o esperar.

—Continúa —dijo Garrido sacándolo de la indecisión y continuando hasta la puerta del edificio.

Tomás pensaba en cómo las personas que salían habían tenido al chofer toda la noche en el coche esperando mientras ellos se divertían dentro. Quizá los habían visto entrar a lo lejos y desde el prostíbulo les habían indicado que venían.

Tomás aceleró el vehículo hasta llegar a la entrada, frenando de forma brusca en la glorieta de entrada a la casa. Garrido se tiró del coche en marcha antes de que este se detuviera del todo, bajando entre una nube de polvo por el frenazo. El inspector aprovechó la apertura de la puerta, acercándose rápidamente antes de que esta se cerrara. Electra se asustó al ver que un hombre corría hacia el interior y comenzó a hacerle aspavientos al personal de seguridad. El hombre que custodiaba la entrada saltó como un resorte.

—Buenas noches. No se preocupen; somos policías.

—A ver, su identificación. —La cara de la *madame* pareció relajarse un poco al entender que no era nadie que viniera a usar la fuerza.

—Aquí tiene. —Tomás se apresuró a mostrar su placa a sabiendas de que a Garrido le habían retirado la suya con la suspensión.

—¿Qué desean, señores... agentes? —el tono de la conversación no iba a ser nada cordial una vez que sabían que eran agentes de policía.

—¿Podríamos pasar?

—No. Salvo que traigan una orden; cosa que no traen, ya que no hubieran venido los dos solos ni estarían preguntando con tanta educación.

—Está bien... —Garrido entendía que la *madame* no daría su brazo a torcer—. Al menos respóndame a una pregunta: ¿conocía a esta joven? —Garrido le mostró en su móvil la foto de Nastya.

—No, lo lamento.

—¿No sabe quién es?

—Ya le he dicho que no la conozco.

—Es curioso... Sobre todo sabiendo que trabajaba aquí justo hasta que la mataron.

—Creo que se equivoca, agente. —La *madame* miró sin pestañear a los ojos de Garrido—. Esa joven no ha estado aquí, ¡jamás! Se lo aseguro.

—Ya...

—Ahora, si no puedo ayudarles en nada más, agradecería que se marcharan de mi propiedad. Su presencia da mala fama a un negocio como este: puede parecer que hacemos algo ilegal, cuando no es así. —Electra se dio media vuelta, pasando entre los hombres de seguridad que hacían de muro de contención en la puerta.

Garrido y Tomás sabían que ya no podrían obtener mucha más información llegados a ese punto. Estaba claro, por la forma de actuar de la *madame*, que Nastya había trabajado allí y que la conocía. Pero, por el momento, no podrían demostrarlo ni obtener mucha más información. Los agentes de seguridad dieron un paso al frente empujando hacia atrás a los policías, que tuvieron que bajar algunos peldaños de la escalera; acto seguido, la puerta se cerró tras ellos de manera violenta. Los inspectores permanecieron algunos segundos manteniendo la mirada impávida de los hombres de seguridad que custodiaban cada lado de la puerta como estatuas. Las posibles respuestas que buscaban en el prostíbulo se cerraban ante su cara. Era el momento de volver a Logroño y seguir la investigación de otra forma.

—¿Cómo lo ves? —Tomás volvió al coche con cierta desazón por el pobre resultado de la visita.

—Creo que por la mañana deberíamos hacer unas llamadas. A ver qué más datos tienen los compañeros sobre este sitio. Bueno... —hizo una pausa al recordar su suspensión—, yo estoy fuera del caso, no puedo decirte qué debes hacer. —Garrido quería ser cauto, su amistad con Tomás estaba por encima de cualquier riesgo al que el inspector pudiera exponer a su compañero.

—Tranquilo.

—Mejor dicho —continuó Garrido—, en esta ocasión deberás hacer tú esas gestiones.

—¿Has visto eso? —Tomás advirtió que en el estacionamiento quedaban aún dos vehículos de alta gama a la espera de sus propietarios.

—Son del tipo de vehículo que nos ha contado el Loco. —Garrido trataba de recordar la descripción que había dado el hombre.

—Sí. Por el tipo de coche, son peces gordos sin duda.

—¿Crees que la joven podía estar haciendo trabajitos con peces gordos fuera de la vista de la *madame*? —Garrido no quería descartar ninguna posibilidad.

—No sería descabellado. Si eso pasó, es posible que la *madame* quisiera darle un susto, o mandar un mensaje al resto de chicas para que no hicieran trabajos sin su supervisión.

Tomás arrancó el vehículo mientras su compañero ocupaba, algo receloso, el asiento del copiloto. Durante el recorrido por el camino de tierra que llevaba a los límites de la finca, Garrido miraba por el retrovisor, viendo las luces de la casa alejarse. Por su mente cruzaban pensamientos sobre el tipo de gente que debía acudir a un sitio así y la posibilidad de que alguna de esas personas importantes se hubiera encariñado más de la cuenta con Nastya. Una vez llegaron a la puerta de la finca, Tomás llamó la atención de su compañero. Al otro lado de la carretera, tras unos arbustos, había un vehículo parado con las luces apagadas. En el interior se podía ver la silueta de al menos dos ocupantes, aunque, por la falta de luz y distancia, resultaba imposible identificarlos. Los dos agentes se mantuvieron en silencio tratando de agudizar su vista todo lo posible. La luz de los faros de un vehículo que pasaba por la carretera iluminó al coche en la oscuridad durante apenas una fracción de segundo. Garrido observó que la cara de los ocupantes le resultaba familiar. Eran los dos hombres que, horas después de la muerte de Nastya, habían llegado a Logroño tras el llamamiento de Petrov Holub, o Yure, ya no sabía muy bien cómo llamarlo.

—¿Has visto? —se sorprendió Tomás al reconocer a los hombres—. ¡Creo que eran los ucranianos!

—Sí, yo también lo creo.

—¿Volvemos?

—Ummm... —Garrido valoraba las posibilidades de tratar de pararlos para identificarlos, si es que seguían en ese punto al volver. Sobre todo sabiendo que estaba apartado del servicio. No quería poner en problemas a su compañero—. No, no te preocupes. Tengo la sensación de que, si seguimos investigando, nos los vamos a encontrar en más ocasiones.

De camino a Logroño, los agentes retomaron las posibles hipótesis sobre las causas que podían haber llevado a que Nastya fuera asesinada. Hipótesis que, en esta ocasión, incluían la presencia de Nastya en el prostíbulo y la posibilidad de que ello hubiera sido el desencadenante para que la mataran. Quizá la *madame* se había enterado de los coqueteos de la joven fuera de sus dominios, o Tony se enteró del trabajo extra de su novia y no lo soportó. Al fin y al cabo, el militar era una persona impulsiva, según la gente que lo conocía, y con formación en el combate cuerpo a cuerpo. Así las cosas, era posible que hubiera matado a su novia en mitad de una discusión.

Tomás comenzó a mirar por el espejo retrovisor del vehículo.

—No te lo vas a creer, Garrido, pero creo que los ucranianos nos están siguiendo —indicó algo estupefacto sin perder de reojo el retrovisor del vehículo.

El inspector comenzó a cambiar de carril de forma continuada, sin poner los intermitentes, para ver la respuesta del vehículo que los seguía. Tras unos segundos de maniobras evasivas y de acelerar la velocidad, pudo constatarlo: los estaban siguiendo.

—Está claro, nos están siguiendo.

—¿Quién coño sigue a la policía? —dijo Garrido mientras los buscaba con la mirada dándose la vuelta en el asiento del copiloto—. Tienes tu arma aquí, ¿verdad?

—Sí, sí, tranquilo. Pero no me gusta nada esto, Daniel. —Tomás no solía llamar a su amigo por su nombre de pila más que en las situaciones más tensas—. Si son exmilitares, y de Europa

del Este, no creo que una simple pistola SIG Sauer los intimide una vez que han dado el paso de seguirnos de forma tan descarada.

—Vale, hagamos una cosa: llamo al jefe de guardia de la comisaría y les decimos que monten un control en la glorieta de entrada a la ciudad. —Garrido trataba de pensar rápidamente cómo atraparlos sin iniciar un enfrentamiento armado y sin la seguridad de poder salir bien parado de aquello. Además, no tenía la pistola reglamentaria desde su suspensión cautelar.

Garrido sacó su teléfono del bolsillo de su pantalón, llamando al departamento para solicitar apoyo inmediato. En apenas unos minutos, el vehículo llegaría a Logroño, y necesitaban de forma urgente varias patrullas. Al llegar a la salida de la autovía, los agentes pudieron ver varios vehículos patrulla que se dirigían con sus luces encendidas hacia el punto. Ambos respiraron al ver que ya no estaban solos. Sin reducir la velocidad, Tomás continuó por la salida tan rápido que apenas podía controlar el vehículo. El coche que los seguía cada vez estaba más cerca, recortando poco a poco la distancia que los separaba. Al salir el vehículo de la autovía, Tomás comenzó a frenar, sintiendo de forma súbita cómo el vehículo que los seguía los alcanzaba empotrándose contra la parte trasera de su coche. Con el golpe, apenas pudo controlar el vehículo, rozándose todo el lateral de este.

—¡Sigue, sigue, hasta donde están los compañeros! —gritaba Garrido.

Los agentes del control, al ver al vehículo camuflado golpear con su lateral contra el guardarraíl, sacaron sus armas. El coche que los había golpeado era de alta gama; realizó dos intentos más por sacarlos de la carretera, golpeando con su parte delantera en la parte trasera del vehículo de los inspectores. Cada vez se acercaban más a los agentes del control improvisado. Con gran pericia, Tomás dirigió el coche, que tenía una rueda reventada, hasta el control. Era la única forma de estar a salvo. El vehículo que los golpeaba paró una decena de metros antes con un derrape, quedándose parado por un momento; los agentes comenzaron a correr hacia él. Tras apenas un segundo, apagaron las luces y el coche inició el camino de vuelta marcha atrás para incorporarse a la autovía nuevamente. Sin luces, en unos cientos de metros los agentes habían perdido de vista al vehículo a pesar de salir tras él con los coches patrulla.

—¿Estás bien? —Tomás aún estaba con el corazón en la boca por lo sucedido.

—Sí, sí, tranquilo. ¡Serán cabrones! ¡Nos han querido matar! ¿A qué ha venido eso?

—No tengo ni idea. —Tomás salió del vehículo mientras era ayudado por uno de los agentes del control que había corrido a socorrerlos.

—Vamos en la línea correcta, Tomás —grito exaltado Garrido a su compañero por la adrenalina que recorría su cuerpo—. ¿Por qué si no iban a intentar matarnos los ucranianos?

Tomás no respondió. Sus nervios comenzaban a calmarse, y un dolor en el cuello y la espalda se hacía cada vez más presente. En pocos minutos llegaron unas ambulancias que obligaron a los agentes a colocarse un collarín y los llevaron al médico. Continuarían con la investigación, pero antes debían hacerse unas radiografías para confirmar que no tenían nada.

CAPÍTULO XXII

EL PAÑUELO

Lisa no conseguía dormir. Aún era de madrugada, pero ya llevaba horas dando vueltas en la cama pensando en lo que los investigadores habrían averiguado en el prostíbulo. Garrido y Tomás no se habían puesto en contacto con ella en toda la noche. Quizá no hubieran descubierto nada, o quizá se hubieran olvidado de ella. No podía aguantar más en la cama, sus piernas y su cabeza necesitaban aire fresco. Aún no había comenzado a amanecer, pero Lisa se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Pocos minutos más tarde, se encontraba en la calle dispuesta a rebajar su ansiedad con ayuda del aire de la mañana. De manera automática, como si un imán la atrajese, comenzó a andar en dirección al Parque del Ebro una vez más. Inconscientemente, aquel se había convertido en el lugar de destino de todos sus paseos desde la muerte de su amiga. Una atracción interna la llevaba hasta el lugar donde había aparecido el cuerpo de Nastya. La joven caminaba a paso decidido, tanto que comenzó a sofocarse como si fuera corriendo. Su cuerpo necesitaba soltar la rabia que no era capaz de controlar y que la ausencia de noticias por parte de los investigadores alimentaba como la gasolina al fuego. En la calle apenas comenzaba una actividad nada normal para ser un domingo a esas horas. Pero ese no era un domingo cualquiera: en poco tiempo, los colegios de la ciudad abrirían sus puertas para que la gente acudiera a votar. Sin detenerse, pasó junto al muro exterior de la ciudad por el Cubo del Revellín, cruzando desde allí hasta el interior del parque a través del estacionamiento de este. La niebla, una mañana más, ocultaba gran parte de la zona más profunda del parque. El banco de niebla se distinguía desde la altura de la entrada al parque recordándole a Lisa la silueta de un enorme dragón blanco reposando sobre el río. «Ideas de locos», pensó mientras continuaba adentrándose en el parque por el camino que llevaba al frontón del Revellín. La incipiente luz del alba se difuminaba en la oscuridad que proporcionaban los árboles del parque y su vegetación. Dentro, la joven alcanzaba a ver con claridad a una distancia de apenas unos pocos metros. Aun así, Lisa seguía caminando de forma automática. Sus pensamientos sobre cada uno de los elementos del caso de la muerte de Nastya removían su mente en forma de torbellino. Al ver el antiguo monumento en el interior del parque en honor a los canteros recordó el episodio de huida que había vivido el primer día que habló con Alonso.

El chasquido de una rama a lo lejos la sacó de su concentración. Alguien más estaba en el parque con ella. El sonido provenía de la pradera contigua, el lugar del monumento en recuerdo de la quema de brujas por la Inquisición.

Lisa trató de aguantar lo más posible su respiración. El miedo se apoderaba de ella. La idea de haber bajado sola al parque a esas horas ahora no le parecía tan buena. Por unos segundos estuvo parada, atenta a cualquier sonido o movimiento, pero no parecía que nadie se acercara. Instintivamente se agachó. Quizá así, si alguien se acercaba a por ella, no la vería debido a la

poca visibilidad. Pero, tras unos primeros momentos de pánico, pensó que su posición le haría perder ventaja si tenía que huir, así que se levantó de nuevo tratando de autoconvencerse para mantener la serenidad. «Al fin y al cabo, no siempre va a estar un asesino en el parque», se dijo. «Quizá es parte de los sonidos propios del parque a estas horas, o una persona corriendo», trató de tranquilizarse. Tras coger aire profundamente para tratar de relajarse, su curiosidad venció al miedo, y decidió no quedarse con la duda de si estaba sola en la ladera del parque o no. De manera lenta y tratando de no hacer ningún ruido, se dirigió hacia la zona desde la que parecía que provenía el chasquido. Ese era el lugar donde se encontraba la placa en honor a las brujas quemadas por la Inquisición. Prácticamente, hasta que no estuvo en el punto exacto, no pudo identificar el círculo que creaban los once olmos a su alrededor. En el centro, de rodillas, pudo observar lo que parecía la figura de una persona sobre el suelo sollozando. Trató de hacer ruido: no quería que se asustara. Acercándose un poco más, pudo identificar a Alonso por su abultada melena rizada. Estaba llorando, de rodillas, con la cabeza apoyada sobre la placa del sencillo monumento mientras sostenía un pañuelo entre las manos con el que se tapaba la cara. Decía palabras que no podían entenderse desde la distancia a la que ella estaba. Dando una vuelta para no ser vista, se acercó por detrás al Loco. Él se percató de que alguien se acercaba por el crujido de una rama, tan solo un segundo antes de que Lisa le pusiera la mano en el hombro.

—Tranquilo, Alonso; soy yo, Lisa —El Loco se levantó de un salto, limpiándose las lágrimas con la manga de su sudadera.

Rápidamente, intentó irse, pero Lisa, preparada esta vez, lo frenó sujetándolo por detrás. No quería que huyera de nuevo; eso ya se estaba convirtiendo en una costumbre cada vez que lo veía, y no le gustaba nada.

—Espera, Alonso. Sabes que no te voy a hacer nada. —Lisa extendió la mano para coger el pañuelo que llevaba—. Ese pañuelo es de Nastya, ¿verdad?

El Loco asintió, extendiendo el brazo para dárselo. Lisa lo cogió y pudo reconocerlo. Su mente podía recordar, en forma de fotogramas, cómo Nastya se lo puso a la salida del Kelpies la noche que desapareció.

—Alonso, ¿qué te pasa? ¿La echas de menos?

El hombre apenas podía contener las lágrimas. Cogió de nuevo el pañuelo que había pertenecido a Nastya por un extremo mientras Lisa lo sujetaba por el otro.

—Mi amiga, mi amiga, mi amiga... —repetía Alonso una y otra vez entre sollozos sin que la pena le dejara verbalizar otra cosa.

—Tranquilo, Alonso. —Lisa extendió el brazo con su lado del pañuelo para que Alonso lo recogiera—. Tú no pudiste hacer nada; ella se montó en el coche.

El hombre no paraba de llorar. Lisa observaba cómo Alonso no era capaz de tranquilizarse. Era evidente que se encontraba descorazonado. A pesar de ser un tipo con problemas, había un niño en su interior y no era capaz de gestionar la pérdida de la que consideraba su única amiga. De repente, Alonso se abalanzó sobre Lisa, tirando de ella y comenzando a gritar:

—¡Ella no es una bruja! ¡No es bruja! —El Loco hacía aspavientos con su mano mientras trataba de proteger a la joven sin que esta tuviera tiempo de reaccionar.

Lisa solo sintió un fuerte golpe por detrás. Sin darle tiempo a reaccionar, todo se volvió oscuro, cayendo sobre la fría y húmeda hierba del parque.

El dolor de cabeza era intenso, y su mejilla notaba la humedad de la hierba y el suelo. No sabía cuánto tiempo había pasado y estaba totalmente desorientada. El mareo apenas le dejaba incorporarse. Con mucho esfuerzo, consiguió separar la cara del suelo. De rodillas, se mantenía

apoyada sobre sus manos, mirando al césped tratando de volver en sí. No era capaz de pensar, solo notaba cómo un líquido recorría su cabello y espalda. Era sangre que brotaba en forma de hilo constante, desde la parte de atrás de su cabeza hacia su cuello y su espalda. Sus ojos tardaron en identificar que el líquido que goteaba en el suelo era su propia sangre. Poco a poco, sentía cómo se encontraba más empapada.

Alguien la había golpeado mientras hablaba con Alonso y la había dejado abandonada en el parque. El dolor apenas le dejaba pensar. ¿Se habrían llevado también a Alonso? Miró a su alrededor, pero este no estaba allí. Quizá querían hacerla callar antes de que hablara de más con la policía. Lisa se sentó a pesar del dolor y el mareo, taponándose la herida con la mano. La niebla empezaba a despejarse, y la luz de la mañana ya iluminaba con más intensidad dentro del parque, permitiendo ver a más distancia. Pero no pasaba nadie, y era incapaz de levantarse para pedir ayuda por la mezcla de dolor y mareo. Antes debía coger algo de fuerzas. Mientras trataba de contener sus ganas de vomitar y las arcadas fruto del dolor, unas voces comenzaron a oírse desde el exterior del parque, en la zona del estacionamiento. Parecía que la llamaban por su nombre, pero Lisa apenas podía responder: el dolor la mantenía paralizada. Después de varios intentos, consiguió exhalar un grito:

—¡Aquí!

La voz de auxilio alertó a las personas que gritaban en su busca. Eran Garrido y Tomás, que la buscaban después de haberla ido a buscar a su casa y de que Cristina descubriera que no estaba. La madre sabía que, de no estar en casa, habría ido a andar al último lugar donde había estado su amiga.

—¡Lisa! ¿Qué ha pasado? —Garrido se tiró de rodillas junto a la joven, que no pudo aguantar más, dejando caer su cuerpo sobre él.

—Se han llevado a Alonso —repetía una y otra vez aturdida, mostrando más preocupación por lo que pudiera pasarle al Loco que por lo que acababa de pasarle—. ¿Y si le matan como a Nastya?

Tomás miraba hacia todos lados, pero no veía a nadie en el parque. Garrido trataba de taponar la hemorragia de la cabeza de la joven.

—¡Llama a una ambulancia! —gritó Garrido a su compañero, algo nervioso al ver que la chica perdía el conocimiento de nuevo.

Apenas unos minutos después, llegaban al interior del parque varios vehículos policiales y una ambulancia para asistir a la joven. Los sanitarios, tras examinarla, tranquilizaron a los agentes. No parecía nada que no solucionaran unos puntos de sutura, pero debía ser atendida en el hospital. Garrido, de forma inconsciente y sin recordar su situación en la policía, ordenó a varios de los agentes que se repartieran en busca de Alonso por el parque. Miró a Tomás, y, sin decir nada, este le respondió con un gesto. Garrido salió corriendo hacia la calle del Norte; su instinto le decía que algo podía haberle pasado a Alonso si había intentado huir hacia su casa tras el ataque. Si Lisa había sufrido un ataque tan violento, él también podía estar en peligro.

Lisa recobró el conocimiento con las primeras curas. Antes de marchar hacia el hospital, desde la ambulancia, llamó a gritos a Garrido.

—¡¿Daniel?! —la joven llamaba de forma desesperada al inspector.

—Lisa —Tomás se asomó al interior de la ambulancia—, Garrido está buscando a Alonso. Sabemos dónde vive y tenemos a varios agentes buscando por todo el parque por si estuviera escondido o herido. Ahora te llevarán al hospital para hacerte unas pruebas; nosotros nos encargamos, tranquila. ¿Has podido ver quién te ha hecho esto?

—Nada... Solo he sentido un golpe. Antes ha gritado Alonso. Ha tratado de protegerme. — Lisa se llevó la mano a su herida, protegida por un vendaje que taponaba su hemorragia.

—OK. No te preocupes —Tomás trataba de transmitirle algo de tranquilidad—, seguro que lo encontraremos.

Los sanitarios cerraron el portón de la ambulancia iniciando su salida del parque en dirección al Hospital de San Pedro. El dispositivo policial se hacía más intenso por minutos con la llegada de más vehículos policiales. Tomás miraba a su alrededor por el alboroto que producían las sirenas y las luces. El caso comenzaba a ser un dolor de cabeza para el inspector, superado por una responsabilidad que no estaba acostumbrado a gestionar en primera persona. Ahora era momento de encontrar al Loco y, sobre todo, a Garrido. Su compañero no iba armado y podía ser presa fácil de quien hubiera atacado a Lisa.

CAPÍTULO XXIII

LA CRUZ VERDE

La madre de Alonso obligaba a su hijo a entrar a trompicones en casa sin siquiera cerrar la puerta. El Loco entraba trastabillándose mientras su madre le tiraba del pelo. Por el pasillo se escuchaban los gritos de Alonso por el dolor y los nervios, como alguien que se sabe sin escapatoria. En el camino hasta la habitación, torpe en su movilidad, iba golpeándose con las paredes del pasillo, cayendo a su paso todo aquello contra lo que su desgarrado cuerpo chocaba. Cuadros y figuras religiosas, que se encontraban colgados en las paredes, caían al suelo mientras su madre no paraba de acompañar cada tirón del pelo con otro castigo físico, como golpes por toda la cabeza y patadas en las piernas. Él apenas podía oponer resistencia, presa de una sumisión que iba más allá de la de un hijo hacia su madre.

—¡No! ¡Madre, por favor! ¡Pare! —Alonso trataba de cubrirse la cabeza inútilmente ante los golpes de su madre.

Sin que se correspondiera su fuerza con su complexión y su avanzada edad, la mujer golpeaba de forma enérgica e incontrolada a su hijo.

—¡Arrodíllate! —le gritó, lanzándolo al suelo con un último tirón de su melena—. Te dije que no hablaras con las brujas, y no me haces caso. Es hora de que aprendas por las malas. —La mujer se dio la vuelta y se acercó al vestidor de la habitación, abriendo la puerta de este y sacando de su interior un bastón, en cuya punta tenía varias tiras de cuero trenzado de medio metro de largo. Las tiras se fijaban al extremo del palo mediante una cinta—. ¡Que te arrodilles te he dicho!

—No... Mamá, ¡por favor!

—Quítate la chaqueta, ¡vamos! Alonso, eres tú el que me obliga a hacer estas cosas.

—Por favor, madre... —Alonso obedecía de manera inconsciente a pesar de la rabia que le recorría todo el cuerpo. Dejó su torso desnudo para después apoyarse frente a la estructura de metal a los pies de su cama, quedando su espalda expuesta para su madre—. ¡Madre, por favor, no! —En sus dorsales se podían ver cicatrices lineales ya curadas que, por su distribución, pertenecían a las mismas tiras de cuero que colgaban del bastón que ahora tenía su madre en la mano.

—¡Aléjate de las brujas! —gritó la mujer de forma enérgica, descargando un primer golpe con el palo en forma de látigo. Las tiras de cuero recorrieron la espalda de Alonso de lado a lado.

—¡No! —el grito de dolor de Alonso salió del fondo de sus pulmones. Un dolor que le hizo retorcerse mientras sujetaba los hierros de su cama con todas sus fuerzas, estremeciendo al somier y moviendo toda la estructura, que rechinaba con cada latigazo.

Dos, tres, cuatro..., hasta en diez ocasiones, la madre golpeó a Alonso en su espalda. Las marcas dejaron paso a varias heridas abiertas de las que empezaron a brotar hilos de sangre. El

hombre, rendido, cayó al suelo mientras su madre guardaba el látigo nuevamente en el armario.

—Espero que hayas aprendido, hijo —dijo mientras salía de la habitación, con la respiración agitada y su mirada perdida, en busca de una toalla y agua para curarlo.

Alonso, sin poder moverse, quedó tendido en el suelo de su cuarto. Las fuerzas no le llegaban más que para respirar sobre el frío suelo de baldosas. Segundos más tarde, su madre volvía con una palangana con agua y una toalla, comenzando a limpiarle la sangre de la espalda. El hombre se retorció de dolor mientras la madre pasaba el paño firmemente por las heridas. El agua de la palangana se fue convertido en un líquido rosado que cada vez se oscurecía más por la sangre que acumulaba.

—No queremos que se te infecte, hijo —le susurró en un tono conciliador que parecía dar más miedo a Alonso, incapaz de responder nada—. Lo hago por tu bien, cariño. Aléjate de las brujas, te lo he dicho cientos de veces. ¿Ves lo que me obligas a hacerte? —Su mirada vacía se perdía entre las líneas de sangre que corrían por la espalda de su hijo.

Tras las curas, Alonso se levantó tambaleante del suelo ayudado por la mujer, tumbándose en la cama. Ella se sentó junto a él. Alonso no hablaba, los temblores por el dolor sufrido se veían superados por el miedo que sentía ante cada caricia que su madre le hacía en la cabeza.

—Shhh... Ya pasó. Leamos la Biblia juntos, hijo —le dijo cogiendo el libro, que se encontraba en la mesilla junto a la cama, y comenzaba a leer uno de sus versículos: «La hija de un sacerdote que se hace prostituta se profana a sí misma y profana a su padre. Deberá ser quemada viva»¹. —La madre paró de leer, espirando aire y esgrimiendo una leve sonrisa. Volvió a acariciar el rostro y el pelo de su hijo inmóvil—. ¿Ves, hijo? —dijo de manera pausada—. Era de justicia matar a esa prostituta; aunque no pudimos quemarla, cumplimos la palabra del Señor. Él nos protege por cumplir sus enseñanzas.

Alonso sentía palpitar cada una de sus heridas, de las que continuaba brotando sangre. Tumbado sobre la cama, escuchaba la lectura mientras su madre no paraba de hablar. Con los años, había aprendido que, cuando su madre leía la Biblia, debía estar callado por temor a sus represalias. Mientras la mujer leía, su rostro iba cambiando, mostrando un grado de concentración y delirio que Alonso detectaba de forma precoz por el peligro que suponía para él. Muchas eran las palizas y castigos que su cuerpo había recibido a lo largo de su vida.

—Hace cuatrocientos años, hijo —continuó la madre cerrando la Biblia de golpe—, en esta ciudad se llevó a cabo uno de los más honorables actos que nuestra Iglesia podía hacer para salvaguardar la fe: quemó a las brujas que ponían en peligro todos los territorios de los alrededores hasta Francia y a sus buenas gentes. Hace ya mucho tiempo de eso, pero las brujas siguen entre nosotros. Ellas cambian su apariencia para esconderse entre las personas de bien, como nosotros. Por eso, por muy dulces o amables que aparenten ser, debemos estar precavidos y mantenernos vigilantes para que no dominen nuestra fe con sus aquelarres. La propia Biblia nos previene de ello, ¿lo entiendes?

*

Una llamada entró en el teléfono de Tomás. Algo grave debía de haber pasado: Garrido lo requería para que fuera hacia el domicilio de Alonso y su madre, en la calle del Norte, de forma urgente.

Apenas cien metros separaban el estacionamiento de la casa del Loco, así que Tomás corrió tan rápido como le dejaba su sobrepeso. Al llegar, Garrido lo esperaba en el portal. Juntos subieron las escaleras a la carrera hasta el rellano de la vivienda. La puerta estaba abierta.

—Debemos entrar —confirmó Tomás.

Garrido golpeó la puerta de forma enérgica al grito de «¡policía!». No hubo respuesta, así que ambos iniciaron la búsqueda en el domicilio mientras anunciaban la entrada gritando de nuevo: «¡Policía!, ¿hay alguien?». Pero, de nuevo, no hubo ninguna respuesta. Primero, la cocina; después, el salón. Nada. Tomás sacó su arma reglamentaria colocándose en primera posición mientras Garrido seguía a la espalda de su compañero en la progresión por el pasillo. La casa tenía un fuerte olor a rancio, como si llevara años sin ventilar. Un olor que penetraba las fosas nasales y se hacía más fuerte conforme se adentraban más en el domicilio. Un montón de objetos religiosos se acumulaban por toda la vivienda junto a cuadros oscuros con representaciones también religiosas. Algunos de ellos se encontraban en el suelo, mostrando signos de lucha.

—¡Policía!, ¿hay alguien!? —Los agentes continuaban con la progresión hacia las habitaciones.

Un grito alertó a los agentes:

—¡No, hijo!

Después, se oyó un sonido seco seguido de un silencio. Ambos se miraron y corrieron hacia el lugar del que provenía. Al entrar, vieron cómo Alonso golpeaba a su madre en la cabeza con una cruz de madera de color verde de gran tamaño. De manera obsesiva, Alonso repetía los golpes a su madre una y otra vez, inmerso en un trance por la ira. Ni siquiera el grito de los agentes inmutó a Alonso, que parecía no escucharlos y continuaba golpeando la cabeza cada vez más ensangrentada y desfigurada de su madre, cuyo cuerpo permanecía inmóvil sobre la cama.

—¡Estate quieto! —le gritó Garrido, pero Alonso no paraba de golpear una y otra vez a su madre como un autómata.

El hombre estaba sobre el cuerpo de su madre y tenía el torso desnudo con la espalda llena de heridas abiertas. En su piel se mezclaban la sangre que brotaba de su cuerpo con la sangre de su madre, que salpicaba su cuerpo entero con cada golpe. Garrido no lo pensó más y se lanzó a por él, cayendo ambos al suelo por el lateral de la cama. Tomás se apresuró a ayudar a su compañero. Alonso no se resistió a los agentes; dejó de moverse tras caer al suelo, rompiendo a llorar sin soltar la cruz de su mano. Estaba en *shock*, inmóvil. Garrido, tratando de mantener su peso sobre el hombre para que no se moviera, se incorporó observando la cama. La madre no se movía. Su rostro estaba totalmente desfigurado e irreconocible. La sangre salía a borbotones de sus pómulos abiertos, con un color rojo intenso. Tomás aprovechó el momento para poner los grilletes a Alonso, que no dejaba de sollozar y hablar de manera ininteligible.

Ambos agentes se quedaron paralizados.

—¿Qué hostias ha pasado aquí? —Tomás no entendía por qué Alonso había atacado a su madre.

Garrido, tan rápido como pudo reaccionar, se acercó a la madre, pero no había pulso en su cuello deformado por la fractura que su hijo le había provocado durante el ataque.

Pocos minutos más tarde, la casa estaba llena de agentes de policía. El revuelo y la importancia de los hechos hicieron que el propio juez Espineda, de guardia por la jornada electoral, se personara ante la llamada de los agentes. Alonso había sido detenido por el asesinato de su madre. Ante la presencia del juez, solo pudo decir que Nastya no era bruja. Nadie comprendía qué pasaba por su cabeza. Su imagen era impactante, con todo su cuerpo lleno de

sangre y salpicaduras en su rostro. Además, el hombre tenía la melena y la barba teñidas de rojo. Los sanitarios realizaban las primeras curas en su espalda sin que él mostrara ninguna respuesta al dolor. No hablaba, su mirada se perdía en la nada.

Con el Loco detenido en el salón, el juez, Garrido y Tomás observaban la escena de la habitación con detenimiento, tratando de comprender qué habría llevado al hombre a matar a su madre. La habitación parecía la de Alonso. A pesar de su edad, conservaba fotos de revistas de su adolescencia en las paredes. Garrido, experto en leer escenas criminales, podía entender que la mente del hombre estaba detenida en el tiempo. En su cabeza tenía rasgos de adolescente a pesar de su edad. La cruz, de gran tamaño, debía de haberla arrancado de la pared sobre el cabecero de la cama. El olor a la oxidación de la sangre comenzaba a impregnar la pequeña estancia. Las sábanas aún mostraban la sangre fresca de la madre goteando y calando el colchón.

—¿Por qué habrá matado a la madre? —Tomás seguía impactado por lo que acababa de vivir.

—El hombre parece sufrir un brote de algún tipo o algún problema mental —respondió el juez—. He pedido que, antes del traslado a la Jefatura, le realicen un examen mental en el hospital.

—Entendido, señor. —Tomás asentía a la decisión del juez. Era obvio que nadie en su sano juicio mataría a su madre con tanta violencia. Parecía un ataque de ira incontrolado o algún tipo de brote, pero ¿qué se lo habría producido?

—¿Usted qué piensa, Garrido? —el juez quería las primeras valoraciones del inspector responsable de Homicidios, a pesar de su suspensión. Podía ver cómo analizaba cada detalle de la escena y los aspectos psicológicos que se desprendían de ella.

—Pues, señorita, he venido aquí por un incidente que ha tenido una de las amigas de Nastya Holub en el parque hace poco rato. La última persona que vio la joven antes de que la agredieran con un objeto contundente en el parque fue Alonso. Creo que o el hombre o la mujer han tenido algo que ver o sabían algo del asesinato de Nastya. Viendo las fotos y lo que acumula en su habitación Alonso, parece evidente que tiene algún retraso madurativo. La casa, como ha podido ver, parece cerrada desde hace mucho tiempo, y se acumulan muchos elementos religiosos. Quizá la madre estaba obsesionada por el tema. Además —continuó—, las lesiones de la espalda de Alonso parecen hechas con un látigo o elemento de castigo. Algo muy similar a lo que históricamente han empleado para flagelarse las personas muy devotas. —Garrido trataba de hacer un perfil psicológico.

—Muy bien, muy interesante. —El juez Espineda no quería dejar ningún cabo suelto de la investigación, y esa línea era más que importante para el juicio por el asesinato de Nastya—. Inspectores, háganse cargo de la investigación y de interrogar al detenido tan pronto salga del chequeo en el hospital. Ya no está en mis manos el caso de la joven, pero sí la investigación de estos hechos. Haré una llamada al juez encargado de enjuiciar la muerte de Nastya; debe tener noticias de esto cuanto antes.

—Señor —Garrido no podía obviar su situación actual, que era un jarro de agua fría para sus ganas de descubrir qué había sucedido—, no puedo estar en la investigación: me encuentro suspendido en la policía.

—Umm, es cierto. De acuerdo. —El juez mostró rápidamente la agilidad mental de la que hacía gala en muchos de los casos que llevaba—. Usted, Garrido, tiene formación en perfilación criminal y psicología, ¿no es así?

—Sí, claro. Es parte de la formación que recibí para el acceso a Homicidios —Garrido estaba confuso ante la pregunta del juez.

—Estupendo —continuó Espineda—. Tomás, le hago encargado de la investigación del

homicidio, y le pongo de apoyo a Garrido como asesor externo debido a sus conocimientos y amplia experiencia. De esta forma, poco tendrá que decir el Departamento de Policía. Garrido — el juez miró a este, que se encontraba desconcertado—, hasta nuevo aviso sobre el tema de su expediente, usted trabaja para la administración de justicia como perito, en concreto para mí. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor, queda claro. Muchas gracias. —Garrido no pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa, que fue devuelta con complicidad por el juez.

—Pues, si esto es todo, tienen ustedes mucho trabajo que hacer. Continúen. Quiero, tan pronto como sea posible, un informe con las diligencias que vayan realizando. —Espineda se dio la vuelta, marchándose de la habitación.

—Buena salida —se atrevió a decir Tomás volviendo su mirada al cadáver de la mujer sobre la cama—. Me alegro de que sigamos juntos en esto, la verdad.

Garrido guiñó el ojo a su compañero, volviendo también su atención al cadáver de la mujer. Sin palabras, ambos estaban contentos de poder afrontar juntos lo que venía en la investigación.

—Ahora, si no te importa... —Garrido se posicionó en el lateral de la cama, extendiendo las manos sobre el cadáver de la anciana.

—Adelante. —Tomás sabía que era el momento del ritual de su compañero.

—«Son mis leyes el deshacer entuertos, prodigar el bien y evitar el mal». —Garrido observó por última vez las lesiones del rostro de la mujer; estas mostraban la extrema violencia que había empleado Alonso.

Tras ello, Garrido y Tomás salieron de la habitación de Alonso para echar un vistazo en la habitación de su madre. En su interior eran pocos los muebles que decoraban la habitación: únicamente un crucifijo sobre el cabecero de la cama, un armario de madera sin ningún elemento ornamental y una estantería. En ella, una Biblia y multitud de libros de temática religiosa. Uno de los libros llamó la atención de Garrido.

—*El martillo de las brujas*, el *Malleus Maleficarum*². ¿Sabes qué libro es esté? —Garrido cogió el libro enseñandoselo a Tomás.

—No.

—Pues este, querido amigo, es el libro del siglo XV que utilizaba todo buen inquisidor para cazar y hacer hablar a las supuestas brujas. Parece que la madre de Alonso tenía algo de obsesión por el tema.

El día de las elecciones pasó a un segundo plano. Por una vez, la política no fue la noticia principal en una jornada electoral. Una segunda muerte, en una misma semana, era demasiado para una ciudad como Logroño. De nuevo, todos los telediarios locales y emisiones en directo arrancaban con un suceso fatal.

*

En el Hospital de San Pedro, Lisa entraba en urgencias acompañada por un agente del Grupo de Homicidios. Tomás había dado instrucciones de que no se separara de la joven hasta la llegada de su madre al hospital. Apenas unos minutos más tarde, Cristina entraba en la sala de urgencias, siendo tranquilizada por uno de los médicos, compañero suyo de turno.

—Tranquila, se encuentra bien. Vamos a hacerle un TAC para descartar cualquier lesión y la

cosemos. Que se quede un rato en observación y te la llevas a casa, ¿de acuerdo? —Cristina agradeció la explicación del compañero con una palmada en la espalda mientras este la guiaba al box donde la tenían en observación.

—¿Qué ha pasado, cariño? —Cristina corrió la cortina del box.

—Apenas recuerdo nada, mamá. Solo que alguien me ha golpeado por detrás mientras estaba en el Parque del Ebro hablando con el hombre tras el que corrimos el inspector Garrido y yo al salir del funeral el otro día.

—Cariño —Cristina trataba de contenerse para no gritar a su hija por los nervios que traía—, quiero que dejes esto ya. Deja la investigación a los policías. ¿No te das cuenta de lo peligroso que se está volviendo? ¿Acaso quieres terminar como Nastya?

A Lisa no le hizo nada de gracia que su madre utilizara lo que le había sucedido a su amiga para que desistiera. De hecho, la rabia de recordar a Nastya solo le provocaba más ganas de continuar. Respiró dos veces mirando hacia el foco que se encontraba sobre ella en el techo del box. No podía rebatir la preocupación de su madre, menos aún sin poder tener las ideas claras por el intenso dolor de cabeza y cuello. Su preocupación creció pensando en el enfado de su madre cuando se enterara de las pistas que la habían llevado hasta el prostíbulo donde trabajaba Nastya. En lo más profundo de su ser, sabía que había sobrepasado los límites del riesgo.

—Voy a hablar con los médicos. No quiero esperar mucho a que te hagan las placas. Si hace falta, te llevo yo misma, que para eso trabajo aquí. —Cristina le dio un beso en la mejilla a Lisa antes de salir para adelantar las pruebas. Los nervios la corroían por dentro y no podía estarse quieta junto a la cama de brazos cruzados.

—OK, mamá.

Sobre la cama del box, Lisa pensaba en el momento en que la habían golpeado en el parque. Todo era difuso. Trataba de reconstruir la escena completa desde su entrada en el recinto. Como un fogonazo, el recuerdo de los instantes antes de caer al suelo volvió. El dolor de cabeza le hizo apretar las mandíbulas con fuerza al recordar el instante. En su mente resonó la última frase de Alonso antes de que ella cayera al suelo: «¡Ella no es una bruja!». No tenía sentido, pero, si Alonso gritaba a quien la golpeó, es que ese alguien le era conocido. Era necesario hablar con Alonso para que dijera quién era esa persona, si es que no le había pasado algo peor que a ella. Lisa trataba de incorporarse en la cama; tenía que hablar con los inspectores. El mareo la trajo de vuelta a la realidad. Todo se movía, y el dolor de cuello era más intenso. Sus brazos flaquearon, y entendió que era momento de parar, al menos hasta que le dieran algo para el dolor.

CAPÍTULO XXIV

LA LOCURA DEL SANTO OFICIO

El domingo a mediodía, las noticias sobre las elecciones se mezclaban con el asesinato de una mujer a manos de su hijo en la calle del Norte. Un hombre con problemas psicológicos, se explayaban las noticias, había matado a su anciana madre a golpes.

Garrido y Tomás permanecieron toda la mañana en el hospital acompañando a Alonso durante su visita al psiquiatra. Tras una entrevista algo confusa con el médico, el hombre quedaría ingresado en el hospital bajo prescripción de este y bajo custodia de dos agentes del Grupo de Homicidios.

Ricardo Toná se personó en el hospital ante el suculento trofeo que suponía para el departamento detener a un matricida. Bien llevado, podría ser una medalla pública para la Policía en su conjunto y, por ende, un suculento botín personal para él también. A su llegada, le sorprendió ver al inspector Garrido junto a Tomás, saliendo del pabellón de psiquiatría.

—¿Qué hace usted aquí, Garrido? ¿No estará interfiriendo en una investigación policial estando usted apartado del servicio? —Era incuestionable el odio intenso que sentía hacia el inspector.

—Inspector jefe —Tomás salió rápidamente a auxiliar a su amigo—, verá, el juez Espineda se personó en el domicilio donde sucedieron los hechos y ha ordenado que Garrido esté como observador y asesor en la investigación en calidad de perito para el juzgado. No está aquí en calidad de policía.

La salida inesperada de Tomás no gustó a Toná, que guardó silencio durante unos segundos tratando de contener su rabia e impotencia por la jugada del juez. Garrido permanecía en silencio. Sabía que debería medir muy bien los tiempos y las palabras si no quería que la estrategia del juez jugara en su contra en lo que se refería a su futuro en el departamento.

—Está bien, inspector Tomás —Toná le hablaba como si Garrido fuera invisible—. ¿Qué es lo que tiene?

—Señor, parece que el hombre que ha matado a su madre, por descabellado que pueda parecer, tiene algo que ver con la muerte de la joven Nastya Holub.

—¿Cómo? ¡Es imposible! Ya tenemos al culpable de eso.

—Bueno, al parecer eran amigos la joven y él. Pero aún debemos esperar a su testimonio. —Tomás miró a Garrido buscando la complicidad de este, que seguía mudo.

—Voy a hablar con el detenido. —Toná trató de pasar entre ambos para acceder al interior del área de psiquiatría.

—Señor —Garrido no pudo evitar sacar el orgullo contenido por todo lo que había pasado desde su suspensión y, a pesar de las futuras consecuencias, detuvo el avance del inspector jefe poniéndole su mano en el pecho—, el psiquiatra ha ordenado su ingreso y le ha suministrado

drogas para tranquilizarlo. Ahora mismo está dormido, y le va a resultar imposible tener ningún tipo de comunicación con él. —Toná miró a Garrido y, acto seguido, a la mano de este sobre su pecho. La mandíbula del inspector jefe parecía que iba a reventar por la fuerza que ejercía para contener su ira, que se podía adivinar por la tensión de su gesto. Garrido supo que era el momento de parar con el envite, bajando rápidamente su mano.

—No vuelva a ponerme la mano encima, hijo, o haré que lo detengan, y no volverá a ser policía jamás —dijo manteniendo un duelo de miradas con el inspector.

—Si le parece, jefe —Tomás trató de quitar hierro al asunto de manera apresurada—, afianzamos unas comprobaciones sobre lo que le he indicado, y le informo personalmente tan pronto como descubra algo. Le prometo que será el primero en tener un informe sobre su mesa.

—Quiero que me informe inmediatamente y mantenga lo que averigüe bajo secreto, ¿ha entendido? —Toná miró a Tomás de forma tajante antes de lanzarle una mirada de desprecio a Garrido. Acto seguido, se dio la vuelta.

Ambos inspectores, callados, observaron cómo se alejaba Toná. Sabían que recibirían la venganza del inspector jefe llegado el momento oportuno.

—¿Cómo demonios se te ha ocurrido ponerle la mano encima? —Tomás trataba de coger aire tras el momento de tensión.

—Ha sido instintivo. Perdona. Ni siquiera lo pensé, la verdad.

Garrido y Tomás salieron de la planta de psiquiatría. Mientras andaban por el pasillo, sus pensamientos regresaban a lo que acababan de escuchar de boca de Alonso durante su entrevista con el psiquiatra. No habían querido desvelar sus cartas a Toná, pero la manifestación de Alonso ante el médico, si bien no tendría validez judicial, significaba un giro de los acontecimientos del todo inesperado. Durante casi una semana, la policía en su conjunto había seguido una línea de investigación equivocada. El novio detenido parecía que no tenía nada que ver con el asesinato. Según Alonso, Tony era culpable de algún que otro golpe a su novia con los que le gustaba demostrar su mal entendida hombría, pero no era responsable de su muerte.

—Tomás, creo que Lisa está en observación en el área de urgencias. Si te parece, creo que es justo que le contemos todo esto en persona. —Garrido entendía que los esfuerzos de la amiga de Nasty por descubrir lo sucedido la hacían merecedora de tener la primicia de la historia.

—Sí, claro, estoy totalmente de acuerdo.

Los agentes apenas hablaron más hasta llegar a urgencias; ambos sentían la necesidad de masticar todo lo que les había contado el que finalmente sí parecía hacer honor a su apodo, Alonso, el Loco.

A su llegada a la sala de boxes de urgencias, los agentes vieron a Cristina hablando con un médico frente al lugar donde estaba ingresada Lisa. Al percatarse de su presencia, esta cambió su cara. No le gustaba nada la visita de los agentes. Durante todo el desarrollo de la investigación policial, para Cristina, los agentes habían puesto en excesivo peligro a su hija permitiéndole jugar a policía sin serlo.

—¿Qué hacen aquí, inspectores? —Su cara era de pocos amigos—. ¿No les ha parecido suficiente lo que le ha pasado hoy a mi hija?

—Cristina, entendemos que esté nerviosa. —Garrido trataba de ser comprensivo.

—Enfadada —corrigió la madre de forma tajante, haciendo callar al inspector con un gesto amenazador de su dedo.

—Enfadada, está bien. Es comprensible, pero queremos saber cómo se encuentra Lisa, y además creemos que es necesario que sepa lo que ha pasado hoy desde que la agredieron.

Cristina miraba a Garrido y a Tomás sin dar su brazo a torcer hasta que la voz de Lisa desde el interior del box rompió el tenso silencio:

—Déjales pasar, mamá. Te lo pido por favor. —La joven había escuchado que los agentes tenían algo que contarle, y la curiosidad por saber la verdad sobre la muerte de su amiga era más fuerte que su dolor de cabeza. Cristina se apartó cediendo el paso a los inspectores, escoltándolos desde la cortina del cubículo.

—Buenas tardes, Lisa. ¿Cómo te encuentras del golpe?

—Bueno... Parece que tengo algún tipo de conmoción y he de quedarme en observación durante unas horas. Me duele bastante, la verdad.

—Vaya, sentimos oír eso.

—Gracias. He oído que querían contarme algo. ¿Han encontrado a Alonso? ¿Le ha pasado algo? —La curiosidad era mayor que la conmoción de Lisa.

—Bueno —Garrido miró a Tomás sin saber muy bien por dónde empezar—, la verdad es que sí que lo hemos encontrado. Creemos que es necesario que sepas todo lo que ha pasado desde que te dieron el golpe.

—Aja... —Lisa no quería perderse ni un detalle.

—Pues... —el inspector titubeó—. Una vez que te han golpeado, he ido a casa de Alonso, por si cabía la posibilidad de que hubiera huido allí tras el ataque. Al llegar, pudimos ver que la puerta de su casa estaba abierta, de modo que accedimos al interior para comprobar si estaba bien. Cuando entramos... —Garrido volvió a realizar una pausa para mirar a Tomás mientras Cristina se ponía junto a la cama presa de la curiosidad—. Cuando entramos —repitió—, resulta que Alonso estaba golpeando a su madre con un crucifijo en su habitación. Y... bueno... la ha matado.

—¡Santo Dios! —Cristina se llevó las manos a la boca.

—Pero... ¿por qué ha hecho eso? —Lisa no terminaba de entender qué podía haber hecho que Alonso matara a su madre.

—Bien —interrumpió Tomás al ser el único responsable en ese momento de transmitir una información policial—. Les pedimos que no digan nada. Lisa, sabemos de los esfuerzos que has hecho por intentar descubrir cómo murió tu amiga, y te contamos esto por la ayuda que nos has prestado, pero debes entender que nada puede salir de aquí, de momento. Ambas deben ser conscientes. —El inspector se aseguró de que lo entendían esperando la confirmación de Lisa y Cristina, que asintieron sin decir una palabra.

—Bien —continuó Garrido una vez que ambas se mostraron conformes—, al parecer, Nastya había empezado a tener una relación de amistad con Alonso.

—Sí, eso lo sé. Nos lo contó el día del funeral.

—Bien. Parece ser que la madre de Alonso, Fermina, llevaba años siendo tratada por un trastorno mental. Con los años había empeorado y llevaba tiempo con ciertos brotes psicóticos. Aún lo estamos investigando, pero parece ser que hace años que no se medicaba a pesar de estar diagnosticada.

—¿Y qué tiene que ver eso con Nastya? —Cristina no pudo evitar interrumpir.

—Fermina comenzó a retraerse tras la pérdida de su marido, teniendo ideas cada vez más perturbadoras. Por algún motivo, se obsesionó con la caza de brujas que hubo en la región sobre el año 1610 y que acabó con la quema de varias de ellas en Logroño en aquella época. Creemos que se debe a que ella era del municipio de Urdax, en Navarra, y, por lo visto, durante su infancia había escuchado muchas historias sobre las brujas y la Inquisición. Por algún motivo, en sus

delirios, lo que escuchó en su infancia fue creciendo en su mente hasta convertirse en una realidad paralela.

»Además, ella siempre había desconfiado de cualquier mujer que hablara con su hijo — continuó Garrido—. Por lo que hemos podido ver en su domicilio, era una mujer muy devota. Hemos encontrado bastantes elementos religiosos, e incluso la cruz con la que Alonso la mató es verde; una réplica de la que usaba la Inquisición para atar a los condenados por brujería en los autos de fe, los juicios que realizaban a las brujas y en los que las quemaban.

—¿Están diciendo que mató a Nastya pensando que era una bruja?

—Bueno, por raro que pueda parecer, por lo que le ha contado Alonso al psiquiatra, su madre los vio la noche en que Nastya murió. Si lo piensas bien, tu amiga era pelirroja, con acento de Europa del Este. Por alguna razón, eso desencadenó un delirio en Fermina, que bajó desde su casa al parque al verla hablar con su hijo aquella madrugada, comenzando una discusión en la que, según nos ha dicho Alonso, Nastya empujó a su madre, y ella cayó al suelo. Fermina empezó a gritar a su hijo, y este, ante la presión de la madre, que comenzó a increparlo por ser mal hijo, la cogió del cuello y la mató estrangulándola.

—Increíble.

—Sí. Pero ahí no termina la historia: en su delirio, Fermina obligó a su hijo a bajar a Nastya a la zona del río; viven enfrente, así que la madre sabía que en esa zona se acumulan ramas abandonadas de la poda. La idea era prenderle fuego, como se hacía con las brujas. Alonso la cogió en brazos y la bajó hasta donde le indicó su madre.

—No me lo puedo creer —Cristina se sorprendía más con cada detalle.

—El testimonio de Alonso, aunque ha sido errático en parte de la entrevista con el psiquiatra, parece fiable. Nos ha indicado que tiró el abrigo de Nastya al río, lo que corrobora de alguna manera su versión, ya que lo encontramos allí. Él, por lo que ha contado, trató de dejarla lo más guapa posible. De algún modo, parece que estaba enamorado de ella. Solo evitó que la quemaran sobre las ramas el susto provocado por el perro de un corredor que a esas horas de la madrugada hacía deporte en el parque antes de ir a trabajar. El perro se acercó y comenzó a ladrarles. Por miedo a que pudieran descubrirlos, se fueron corriendo hasta su casa.

—Entonces, ¿no fue Tony el que la mató? —Lisa estaba desconcertada.

—Creemos que no, aunque aún no lo pondremos en libertad hasta contrastar todas las informaciones nuevas. Sí parece, por la propia manifestación de Alonso, que Nastya le había reconocido que Tony la había maltratado en alguna ocasión, pero no la mató.

—¿Y el prostíbulo? Yo estuve allí; ella trabajó allí.

—¿Cómo?! —gritó Cristina airadamente a su hija.

—Mamá, ya te contaré —Lisa trataba de esquivar la discusión sobre ese tema en aquel momento.

—Pues es una cosa que aún tendremos que investigar, pero puede ser solo circunstancial. Debemos investigar más.

*

Galindo volvió a ganar las elecciones tras un disputadísimo resultado que acabó decantándose del lado del alcalde. Era la una de la mañana, ya del lunes, cuando salió al balcón de la sede de su

partido a celebrar la victoria ante cientos de personas que festejaban los resultados.

Mientras celebraba su victoria, un coche de gran cilindrada entraba en el caserón de la carretera de Nájera. En el prostíbulo, con varios clientes aún en su interior, dos hombres encapuchados y armados con fusiles AK-47 accedían al interior del edificio mediante ráfagas de disparos de sus fusiles de asalto. A su paso asesinaron a dos hombres de seguridad, cinco mujeres y tres clientes que resultaron ser directivos de las principales empresas de la región. Tras asegurarse de haber matado a todo el mundo que encontraron en el caserón, los encapuchados vertieron varios bidones de gasolina en las cortinas de los salones de la planta baja y desde las habitaciones de los pisos superiores hasta la entrada. Después prendieron fuego al edificio para no dejar huellas. Las investigaciones posteriores y los resultados de las muestras de ADN determinaron que de las cinco mujeres una era una ciudadana española con antecedentes por proxenetismo y los otros cuatro cuerpos correspondían a mujeres que figuraban en la lista de desaparecidas por trata de blancas de la Interpol.

Esa misma noche, los padres de Nastya, Petrov y Milka, desaparecieron para siempre de Logroño. Por la mañana, su hija sería enterrada sin la presencia de ningún familiar; solo sus compañeros del Kelpies, los investigadores, Lisa y su madre estuvieron presentes. Nunca más se supo nada de los padres. Garrido y Tomás, en contacto con la Interpol, determinaron que los Holub, o, mejor dicho, el matrimonio Aksiónov, habían mandado acabar con todos los responsables del prostíbulo donde había trabajado Nastya una vez que se habían enterado de la noticia. Tan solo la prima de Nastya manifestó, ante un agente de la Interpol, que, a escondidas, la joven mantenía contacto ella. Según confesó, Nastya estaba ahorrando dinero para conseguir un pasaporte falso para ella. Con menos suerte que los Holub tras su chivatazo sobre los políticos de la región de Crimea, y sin haber recibido la ayuda para escapar, la prima corría peligro en el país, y Nastya quería ayudarla a venir a España con una nueva identidad para iniciar una nueva vida junto a ella.

Garrido y Tomás consiguieron autorización para desbloquear el teléfono de Nastya toda vez que habían aparecido nuevas informaciones tras el asesinato de Fermina a manos de su hijo. Con la nueva línea de investigación, Tony ya no era el principal sospechoso del asesinato.

En el móvil encontraron varias fotos de Nastya vistiendo trajes de látex y con disfraces eróticos en el camerino del caserón. En sus conversaciones aparecía cómo había conseguido que uno de los clientes del caserón le facilitara un pasaporte. Tras diversas investigaciones tratando de identificar al propietario del número de teléfono, los técnicos descubrieron que el número correspondía al del inspector jefe Ricardo Toná. Este, que atravesaba problemas económicos por su vicio con las apuestas deportivas y por disfrutar de largas noches en prostíbulos, había ofrecido a la joven un pasaporte limpio a cambio de tres mil euros. Al parecer, Nastya tenía ahorrados los dos mil doscientos euros que se encontraron en su bolso para el pasaporte de su prima, y, la noche en que la mataron, Toná había recogido a la joven para recibir el dinero; al ver que no estaba toda la cantidad que le pedía, había dejado a Nastya de nuevo junto al Parque del Ebro hasta que consiguiera lo que le faltaba. Allí, Alonso se encontró a Nastya aquella madrugada mientras montaba en su bicicleta hasta que llegó su madre, que los vio por la ventana.

Un mes más tarde, Toná aparecía acribillado a tiros en su portal. La investigación se cerró como un ajuste de cuentas, sin que se lograra detener jamás a los culpables. Los investigadores sabían que detrás de aquel *modus operandi* se encontraba la mano de exmilitares de Europa del Este. Las balas encontradas en el cadáver correspondían con las que se habían recogido en el caserón de la carretera de Nájera.

El Cuerpo de Policía, con el comisario Alberto Crespo a la cabeza, organizó el funeral de Toná con todos los honores y sin dejar que la versión real saliera a la luz. Garrido y Tomás asistieron al funeral sabiendo que su muerte no había sido en cumplimiento del deber.

*** F I N ***

Notas:

1. Levítico 20:14. Antiguo testamento.

2. Publicado en 1486 por los monjes dominicos, este libro es, posiblemente, el tratado más importante que se ha publicado para la persecución de las brujas, convirtiéndose en el manual indispensable para todos aquellos que luchaban contra las brujas en la Inquisición.

Índice de contenido

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)